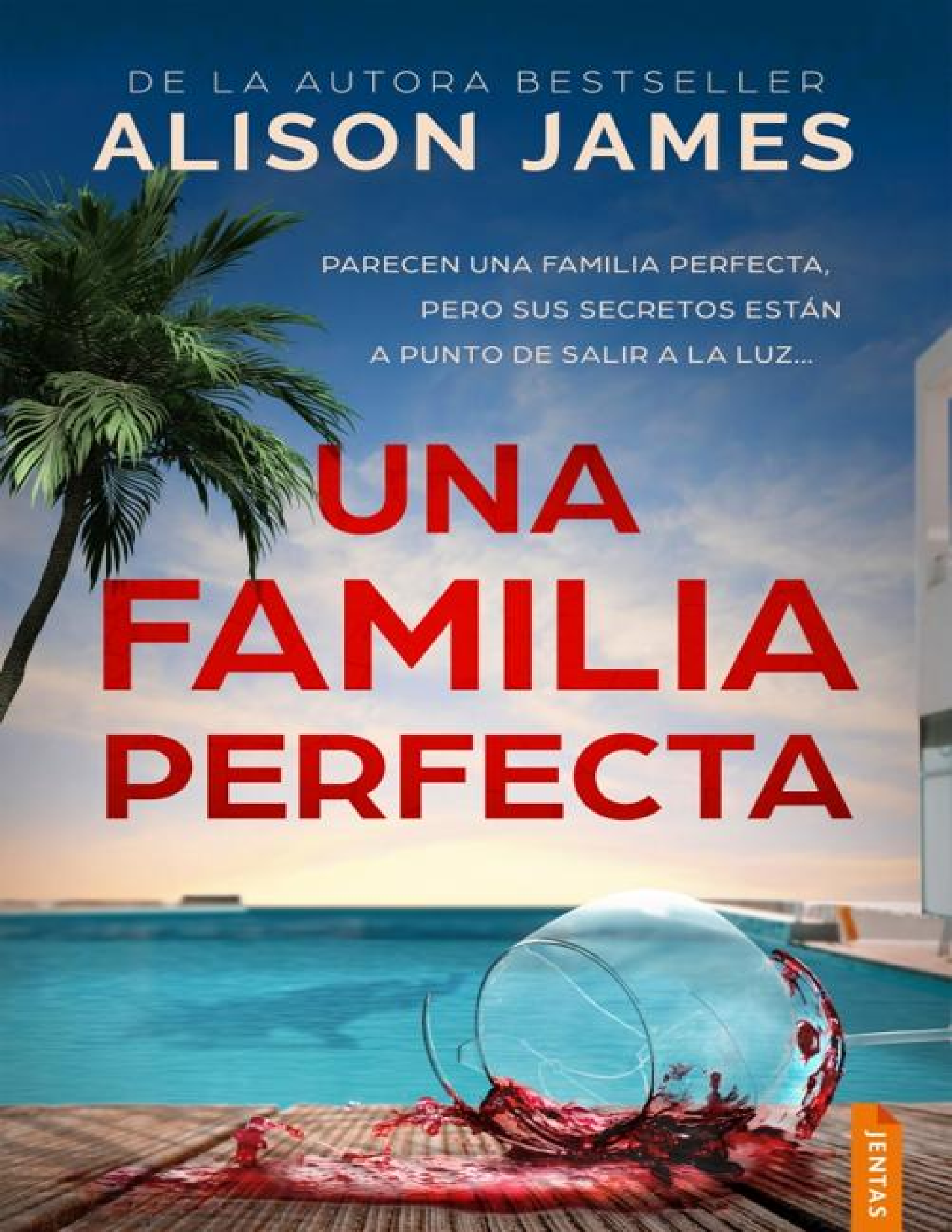
DE LA AUTORA BESTSELLER

ALISON JAMES

PARECEN UNA FAMILIA PERFECTA,
PERO SUS SECRETOS ESTÁN
A PUNTO DE SALIR A LA LUZ...

UNA FAMILIA PERFECTA



JENTAS

UNA FAMILIA PERFECTA

Una familia perfecta
Título original: Just the Nicest Family
© 2024 Alison James. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción, Alba M. Vila @ Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1394-2

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

PRÓLOGO

La piscina era lo mejor de la villa.

La superficie del agua brillaba y resplandecía a la luz del sol, los rayos rebotaban desde las profundidades de un azul líquido rodeado de cálidas piedras color miel. Era tan deslumbrante que, si no llevaban gafas de sol, debían protegerse los ojos. Habían pensado que ese era el glamur de la Costa Azul. El glamur que prometían las dos semanas en Francia.

Flanqueada por tumbonas acolchadas y sombrillas, y con un bar bien surtido y duchas en la casa de la piscina, que se encontraba detrás, aquel era el escenario principal de sus actividades diarias. Allí pasaban horas charlando, bebiendo, leyendo y chapoteando en el agua calentada por el sol. Y lo hacían sin tener ni idea de los acontecimientos que convertirían la terraza de la piscina en un lugar capaz de destrozar para siempre su feliz mundo.

Un lugar de muerte.

PRIMERA PARTE

1

LOUISE

PRESENTE

—¿Qué te parece —le preguntó el marido de Louise al volver del trabajo aquel viernes— si pasamos dos semanas en el sur de Francia?

Tim había vuelto de la consulta del veterinario a las 18:50, como siempre, y entró en la cocina para besarla en los labios, como siempre; pero su saludo fue toda una sorpresa.

—¡Oh, vaya! —respondió ella, tras echar la pasta en el agua hirviendo—. ¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí —dijo con una amplia sonrisa—. Dos semanas enteras, todo incluido, excepto los vuelos. Desde la semana del diecisiete de julio.

Louise frunció ligeramente el ceño mientras removía la pasta en la olla.

—Espera… Los niños siguen en el colegio esa semana. No terminan hasta el veintiuno. Y yo tampoco. —Era subdirectora de un instituto femenino local.

—¿Seguro que no pueden hacer una excepción? —suplicó Tim—. Es una oportunidad demasiado buena para rechazarla. —Miró a su alrededor mientras buscaba su portátil en el maletín—. Hablando de los niños, ¿dónde están? Tienen que ver esto.

—Harry está arriba y Elle, jugando con Samira. La dejarán en casa más tarde.

—Bueno, al menos deja que te lo enseñe. —Tim sirvió una copa de vino tinto para cada uno y abrió su ordenador—. Mira esto.

Louise entornó los ojos hacia la pantalla, que mostraba una toma aérea de un imponente edificio de piedra dorada rodeado de árboles y viñedos, todo bajo un cielo azul resplandeciente.

—Le Mas des Flores. Este podría ser nuestro hogar durante las dos últimas semanas de julio. ¿No sería fantástico?

—Parece increíble —convino Louise—. Pero ¿cómo? ¿De qué va todo esto?

—¿Recuerdas que mencioné que había una empresa suiza, VCM, que era propietaria de la marca de comida para perros y gatos Healthipet, entre muchas otras cosas?

—Por supuesto que sí. —Puso los ojos en blanco—. Son los que organizan esas grandes fiestas promocionales con las que intentan sobornaros a los veterinarios para que recomendéis sus productos.

—Exacto. —Tim sonrió sin morder el anzuelo—. Bueno, Renée Weber, su directora general, se está abriendo paso en el mundo de la veterinaria. Está comprando consultas independientes a un ritmo increíble.

—Consultas como la tuya, supongo.

—Sí. Sería una gran oportunidad para nosotros. Y Vet Care Mondiale es propietaria de ese lugar. Lo utilizan para entretener a los clientes, y Renée nos ha invitado para que podamos discutir el trato con un poco más de detalle.

—Ah. —Louise asintió—. Así que este no es un viaje por placer, hay ciertas condiciones que cumplir.

—Pues claro, cariño, pero ¿quién en su sano juicio rechazaría la oferta de hacer un viaje así?

—Tiene una pinta divina —convino ella—. ¿Y de verdad estás pensando en vender tu consulta?

—Bueno… —Tim hizo girar el vino en su copa—. Unir fuerzas con

ellos podría tener grandes ventajas. Yo, personalmente, podría disfrutar de unos beneficios fantásticos y tendría mucho menos papeleo que gestionar, lo que me dejaría más tiempo para tratar a los animales. Y pasar más tiempo contigo y los niños, por supuesto.

—Suena emocionante. —Ella dudó—. Pero no seríamos solo nosotros, ¿verdad? No en una villa de ese tamaño.

—No, supongo que también habrá otros invitados.

—No lo sé, cariño. No me gusta mucho la idea de irme de vacaciones con gente que no conozco. ¿Y si no nos llevamos bien?

—Seguro que sí. —De los dos, Tim era con diferencia el más sociable—. Pero, si no, parece que el lugar es lo bastante grande como para evitarlos.

Louise comenzó a servir la pasta, y Tim fue al pie de la escalera a llamar a Harry, de doce años.

Después de que les contara sus últimos logros en el videojuego mientras comían pasta, y de que Elodie, la hermana pequeña de Harry, volviera de casa de su amiga, llevaron a los niños arriba y los prepararon para que se fueran a la cama.

Tim sirvió el resto del vino tinto en sus copas. Louise se sentó enfrente y le cogió la mano.

—¿Qué te parece? —le preguntó él, mirándola a la cara, expectante —. ¿Aceptamos? ¿Nos vamos al sur de Francia?

—Solo faltan tres semanas. No hay mucho tiempo para organizar las cosas. Y tendríamos que cancelar la reserva en Polzeath. —Los Cutler solían pasar sus vacaciones de verano en la costa de Cornualles: una buena quincena de surf y castillos de arena.

—Podemos ir a Polzeath en cualquier momento. Piensa que sería una oportunidad fantástica para nosotros como familia. A los niños les encantará, y será estupendo para que Harry practique su francés.

Louise sintió un pequeño escalofrío de placer.

—Tengo que admitir que es muy emocionante. —De un salto se

levantó de la mesa. Subió al dormitorio, con Tim pisándole los talones, y abrió de un tirón las puertas del armario. Empezó a revisar el final de sus estantes, donde guardaba los vestidos de verano, en busca de algo que con lo que pudiera encajar en el sur de Francia—. Por supuesto, voy a tener que ir de compras —le dijo a su marido con una sonrisa—. Necesitaré más bañadores y ropa de playa. Puede que también vestidos de noche. Supongo que habrá cenas formales y que los demás invitados irán muy elegantes.

—Ah, eso era otra cosa que te tenía que decir. —Tim le dio una palmada juguetona en el trasero mientras sostenía un vestido delante de ella y miraba su reflejo—. Al parecer, hay espacio suficiente para que invitemos a un par de amigos también.

—Dios mío. Tendremos que pensar a quién se lo pedimos.

—Sí, lo haremos —coincidió él, antes de terminarse su bebida de un trago—. ¿Quiénes serán los afortunados?

2

LOUISE

PRESENTE

A la mañana siguiente, sábado, los Cutler se apiñaron en el coche y se dirigieron *en familie* a ver a Harry jugar un partido con el equipo de fútbol sub-13 de la localidad.

Varios de sus compañeros de clase también jugaban, y había caras conocidas entre los padres que apoyaban al equipo en la línea de banda. Elodie se escabulló para ir con algunos de sus amigos, y Tim y Louise se acercaron al grupo de adultos. Louise entrelazó su brazo con el de Tim y se apoyó en él.

—Aquí vienen los tortolitos —dijo Mandy Fielding, una rubia alta, mandona y soberbia, que se consideraba la abeja reina de las madres del colegio—. A ver si os cortan ya el cordón umbilical.

—Ignórala —susurró Shona Prentice, una pelirroja increíblemente voluptuosa cuya hija iba a la clase de Elodie. Llevaba unos vaqueros ajustados de cuero negro y un top de piel de leopardo sintético muy ceñido. A Louise le pareció un atuendo muy poco apropiado para un campo de fútbol en un caluroso día de junio—. Solo está celosa. —Shona vio cómo Louise soltaba del brazo de Tim, solo para que él le cogiera la mano por instinto—. Pero tiene razón, sois demasiado adorables. —Sonreía, pero había un ligero tono de malicia en su voz.

Louise estaba acostumbrada a esa reacción. Como si ella y su marido fueran demasiado buenos para ser verdad, como si no

pudieran estar tan unidos, ser tan felices. Pero lo eran. Esa era la verdad.

Veinte años después de conocerse mientras estudiaban, era incapaz de imaginar su vida sin haberse encontrado nunca a Tim. Era demasiado aterrador, demasiado horripilante. No había mundo en el que ella no fuera la mujer de Tim Cutler: la idea le resultaba imposible de comprender. Su unión y su total seguridad el uno en el otro despertaba la envidia de los demás, era consciente. De ahí el grosero comentario de Mandy Fielding y la sonrisa condescendiente de Shona Prentice.

—Voy a por un café. —Shona ladeó la cabeza en dirección al polideportivo que lindaba con el campo de juego—. ¿Os traigo algo?

Louise pidió un café con leche helado; Tim negó con la cabeza.

—¿Está aquí tu media naranja? —preguntó. Louise apenas conocía a Shona, pero Tim jugaba al squash con su marido, Kevin, y eran bastante amigos—. No me importaría organizar un partido mientras estamos aquí.

Shona señaló a Kevin entre un grupo de otros padres, y Tim plantó un beso en el hombro desnudo de Louise antes de alejarse para unirse a ellos. Unos minutos después, Shona volvió con los cafés.

—¿Ya has hecho planes para las vacaciones? —preguntó con energía, echándose un mechón de pelo castaño por encima del hombro.

—Pues creía que sí. —Louise no consiguió reprimir una sonrisa tras dar un sorbo al café helado—. Pero acaba de surgir algo. Algo muy emocionante.

Le contó a Shona lo de la invitación a la villa de la empresa suiza en el sur de Francia.

—¡Vaya! —Los ojos de la mujer se abrieron de par en par—. ¡Qué suerte tenéis! Yo iría sin pensármelo dos veces. ¿Un chalet de lujo,

todo pagado? Estarías loca si no aceptaras. Ojalá mi puñetero marido se dedicase a algo que tuviera ventajas como esa.

Kevin Prentice, siempre menospreciado por su mujer, trabajaba en algo relacionado con los seguros.

—Estoy segura de que irás a un sitio igual de bonito —murmuró Louise en tono apaciguador, consciente, aun así, de que sonaba poco sincera.

—A partir de ahora, no vamos a hacer una mierda este verano —dijo Shona con amargura, y cerró los labios artificialmente rellenos alrededor de su pajita para sorber el frappuccino—. Kevin tenía que haber reservado un apartamento en Menorca, pero se equivocó con los vuelos y ahora está todo lleno en nuestras fechas, así que hemos tenido que cancelarlo.

—Es una pena. —Louise pensó que la invitación a la villa francesa se había hecho extensiva a los amigos de los Cutler, pero decidió no mencionarlo. No conocía muy bien a los Prentice y la forma en que Shona trataba a su marido la incomodaba.

Una vez terminado el partido de fútbol, Tim compró hamburguesas y patatas fritas para los niños en la cafetería del polideportivo, y Louise y él caminaron de la mano de vuelta al coche, con los niños corriendo por delante. Era un día de junio, ventoso pero cálido, y cuando el sol se abrió paso entre las nubes, Louise soltó la mano de Tim para buscar sus gafas de sol en el bolso.

—Estaba pensando —dijo ella mientras se las ponía y se arreglaba el pelo castaño ondulado— que estaría bien invitar a Rosie y Justin para ir a la villa, si al final nos decidimos a ir.

Rosie era prima hermana de Louise y las dos estaban muy unidas. Además, a ambos Cutler les caía bien su marido, Justin, un hombre genial y alegre que dirigía la granja familiar.

—Ah —dijo Tim—, sobre eso… —Louise experimentó una sensación de derrota al adivinar, correctamente, lo que iba a continuación—:

Se lo acabo de comentar a Kevin y estaba muy entusiasmado con que los incluyéramos. Me ha dicho que habían planeado algo en Menorca, pero, al parecer, se ha ido al garete. La verdad es que me ha dado un poco de pena.

Ese era Tim; siempre le afectaban las historias tristes.

—Pero, cariño, apenas los conocemos. Y yo no soy amiga de Shona —replicó Louise, que se volvió hacia él. Los niños ya habían llegado al coche, y Tim apuntó con el mando para abrir las puertas y que pudieran subir—. Y ella es…, bueno, para ser sincera, no me gusta mucho. Rosie y Justin encajarían mucho mejor.

—Sí, pero tienen cuatro hijos, y no estoy seguro de que el espacio de la villa se extienda a seis huéspedes más. Podría parecer que les estamos tomando el pelo. Los Prentice solo tienen una hija, que es una de las razones por las que les he preguntado.

Y Violet Prentice era el estereotipo de hija única, pensó Louise con una pizca de rencor. Mimada y sobreprotegida.

—¿No puedes decirles que la mujer suiza…?

—Renée Weber.

—¿Que Renée Weber ha cambiado el plan y no podemos llevar a nadie más?

—Podría —aceptó él, que le abría la puerta del copiloto—. Pero sería mentira.

Y ese también era Tim: honrado hasta lo imposible.

—Mira —continuó él—, estoy seguro de que funcionará. Kevin es un buen tipo y Violet le hará compañía a Elodie. Y, por lo que parece, el lugar es lo bastante grande como para que todos hagamos lo que queramos. Estoy seguro de que podrás ignorar a Shona. —Subió al asiento del conductor y arrancó el motor. Sonreía con confianza a su mujer—: No te preocupes, cariño, todo irá bien.

3

TIM

AHORA

La clínica veterinaria Fairlawn estaba a veinte minutos a pie de la catedral de Winchester, en un local comercial construido a tal efecto.

El lunes por la mañana, Tim tuvo una larga y deprimente reunión con Glen Beane, el contable de la consulta, que lo convenció aún más de que tenía que firmar el acuerdo para vender la clínica a VCM. Al terminar, Amy, la recepcionista, asomó la cabeza por la puerta.

—Sé que no tenía cita, pero parece que tenemos una eutanasia de emergencia. La señora Sullivan acaba de llamar hecha un mar de lágrimas; dice que Rollo ha empeorado y tiene convulsiones.

Rollo era un viejo labrador color chocolate que acudía a la consulta desde hacía años.

Tim resopló.

—Por supuesto. Dios, pobre Rollo… Llámala y pregúntale si quiere que vaya allí y lo haga.

De vez en cuando, si las circunstancias lo permitían, Tim dormía a los animales en sus propias casas, y en ese momento necesitaba cualquier excusa para salir del edificio.

Sonó su móvil. «Amorcito», decía la pantalla.

—Hola, cariño —contestó él sin emoción en la voz.

—¿Estás bien? —Louise captó al instante su tono.

—Sí, lo siento, estoy bien. A punto de enviar a un adorable labrador a conocer a su dios, eso es todo.

—Ay, no, pobre. Sé que esos siempre son difíciles. En serio, no sé cómo lo haces. Yo estaría destrozada… Escucha, cielo, acabo de hablar con Paul sobre lo del sur de Francia. —Paul Garland era el director del Instituto Femenino de St. Agnes, donde trabajaba Louise, un cincuentón muy entrometido y muy estricto con las reglas —. Me temo que no tengo buenas noticias: el grupo de colegios privados al que pertenecemos va a hacer algún tipo de auditoría o inspección justo la última semana del trimestre. No hay manera de que pueda cogérmela libre, lo siento mucho. —Tim cerró los ojos con fuerza, pero no dijo nada.

»¿Habría posibilidad de posponer tu reunión con la empresa suiza hasta un poco más entrado el verano? Sería mucho más fácil para todos ir a principios de agosto.

—No —dijo él con voz grave—. No quiero hacerles perder el tiempo con las fechas y arriesgarme a que cancelen el trato. Tenemos que ir las semanas que nos han ofrecido.

—Pero, Tim, te he dicho que me es imposible. —Las palabras de Louise sonaron cortantes, y él se dio cuenta de que era lo más cerca que habían estado de tener una pelea en mucho tiempo. Por lo general, no discutían.

—Vale, mira… —Tim se levantó y abrió el gabinete de las medicinas. Distraído por la conversación, cogió un envase de viales de fenobarbital y lo metió en su cartera, seguido de un par de paquetes de intravenosas. Solía llevarse un maletín médico preparado, pero había decidido que, después de encargarse del fallecimiento de Rollo, se despejaría dando un paseo por la orilla del río Itchen. Para eso tendría que aparcar el coche en la calle, y se había propuesto no hacerlo nunca con medicamentos dentro, aunque no estuvieran a la vista. En la parte trasera del coche había una pegatina que decía «VETERINARIO DE GUARDIA» y los drogadictos de la zona no dudarían en forzar su Land Rover si

pensaban que podía haber ketamina en el interior—. Veré si podemos retrasar el viaje un par de días. Estoy seguro de que no pasará nada. Yo podría viajar con los niños y tú, ir unos días más tarde, cuando termine el trimestre.

—¿Y los Prentice?

—Que vayan cuando quieran. Quizá puedas organizarlo para viajar con ellos…

—Supongo que sí. Aunque…, no sé. —Había cierta inseguridad en la voz de Louise. No necesitaba terminar la frase. Tim sabía de sobra lo que estaba pensando y lo que sentía: nunca habían viajado al extranjero el uno sin el otro. Ni siquiera se habían separado, aparte de las dos noches que Louise había estado en Maternidad, al nacer los niños. Percibía su ansiedad y, aunque fuera irracional, Tim tenía una abrumadora sensación de temor.

4

TIM

AHORA

Le Mas des Fleurs era una enorme finca de piedra con tejas de terracota, a pocos kilómetros del idílico pueblo de Cotignac.

Tras un sinuoso ascenso por las colinas, el coche se desvió por un largo camino de grava con altos cipreses que montaban guardia a la entrada. A lo lejos se divisaban las brumosas colinas púrpuras de la Provenza. Las flores que daban nombre a la propiedad crecían en abundancia por todas partes: girasoles, lavanda, hibiscos y clavelinas rosas en parterres de piedra, con jazmines y buganvillas que trepaban muros y arcos.

Tim, Elodie y Harry volaron a Toulon el miércoles diecinueve de julio; mientras que Louise terminaría el curso en el colegio y se reuniría con ellos el sábado por la mañana. Los Cutler adultos seguían muy incómodos con el apaño, pero los niños estaban tan emocionados que apenas eran conscientes de lo inusual que era viajar al extranjero con solo uno de sus padres. Que en el aeropuerto los recibiera una limusina con chófer no hizo más que aumentar su alegría.

—¿Dónde está la piscina?, ¿dónde está la piscina? —chilló Elodie, que se lanzó fuera del coche, tras recorrer los sesenta kilómetros que había hasta la villa—. Papá, dijiste que había piscina, ¿verdad?

Lo miró, esperanzada.

—Sí, hay una piscina —suspiró Tim. Fue a ayudar a sacar las

maletas, pero el conductor le hizo señas para que se las dejara a él —. Y una pista de tenis también, creo.

—¿Voy a tener que compartir habitación con Elle? —protestó Harry —. De verdad que no quiero.

—Tendremos que ver cuántas habitaciones hay, pero creo que el plan es que Elle la comparta con Violet. Así que lo más seguro es que tengas una habitación para ti solo.

La luz del sol era intensa, rebotaba en la piedra pálida y creaba espacios de profundas sombras. La combinación del calor, el fuerte zumbido de las cigarras y el poderoso y embriagador aroma de las flores resultaba sofocante, y Tim se sintió de repente muy mareado. Miró a su alrededor. Parpadeó y deseó en lo más profundo de su ser hablar por FaceTime con Louise para que viera lo mismo que él. Pero seguro que estaría reunida con alguno de los auditores del instituto.

Una mujer con uniforme negro bajó la escalera y ayudó al conductor a llevar las maletas a la puerta principal. Tim retrocedió, inseguro, pero Renée Weber apareció en la escalinata con un bañador de una pieza y un elegante caftán de rayas.

Era una mujer llamativa, de unos cuarenta años, con el pelo castaño peinado de manera exquisita. Estaba muy bronceada y, aunque no era delgada, tenía unas piernas torneadas. Habían hablado por videoconferencia, pero nunca se habían visto en persona.

—¡Tim! Bienvenido —le dijo. Le tendió las manos y el aroma a de perfume Joy lo envolvió mientras le daba dos besos. Tim era muy consciente de su camiseta sudada y manchada por el viaje, así que no le sorprendió que Renée le dijera—: Seguro que queréis refrescaros y cambiaros; Pascale os acompañará a las habitaciones. Venid a buscarnos a la piscina cuando estéis listos.

Siguieron a Pascale, el ama de llaves uniformada, hasta la primera planta de la casa, donde les explicó, en un inglés chapurreado, que

en el edificio principal había cuatro habitaciones completas y otras dos en la planta baja, estas con baño compartido, que habían asignado a los niños. En una de las dependencias cercanas a la piscina había una quinta suite con terraza propia. En total había cinco terrazas, una galería techada para comer al aire libre, una piscina de quince metros y una pista de tenis de tierra batida. Tim había esperado una decoración al estilo de los château franceses: antigüedades deterioradas, oro y brocados por todas partes, pero todas las habitaciones habían sido decoradas por el mismo interiorista de lujo. Había muebles modernos y elegantes, cortinas sencillas pero caras, espejos circulares y esculturas *vanguardistas* de buen gusto. El cuarto de baño de su habitación tenía una bañera ovalada independiente y una ventana que iba del suelo al techo con vistas a hectáreas de exuberantes viñedos. El ama de llaves le enseñó a programar el aire acondicionado y, cuando ella se marchó para llevar a los niños a sus habitaciones, él lo puso en la posición más fría y se deleitó con la ráfaga de aire helado.

Después de ducharse y ponerse un bañador, una camiseta limpia y unas chanclas, bajó en busca de Harry y Elodie. Harry tenía una pequeña habitación individual para él solo, por lo que se mostró satisfecho, y Elodie compartiría una habitación de dos camas individuales con Violet Prentice. Los tres se dirigieron de nuevo al exterior y encontraron el camino que conducía a la terraza de la piscina, donde había un grupo de gente reunida. La zona estaba sombreada por olivos centenarios y tenía un entarimado de madera a lo largo y una zona de césped en el otro extremo. Diez tumbonas de madera estaban dispuestas en hilera sobre el entarimado, separadas por mesitas, y había un par de mesas redondas más grandes bajo las sombrillas. Renée Weber estaba sentada en una de ellas con un hombre joven y guapo que llevaba unos pantalones cortos rosa neón, con las piernas morenas, brillantes de aceite

bronceador, dispuestas de una forma que sugería una gran seguridad en su propio físico.

—Escuchad, estos son Tim Cutler, Harry y Eloise.

—Elodie —corrigió su hija con obstinación a la anfitriona.

—Esta es mi pareja, Jared Frayn. —Renée señaló al hombre embadurnado de aceite.

—Hola. —Tenía un fuerte acento estadounidense.

—Y estos son mis amigos, Richard y Merry Stafford. —Señaló a una pareja en las tumbonas—. Richard es un viejo y muy querido amigo mío. —Llamó la atención de Richard y entre ellos se dibujó una ligera sonrisa de complicidad.

Así que, como Tim esperaba, había otros invitados en la casa, gente que no conocían. Tendría que superar la sensación un tanto incómoda que le producía, se dijo, si quería que todos se relajaran y disfrutaran de la villa.

Richard Stafford le tendió la mano y se la estrechó, pero Merry, con el rostro oculto tras unas enormes gafas de sol de Gucci, se limitó a asentir. Tim dedujo que era al menos una década más joven que su marido. Siempre se le había dado mal calcular la edad de las mujeres, pero supuso que rondaría los treinta.

—Y a estos dos ya los conoces, claro.

Kevin y Shona Prentice estaban en otro par de tumbonas, con la carne de un blanco resplandeciente expuesta. Tim los miró dos veces. Cuando habían hablado de los preparativos del viaje, Kevin había aclarado que cogerían un coche de alquiler en Niza y que llegarían a la villa por la tarde. Y, sin embargo, allí estaban: Kevin con una botella de cerveza en la mano y Shona, con al menos la mitad de una de vino espumoso.

—¡Sorpresa! —dijo ella, un poco achispada.

—Cambiamos a un vuelo anterior en el último minuto —dijo Kevin, que tuvo la decencia de, al menos, sonar compungido—. Y he

pensado que, en vez de esperar, podíamos acercarnos aquí y esperar a que llegarais.

—Lástima que os hayáis perdido el almuerzo —dijo Shona—. Ha sido increíííble.

Tim sonrió, pero por dentro estaba confuso y un poco resentido. Habían invitado a los Prentice a esas vacaciones, y no al revés, y, sin embargo, recibían a Tim como si fuera su invitado. Violet, alegre, chapoteaba en la piscina sobre un unicornio arcoíris hinchable que debían haber llevado. Elodie ya se había quitado las sandalias y bajaba los escalones menos profundos que ocupaban todo el ancho de la piscina. Dejó escapar un grito de alegría. Merry Stafford, tal vez exasperada por la repentina alteración de la paz, recogió sus cosas y se marchó.

—¿Por qué no te tomas una cerveza? —dijo Shona, y añadió, como si fuera la anfitriona—: Hay una nevera de bebidas ahí detrás, en la sala de billar.

—Ven, te lo enseñaré —dijo Renée con suavidad, y Tim creyó ver que le lanzaba a Shona una molesta mirada. Se estremeció. Ya había tensiones y apenas habían llegado. Pero la cerveza fría lo ayudó a relajarse, y Pascale apareció con una bandeja de aperitivos, pan, aceitunas y embutidos que los ayudaría a aguantar hasta la cena. Después de darse un baño y sentir el calor del sol mediterráneo en las extremidades, su mal humor se disipó un poco. Los niños gritaban de alegría y saltaban en el agua, contentos de que los dejaran a su aire.

«Todo irá bien —se dijo Tim con firmeza mientras se rociaba factor 30 en el pecho—. *Y, cuando llegue Louise, será perfecto».*

***

A las siete y media de la tarde se sirvieron copas en la terraza exterior del salón principal y la cena tuvo lugar poco después.

Preocupado por que fuera demasiado tarde para una Elodie ya fatigada, Tim tuvo una breve conversación con Pascale y acordaron que a las dos niñas se les serviría la cena aparte, en la cocina, durante la hora del cóctel, después de lo cual podrían irse a la cama. Harry insistió en que quería quedarse despierto con los adultos, pero Tim sospechó que se aburriría y le dio permiso para abandonar la mesa en cuanto se hartara.

Mientras tomaban unas copas, Tim charló con el guapo y encantador Jared. Este le contó que había conocido a Renée en un seminario internacional de salud celebrado en Ginebra hacía dos años, y que llevaban juntos uno y medio.

—¿Qué es lo que haces? —preguntó Tim.

—Estoy especializado en medicina holística —dijo Jared como si eso lo explicara todo.

—Entonces, ¿eres médico de formación?

Él negó con la cabeza.

—Soy más un entrenador de salud. Ayudo a la gente a alcanzar sus objetivos de bienestar con cambios en la nutrición y el estilo de vida. —Hablaba como si estuviera leyendo en voz alta un folleto promocional.

—Ah, ya veo. —Tim asintió. Pensó que el musculoso americano de dientes perfectos, pelo brillante y piel inmaculada era al menos un buen reclamo para su profesión.

Richard Stafford dirigía una empresa internacional de logística y, a juzgar por el reloj Breitling, la camisa estampada de Balenciaga y los mocasines Hermès de ante, estaba claro que le iba muy bien. Su mujer, Merry, llevaba un vestido rosa de Dior y se había quitado la coleta, revelando una exuberante melena dorada y caramelo hasta la cintura. Tenía una nariz diminuta y perfecta, labios voluminosos y unos estrechos e indescifrables ojos perfilados con pestañas postizas. Resultó que su nombre no le iba en absoluto. Pegada al

brazo de su marido, solo hablaba si se le dirigía la palabra, e incluso entonces se limitaba a dar respuestas breves, monosilábicas. No tenía nada de alegre.

—Esa vive en otra galaxia —le soltó Shona Prentice a Tim. Tenía manchas rojas de quemaduras de sol en los hombros y el escote, y ya había bebido demasiado—. Pero se cree mejor que nosotros.

Por fin, a las ocho y media, se sentaron a cenar. La larga mesa de la galería estaba decorada con una cristalería resplandeciente y velas, y el centro estaba compuesto por uvas, melocotones e higos frescos. La zona pavimentada estaba flanqueada en cada extremo por un par de enormes jarrones de terracota de metro y medio de altura, y un dosel de enredaderas se curvaba sobre sus cabezas. Sobre él, las estrellas tachonaban el añil cielo nocturno. Les sirvieron melón y prosciutto, luego un delicioso coq au vin con ajo, seguido de una magnífica tabla de quesos.

—Un lugar increíble, ¿verdad? —dijo Kevin, sentado frente a Tim.

—Asombroso —coincidió él.

—Y, por suerte para ti, puedes disfrutarlo durante tres días sin la vieja bola y la cadena. Te han soltado la correa, ¿eh?

Tim quería decirle a Kevin que hablara por él, pero no quería parecer un imbécil, así que se limitó a sonreír de forma enigmática y a beber un trago del excelente tinto del Ródano. De hecho, en su mente no había ninguna correa, todo lo contrario. Sin Louise allí, sentía que le faltaba una mitad de sí mismo. Sí, aquel lugar era maravilloso y tenía mucha suerte, pero echaba muchísimo de menos a su mujer.

Todo sería perfecto, se repetía como un mantra, en cuanto llegara Louise. Solo entonces empezarían de verdad las vacaciones.

5

LOUISE

AHORA

Lo primero que notó Louise fue el aroma de las flores: dulce y almizclado, como un perfume caro. Se paró en la calzada mientras el taxista descargaba las maletas e inspiró, pero, en lugar de resultarle agradable, el olor le resultó empalagoso. Ya le dolía la cabeza después del viaje, y el aire caliente y perfumado lo empeoraba. Su vuelo se había retrasado dos horas y media en Gatwick, durante las cuales el avión había permanecido en la pista sin que los pasajeros pudieran beber nada. Se encontraba deshidratada y sin fuerzas. Eso significaba que, en lugar de llegar a Le Mas des Flores el sábado justo después de comer, ya era de noche. Además de la fragancia de las flores, podía oler cómo se preparaba la cena: carne asada, seguro que de cordero, con notas de romero y ajo. En lugar de abrirle el apetito, se intensificaron sus náuseas.

Elodie y Harry aparecieron corriendo por el lateral de la casa, con sus trajes de baño y el pelo aún húmedo. Ambos empezaban a adquirir un bonito color: como su padre, se bronceaban con facilidad. Louise tenía una piel céltica, pálida, que tardaba una eternidad en ponerse morena.

—¡Mamá! —La abrazaron y se solaparon al hablar en su afán por contarle todo sobre aquel lugar. Cuando Louise les devolvió el abrazo, sintió un gran alivio al reencontrarse con ellos. La casa de Winchester le había parecido terriblemente vacía.

—¡Mamá, la piscina es una pasada! He nadado veinte largos.

—¡Hay una sala de juegos muy chula en el sótano, con una mesa de billar y una pantalla de cine! Renée dice que podemos ver ahí la última película de Star Wars mañana por la noche.

Tim apareció en pantalones cortos, un polo y chanclas, y la envolvió en un largo abrazo.

—¿Estás bien, cariño? —Debió notar una leve mueca de dolor, porque se apartó y escrutó su rostro.

—Tengo un dolor de cabeza de campeonato —dijo como disculpa—. Estoy segura de que me encontraré mejor después de tomar un poco de agua y un paracetamol.

—Subamos a la habitación y sacaré los analgésicos. Estaremos bien y frescos: he dejado el aire acondicionado encendido a toda potencia.

Louise le sonrió, agradecida, y lo siguió mientras él subía su equipaje al primer piso. Su habitación tenía una suntuosa alfombra color crema, un sillón Eames tapizado en rojo pimentón y pesadas cortinas de seda dupion color pizarra. La enorme cama tenía una complicada disposición de almohadas y cojines y era evidente que la había hecho un miembro del personal doméstico y no Tim. Había una botella grande de agua mineral y vasos en una bandeja, sobre el tocador. Él llenó un vaso y se lo entregó con un par de paracetamoles. Ella se los tragó, agradecida, se tumbó en la cama y se tapó los ojos con los dedos.

—La verdad es que necesito una ducha, pero no estoy segura de estar en condiciones.

—Pobrecita… Espera ahí. —Tim fue al baño y volvió con una toalla pequeña empapada en agua fría que aplicó en la frente de Louise.

—Creo que es una migraña en toda regla —susurró—. Lo siento.

Ya las había sufrido antes, aunque con poca frecuencia.

—Ay, qué mala suerte. —Tim sujetaba la compresa en su frente—.

¿Tienes algún medicamento específico? —Ella sacudió la cabeza con lentitud e hizo otra mueca de dolor—. Iré a preguntarles a los demás si tienen algo. O tal vez Pascale, el ama de llaves, tenga un botiquín.

Dejó a Louise en la cama y regresó unos minutos después con un blíster de pastillas rosas en la mano.

—Estás de suerte: Merry tenía algo de difenhidramina. En realidad, es un somnífero más que un remedio para la migraña, pero puede servir. Te dejará inconsciente.

—¿Merry?

—Merry Stafford. Su marido, Richard, y ella son los invitados de Renée.

—Así que hay más gente aquí —dijo Louise con sequedad.

—Bueno, sabíamos que podía haberla, dado el tamaño del lugar. —Tim sonrió de forma tranquilizadora—. Todo irá bien; parecen muy simpáticos. Los conocerás más tarde. Todo a su tiempo. —Se acercó a la ventana y corrió las cortinas para tapar el sol poniente—. Pero, primero, vamos a cerrar esto para que te sientas mejor.

***

Louise se despertó a la mañana siguiente en una cama vacía.

Las cortinas estaban descorridas y la ventana abierta, lo que dejaba entrar un rayo de sol y un aire muy perfumado. Al estirarse y sentarse, se sintió aliviada al comprobar que lo peor de la migraña se había disipado. Tenía la boca seca y se sentía un poco agotada, pero mucho mejor.

Tim había dejado una nota garabateada a toda prisa en el bloc del escritorio.

No quería despertarte. Si te apetece, baja a desayunar a la terraza principal, pasando el salón; si no, mándame un mensaje y te subo algo.
T xxx

Sintió una vaga e irracional decepción al ver que su marido la había abandonado de esa manera.

La noche anterior, cuando había oído un ligero golpecito en la puerta de la habitación, esperaba que fuera Tim, pero era Pascale, que le había subido sopa y una botella de agua fresca. La mujer parecía amable, pero le había resultado raro que una desconocida la atendiera.

Después de ducharse, Louise se puso un vestido de lino verde salvia, domó lo mejor que pudo sus rebeldes ondas castañas y bajó las escaleras. Siguió el sonido de las voces y encontró a los demás invitados, incluidos sus propios hijos, reunidos en torno a una bandeja de baguettes, cruasanes, café y zumo de naranja recién exprimido. Al instante fue consciente de su blanquísima piel en comparación con el tono dorado de los demás. Incluso los invitados que habían llegado el miércoles parecían estar ya bronceados.

Elodie se apresuró a abrazarla y agradeció tener a su hija a su lado mientras los demás se volvían para mirarla.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Shona, sin levantarse a saludarla.

—Mucho mejor, gracias. —Louise forzó una amplia sonrisa. La verdad era que se encontraba un poco mejor, pero todavía mareada.

Le presentaron a Renée y a su pareja, Jared, y a los Stafford, que estaban sentados en el extremo de la mesa, un poco apartados de los demás.

—Tengo que darte las gracias por las pastillas para la migraña —dijo Louise cordialmente a Merry Stafford—. Has sido muy amable; te estoy muy agradecida.

Merry, cuyo rostro permanecía oculto tras unas enormes gafas de sol, se limitó a esbozar una breve sonrisa.

—Entre el desayuno y la comida, solemos pasar el rato junto a la piscina —le dijo Kevin después de que ella se hubiera sentado y

servido un café y una rebanada de pan—. Pero el domingo es el día libre de Pascale, así que hoy tenemos que preparar la comida y la cena nosotros, lo que significa que alguien tiene que ir al supermercado.

Louise sintió una ráfaga de irritación ante el descaro de Kevin por decirle cómo iban las cosas. Ojalá hubieran llevado a Rosie y Justin en su lugar.

—¿Por qué no vamos tú y yo? —le dijo Shona a Louise—. Así nos ponemos al día con un poco de cotilleo de chicas.

Louise no sentía la necesidad de compartir «un poco de cotilleo» con Shona ni de ponerse al día de ninguna otra forma. De hecho, estaba deseando darse un baño y empezar a recuperar su inexistente bronceado. Así que dudó unos segundos, con la esperanza de que alguno de los otros se lanzara e insistiera en que Louise, como acababa de llegar, se quedara en la villa. Nadie lo hizo. Intentó llamar la atención de Tim, pero este acababa de levantarse y se dirigía a la cocina a por más zumo.

—Está bien. —Sonrió apenas—. Genial, vámonos tú y yo.

Por lo que Louise sabía, Shona Prentice no tenía ninguna habilidad culinaria, lo que significaba que, tras comprar la comida, tendría que cocinarla ella sola.

—¡Maravilloso! —exclamó Renée—. Tim me dijo que estaba casado con un auténtico ángel, y ahora sabemos que no exageraba.

***

Cuarenta minutos más tarde, Louise y Shona se dirigían al hipermercado de las afueras de Cotignac. Louise agradeció que Shona al menos se hubiera ofrecido voluntaria para conducir el enorme todoterreno BMW, que era uno de los coches que estaban en la villa. Llevaba un vestido blanco de muselina con un montón de complicados vuelos y una cantidad excesiva de pulseras de oro que

tintineaban una y otra vez contra el volante, el pelo rojo oscuro recogido con un pañuelo verde esmeralda y la boca pintada con una gruesa capa de pintalabios fucsia.

—¿Tienes alguna idea de lo que deberíamos comprar? —aventuró Louise. No estaba segura de quién debía pagarlo, pero no sabía cómo abordar el tema. ¿Renée pagaba la factura con los generosos recursos de Mondiale, o se esperaba que ellos pagaran lo suyo?

Shona se encogió de hombros.

—Tú eres la diosa del hogar, no yo.

Louise se mordió la lengua. Había estado a punto de recordarle a Shona que tenía una carrera y trabajaba a tiempo completo.

—Pues vamos a comprar embutido y queso —sugirió—. ¿Y quizá pescado para cenar? Aunque puede que el domingo no sea el mejor día para comprar pescado fresco.

Shona puso cara de «No tengo ni la más remota idea».

Después de aparcar el coche, encontraron un carrito que, al parecer, Louise debía empujar. Echó en él tomates frescos, verduras de hoja verde para las ensaladas, patatas y judías verdes, y luego añadió uvas y melones. Shona, mientras tanto, revoloteaba sin rumbo de un expositor de productos a otro. En el mostrador de pescado, Louise seleccionó dos bandejas enteras de salmón y cogió un paquete de hojaldre ya preparado y un bote de pesto.

—Creo que puedo hacer un sencillo salmón en croûte —le dijo a Shona—. Quizá puedas buscar algo para el postre, yo voy a por el queso y el embutido. —Su compañera tenía la mirada perdida—. Tiene que ser suficiente para once personas. Y algo que les guste a los niños.

Al final, Shona volvió con una mousse de chocolate negro y un helado y, cuando se dirigieron a la caja, mostró una tarjeta de crédito que, al parecer, Renée había insistido en que utilizaran.

—Me alegro de tenerte un rato para mí sola —dijo Shona mientras

cargaban las bolsas en el maletero del coche—. Quería preguntarte por Jared.

Louise la miró sin comprender qué quería decir.

—¿Preguntarme por él?

—Sí. ¿Qué opinas de él? —El tono de Shona era impaciente.

—No sé… Quiero decir, apenas le he dirigido cinco palabras.

—Pero es guapísimo, ¿verdad?

Louise frunció el ceño, intentando recordar su aspecto.

—Bueno, sí, supongo que es muy guapo. Si te gusta el tipo musculoso, que va al gimnasio.

—Creo que es taaaan sexi —contestó con una risita.

—Pero, Shona, está casado con Renée.

«Y tú estás casada con Kevin», podría haber añadido.

—En realidad, no están casados —dijo con un tono absurdamente defensivo—. Solo están saliendo. Y no estoy segura de lo que él ve en ella, aparte de su dinero, supongo. Es lo bastante mayor como para ser su madre.

—Ah, vamos. —Entraron en el coche—. No es *tan* vieja. No creo que se lleven mucho más de diez años. —Shona puso mala cara y sus pulseras tintinearon mientras sacaba el coche del aparcamiento —. Y es nuestra anfitriona. Si no fuera por ella, ni siquiera estaríamos en el sur de Francia. —Shona hizo un mohín.

»¿Cómo se lo está pasando Violet? —preguntó Louise, desesperada por cambiar de tema—. ¿Y Kevin?

—A Violet le encanta el sitio. En cuanto a Kevin… Bueno, la verdad es que me importa una mierda cómo se lo pase.

***

Cuando llegaron a Le Mas des Flores, Shona ayudó a llevar la compra, pero luego desapareció, alegando que quería broncearse.

Louise guardó la comida lo mejor que pudo en la amplia y

desconocida cocina, luego subió las escaleras y se puso un bañador y un pareo, se colocó un sombrero de ala ancha en la cabeza, cogió un libro y se dirigió a la piscina.

Los demás adultos estaban reunidos en la hilera de tumbonas —algunos bebían cerveza o vino— y los tres niños chapoteaban en la piscina. Estaba claro que se habían relajado unos con otros, porque no faltaron las bromas y los chistes. Se burlaban de Jared por pronunciar Edimburgo «Edinboro», a Harry lo apodaban Benny por su obsesión con los beignets, similares a unos buñuelos con azúcar que Pascale horneaba para acompañar el café de la mañana. Una vez más, Louise se sintió como la recién llegada, como si empezara en un colegio nuevo donde los demás ya se conocían.

Hundió la nariz en su libro durante un rato y, una vez que notó que los rayos del sol la sonrosaban, se ofreció a entrar y empezar a preparar ensalada para la comida.

Renée se sentó en su tumbona y contrajo la cara para indicar que no estaba de acuerdo con la sugerencia.

—Eres muy dulce, Louise —dijo en un inglés excelente, que solo tenía un leve acento—. Pero siempre comemos un poco más tarde. Sobre las dos.

Así que ya había una rutina establecida de la que Louise no formaba parte.

—Bien. —Sonrió—. Por supuesto. Entonces, esperaré un rato más.

Se levantó, trasladó la tumbona a la sombra y volvió a su novela, aunque se encontró leyendo y releyendo el mismo párrafo.

Tim se levantó y se estiró, pero, en lugar de ir a ver a Louise, se acercó a Renée.

—¿Puedo traerte algo de beber, R?

Aquella «R» molestó a Louise. Se dijo a sí misma que era irracional. Su marido estaba allí para intentar asegurar la venta de su consulta a la empresa de la mujer; por supuesto que iba a bailarle el agua.

—Tim, ¡me has leído el pensamiento! —Ella pronunció su nombre como «Tiim», y su tono era juguetón—. Me encantaría un gin tonic.

—Enseguida. —Él se dirigió al bar de la piscina—. ¿Quieres algo? —le preguntó a Louise como si se le hubiera ocurrido de pronto.

Ella sacudió la cabeza.

—Voy a entrar en un minuto.

Kevin, que había estado haciendo largos con Jared, se subió al borde de la piscina. El agua le chorreaba por el cuerpo. Cogió una de las toallas gris pálido de la piscina y se secó con rapidez antes de arrojarla sobre su tumbona. Falló y aterrizó en el extremo de la de Shona, a la que le cubrió las piernas.

—¡Joder, Kevin! —gritó a todo volumen. Ya se había bebido al menos dos copas de rosado.

—¡Relájate, mujer, es solo una puñetera toalla!

—¡Está empapada! ¡Y has mojado mi móvil! Mira. —Enfurecida, Shona blandió su teléfono, que tenía unas gotas de agua en la pantalla—. ¡Eres tan condenadamente descuidado con las cosas de los demás…! Te importan una mierda.

Los niños Cutler se quedaron boquiabiertos ante aquel arrebato, pero Violet siguió jugando con su flotador; al parecer, ya había visto esa escena muchas veces.

—¡En serio, eres un puto imbécil! —gritó Shona, y la saliva aterrizó en la cara de su marido—. No sé por qué puñetas me casé contigo, de verdad que no.

Enrolló la toalla húmeda y se la arrojó antes de volver a derrumbarse en la tumbona y darle la espalda.

Renée parecía furiosa, movía la cabeza en señal de abierta desaprobación. Tim regresó con las bebidas, y Louise estableció contacto visual con él en un intento de indicarle que los Prentice eran sus invitados y que debía tratar de controlarlos de algún modo. La verdad era que no podrían soportar aquello el resto de la

quincena. Pero él se limitó a encogerse de hombros sin más, continuó hacia Renée y colocó la bebida en la mesa que tenía al lado con lo que a Louise le pareció una pequeña reverencia.

Con una extraña sensación de desasosiego, recogió su libro y su sombrero y entró de nuevo a la villa para preparar la comida, fuera o no la hora.

6

TIM
ENTONCES

Ya había oscurecido cuando Tim se dirigió al evento de networking.

Lo último que le apetecía era conducir hasta Basingstoke en una tarde sombría y húmeda de octubre para ir a trabajar. Sobre todo, porque Louise aún se encontraba muy frágil. Por lo pronto, no le gustaba dejarla sola por la noche, pero era socio junior de Fairlawn y su jefe, Desmond Amblin, le había dicho que quería que la clínica estuviera representada en la reunión de Curadex Animal Health. Se trataba de una de las principales empresas farmacéuticas veterinarias de la región, y Desmond creía que alguien debía acudir para recoger datos y averiguar lo que hacían los competidores. Y, por supuesto, llevarse muestras gratuitas de los últimos fármacos.

Tim telefoneó a Louise por el Bluetooth de su coche mientras entraba en la M3.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó con ternura.

—Bastante mejor. —Se dio cuenta de que su mujer intentaba imprimir un poco de alegría en su voz para no preocuparlo, y el corazón le dolió de amor. Dos meses antes, había sufrido un aborto espontáneo tardío. Era su primer embarazo y estaban muy ilusionados, llenos de esperanza por formar su propia familia. Louise había sufrido una depresión y estado de baja durante varias semanas. Ya se había reincorporado a su trabajo como profesora, pero él sabía que le costaba un poco.

—Ojalá no tuviera que ir a esto —le dijo. Los limpiaparabrisas iban y venían con lentitud mientras conducía—, pero Desmond tiene que atender un cólico equino de urgencia y quería que alguien fuera en su lugar.

—Está bien, cariño. Voy a abrir una barra de chocolate con leche y a ver El aprendiz sin tener que aguantar tus quejas sobre que todos los candidatos son imbéciles.

Se rio.

—Me parece justo. Pero guárdame algo de chocolate.

—Puede que te deje un par de onzas si tienes suerte.

—Intentaré no volver muy tarde, pero no me esperes despierta, ¿vale? —Cortó la llamada.

El acto consistió en una recepción de bienvenida con bebidas y canapés, celebrado en un hotel, perteneciente a una franquicia, situado entre la M3 y la circunvalación. En los bordes de la sala de conferencias se habían montado los inevitables estands promocionales, atendidos por representantes farmacéuticos de Curadex que repartían productos gratuitos en bolsas de la marca.

Gran parte de la sala estaba ocupada por pequeños grupos de personas que charlaban. La mayoría eran veterinarios y, el resto, ejecutivos de empresas a quienes se reconocía con facilidad por sus trajes y corbatas. Los veterinarios nunca llevaban traje. Tim se había puesto una chaqueta para la ocasión, pero, desde luego, ninguna corbata.

Las chicas vestidas con camisas blancas y minifaldas negras, casi seguro que estudiantes de la escuela de hostelería local, repartían copas de vino caliente y refrescos. Al final de la sala, donde Tim hablaba con un compañero licenciado en Exeter al que conocía de pasada, había dos camareras que trabajaban en equipo. Destacaba de inmediato la que tenía el pelo de un rubio platino casi blanco, un color tan claro que rara vez se daba de forma natural. Sin embargo,

cuando se acercó y le sirvió un vaso de zumo de manzana, descubrió que no era teñido. La otra chica era más bajita y tenía el pelo rubio oscuro con reflejos cobrizos y un diamante pegado en uno de los incisivos. Intentó ofrecerle vino tinto y, cuando él negó con la cabeza y dijo que tenía que conducir, ella lo observó un segundo con los ojos entrecerrados de una forma que le resultó inquietante. Las dos chicas se retiraron a un lado de la sala con sus bandejas de bebidas, y Tim las vio mirar en su dirección mientras susurraban tapándose las bocas con las manos. Estaba acostumbrado a que su aspecto atrajera la atención de las mujeres, pero aquello le resultó un tanto turbador.

Después de que se retirara la bebida y la comida, el director general de Curadex subió al escenario situado en el otro extremo de la sala de conferencias y pidió silencio antes de embarcarse en la inevitable presentación. Alardeó del excelente vínculo de la empresa con la profesión veterinaria e instó a los profesionales reunidos a prescribir sus productos. Incapaz de consumir más alcohol y deseoso de volver a casa con Louise, Tim se dirigió al fondo de la sala y regresó a la recepción con su bolsa de Curadex en la mano.

Al salir al aparcamiento, la inminente tormenta otoñal se desató con toda su fuerza y convirtió la llovizna en un aguacero de proporciones bíblicas. La lluvia repiqueteaba en las superficies duras y rebotaba en los charcos, y un viento furioso azotaba las ramas de los árboles. Con la bolsa sobre la cabeza, Tim corrió y se subió a su coche, que lanzó un chorro de agua al salir del aparcamiento y dirigirse a la carretera.

Entonces, la vio. Había una parada de autobús a unos cien metros del hotel, y allí esperaba una de las camareras que les había servido las bebidas. No la del pelo plateado, sino la otra. Llevaba una fina rebeca negra sobre el uniforme y las piernas desnudas. A pesar de estar acurrucada bajo la marquesina, ya estaba empapada.

Tim puso el intermitente izquierdo, se detuvo en el bordillo y bajó la ventanilla del acompañante.

—¿Te llevo a algún sitio? —preguntó. La pobre chica temblaba con violencia—. ¿Dónde vives?

—Kempshott —dijo, un suburbio al sur de la ciudad.

—Está bien; además, voy en esa dirección —dijo Tim con una sonrisa—. Sube.

Y ese fue el momento que lo cambió todo.

7

CHRISTINA

ENTONCES

—¿Sabes qué deberíamos hacer tú y yo mientras estamos en el trabajo? —le dijo Hannah Messenger a su compañera de trabajo Tina Locke.

—¿Qué?

—Deberíamos intentar ligarnos a algunos de estos tíos.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Por qué íbamos a hacer eso?

Hannah y ella llenaban bandejas de copas con vino en un acto de la Cámara de Comercio.

—Ya has visto cómo nos miran: están deseándolo —respondió Hannah con una sonrisa ladina—. Se mueren de ganas, la verdad. Y me imagino que podríamos usarlo a nuestro favor.

—¿Cómo?

Su supervisora, Kath Hughes, vestida con el uniforme azul marino que llevaba a los eventos, claro indicador de que estaba al mando, se acercó a ellas.

—Chicas, tenéis que hacer circular esas bandejas —dijo con sequedad—. Hay gente ahí fuera que todavía no ha tomado nada. Vamos: ¡espabilad!

Tina puso los ojos en blanco a espaldas de Kath.

—Ya hablaremos durante el descanso —susurró Hannah, que se cubrió el antebrazo con un paño blanco antes de equilibrar la

bandeja redonda. Hizo un suave giro y se adentró en la abarrotada sala.

Tina la observó durante unos segundos antes de cargar la suya. Era fácil seguir a Hannah gracias al increíble color de su pelo. Resultaba aún más increíble que aquel tono crema fuera natural. Además, era alta, lo que facilitaba identificarla. Tina, diez centímetros más baja, se sentía engullida por la multitud de invitados.

Una hora y media más tarde, las camareras se habían ganado su único descanso de veinte minutos. Hannah y Tina se encontraron en el almacén de basura, fuera de la cocina, y desafiaron el frío de marzo para disfrutar de un cigarrillo. Las dos vivían en lados opuestos de la ciudad y no habían ido al mismo colegio. Se habían conocido en el curso de formación de Greenleaf Catering. Hannah quería ahorrar para la universidad y Tina soñaba con formarse como esteticista, así que ambas necesitaban dinero extra.

—¿Qué tienes pensado? —Tina se arrebujó en su rebeca negra, tiritando mientras echaba humo por la comisura de los labios.

—Bueno. —Hannah inclinó la cabeza hacia atrás y dio una calada profunda a su cigarrillo—. Yo lo veo así: en estas fiestas, al menos la mitad de las personas son hombres, ¿no? Y la mayoría deben estar casados.

—Sí, porque todos son unos carcas —observó Tina con desgana, sacudiendo su ceniza.

—Cierto, pero ¿qué les sobra a todos los hombres mayores?

—¿Viagra?

Hannah soltó una risita y tosió por el humo al hacerlo.

—¡Dinero, tonta!

—¿Qué quieres decir?

Tina se fijó más en ella. Hannah había ido a colegios privados y a Tina le parecía sofisticada y con mucho mundo. Tina estaba dispuesta a seguirla adonde la llevara su confianza en sí misma.

—Que deberíamos intentar ligar con ellos.

—Y después ¿qué?

Dean, uno de los camareros más experimentados, asomó la cabeza por la puerta de la cocina:

—¡Eh, chicas! Tenéis que volver al turno. Ya.

Ambas dejaron caer sus cigarrillos y apagaron las colillas bajo los idénticos zapatos negros que Kath Hughes había insistido en que llevaran.

Hannah le pasó el móvil a Tina mientras volvían a entrar.

—¿Por qué no vienes a mi casa cuando acabemos y hablamos un poco más? Apúntame tu número y te enviaré la dirección.

Hannah vivía en Chineham, un barrio a las afueras lleno de árboles, en el extremo norte de Basingstoke.

Tras discutir con su madre, Tina consiguió que la llevara hasta el centro de la ciudad y cogió un autobús para recorrer el resto del trayecto.

—No veo por qué quieres volver a salir a estas horas de la noche, no cuando has estado trabajando toda la tarde —refunfuñó su madre, que daba marcha atrás con su maltrecho monovolumen en la entrada del número 7 de Rowan Drive.

—Mamá, solo son las diez —dijo Tina con un suspiro exagerado—. No es tan tarde. Y acabamos de perder cerca de una hora discutiendo sobre el tema.

—No exageres, Christina, solo han sido diez minutos.

Donna Locke condujo con rapidez y de forma agresiva. Hacía rascar las marchas y apenas se detuvo al llegar a la estación de autobuses. En cuanto su hija salió del asiento del copiloto, se marchó con un chirrido de neumáticos y sin mirar atrás.

Cuando Tina se bajó del autobús y giró en Maynards Lane, le resultó evidente —si es que no lo sabía ya— que los padres de Hannah tenían mejores carreras y ganaban más dinero que la suya.

Se quedó unos segundos mirando con envidia la hermosa casa unifamiliar de tres plantas con entrada de grava y frontones de estilo Tudor antes de llamar al timbre.

Hannah se llevó el dedo a los labios en cuanto abrió la puerta principal y señaló hacia arriba para indicar que sus padres ya estaban en la cama y que no debían hacer apenas ruido. Entraron en una cocina amplia y bien iluminada, donde, con desenfadada generosidad, Hannah le ofreció refrescos a su invitada. También había café expreso de una enorme cafetera cromada, y té hecho con agua que salía de un grifo especial. Tina se sintió miserable y cohibida con sus mallas baratas de mercadillo y su sudadera de supermercado. Más aún cuando la condujo a su dormitorio, decorado en tonos frambuesa y crema, con una cama de matrimonio. Tina aún tenía que dormir en una litera que compartía la mitad de las veces con su hermanastra menor, Jodie.

Se acomodaron en el banco de la ventana, que estaba abierta; Tina se bebía la Coca-Cola Light que había elegido y lanzaba el humo fuera.

—Tenemos que coquetear con los hombres cada vez que tengamos la oportunidad —dijo Hannah, con los labios curvados en una sonrisa alrededor del filtro de su cigarrillo.

—Pero solo si Kath no nos ve.

—Sí, claro. Tenemos que ser muy sutiles. Lo suficiente para que crucen la línea. Así se sentirán culpables por si sus mujeres se enteran y harán lo que queremos.

—¿Te refieres a pedirles dinero?

—Podríamos hacerlo. O incluso cogerlo cuando no miren.

—¿Y si una de nosotras consigue dinero y la otra no? —Tina miró dubitativa las largas piernas y el fascinante pelo de Hannah.

—Tenemos que informar de todo lo que ganamos, y nos lo repartimos al cincuenta por ciento.

—Entonces, ¿es como un negocio?

—Como un negocio o una banda organizada. —Hannah giró la cabeza hacia la ventana para expulsar una ráfaga de humo—. ¿Has oído hablar de la banda de los Cuarenta Elefantes? —Tina negó con la cabeza—. Era una banda de ladronas de los años veinte. Se lo tomaban como una forma de tener poder en un mundo de hombres. Hay un libro sobre ellas en la biblioteca de mi insti. —Hannah arrojó una columna de ceniza al jardín—. Creo que deberíamos ser como los elefantes cuarenta y uno y cuarenta y dos.

—¿Estás diciendo que lo que hagamos será… ¡legal? —Tina sintió un pequeño escalofrío de excitación, la emoción de lo prohibido.

Hannah sonrió.

—Casi ilegal.

En su primera noche, ganaron veinticinco libras.

Estaban sirviendo el aperitivo en una jornada de desconexión para los empleados del Ayuntamiento, que se celebraba en un hotel rural. Tina no tuvo suerte con los hombres, pero se las arregló para conseguir cinco libras de una de las invitadas cuando se la encontró en el aseo de señoras, después de contarle la triste historia de que necesitaba comprar tampones. Hannah permitió que un cliente le pusiera la mano en el trasero en el ascensor y, cuando ella le mintió al decirle que estaba obligada a denunciar cualquier insinuación a Kath Hughes, él le dio un billete de veinte para comprar su ficticio silencio.

—¿Crees que deberíamos tener sexo con ellos? —preguntó Tina tras repartirse el botín aquella noche. Fiel a la palabra de Hannah, las veinticinco libras se dividieron en mitades iguales, por lo que ella había salido mejor parada en su empresa hasta el momento—. Seguro que pagarían mucho por eso.

—¡Dios, no! —se sorprendió Hannah—. No necesitamos ir tan lejos. Eso nos convertiría en prostitutas.

Resultó que tenía novio, Levi, y afirmó que la dejaría si se enteraba. Aun así, lo que estaba en juego era, en general, menor para Hannah. Vivía en aquella gran casa de Chineham, sola con sus padres, ya que su hermana mayor se había marchado a la universidad, y le daban una generosa asignación. Tina, en cambio, vivía en una casa pequeña, hacinada con sus hermanos pequeños, su madre y su padrastro, y los hermanastros que iban y venían según el acuerdo de custodia compartida. El espacio era escaso y el dinero también. Tina estaba deseando marcharse.

Hannah y ella se propusieron estar disponibles para todos los trabajos de camarera que surgieran, y le pidieron a Kath Hughes que las incluyera en la misma lista, lo que ella hizo encantada. A medida que se volvían más audaces y atrevidas, su negocio empezó a generar más dinero, pero a Hannah le seguía yendo mucho mejor que a Tina. Se repartían las ganancias a partes iguales, pero Tina seguía frustrada por su papel de número dos. Empezó a sentirlo como una competición.

Se gastó parte del dinero en maquillaje y perfume nuevos y fue a una peluquería para que le hicieran mechas decoloradas en su melena de ratón. Su madre le dijo que parecían cutres, y que los mechones plateados de Hannah eran aún más llamativos, pero a Tina le dieron una inyección extra de confianza. En el siguiente evento, acumuló un total de treinta libras al meterse en la parte trasera de un taxi con un invitado borracho y permitirle que le tocara los pechos, para utilizar después la frase de Hannah sobre denunciarlo a Kath Hughes.

Su padrastro se ofreció a prestarle su bicicleta para ir y volver de los trabajos de catering, pero ella la rechazó. El encuentro en el taxi había sembrado una idea.

—Deberíamos fingir ante los invitados que necesitamos que nos lleven a casa —le dijo a Hannah durante una de sus pausas para

fumar—. Si consigues meterte con un hombre solo en un coche, hará cualquier cosa. Una presa fácil.

Y, en efecto, cuando se quedó desamparada al borde de la carretera tras el siguiente evento, se detuvo un hombre mayor en un Jaguar.

—¿Necesitas que te lleve, querida?

«Querida». ¿Quién demonios usaba ya ese término cariñoso?

Dentro, el coche olía a cuero, a humo de puro y a aftershave caro. El hombre tenía bigote y vestía un abrigo cámel con cuello de terciopelo que contrastaba con Tina, que solo llevaba una fina rebeca sobre su ajustada blusa de trabajo.

—Eres una cosita muy sexi, querida. —Sonó como un actor de una vieja película en blanco y negro.

Cuando él se inclinó para besarla, el sabor a puro de su aliento le dio ganas de vomitar, pero se contuvo. Sin embargo, sus dedos entre las piernas eran ásperos e insistentes, y ella no pudo evitar soltar un pequeño gemido.

—¿Cuántos años tienes, querida?

—Quince —susurró ella, y lo vio retroceder conmocionado.

—Lo siento —murmuró—. No dirás nada, ¿verdad?

—Depende —dijo con timidez.

Treinta segundos después, estaba de pie en el arcén con cinco billetes de veinte libras en el bolso; más de lo que ninguna de las dos había ganado en una noche hasta entonces.

Lo había conseguido. Había descifrado el código y había vencido a Hannah.

Tina compartió las cien libras con ella, pero no le dijo cómo había conseguido semejante suma. De todos modos, a su compañera no le serviría de nada, razonó. Como era mucho más alta que Tina, era poco probable que los invitados creyeran que era menor de edad. Y

también estaba la cuestión de Levi. Tina quería mantener su ventaja secreta. No quería volver a ser la desvalida, la que menos ganaba.

Su banda de dos siguió ganando dinero hasta el verano; obtuvo una media de seiscientas libras al mes, además de lo que ganaban con la empresa de catering. Hannah se fue de viaje con Levi durante el verano, y Tina encontró un trabajo temporal en la sucursal local de Boots, pero, en septiembre, la encarnación de la banda de los Cuarenta Elefantes volvió a reunirse.

Entonces, en octubre, en un acto de una empresa de suministros veterinarios, Tina vio a alguien que le interesó.

—Mira a ese —le susurró a Hannah mientras le daba un codazo, y lo señaló.

—¿Cuál?

—El de pelo oscuro.

—¿Te refieres al joven y guapo? —Hannah soltó una risita.

—Sí. —Tina suspiró—. Está como un queso, ¿verdad? Y también bebe refrescos, lo que significa que probablemente va a conducir esta noche.

—Me lo pido —dijo Hannah riendo.

—Yo lo he visto primero. —Tina le lanzó una mirada.

—Vale, vale. —Levantó las manos en un gesto de derrota—. Haz lo que quieras.

Su turno duraba dos horas y, al terminar, Tina se alegró de descubrir que se había desatado una tormenta de otoño. La lluvia azotaba las ventanas y el viento ululaba en las esquinas de los edificios del hotel. Era el tiempo perfecto: en esas condiciones meteorológicas, solo los más duros de corazón pasarían de largo sin ofrecerse a llevarla.

Esperó en la parada de autobús más cercana al hotel y se metió un chicle en la boca para que su aliento oliera a menta. Su rebeca ya estaba empapada y sus piernas desnudas, heladas.

Y lo vio al volante de un monovolumen plateado. Se acercó al bordillo y se colocó de modo que fuera imposible que él no la viera. Él se detuvo y bajó la ventanilla del copiloto.

Contuvo la respiración, y esperó. ¿Se lo tragaría?

Y entonces el hombre dijo:

—Sube.

8

LOUISE

AHORA

Tras decidir preparar pescado para la cena, Louise tuvo que ducharse, cambiarse y volver a la cocina poco antes de las seis para empezar.

Para su sorpresa, Renée apareció unos minutos después con un elegante maxivestido negro y un montón de joyas plateadas. Llevaba el pelo recogido en un moño estirado y rígido, un peinado que Louise consideraba propio de una mujer dedicada a la política.

Sonrió con calidez y señaló con un dedo anillado en dirección a los ingredientes.

—¿En qué puedo ayudarte?

—En nada, de verdad. —Louise se sonrojó un poco—. Es muy amable por tu parte, pero no hace falta. Ya está todo arreglado.

—Tonterías —dijo Renée con firmeza. Cogió el que debía ser el delantal de Pascale de detrás de la puerta y se lo ató a la cintura—. Yo me ocuparé de las patatas. —Sacó un pelador de un cajón y empezó a quitarle la piel a una con movimientos largos y seguros.

—Iba a asarlas en el horno.

—Un puré de patata cremoso será mucho más agradable, creo. Tenemos mantequilla, ¿no? —Renée se dirigió a la nevera, sus sandalias Louboutin resonaban en las baldosas de piedra—. Pascale tiene mucha mantequilla, por supuesto. Sabe lo que me gusta.

Renée cogió un bloque y volvió a pelar patatas, mientras que

Louise extendía el hojaldre y untaba generosamente con pesto los lados del salmón antes de sellarlos bien con la masa y pintarla con huevo batido.

—Veo que eres una cocinera consumada —observó Renée—. Tim es un hombre muy afortunado. Y muy guapo. Así que tú eres una mujer afortunada —añadió con lo que Louise pensó que era franqueza europea—. Me entusiasma que Tim y yo hagamos negocios juntos.

—¿Y tú?, ¿cocinas mucho? —preguntó ella. Quería cambiar de tema, le incomodaba esa admiración por su marido.

—No muy a menudo, por desgracia. —Renée puso las patatas cortadas en una cacerola grande—. Pero lo disfruto. Me relaja.

Le explicó cómo su madre, que había sido una excelente cocinera, le había transmitido sus habilidades culinarias cuando ella era joven, ya que creía que eran necesarias para prepararla para un matrimonio de éxito.

—Se quedó decepcionada, me temo —dijo con una sonrisa de pesar—. Porque aquí estoy: cuarenta y siete años, y nunca me he casado.

Después de poner a hervir las patatas, fue a la nevera, sacó una botella de Puligny-Montrachet, sirvió dos copas y le dio una a Louise sin preguntarle si quería.

—¿Nunca has querido casarte? —preguntó ella mientras despuntaba las judías verdes.

—En realidad, no. —Renée se encogió de hombros—. He tenido relaciones, por supuesto; y una vez, bueno, digamos que una vez pensé que podría pasar, pero mi carrera siempre ha sido lo primero. Y ahora… —Desprendía dulzura, y de repente parecía una niña—. Creo que tal vez no es demasiado tarde.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos Jared y tú?

Renée dio dos tragos, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Alrededor de un año y medio —dijo, más serena—, no es tanto tiempo. Claro, hay diferencia de edad. Él solo tiene treinta y cuatro años y yo no puedo darle hijos. Así que quizá en el futuro… —Se encogió de hombros.

—Se os ve muy bien juntos —mintió Louise. La verdad era que apenas los había visto interactuar.

—La verdad es que sí. ¿Y sabes qué? —Renée dio un trago triunfal a su vino—. ¿Quién sabe lo que podría pasar? Nunca se sabe, ¿verdad?

Louise asintió, agradecida de que Renée no pareciera del tipo de las que se dejaban arrastrar por el drama en las relaciones y de que, más allá de sus negocios, no pareciera tener ningún interés en Tim. Sí, había habido algún flirteo superficial, pero todo formaba parte del baile de las negociaciones del contrato. Louise se sintió aliviada, entre otras cosas, porque empezaba a creer que Renée era alguien en quien podía confiar.

—Y tú, Louise, ¿siempre quisiste tener hijos? —preguntó ella un poco más tarde, mientras las dos cargaban la comida en fuentes para llevar a la mesa.

Louise vaciló.

—¿Dices que si siempre estuve segura? Para ser sincera, no. Mi infancia no fue fácil. Estuvo llena de dificultades y obstáculos. Así que no tenía mucha confianza en tener mi propia familia. No tenía un ejemplo en el que basarme.

—¿En serio? —Renée se dispuso a batir un poco de aliño para ensalada en un cuenco de cerámica—. Eso me sorprende mucho. Tienes un talento natural con tus hijos. Y Tim y tú parecéis tan felices…

—Lo somos —convino Louise—. Tenemos mucha suerte. —Se encogió de hombros, recogió la bandeja con el pescado y se dirigió a

la puerta de la cocina—. Pero, ya sabes, ninguna familia es perfecta, ¿no crees?

Después de que el grupo se reuniera para comer y expresaran lo delicioso que estaba, Renée cruzó la mirada con ella y levantó su copa de vino en un pequeño brindis. Pero Louise se dio cuenta de que su atención no se centraba en ella ni en Tim, sino en Richard y Merry Stafford.

9

TIM
ENTONCES

La camarera subió al asiento del copiloto con una sonrisa de agradecimiento que hizo que su rostro, más bien duro, resultara mucho más bonito. Sus ojos eran un poco demasiado pequeños, su nariz un poco demasiado grande, su barbilla un poco demasiado cuadrada, pero había algo en la combinación de sus rasgos que resultaba bastante atractivo. La camisa mojada se le pegaba al torso y revelaba un cuerpo delgado pero curvilíneo, y llevaba un perfume fuerte y dulce que olía a vainilla, mezclado con una tenue nota de humo de cigarrillo. Tim supuso que, de un modo objetivo, se la consideraría atractiva.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, desesperado por normalizar la situación.

—No necesitas saberlo. —Le dedicó una sonrisita de suficiencia.

Se encogió de hombros.

—Vale, como quieras. Y la otra chica, la alta con el pelo platino, ¿es amiga tuya?

—Pues sí. —Ella miró a la parte trasera del coche: el maletín clínico estaba sobre el asiento junto a la bolsa empapada de Curadex—. ¿Así que eres veterinario?

—Así es, sí. —Señaló con la cabeza en dirección a su bolsa—. Siempre hay que viajar preparado, por si me llaman para una emergencia.

—Guay. —Le sonrió, y siguió masticando.

En cuanto llegaron a Kempshott, ella le indicó una urbanización de casas cuadradas de nueva construcción junto a Winchester Road. Él se detuvo frente a la casa que ella le señaló y esperó a que saliera del coche. Pero, aunque se había desabrochado el cinturón de seguridad, no abrió la puerta. Se volvió hacia él.

Con el corazón acelerado, Tim la escudriñó. De alguna manera sabía lo que estaba a punto de ocurrir. De hecho, era como si lo hubiera provocado él mismo al pensar que era atractiva. Ella se sacó el chicle y, con la bola viscosa aún entre los dedos, lo besó. Su boca sabía a menta y a brillo de labios de cereza.

Quería que parara, claro que sí. No lo había pedido, ni la había invitado expresamente. Sin embargo, se quedó inmóvil, pasmado. Y, aunque sus insinuaciones no eran bienvenidas, también resultaban muy excitantes por lo inesperada que era la situación. Su cabeza le decía con firmeza que no, que era absurdo, que no quería. Pero su cuerpo, alejado de cualquier intimidad física con Louise durante meses, le decía otra cosa.

Con un movimiento muy experto, la mano de ella se deslizó hasta su entrepierna. Tras apartar como pudo de algún modo su boca, Tim consiguió graznar:

—¡No! ¿Qué coño haces?

—¿Qué coño crees que estoy haciendo? —le preguntó en tono burlón, con una sonrisa triunfal en el rostro. Le desabrochó el cinturón, se subió a su regazo y apretó sus pechos húmedos contra el suyo. Su cuerpo era compacto y sorprendentemente fuerte. Y él estaba excitado, claro que lo estaba. Sus instintos más básicos se habían puesto en marcha, muy a su pesar.

Tim siguió protestando, pero, de algún modo, le había bajado la bragueta y deslizado su erección dentro de ella. ¿Qué había pasado con su ropa interior? ¿Llevaba algo puesto? Estaba a horcajadas

sobre él y se contoneaba al compás de la lluvia que golpeaba el techo del coche. Presa de un pánico ciego, Tim intentó apartarse, pero no tenía adónde ir, estaba atrapado en el asiento. Y estaba teniendo sexo con ella, aunque no quisiera. Entre jadeos, apretó la palma de la mano contra el pecho de la chica e intentó zafarse, pero fue inútil.

Unos segundos después, todo había terminado. La chica se bajó de él, le dedicó una sugerente sonrisita y desapareció bajo la lluvia torrencial. Tim giró el coche hacia la salida 7 de la M3 y condujo los veinticinco kilómetros de vuelta a Winchester, temblando a pesar de tener la calefacción a tope.

«¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?».

Las palabras se repetían en bucle en su cerebro. No había querido sexo, no lo había pedido. Y, sin embargo, acababa de hacerlo con una completa desconocida. Era mucho más grande y fuerte que ella, así que ¿por qué no lo había impedido? Podía haber abierto la puerta del conductor, salir de debajo de ella. Pero estaba tan paralizado por el shock que no lo había hecho.

Llegó a casa quince minutos más tarde. El plan a cinco años de los Cutler era comprarse una casa grande con aparcamiento, pero, por el momento, no le quedaba más remedio que intentar encontrar un hueco libre en la calle de adosados victorianos donde habían comprado su primer hogar conyugal. Ya en un pequeño hueco, permaneció sentado en el coche durante un buen rato, temeroso de entrar por si Louise percibía las oleadas de desesperación que irradiaba. Los dos habían sido siempre muy sinceros el uno con el otro. Al principio de su relación habían hecho un pacto: pasara lo que pasara, por muy mal que les fueran las cosas, se lo contarían todo. Pero su mujer estaba de luto por el bebé que acababan de perder y recuperándose de una depresión profunda. ¿Cómo cumplir ese pacto en esos momentos?

Al salir del asiento delantero, vio un trozo de papel en el espacio para los pies. Algo que debía haberse caído del bolsillo de la chaqueta de la chica al salir del coche. Lo desdobló y vio que era una nómina, del tipo que se guardaba en un sobre marrón con el salario en efectivo. Era de 27,40 libras, pagadas por Greenleaf Catering a Christina Yorke. Ella no había querido que él supiera su nombre, pero ahora lo sabía. Guardó el resguardo en el bolsillo interior de la chaqueta, porque el instinto le decía que tenía que conservar aquella información.

Cuando entró, las luces del salón seguían encendidas y Louise dormía en el sofá. Se quedó mirándola durante unos minutos: su boca enmarcada por los hoyuelos a ambos lados, las largas pestañas posadas en su mejilla, los suaves rizos castaños de su pelo. Su dulce, confiada y preciosa Louise.

No podía contárselo. Simplemente, no podía hacerlo.

10

CHRISTINA
ENTONCES

Tina hizo dos cosas en los días siguientes.

Siguió adelante con el plan de Hannah para ganar dinero como si nada hubiera pasado. Hannah le había mandado un mensaje después:

«¿Cómo te ha ido? ¿Has conseguido pasta?».

«No —había respondido al final—. Nada que hacer».

Al fin y al cabo, era la verdad. No había recibido nada, todavía no.

Lo segundo que hizo fue ponerse a buscar más información sobre Timothy Cutler, de FRCVS. Algunos lo habrían llamado acoso. Tina prefería considerarlo una investigación válida. Al fin y al cabo, llevaba una placa con su nombre.

Resultó que no había mucho. Enseguida encontró la consulta de Winchester en la que era socio junior y, a través de la biografía de su página web, supo que había estudiado en la Universidad de Exeter. Había una foto de él con cara sonriente y confiada, e hizo una captura de pantalla en su teléfono. Aparte de eso, no tenía más presencia en las redes sociales que una vieja cuenta de Facebook. Hacía tiempo que no se actualizaba, aunque revelaba que en 2006 se había casado con una tal Louise Gilbert. Su mujer también tenía una cuenta de Facebook, pero su configuración de privacidad era como Fort Knox. Un poco más de «investigación» reveló que era profesora en un colegio femenino de Winchester. Su foto mostraba a

una mujer de aspecto corriente, cara agradable y pelo castaño ondulado. Se parecía a…, bueno, a una de las profesoras de Tina.

Sin saber cómo seguir, no hizo nada durante un par de semanas. Supuso que podría presentarse en su trabajo. O incluso, tras indagar un poco más, encontrar la dirección de su casa y aparecer allí. Pero ambas opciones eran demasiado públicas. Podrían llamar a la policía. O, Dios no lo quisiera, a su madre. No, tendría que ser algo más privado. Pero primero necesitaba un número de teléfono. Volvió a la página web de la clínica veterinaria y, en los datos de contacto, vio un número de móvil que aparecía como «Urgencias y fuera de horario». Escribió un mensaje y pulsó enviar.

Hola, soy a la que llevaste a Kempshott el mes pasado, necesito hablar contigo.

Para su sorpresa, enseguida recibió una respuesta.

¿Quién eres?

Quienquiera que fuese no había negado que la llevara. Así que debía ser él, ¿no?

«No necesitas saberlo», tecleó.

Como quieras. ¿Dónde nos encontramos?

Los latidos de su corazón se aceleraron. Era él, de lo contrario, ¿por qué querría reunirse con quienquiera que tuviera ese número? Un poco desconcertada por lo fácil que había resultado, su mente se quedó en blanco a la hora de buscar un lugar.

Me da igual.

Al final volvió a mandarle un mensaje, después de lo que parecieron horas, pero no habrían pasado ni veinte minutos.

Hay un Starbucks en Kempshott, en la carretera principal de Winchester. ¿Nos vemos allí mañana a las 14:45?

No había ninguna razón por la que Tina no pudiera llegar a tiempo, pero no quería ponerle las cosas demasiado fáciles.

«Lo más pronto que puedo llegar es a las 16:00», tecleó, eligiendo la hora al azar.

Bien, nos vemos entonces.

Tina no tenía ninguna duda de lo que tenía que ponerse para la cita. Se dirigió al armario que utilizaba su hermanastra cuando estaba en Rowan Drive y tomó prestada su americana del colegio, la corbata y los zapatos de cordones, que combinó con un par de calcetines blancos por la rodilla de su propia y repleta cómoda. Sin maquillaje, por supuesto, y el pelo recogido en una coleta.

Funcionó a las mil maravillas. Él ya estaba allí cuando llegó, lo que fue un alivio. Se le había ocurrido que se encontraría a otro hombre cualquiera esperándola. Pero no, Tim Cutler estaba sentado en un rincón con un café solo y, en cuanto la vio, parecía haber visto un fantasma. Fuera lo que fuera lo que había estado esperando, no era eso.

«Ni siquiera sabe tu nombre —se recordó a sí misma—. Si todo esto se va al garete, no te pasará factura a ti».

Se acercó a su mesa con su lata de Coca-Cola, se sentó y esperó a que hablara. Tenía una cara muy bonita. Le gustaba mucho el contraste entre sus ojos castaños, redondos y casi infantiles, y la barba negra, muy masculina, que le cubría la barbilla como raspaduras de hierro. Se aclaró la garganta.

—Me alegro de que llamaras, porque creo que tenemos que hablar de… la otra noche. —Tina se revolvió el pelo por encima de los hombros, sintiéndose de repente fuera de sí. Disimuló sus nervios

con una sonrisa que esperaba que fuera enigmática—. No debería haber ocurrido. No era lo que pretendía al ofrecerme a llevarte. Y no era lo que yo quería.

—¿Hablas en serio? —preguntó acalorada. Dios, aquello era insultante—. Si un hombre no quiere, no puede hacerlo, ¿no?

—Por desgracia, no es así. Un hombre puede no estar dispuesto mentalmente, pero de todas formas se producen ciertas reacciones fisiológicas. —Parecía cohibido, como si fuera consciente de que sonaba pomposo—. Y está claro que no usamos protección. —Miraba a su alrededor, aterrorizado de que alguien oyera lo que decía—. Así que lo responsable, ahora que estamos aquí, es que me asegure de que no hubo consecuencias no deseadas.

Le aseguró que no estaba embarazada. Luego jugó su baza y vio con satisfacción cómo su rostro se volvía ceniciento.

Cuando lo informó de que lo que iba a ocurrir a continuación le iba a costar caro, en realidad no pensaba en el dinero, sino en un ardiente sentimiento de rechazo que había surgido de la nada. Aquel hombre no estaba interesado en ella, ni lo más mínimo, más allá del asegurarse de que no iba a estropearle su bonita vida quedándose embarazada por accidente. Su padre no se había interesado por ella: se había marchado cuando tenía tres años. Su madre estaba demasiado ocupada con su trabajo y su nuevo marido para prestarle atención. Su padrastro solo la toleraba para mantener la paz. Y ahora Tim Cutler, con su dulce y apuesto rostro de niño de coro, estaba encantado de dejarla de lado tras acostarse con ella. Este último rechazo selló la crueldad.

—Mira, siento mucho que ambos estemos en esta situación, pero, si estás segura de que no estás embarazada… —Volvió a enroscar el tapón de su agua y se levantó para irse. Esa fue su señal.

Tina buscó en el bolsillo de su americana la nota que había preparado y se la puso en la mano.

—Crea una cuenta de correo electrónico que nadie más conozca y envíame un mensaje. Ya te diré lo que tienes que hacer.

—No. —Él parecía haber encontrado valor por fin, y sacudió la cabeza hacia ella—. No, si crees que voy a dejar que me extorsiones, olvídate. No va a pasar.

No debía perder los nervios. Tenía que hacerle creer que iba en serio. Que aquello sucedía de verdad.

—Bien. —Se levantó y lo empujó con brusquedad—. Supongo que prefieres ir a la cárcel.

11

LOUISE

AHORA

El lunes por la mañana, Pascale regresó y la rutina doméstica volvió a la normalidad. En privado, Louise se sintió un poco decepcionada. Había disfrutado mucho formando equipo con Renée, y Pascale la inquietaba un poco. Cada vez que levantaba la vista, la mujer estaba allí, revoloteando, vigilante.

Pero ya que estaba libre de las exigencias de ser cocinera temporal, Louise decidió que estaría bien alejarse de la villa durante un rato, sin Shona Prentice esta vez. Le propuso a Tim que llevaran a los niños a Cotignac para visitar las tiendas y los grandes almacenes, y gastarse parte del dinero de las vacaciones.

—Pero solo nosotros, los Cutler —dijo con firmeza. Los Stafford ya se habían ido al pueblo en taxi para que Richard encargara una remesa de vino a uno de los vinateros locales.

Tim frunció el ceño.

—¿No crees que deberíamos preguntarles al menos a Renée y Jared? Por educación.

—No. No nos echarán de menos durante un par de horas y, además, Renée me dijo anoche que va a venir una esteticista de un balneario cercano para hacerle un tratamiento facial. No pasa nada.

Así que recorrieron los cinco kilómetros en el BMW de la villa y aparcaron justo al sur del río. El calor era sofocante y los niños se quejaron al caminar los quinientos metros que separaban el puente

de la ciudad. Era un lugar muy bonito, con plazas de piedra color miel, herrajes ornamentados, fuentes y sus plátanos de sombra. Tim y Louise se sentaron en una mesa en la acera de la calle principal y tomaron café mientras los niños iban por su cuenta a comprar helados e investigar las tiendas.

—Esto está bien —suspiró Louise. El camarero puso dos cafés con leche muy fría—. La villa es preciosa, pero también es encantador estar los dos solos.

Cubrió la mano de Tim con la suya, y él le apretó los dedos. Otras mesas comenzaban a llenarse y los clientes se reunían en torno a la panadería y la frutería de enfrente. El aire cálido olía a fruta madura: melones y melocotones.

—¿Cómo va el acuerdo de adquisición? —preguntó—. Cuando hablé ayer con Renée, en la cocina, me dio la impresión de que estaba muy interesada en que siguiera adelante.

—Eso espero —dijo él con ganas—. Ha dicho que nos sentaremos algún día para repasar las cifras y la letra pequeña del contrato. Pero no sé cuándo. Antes del fin de semana, en todo caso. —Los Cutler debían volar de regreso al Reino Unido el miércoles de la semana siguiente, el dos de agosto.

—Me gusta Renée —dijo Louise, pensativa. Removía el azúcar de su vaso con una cuchara de mango largo—. Fue un detalle por su parte venir a ayudarme a preparar la cena cuando nadie más se ofreció. —Sabía que Tim entendería que se refería a Shona—. Tuvimos una charla muy agradable mientras cocinábamos la verdura.

—Me alegro, cariño. —Tim volvió a cogerle la mano—. Si os lleváis bien las dos, seguro que ayudará con el acuerdo.

—¿Qué piensas de los Stafford?

—Parecen simpáticos —respondió él con cautela—. Él es un viejo amigo de Renée, pero parece que apenas conoce a Merry. Hablé un

poco con él de sus negocios la primera noche y me pareció bastante amable. No he hablado mucho con ella. Es bastante reservada.

—Ya —convino Louise—. Apenas he hablado con ella, aparte de para pedirle que me pase el pan o el queso. Sin embargo, es muy atractiva, ¿no?

—¿Lo es? —Tim sonrió—. Ya me conoces, cariño, nunca me fijo en otras mujeres. La verdad es que ni las miro.

—Esas extensiones de pelo deben ser muy incómodas con este clima —reflexionó—. Seguro que pesan mucho y tiene la cabeza toda sudada.

—¿Eso es lo que son? —Se rio—. Pensaba que había sido bendecida con una cantidad increíble de pelo.

De repente, se tensó y todo su cuerpo se puso rígido. Apartó de pronto la mano de Louise y se agarró al borde de la mesa. Bajo su nuevo bronceado y su omnipresente barba oscura, estaba muy pálido.

—¿Estás bien? —Louise lo miró, preocupada. Le hizo un gesto al camarero para que llevase agua.

—Sí, sí. —Se recompuso—. Habrá sido un golpe de calor.

A Tim, que tenía sangre maltesa por parte de madre, no le afectaba en absoluto el sol; de hecho, lo disfrutaba. Desde que se conocían, Louise nunca lo había visto sufrir un golpe de calor. Le sirvió un vaso de agua de la jarra que había llevado el camarero y lo observó inquieta mientras bebía.

—¿Cómo estás ahora?

—Bien. Ha sido algo pasajero.

Y, en efecto, el color ya volvía a su cara.

Tim apuró el café y se puso en pie.

—Venga —dijo con brusquedad—. Me apetece darme un baño. Vamos a buscar a los niños y volvamos a la villa.

Volvieron a Le Mas des Flores justo cuando Pascale ponía la mesa

para comer en la galería.

De la cocina salía un delicioso aroma a ajo y en la zona de la piscina se oían risas.

—Si corréis a cambiaros, hay tiempo para un chapuzón rápido antes de comer —les dijo Louise a los niños.

Tim y ella subieron juntos a su habitación. Se quitó la camiseta y los pantalones cortos y se dirigió al cuarto de baño a buscar su bikini, que había tendido en el toallero. Volvió al dormitorio, pero Tim estaba sentado en el borde de la cama, todavía vestido.

—¿No vienes? —preguntó Louise, que cogió su libro y su crema bronceadora.

Él sacudió la cabeza.

—No me apetece.

—Pero eras tú el que quería volver para nadar. —Su voz destilaba un tono de exasperación.

—Lo siento, cariño; todavía me encuentro un poco mal. Quizá no sea buena idea que me dé el sol de mediodía. Creo que voy a sacar los papeles de las clínicas y repasar algunas cifras, así estaré listo para hablar con Renée. —Señaló su maletín comercial, que estaba apoyada contra la pared, junto a la tumbona roja.

—Vale, bien. ¿Nos vemos en la comida?

Él asintió sin levantar la vista y, un poco inquieta, Louise le dio un rápido beso en la mejilla y se dirigió a la piscina.

Lo primero que vio fue la parte posterior de la cabeza de Shona, con el pelo rojo oscuro en un elaborado recogido con un pañuelo de tela de colores brillantes. Estaba sentada en el borde de la piscina, con las piernas en el agua, y la espalda teñida de rosa vivo por la exposición excesiva al sol ardiente.

—Creo que deberías ponerte algo de protección solar —dijo mientras se acercaba a la zona cubierta. Solo cuando Shona giró el cuerpo para ver quién hablaba, Louise vio a Jared Frayn. Estaba en

el agua, con los codos apoyados en el borde de la piscina y una gran sonrisa de dientes blancos americanos. No había ni rastro de Renée. Ni de Kevin.

—Hola, Lou —le dijo, y ella sintió un destello de resentimiento. Solo Tim y sus amigos más íntimos podían llamarla así.

—Tienes la espalda quemada —le dijo a Shona, ignorando a Jared —. Quizá quieras un poco de esto. —Agitó la botella de factor 30.

—No, está bien; entraremos en un minuto.

Louise notó lo fácil que le había salido decir «entraremos» para referirse a sí misma y a Jared, y sintió náuseas en la boca del estómago.

Los dos continuaron su conversación en voz baja, así que ella cogió una toalla de la cesta de mimbre de la cubierta y se acercó a las tumbonas. La única otra persona que tomaba el sol era Merry Stafford, su cuerpo tonificado y esbelto en un bikini azulón.

—Hola. —Louise levantó una mano a modo de saludo.

—Hola —respondió Merry sin entusiasmo.

—¿Richard no está?

—Está en la pista de tenis. Renée ha conseguido que un profesional viniera a jugar con él. —Era la frase más larga que le había oído decir a Merry.

—¿Cómo os conocisteis? —Louise se lanzó a una pequeña charla para llenar el incómodo silencio.

—Era un cliente.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tipo de cliente?

—Yo trabajaba en un balneario, en un hotel cerca de Zúrich. Y él vivía allí, se ocupaba de la gestión logística para Mondiale.

«Así debe ser como conoció a Renée».

—Ah. ¿Hace cuánto tiempo?

—Unos tres años. —Merry cogió su vaso de agua con gas y dio un sorbo.

—¿Y él era un cliente de qué?

—Soy masajista y esteticista.

—¡Oh, fantástico! —Louise se mostró entusiasmada, porque no se le ocurría nada más que decir. Merry no mostró ningún interés recíproco en su historia, así que continuó—. ¿Y todavía te dedicas eso?

Merry sacudió la cabeza, sus largos mechones de pelo ámbar le ondearon alrededor de los hombros.

—Ya no necesito trabajar. —Su tono era serio, sin disculpas.

—Pero ¿aún no tienes hijos?

—Dios, no. —Merry soltó una risita quebradiza—. No los quiero.

En ese momento, los de Louise bajaban por el camino de la piscina, discutiendo a gritos, y Merry aprovechó para marcharse.

Durante el almuerzo, una vez más, fue como si las dos mujeres no se hubieran hablado nunca. Louise intentó obtener más información sobre el balneario de Suiza, pero Merry era tan monosilábica que desistió. Cuando Shona no estaba discutiendo con Kevin, lanzaba miradas largas y sensuales a Jared. Tim, a quien le encantaba la comida francesa, jugueteaba con las cigalas y el alioli en su plato.

—¿Aún te sientes indispuesto? —Louise apoyó la mano en su brazo desnudo.

—Estoy bien. Por favor, no te preocupes. —Su tono era cortante y apartó el brazo de debajo de los dedos de ella.

Se sintió dolida. Tim nunca le hablaba así. Nunca. No había peleas ni discusiones; rara vez incluso desacuerdos.

Después de comer, cuando todos se retiraron a dormir la siesta, subieron a su habitación, pero Tim se sentó en la tumbona roja brillante en lugar de meterse en la cama, junto a ella. Apenas se sentía capaz de abordar la extraña sensación de desconexión que había entre ellos.

—¿Estamos bien? —fue todo lo que pudo decir.

Él apoyó la barbilla en las manos.

—Lo siento, cariño. Supongo que estoy nervioso por cerrar este acuerdo con VCM.

Consiguió sonreír, pero Louise aún sentía una extraña inquietud. Estaban solos en su habitación, pero ya no parecía que estuvieran juntos.

12

TIM
ENTONCES

Tardó varios días en superar el golpe de aquella noche.

Días en los que había tenido que obligarse a actuar con naturalidad, a comportarse como si no pasara nada. Y cuando se le pasó la incredulidad, se dio cuenta. No solo se había acostado con una chica que no conocía, sino que lo había hecho sin protección. ¿Y si estaba embarazada?

La idea lo atormentaba, y el dolor era aún mayor debido a la reciente pérdida de un hijo de los Cutler. Habría sido un castigo demasiado duro que él y Louise no pudieran tener hijos propios, pero esa chica sí. La idea era tan terrible que al principio trató de ignorarla, pero al final aceptó que no podía dejar la pregunta sin respuesta. Hacerlo significaría no tener ni un minuto de paz. Solo podía justificar no contarle a Louise lo que él consideraba «el incidente» si este había terminado de verdad.

No, Tim tenía que asegurarse de que no hubiera consecuencias no deseadas. Y para eso tenía que encontrarla.

Recuperó la nómina que había encontrado en su coche y buscó Greenleaf Catering. La oficina estaba en Basingstoke y la directora era una tal Kath Hughes. Tim esperó a quedarse solo en la consulta y la llamó por teléfono, a través del fijo de la clínica, para que su petición pareciera más oficial.

—Hola, me llamo Tim Cutler, fui uno de los invitados al evento de

Curadex de la semana pasada. Estoy intentando conseguir los datos de contacto de una de sus camareras. No sé si se acuerda, pero fue la noche de la tormenta y llovía a cántaros, así que me ofrecí a llevarla. —Las mejores mentiras, razonó, tienen un gran componente de verdad—. Resulta que se dejó el monedero en mi coche. Se le debió caer del bolsillo del abrigo.

—¿Sabes cuál? —preguntó Kath Hughes.

—¿Cuál?

—¿Qué chica?

—Hmmm. —No podía describirla como «la sexi»—. Era la que trabajaba con su amiga más alta, la que llama la atención por su pelo rubio claro. Creo que dijo que se llamaba Christina. —Sabía muy bien que ese era su nombre, pero no quería que pareciera que había una razón para que lo recordara.

—Ah, sí, sería Tina Locke. Dame un minuto. —De fondo se oyó que se abrían cajones abiertos y hojeaban papeles. Kath volvió a ponerse al teléfono—. ¿Tienes papel y boli?

Le dio el número de móvil de Tina. Él lo guardó en su teléfono como «Curadex».

Por mucho que quisiera acabar con el asunto lo antes posible, Tim se dio cuenta de que habría un plazo mínimo de un par de semanas para que se confirmara un posible embarazo. Así que esperó. En noviembre, dieciséis días después del acontecimiento de Basingstoke, estaba a punto de escribir un mensaje a Tina cuando, sin que nadie se lo pidiera, recibió un mensaje de «Curadex».

> Hola, soy a la que llevaste a Kempshott el mes pasado, necesito hablar contigo.

Le sorprendió que ella hubiera conseguido su número. Debía haberlo encontrado en la página web de la consulta, lo que

significaba que sabía su nombre. Eso no era bueno. Ya tenía pesadillas en las que ella aparecía en la puerta de su casa o, peor aún, en la escuela en la que Louise daba clases.

No había escrito su nombre en ningún momento y, para tantear el terreno, escribió: «¿Quién eres?».

Esperaba que alguien de su edad hablara a todas horas por teléfono, así que no le sorprendió recibir una respuesta de cinco palabras cinco minutos después.

No necesitas saberlo.

Como quieras. ¿Dónde nos encontramos?

Su siguiente mensaje lo inquietó, porque revelaba lo joven que era: «Me da igual».

Para estar seguro, decidió que debían encontrarse en un lugar público. No en un bar de verdad, porque sería demasiado acogedor. En su lugar, eligió un Starbucks en el otro extremo de Kempshott y sugirió que se reunieran allí al día siguiente a las 14:45. Antes de que oscureciera, y sin proponerle que comieran o tomaran una copa.

«Lo más pronto que puedo llegar es a las 16:00», respondió ella.

Tim comprobó sus citas para el día siguiente. Tenía una cirugía menor por la mañana y había planeado ir a Basingstoke justo después, para volver a casa tras ver a Tina. Aún podía hacerlo, pero llegaría un poco más tarde. Le envió un mensaje diciendo que a las cuatro de la tarde estaba bien. Por supuesto que no estaba bien. Nada de aquello estaba bien.

***

Desmond entró en el quirófano a la mañana siguiente. Tim suturaba el abdomen de una gata recién esterilizada.

—Quería preguntarte cómo te fue en la fiesta de Curadex. ¿Algún cotilleo interesante?

Tim negó con la cabeza.

—Nada. Excepto una oferta de descuento en pedidos al por mayor; el tipo de trato habitual.

—Tal vez Amy pueda prepararlo.

—Será más fácil si lo hago yo. No estoy seguro de que los programas de contabilidad sean su fuerte.

—Me parece justo. Será mejor que vuelva a atender las consultas externas.

Desmond salió del quirófano y Tim vio que Claire, su enfermera veterinaria, levantaba al gato inconsciente de la mesa y lo llevaba a la zona de recuperación. Su móvil zumbó en el bolsillo de su bata. «Mensaje de "Amorcito"».

> ¿A qué hora volverás? He pensado en cocinar algo especial. xxx

Tim suspiró. Ojalá pudiera haber ido directo a casa y no volver a ver a Tina Locke.

«No muy tarde —tecleó—. Te quiero xxx».

Después de pulsar «Enviar» se quitó la bata, le dijo a Amy que iba a reunirse con un representante de suministros veterinarios y condujo hasta Kempshott. Llegó unos minutos antes. Pidió un americano y una botella de agua y se sentó al fondo, en el rincón más oscuro que encontró.

A las cuatro y cinco se abrió la puerta y entró Tina. Compró una lata de refresco de cola en la caja y a él se le hizo un nudo en la garganta cuando ella se giró para acercarse a la mesa.

Llevaba uniforme escolar.

—Me alegro de que llamaras, porque creo que tenemos que hablar

de… la otra noche. —Tim se aclaró la garganta. Esperaba haber recuperado la compostura; al menos por fuera, porque el pulso aún le retumbaba en los oídos. Así que era adolescente. Dios, era peor de lo que había pensado.

Tina lo miró y sacudió su pelo mal peinado por encima de los hombros, pero sin decir nada. Le resultaba imposible leer su expresión. ¿Estaba nerviosa, se divertía o… qué? Por un segundo, habría jurado que casi parecía satisfecha de sí misma. Cuando se habían conocido iba muy maquillada. Ahora llevaba la cara limpia y parecía mucho más joven.

—No debería haber ocurrido —continuó—. No era lo que pretendía al ofrecerme a llevarte. Y no era lo que yo quería. —Miró el café, que se enfriaba con rapidez y que tampoco quería.

—¿Hablas en serio? —se burló ella, y él vio una bola de chicle en su lengua—. Si un hombre no quiere, no puede hacerlo, ¿no?

—Por desgracia, no es así. Un hombre puede no estar dispuesto mentalmente, pero de todas formas se producen ciertas reacciones fisiológicas. —Era consciente de que sonaba pomposo, pero continuó —: Y está claro que no usamos protección. Así que lo responsable, ahora que estamos aquí, es que me asegure de que no hubo consecuencias no deseadas.

—¿Quieres decir, si estoy embarazada? —Otra vez esa sonrisa de suficiencia.

—Sí.

—No, no estoy embarazada. Tomo la píldora. Pero tengo quince años.

Tim sintió que la sangre le desaparecía del rostro. Bajo la mesa, su rodilla izquierda tembló sin control. No tenía hermanas y se había educado en un colegio masculino. No tenía ni idea de la edad real de las adolescentes.

—¿Quince? —repitió en un susurro.

—Sí. Quince —dijo Tina con calma—. Todavía no tengo la edad legal de consentimiento. Y eso te va a costar mucho.

Tim aún no había tocado su café, y no iba a hacerlo ya. Supo que vomitaría si lo hacía. En lugar de eso, destapó la botella de agua y dio un sorbo.

«Si lo hubiera sabido…» Pero no llegó a pronunciar la frase. No servía de nada decir: «Si lo hubiera sabido, nunca lo habría hecho», porque eso implicaría que habría estado encantado de acostarse con ella si fuera mayor. Y no era el caso. Ella podría haber tenido veintinueve años, la misma edad que él, y, aun así, nunca habría querido acostarse con ella en el asiento delantero de su coche.

—Pero eres camarera en una empresa de catering —dijo en su lugar.

—En este país puedes trabajar legalmente si tienes quince años —dijo de manera afilada—. Siempre que sea a tiempo parcial. Tengo un montón de amigos que tienen trabajos a tiempo parcial por la tarde, o los sábados.

Él negó con la cabeza.

—Mira, siento mucho que ambos estemos en esta situación, pero, si estás segura de que no estás embarazada…

Empezó a echar la silla hacia atrás. A pesar del frío de noviembre, la calefacción de la cafetería estaba encendida y apenas entraba aire, y Tim estaba empezando a sudar mucho. Solo quería salir de allí y no volver a ver a aquella chica.

Tina no se levantó, sino que le entregó un papelito. En él había una dirección de correo electrónico: «fortytwoelephants@hotmail.com». ¿Por qué la había elegido?, se preguntó. Estaba claro que seguía sin querer revelar su verdadero nombre. Sintió un escalofrío de mezquindad por el hecho de que ella no supiera que él ya lo sabía.

—Crea una cuenta de correo electrónico que nadie más conozca y envíame un mensaje. Ya te diré lo que tienes que hacer.

Tim la miró fijamente, trató de obtener pistas de la expresión de la chica. Aquel era uno de los suburbios menos acomodados de Basingstoke, pero iba limpia y bien arreglada. Su camisa y sus calcetines eran de un blanco inmaculado, y la chaqueta acolchada que llevaba sobre el uniforme era de marca. Nada sugería privaciones ni una necesidad monetaria desesperada. ¿Cuál era de verdad su objetivo?

—No. —Sacudió la cabeza—. No, si crees que voy a dejar que me extorsiones; olvídate. No va a pasar.

—Bien. —Tina se levantó, y olió de nuevo su empalagoso perfume de vainilla cuando pasó junto a él—. Supongo que prefieres ir a la cárcel.

En cuanto salió de la cafetería y desapareció de su vista, Tim volvió a sentarse a la mesa.

Buscó en Google la ley sobre sexo con menores. Lo primero que descubrió fue que era complicada. Muy complicada, con un gran número de variables en torno al consentimiento, la coacción y la captación. En su opinión, dado que no había premeditación y el acto había sido consentido, la pena máxima era de unos cinco años. Pero si se añadía el que tenía un expediente intachable, que además ignoraba la edad de Tina y que no había iniciado ni pedido el contacto físico —aunque sería difícil de probar ante un tribunal, lo sabía— lo más probable era una condena condicional. Prefería confesar y atenerse a las consecuencias que pasar miedo siempre mientras entregaba Dios sabía cuánto dinero. El sufrimiento de Louise era el punto de discordia. ¿Cómo reaccionaría su mujer?

Sería capaz de afrontarlo, decidió mientras conducía de vuelta por la M3. Porque lo único seguro en la vida era que Louise y él se conocían tan bien como dos seres humanos podrían conocerse jamás. Ella sabía quién era Tim hasta lo más profundo de su ser. Y porque lo sabía, le creería. Creería que él no había buscado ni

deseado lo que había sucedido. Que lo único de lo que era culpable era de debilidad por no luchar físicamente contra la chica.

Sonó su móvil. Era su madre. Ignoró la llamada, y volvió a hacerlo una segunda vez, pero, cuando lo intentó una tercera, pensó en que algo debía ir mal y contestó por Bluetooth.

—Mamá, estoy en la autopista, ¿puedo llamarte luego?

—Tengo que decirte lo del tío Arthur. —Arthur era su tío abuelo, el hermano de su difunto abuelo. No tenía hijos y siempre había estado muy implicado en la vida de Tim y su hermano Phil—. Sabes que no ha estado muy bien estos últimos meses, y me temo que falleció anoche. Lo siento. Sé que lo apreciabas.

—Oh, no. —La voz de Tim se entrecortó. De repente, se sintió abrumado por las lágrimas, tanto por el sonido de la voz de su madre como por la noticia sobre el pobre Arthur.

—Lo siento, cariño —repitió su madre—. Pero ha muerto en paz.

—Avísame del funeral, ¿vale? Lo siento, mamá; tengo que dejarte.

Ya estaba en las afueras de Winchester y, en cuanto colgó, sus pensamientos volvieron de golpe a su terrible dilema. Al «incidente». Iba a tener que contárselo a Louise. No había otra manera.

Al entrar en casa, lo recibieron la música, el calor y los deliciosos olores de cocina.

—He pensado en asar un pollo. —Louise lo besó—. Y he encendido el fuego.

Sonreía y sus mejillas tenían más color que antes.

—Genial. —Tim le devolvió el beso—. Esto merece vino. —De repente, estaba desesperado por una copa, por el reconfortante adormecimiento del alcohol. Sacó una botella de Malbec chileno del botellero de la pequeña cocina, la descorchó y cogió dos copas.

—No —dijo Louise—. No para mí. —Sonreía mientras se lo decía, y sus brazos rodearon su cintura—. No voy a beber. —Él la miró fijamente y sintió un vuelco en el estómago—. Sí. —Ella asintió, sus

ojos brillaban—. Estoy bastante segura de que estoy embarazada, pero quería esperar a que estuvieras en casa para hacerme la prueba y averiguarlo juntos. Es lo que queríamos, ¿no?

—Sí. —Tim trató de ocultar la ansiedad que sentía—. Así es.

—Recemos para que esta vez nada salga mal.

13

LOUISE

AHORA

—Buenos días, cariño. —Louise se despertó y Tim estaba de pie, junto a ella, con un vaso del delicioso zumo recién exprimido que se servía en el desayuno—. Te he traído esto. —Le dio el vaso, corrió las pesadas cortinas y abrió la ventana de cuerpo entero para dejar entrar el perenne aroma floral—. Llámalo ofrenda de paz, si quieres. —Se sentó en el borde de la cama y le acarició el brazo desnudo mientras ella bebía—. Mira, siento haberme comportado así ayer contigo, cariño. Nosotros no somos así, ¿no? No nos tratamos de esa forma. —Louise negó con la cabeza.

»Para ser sincero, ojalá no hubiéramos hecho esto. Quiero decir, venir aquí. No es fácil estar de vacaciones en estas circunstancias. Intentar combinar negocios y placer. Si hubiera sabido que sería tan estresante, tal vez le habría dicho que no a Renée. Pero —levantó las manos— estamos donde estamos. Intentemos aprovecharlo al máximo.

Louise lo tuvo en cuenta.

—¿Cómo estás de tu golpe de calor?

Durante unos segundos, Tim pareció no saber a qué se refería.

—Oh, ya estoy recuperado. Me siento mejor gracias a una noche de sueño reparador y algo de la combustible para cohetes de Pascale.

Otra de las bromas privadas que tenía con Louise era lo fuerte que les resultaba el café del ama de llaves.

—¿Has desayunado?

Él negó con la cabeza.

—Te estaba esperando. Ponte algo de ropa y bajamos juntos.

Cuando llegaron a la sombreada galería, todo el mundo estaba reunido, salvo Merry Stafford, que rara vez desayunaba y no solía salir de la suite hasta el mediodía.

Los tres niños se peleaban por ver quién se quedaba con el pain au chocolat y no con los cruasanes. Kevin y Richard hablaban de las carreras de Fórmula Uno mientras una Shona de aspecto malhumorado los observaba con resentimiento. Louise notó que la piel quemada de su espalda empezaba a pelarse.

—¿Te traigo más café, nena? —preguntó Jared en tono solícito a Renée, tocándole las yemas de los dedos.

Ella asintió con rigidez y apenas esbozó una sonrisa, ni siquiera cuando él le tendió una taza con una galante floritura.

—Buenos días —murmuró Louise, que apoyó las manos en los hombros de Harry y besó a Elodie en la coronilla. Su pelo oscuro, del mismo color que el de Tim, olía a champú de coco y a cloro.

Tim ocupó el asiento vacío al otro lado de Renée, quien le dedicó una breve sonrisa antes de apurar su taza de café y ponerse de pie tras arrojar la servilleta de lino a su plato.

—Si me disculpáis, tengo que prepararme.

—Renée, esperaba que tú y yo pudiéramos sentarnos hoy. —Tim llamó la atención de Louise y ella le dirigió lo que esperaba que fuera una mirada alentadora.

—Lo siento, Tim, tendrá que esperar. Tengo negocios en las oficinas de VCM en Marsella y voy a pasar allí la noche. Tal vez mañana, cuando regrese.

Se levantó de la mesa, pero Jared no la siguió, sino que se dirigió a la piscina mientras recogían la mesa. Louise notó que Shona sonreía satisfecha y se levantaba para hacer lo mismo.

Con Renée fuera durante todo el día, Shona se sintió libre para coquetear con Jared.

Louise vio a los Stafford arquearse las cejas el uno al otro mientras Shona acariciaba los musculosos hombros desnudos del estadounidense. Así que no era solo ella quien se había dado cuenta. Miró en dirección a Kevin, deseaba que reafirmara su conexión con su mujer, pero él parecía empeñado en ignorarlo y se centró en enseñar a su hija a nadar de espaldas. Violet era una niña delgada y tímida, con el pelo fino y una protrusión de los dientes excesiva. Su madre la agobiaba o la ignoraba, y a Louise no le sorprendía que le faltara confianza en sí misma en comparación con los niños Cutler, optimistas y extrovertidos. Sus dos hijos, que eran buenos nadadores, mantenían una competición de saltos en el otro extremo de la piscina.

Sin embargo, durante la comida, Elodie empezó a quejarse de dolor de estómago.

—No me encuentro muy bien —gimió, agarrándose los costados.

—Será por toda el agua de la piscina que te has tragado —observó Tim.

Se decidió que los niños se tomarían una tarde libre de natación. Elodie y Violet fueron a la sala de cine para ver Frozen II, y Kevin retó a Harry a un partido de pimpón.

—A mí tampoco me apetece mucho holgazanear en la piscina esta tarde —le confesó Louise a Tim mientras se tumbaban para su habitual siesta de una hora—. Se hace un poco repetitivo.

—¿Por qué no exploramos los viñedos? —sugirió él—. Estamos en medio de una finca vinícola de seiscientas hectáreas.

Protegidos del sol con sombreros y botellas de agua, diez minutos más tarde salieron cogidos de la mano, como siempre. La zona de la piscina estaba en la parte sureste de la propiedad, y los Cutler se dirigieron hacia el suroeste. Dejaron atrás el cuidado sendero y los

arriates de flores, y se adentraron por un irregular camino pedregoso que descendía por una empinada ladera antes de volver a subir y allanarse en una amplia extensión de viñedos rodeados de robles viejos y nudosos. Las viñas estaban repletas de frutos que pasaban del verde al rosa púrpura.

Tim se inclinó para coger una uva, se estremeció con su sabor agrio y bebió un trago de su botella de agua para quitárselo.

—Creo que estamos de acuerdo en que aún no están listas para la cosecha.

Louise se levantó el dobladillo de la camiseta y se secó la cara sudorosa. Aunque el sol comenzaba a bajar, no había brisa y el calor aún era agobiante.

—¿Qué temperatura crees que hace? —preguntó, cogiendo la botella de agua.

—Unos treinta y dos grados. Vamos a esos árboles, tendremos un poco más de sombra.

Caminaron en silencio. Louise conocía tan bien a su marido que, por la forma en que le cogía la mano, se daba cuenta de que aún le costaba relajarse.

—Es una pena que Renée se haya ido sola hoy —dijo cuando llegaron al tramo más sombrío de la pista—, pero espero que mañana tengas la oportunidad de hablar con ella.

—Crucemos los dedos —suspiró Tim—. No creo que ayude a su estado de ánimo ver las puñeteras payasadas de Shona, que no para de adular al cabeza de chorlito de su novio.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—Es bastante difícil no hacerlo. Y, lo que es peor —Tim destapó la botella de agua y bebió un largo trago—, es obvio que Renée también lo ha notado. —Louise negó despacio con la cabeza—. Y como invitamos a los Prentice, parece que somos responsables.

—Bueno, pues no lo somos. —Decidió no señalar que había sido

Tim quien los había invitado, y que ella se había opuesto.

—Lo sé, pero no podríamos culpar a Renée si nos guardara rencor por nuestra elección de compañeros de vacaciones. Como mínimo, no la va a impresionar. Y mi preocupación es si eso hará que se lo piense dos veces antes de hacer negocios conmigo.

—Seguro que no —lo tranquilizó Louise. Pero a ella ya se le había ocurrido lo mismo.

Cuando volvieron a la villa, Elodie estaba encorvada y dolorida bajo una manta en la sala de proyección y aseguraba que su dolor de estómago había empeorado.

Louise la mandó a la cama con un vaso de ginger ale, y Pascale les dio de cenar pizza a Violet y Harry en la cocina, ya que ninguno de los dos quería probar el pulpo a la niçoise que estaba preparando. Los Stafford habían salido a cenar a Aix-en-Provence, con lo que el número de comensales se había reducido a cinco. Shona, vestida con un escotado mono negro que dejaba al descubierto sus pechos, se reía de forma insípida de todo lo que decía Jared, y la reacción de Kevin ante el comportamiento de su mujer era beber vaso tras vaso de vino. Para cuando se terminó el plato de queso, estaba tan borracho que Tim tuvo que llevarlo a rastras a la habitación de los Prentice.

—Se ha desmayado —le dijo a Shona tras volver a la mesa mientras les servían tarta au citron y café—. Le he quitado los zapatos y he puesto un cubo y una botella de agua a su lado.

—Puto idiota —se burló ella, y le preguntó a Jared por su etapa como socorrista en California antes de formarse para su trabajo actual. Por lo que Louise sabía, su empleo consistía en cobrar mucho dinero a gente adinerada por recomendarles suplementos y terapias alternativas.

Después del postre, Tim se excusó para ir a ver a los niños, pero

Louise se quedó un rato, consciente de que, cuando se levantara de la mesa, dejaría solos a Shona y Jared.

Al final, incapaz de soportar por más tiempo la palpable tensión sexual, se excusó y subió a la cama.

Pasada la medianoche, la despertó el pitido de su teléfono con un mensaje de texto.

Al mirar la pantalla, vio que era de Harry. Hacía poco que le habían regalado su primer móvil, ya que Elodie aún era demasiado joven.

Mamá, creo que oigo vomitar a Elle, será mejor que vengas.

Con un suspiro, Louise miró a Tim. Roncaba y estaba tan profundamente dormido que ni siquiera se movió cuando ella encendió la luz. Aunque no se acercaba a los niveles de consumo de Kevin, desde que había llegado había notado que su marido bebía mucho durante la cena.

Se puso la bata, cogió una botella de agua de la nevera y una toalla del cuarto de baño, y bajó a la habitación que compartían las chicas. La luz estaba encendida y Elodie, recostada sobre las almohadas, con la cara pálida y sudorosa. Violet, tumbada de lado en su propia cama, parpadeaba somnolienta.

—He vomitado, mamá —se lamentó Elodie.

Louise empapó la toalla en agua fría y le secó la cara, igual que Tim había hecho con ella cuando tenía migraña.

—¿Cuántas veces?

—Solo una.

—¿Tu barriga está mejor o peor ahora?

—Un poquito mejor.

—Bien, eso es bueno. Bebe un poco de agua, pero a sorbos pequeños, ¿vale?

Cogió un cuenco de plástico de la cocina, lo colocó junto a la cama

y se sentó al lado de su hija hasta que se durmió. Violet también estaba dormida.

Louise dejó encendida la luz de la mesilla, salió de la habitación y se dirigió al pasillo.

Y entonces lo oyó.

Fuera sonó un amortiguado pero claro chillido de risa. Ella sabía lo que iba a encontrarse, pero necesitaba confirmar sus sospechas, así que se deslizó a través de la puerta de la cocina y bajó por el sendero que llevaba a la piscina; las piedras del camino se le clavaban en las plantas de los pies. El aire nocturno estaba cargado de un empalagoso aroma a jazmín y nicotina. Al llegar a la terraza cubierta, los focos subacuáticos iluminaban los cuerpos de Shona y Jared. Sus cuerpos desnudos. Nadaban sin nada de ropa, eso estaba muy claro. Y quién sabía qué más, dado que los brazos de Shona, que lo besaba, rodeaban el cuello de Jared, y sus piernas, su torso bronceado y reluciente.

Louise se dio la vuelta y se apresuró a entrar en la villa. Estaba temblando, a pesar del aire caliente.

14

TIM
ENTONCES

En efecto, Louise estaba embarazada.

¿Y cómo, se preguntó Tim, iba decirle que corría el riesgo de que lo procesaran por un delito sexual con una menor? No podía. Claro que no podía. ¿Y si el estrés la hacía perder ese bebé también? Estaba atrapado.

Lo primero que hizo fue crear una cuenta de correo electrónico temporal y, a regañadientes, hacer lo que Tina le había pedido. Envió un mensaje en blanco a fortytwoelephants@hotmail.com. A cambio, recibió los datos bancarios y la orden de ingresar mil quinientas libras al mes en la cuenta, o se arriesgaba a que lo denunciara a la policía. Se preguntó por qué se había decidido por esa cantidad. En cualquier caso, a Tim no le sobraba el dinero. Ganaba bastante en comparación con mucha gente, pero su sueldo neto después de descontar impuestos iba a parar a una cuenta conjunta. No había forma de que pudiera desviar mil quinientas libras al mes sin que Louise lo supiera.

Recordó la orden de domiciliación a Curadex que acababa de aprobar en la cuenta de Fairlawn. A Desmond no le interesaba mucho la contabilidad y le dejaba las tareas administrativas a él. ¿Y si manipulaba el sistema contable de la consulta para efectuar pagos regulares en la cuenta de Tina y los sustituía por su propio sueldo? No estaba muy seguro de cómo funcionaría, pero tenía que haber

alguna forma de cuadrar la contabilidad. Tal vez podría hacer algún trabajo temporal extra para compensar la diferencia en sus ingresos, de modo que Louise no notara que tenían menos dinero en su cuenta conjunta cada mes. Solo hasta que naciera el bebé y todo fuera bien, y entonces dejaría de hacerlo. Dejaría de hacerlo y asumiría su responsabilidad.

Pero no, se dijo. Además de inmoral, sería arriesgado. Si el contable se percataba de los pagos, le haría preguntas y podrían despedirlo por mala gestión financiera. ¿Qué debía hacer? Se sentía asfixiado por el aprieto en el que se encontraba.

Pasó un fin de semana horrible, en el que su mente se quedó atrapada en un bucle agonizante infinito, y tuvo que fingir que estaba más que encantado con el nuevo embarazo porque su alegría se vio empañada con la situación de Tina.

El lunes por la tarde, su madre acudió al rescate. Lo llamó y le dijo que su tío abuelo Arthur les había dejado a él y a su hermano treinta mil libras a cada uno.

—¿Qué quería tu madre? —preguntó Louise cuando colgó y volvió a la cocina. Estaba de pie en el hornillo, removiendo la sopa de calabaza que, según ella, era lo único que conseguía comer.

—Cosas del funeral. —No era mentira: se había mencionado la fecha del sepelio.

—¿No le habrás dicho lo del bebé? —preguntó Louise, inquieta—. Esta vez no quiero decírselo a nadie hasta que esté más avanzado.

—No, cariño. —Se inclinó hacia ella y le besó la mejilla.

«Treinta de los grandes —pensó con alivio—. Eso ayudará a mantener a raya a Tina Locke».

—Quería guardarme la sorpresa. Tal vez podamos decírselo a ella, a papá y a tus padres en Navidad.

Louise hizo cuentas con los dedos.

—Creo que estará bien. Mientras nada salga mal.

Después de comer, Tim le envió un mensaje a su madre.

> ¿Puedes pedirle al abogado de A que extienda un cheque solo a mi nombre y lo envíe a Fairlawn? Estamos reorganizando las finanzas (trabajo complicado/cosas de impuestos) y no quiero que termine en la cuenta de la casa. x

Cuando llegó el cheque de treinta mil libras, Tim abrió una cuenta a su nombre en un banco distinto del que utilizaba con Louise.

«¿Qué tal si hago una transferencia de mil al mes? —le preguntó en un correo a Tina—. Seguro que es más que justo».

Pero esto provocó una respuesta de solo tres palabras: «No. Mil quinientas».

Tras ordenar la domiciliación bancaria, agonizaba cada mes mientras el total descendía en mil quinientas libras. La llegada de las notificaciones lo hacía hervir de rabia cada vez. Ese dinero debería haber servido para comprar una casa más grande. O para permitir que Louise disfrutara de una baja por maternidad más larga. Los extractos llegaban a la dirección de la consulta, pero, como no quería que Amy los encontrara y le hiciera preguntas incómodas, se los llevaba a casa y los escondía en el fondo del cajón del escritorio donde guardaba los pasaportes caducados y los viejos talonarios.

La situación duraría solo hasta que naciera el bebé. Una vez que todo estuviera bien en casa, confesaría y se pondría en manos de la justicia penal.

Aunque Harry nació a término, tenía una anomalía congénita en el tracto gastrointestinal que requirió que lo operasen poco después de nacer y una segunda intervención a los tres meses. Louise se derrumbó por el estrés y sufrió una grave depresión posparto. Así que, de todos modos, acabó con una baja más larga de lo establecido por ley, una ironía que no le pasó desapercibida a Tim.

Y por eso no se atrevió a poner fin a los pagos: al principio, hasta que les aseguraran que Harry iba a ponerse bien y, después, hasta que Louise estuviera recuperada y volviera a ser ella. Pero para entonces había pasado más de un año y medio desde el incidente.

Todo el legado del tío Arthur se había agotado. Ya no le quedaba dinero para pagarle a Tina Locke.

15

LOUISE

AHORA

Louise pasó casi toda la noche en vela, preguntándose si debía contarle a Tim lo que había visto en la piscina.

Para cuando la pálida luz dorada del sol penetró por la rendija de las cortinas y se reflejó en la alfombra, ya había decidido que no lo haría. Solo aumentaría sus ya elevados niveles de estrés, y Louise no tenía ningún deseo de que eso sucediera. Y tampoco iba a impedir que Shona hiciera lo que estaba haciendo. No, a menos que se enfrentara a ella cara a cara, lo que a su vez provocaría que Renée se enfadara más y se sintiera más inclinada a no comprar la Clínica Veterinaria Fairlawn. Había que mantener la calma y el orden, se dijo a sí misma. No había que agitar las aguas, todavía no. Aunque, aun así, aquel barco se dirigía a un total desastre.

En cuanto bajaron a desayunar, encontraron a Merry Stafford sola en el vestíbulo, vestida con un maxivestido de ganchillo y sandalias de tacón de cuña, y sus habituales gafas de sol sobre la cabeza. No saludó a los Cutler. Se limitó a ponerse las gafas de sol, por lo que su expresión era ilegible. A través de la puerta abierta, Louise vio que Laurent, el jardinero y manitas que también trabajaba a tiempo parcial como chófer, acercaba el BMW a la puerta principal.

—¿Te vas a alguna parte? —le preguntó Louise a Merry alegremente.

Se levantó las gafas de sol un instante.

—Solo necesito hacer unas compras.

—Oh, qué bien.

—Sí. —Las facciones de Merry compusieron una sonrisa, pero sus profundos ojos no se unieron a ella.

Laurent saltó del coche y mantuvo abierta la puerta trasera, y Merry salió y subió sin decir palabra ni mirar atrás.

Richard Stafford estaba en la mesa del desayuno junto con los tres Prentice, Harry y Elodie, que se encontraba lo bastante bien como para devorar uno de los preciados pains au chocolat. Para alivio de Louise, no había ni rastro de Jared. Shona y Kevin se ignoraban, y él estaba pálido y sin afeitar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Tim—. No estabas muy bien cuando te dejé.

—Sí, lo siento, tío… Gracias por ayudarme. —Kevin terminó su taza de café y se sirvió otra—. Nada que un poco de grasa y cafeína no puedan arreglar.

En aquel preciso instante, Pascale llegó de la cocina con un plato de huevos fritos y salchichas que colocó delante de Kevin.

Se oyó un ruido de ruedas sobre la grava y, a través de los pilares de la galería, vislumbraron una larga limusina negra. Un minuto después, Renée apareció en la terraza, vestida con un traje de lino negro y tacones, el pelo encasquetado perfecto.

—Bienvenida de nuevo —la saludó Tim con afecto.

—Gracias, me alegro de estar de vuelta. Estoy deseando cambiarme y darme un baño. —Miró alrededor de la mesa—. ¿No hay señales de Jared?

Louise miró a Shona y negó con la cabeza.

—No ha venido a desayunar, no.

—Iré a buscarlo. Tim, hablamos esta tarde, ¿sí? —Se dio la vuelta para irse.

—Un segundo, Renée. —Kevin levantó el tenedor y la yema de

huevo goteó sobre el pecho de su camiseta—. Solo quería preguntarte algo… Tenemos unos amigos, los Farrow, alojados en Saint-Maximin, al final de la carretera, y me preguntaba si podría invitarlos a comer y a nadar.

Si a Renée no le hizo gracia la sugerencia, no lo demostró.

—Por supuesto —se limitó a responder con amabilidad—. Pero asegúrate de decirle a Pascale que vendrá más gente a comer.

Louise, por su parte, miró furiosa a Kevin. Los Prentice ya eran huéspedes de huéspedes. No tenían por qué invitar a más gente a la villa.

Los Farrow deberían haber llegado a la una, pero aparecieron unos minutos antes de las dos.

Un Mercedes blanco y polvoriento transportaba a dos adultos y dos niños que parecían algo mayores que los de los Cutler.

—Soy Jerry —retumbó la mitad masculina de la pareja—. Jerry Farrow.

Era un hombre corpulento, de papada gruesa y pelo largo engominado hacia atrás. Llevaba unos vaqueros blancos muy ajustados, una camiseta con la inscripción «Balenciaga», un collar y una pulsera de oro, y mocasines de ante azul sin calcetines. Su mujer, Debra, llevaba el pelo platino muy repeinado, vestía de Gucci de la cabeza a los pies y se alzaba sobre unas enormes suelas de plataforma. Sus dos hijos, Bodhi y Xavier, eran como miniaturas de su padre y mantenían un hosco silencio.

Pascale había preparado aperitivos y canapés para recibirlos a su llegada, lo que significó que la comida se sirvió muy tarde. Los niños de la casa estaban, en palabras de Harry, muertos de hambre y aburrimiento. Louise los alejó de los bocaditos de marisco y caviar, y los llevó a la cocina, donde convenció a Pascale para que les sirviera algunas de las patatas fritas que pondrían de guarnición.

Cuando volvía a reunirse con el grupo en el salón, se abrió la

puerta principal y entró Merry Stafford, con el rostro oculto, como siempre, por sus gafas. Se las levantó un momento para mirar a los recién llegados, y curvó los labios con desdén antes de pasar a toda prisa y dirigirse al vestíbulo.

Por fin se sentaron a comer. Jerry Farrow estaba junto a Renée. Bebió mucho del excelente vino blanco y no tardó en arrastrar las palabras.

—¿Qué es lo que haces entonces, Renie? —Se acercó demasiado.

—Renée —lo corrigió ella—. Trabajo para Vet Care Mondiale. Forma parte del grupo alimentario Mondiale.

En el otro extremo de la mesa, el menor de los Farrow daba repetidas patadas con los pies contra su silla. Su madre le dijo entre susurros que parara, pero él continuó.

—Qué bien —dijo Jerry, que bebió más vino—. Los conozco: una empresa enorme. ¿Y qué haces exactamente allí?

—Soy la directora general —dijo con sequedad.

—Asombroso. Es increíble, ¿verdad, Debs? —Se metió un trozo de lechuga en la boca—. Te diré algo —se inclinó aún más—: quizá quieras invertir parte de ese precioso dinero suizo con nosotros.

—Vaya. ¿Y para quién trabajas?

—FitStyle International. Tenemos nuestra sede en Luxemburgo. Ingresos de casi tres mil millones el año pasado.

—Ah, ¿sí? —replicó Renée con frialdad. Sabía, como la mayoría de los comensales, que FitStyle era una empresa de marketing multinivel.

Tim frunció el ceño por vergüenza ajena e intentó llamar la atención de Kevin con la esperanza de que impidiera que su amigo intentara involucrar a su anfitriona en una estafa piramidal. En vano, Louise rezó para que Jerry no dijera nada más.

—Creo que, con tus referencias, podrías entrar como inversora de alto nivel —añadió.

Pum, pum, pum sonaron las zapatillas de diseño del chico Farrow.

Al final, Jared acudió al rescate:

—Oye, no desperdiciemos esta maravillosa comida hablando de negocios. ¿Qué tal si probamos con religión o política?

Se oyeron risas tensas y Shona sonrió a Jared.

—Si me disculpáis, me temo que me duele la cabeza. —Renée se levantó de pronto, con expresión pétrea, y se alejó de la mesa. Tim la miraba, impotente.

Cuando terminó la comida, Louise y él volvieron a su habitación durante una hora y luego se reunieron con los Prentice y los Farrow en la piscina. Debra Farrow estaba en una tumbona con un bañador de complicadas aberturas y Louise, acomplejada por la palidez de sus extremidades, se alegró en secreto de ver las horribles marcas marrones anaranjadas del falso bronceado mal aplicado de Debra. Los chicos Farrow se divertían sacando insectos de la piscina y lanzándoselos unos a otros. Renée no reapareció, ni hubo ningún mensaje para Tim sobre el encuentro que debían mantener.

—Esto es un desastre —dijo más tarde mientras salía de la ducha y se ponía una camisa nueva. Los Farrow habían insinuado que los invitaran a cenar, pero, por suerte, los habían ignorado—. Justo cuando estoy a punto de firmar el acuerdo, el sinvergüenza de Kevin intenta sacarle dinero y ella se ofende. ¿Y quién puede culparla? Ya es bastante malo que Shona flirtee con su novio, pero esto es la guinda del puñetero pastel.

Louise pensó en lo que había visto en la piscina la noche anterior y decidió cambiar de tema.

—Ni rastro de los Stafford en todo el día: me pregunto si estarán en la cena.

Tim se encogió de hombros.

—¿Merry no se ha ido a quemar las tarjetas de crédito de Richard?

—Sí, pero ha vuelto esta tarde.

Y entonces Louise se dio cuenta de lo que le rondaba por la cabeza desde que la había visto. Merry había regresado después de cinco horas y no llevaba ninguna compra. Nada de nada.

Parecía que todos en la villa tenían algún secreto.

16

TIM
ENTONCES

En el verano de 2012, Tim se vio obligado a hacer balance.

Harry, que ya era un niño pequeño, crecía tan rápido que Louise y él pensaban en ocasiones en tener otro hijo. Ella había vuelto a trabajar a tiempo parcial y le iba bien. El propio Tim había sido ascendido a socio, aunque no ganaba tanto como para no echar de menos mil quinientas libras al mes. Y se había gastado todo el dinero de la herencia. No, «gastado» habría significado que había sacado algo de la transacción. No había recibido nada, ni siquiera tranquilidad. El dinero había ido a parar a la cuenta bancaria de otra persona.

Aquello era absurdo, se dijo a sí mismo. Vale, lo que había hecho no era gran cosa, pero, entre Tina Locke y él, ¿quién era el mayor pecador? Era cierto que pagarle no había ayudado mucho. Pero, cuando se acostaron —unos breves segundos que habían destrozado su vida—, ella sabía que era menor de edad y él no. Y ya no era menor de edad. Casi seguro que tenía diecisiete años, por encima de la edad de responsabilidad penal. Buscó en Google y descubrió que las penas por chantaje estaban a la par con las de los delitos sexuales. Esa chica iba de farol, sin duda. Ella no querría pasar una década de su vida en la cárcel más que él.

Después de transferir el último pago de la cuenta que había abierto con el dinero del tío Arthur, la cerró. Sin cuenta, sin pago, no había

vuelta atrás, se dijo a sí mismo. Pero, aun así, siguió consultando el correo electrónico y, en efecto, una semana más tarde recibió un mensaje. No contenía texto ni asunto, solo un enlace a un artículo de noticias.

> **UN PROFESOR CASADO, DE 39 AÑOS, SE DECLARA CULPABLE DE MANTENER RELACIONES SEXUALES CON UNA ADOLESCENTE**
>
> Un profesor de primaria, James Bartlett, ha sido condenado hoy a diez años de prisión tras declararse culpable de violación y actividad sexual con una menor. También será inscrito de forma permanente en el registro de delincuentes sexuales. En una declaración ante el tribunal, la víctima relató cómo sus actos la habían destrozado por completo.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Louise aquella noche, después de que hubieran bañado juntos a Harry y lo hubieran acostado—. Estás muy callado.

—Bien. —Le sonrió—. Cansado. ¿Qué tal tú? ¿Qué tal el día?

—Creo que podría decirse que ha sido bastante interesante. —Ella sonrió, mostrando los hoyuelos de los que él se había enamorado hacía tantos años, antes de rebuscar en su bolso y sacar un bastoncillo de plástico blanco. Tim tardó unos segundos en darse cuenta de que era una prueba de embarazo.

—¿Ha sido…?

—¿Positivo? Sí. —Louise sonrió—. Harry va a ser hermano mayor.

—¡Vaya, es increíble! Y qué lista has sido. —Tim abrazó a su mujer, con la esperanza de que no notara la tensión de su cuerpo.

—Lo sé. Vamos a tener todo lo que siempre quisimos.

A la mañana siguiente, Tim le dijo a Amy que necesitaba ir al

dentista de urgencia y se tomó la mañana libre en el trabajo. No iba a seguirle el juego a Tina Locke durante un segundo embarazo. Simplemente, no iba a suceder. Le diría en persona que no iba a pagarle más dinero y, si ella se oponía, iría él mismo a la policía y se lo contaría todo. Cómo reaccionaría Louise era algo que no se le pasaba por la cabeza. No llegaría a ese punto, se aseguró. Una vez que hubiera hecho entrar en razón a Tina, no haría falta llegar tan lejos. El asunto estaría cerrado.

Aún recordaba el lugar exacto donde la había dejado aquella noche. Se había quedado mirando el letrero de la calle, Harebell Close, durante varios minutos después de que ella se bajara del coche, y el nombre se había quedado grabado en su memoria. Sin embargo, la chica había desaparecido en la oscuridad y él no tenía ni idea de en qué casa había entrado, si es que había entrado en alguna. Consultó Google Maps y descubrió que el instituto más cercano era Coppice Hill Comprehensive. Introdujo las coordenadas en su GPS y volvió a la M3 en dirección Basingstoke.

Solo cuando se detuvo ante la puerta del colegio se dio cuenta de que el curso escolar había terminado. Estaban a principios de agosto, se estaban celebrando los Juegos Olímpicos de Londres y todo el mundo en el Reino Unido estaba de vacaciones. Pero se arriesgó a comprobar si la oficina del colegio estaba abierta para las inscripciones del nuevo curso, y se encontró con una secretaria de mediana edad que trabajaba afanosamente con un ordenador.

—Se supone que no debemos dar información personal de los alumnos —dijo dubitativa cuando Tim le dijo que buscaba a Tina Locke—. El director es muy estricto al respecto.

Le suplicó que al menos le dijera si estaba matriculada allí y, tal vez convencida por su aspecto juvenil y su actitud poco amenazadora, accedió a consultar los registros.

—No —dijo por fin—. No tenemos a ninguna Christina Locke en

nuestra lista. Es todo lo que puedo decirle, me temo.

Tim intentó llamar a otros institutos de secundaria en un radio de varios kilómetros y todos le respondieron lo mismo: no tenían ninguna alumna llamada Christina o Tina Locke. Se le ocurrió que, si ella había decidido dejar los estudios después de sacarse la Secundaria, no figuraría en ninguna lista.

Se detuvo a tomar un café, evitando el Starbucks donde había conocido a Tina, y luego condujo hasta la biblioteca comunitaria de South Ham y pidió ver el censo electoral. Encontró un par de Locke en la zona: Barry Locke y Winifred Locke, pero no estaban en Kempshott y no había forma de saber si tenían alguna relación con Tina.

Al salir al calor del mediodía, estaba agotado y frustrado. Entonces recordó cómo había encontrado a Tina. La empresa de catering. Buscó en Google el número de Greenleaf Catering y volvió a llamar. Esta vez contestó otra mujer; al parecer, Kath Hughes se había mudado.

Y también Tina Locke.

—Lo siento, ya no está activa en nuestros archivos. Veo por nuestros registros que no la hemos contratado durante un año y medio.

«No me extraña, ya no necesita el dinero», pensó Tim con amargura.

—¿Todavía tienes sus datos de contacto?

—Todavía tenemos su dirección original en la base de datos, sí.

Justo cuando intentaba encontrar alguna razón plausible para pedirla, la mujer de la línea la leyó en voz alta, sin pensar.

—Es el 7 de Rowan Drive. ¿Le suena? No parece que hayan actualizado los datos.

—Sí, sí, esa debe ser —dijo Tim, y abrió de inmediato la aplicación

de mapas. En efecto: Rowan Drive corría perpendicular a Harebell Close—. Gracias por su ayuda.

El número 7 de Rowan Drive era un modesto adosado de nueva construcción idéntico a los demás de la calle. Una pandilla de chicos daba vueltas en bicicleta alrededor de la entrada y, desde algún jardín, a Tim le llegaba el sonido de unos niños que jugaban en una piscina infantil.

—¿Sí? —Una mujer asiática, que parecía agobiada, abrió la puerta.

—Siento molestar. —Tim esbozó una sonrisa de autosuficiencia, hiperconsciente de las manchas de sudor de su camisa—. Estoy buscando a los Locke.

—Lo lamento. —Ella sacudió la cabeza, retrocedió y empujó la puerta—. No viven aquí.

—¿Les compraste la casa?

—Estamos de alquiler. —Volvió a sacudir la cabeza—. Solo llevamos aquí seis meses. Lo siento.

Tim llamó a los vecinos de ambos lados, pero nadie respondió. Estarían de vacaciones. Hirviendo de frustración, se dirigió al pub más cercano, donde se refrescó con una cerveza bajo un toldo.

No se le había ocurrido que no podría encontrar a Tina, pero, poco a poco, empezó a darse cuenta de las consecuencias. ¿Hasta dónde llegaría si acudía a la policía con una denuncia por chantaje contra ella? Podrían hacer algunas averiguaciones superficiales y llegar a la conclusión de que no merecía la pena dedicarle más tiempo. ¿Y qué esperanza tenía de resolver el problema si la chica había desaparecido?

17

CHRISTINA
ENTONCES

Tina estaba bastante satisfecha con el nombre de usuario de correo electrónico que se le había ocurrido: Fortytwoelephants.

No había nada en la referencia a la infame banda de los Cuarenta Elefantes que diera alguna pista sobre su verdadera identidad, pero prefirió no revelar esa particular empresa a su compañera de fechorías. Por lo que a Hannah se refería, seguían ganando de vez en cuando diez o veinte libras con las amenazas de denunciar las insinuaciones de los invitados durante los eventos en los que ejercían de camareras. Habían llegado a considerarlo una especie de generoso sistema de propinas.

Y después de Navidad, Hannah dejó la empresa de catering. Levi y ella se iban de viaje a Australia durante seis meses, antes de que ella empezara un curso de marketing el otoño siguiente. Tina también dimitió, porque, para su sorpresa, recibía mil quinientas libras en su cuenta cada mes. No había creído que Tim fuera a hacerlo. Pensó que descubriría su farol y que su plan se desmoronaría tan rápido como había empezado. Pero no: el dinero estaba ahí. Era real.

Había llegado a la suma por casualidad, porque ¿qué sabía ella de cuánto ganaban los chantajistas? La casa de Rowan Drive estaba en venta porque su padrastro tenía un nuevo trabajo en Southampton, y ella había oído mencionar la suma de mil quinientas libras al mes

en el contexto del alquiler de una vivienda temporal cuando se mudaran. Así que ese fue el precio que puso. Para ella era una suma enorme y, sin embargo, parecía que Tim Cutler podía permitírsela. Así que dijo esa.

Quería evitar a toda costa mudarse a Southampton con el resto de la familia, y ese dinero le permitió conseguirlo. Le dio independencia. Se mudó a un estudio en Sutton, en las afueras del sur de Londres, y consiguió trabajo como aprendiz en un salón de belleza de Purley, donde depilaba las piernas y pintaba las uñas de mujeres con demasiado tiempo libre. Aprendió de ellas: se quitó el diamante del diente y se puso aparato para mejorar su sonrisa, y cambió los reflejos cutres y cobrizos por algo más sutil y de aspecto más caro.

Pero también era ambiciosa y ahorró lo suficiente de su sueldo y de lo que Tim Cutler le pagaba para realizar un prestigioso curso de formación en la British Aesthetic Academy, en el centro de Londres. El mercado de los cosméticos inyectables estaba en plena expansión y sabía que, si aprendía administrar correctamente el Botox y los rellenos, nunca se quedaría sin trabajo. Decidió que algún día abriría su propio salón. Sería posible si seguía ahorrando la mayor parte del dinero que Cutler le enviaba.

Pero, en julio de 2012, los pagos cesaron sin previo aviso. Esperó unos días, aunque no llegó ningún correo electrónico a la bandeja de entrada de fortytwoelephants, ninguna explicación. Tim había decidido que ya no necesitaba continuar. A ella le tocaba convencerlo de lo contrario.

La investigación por Internet de Tina reveló una mina de oro absoluta de titulares de noticias. Había tantos hombres procesados por sexo con menores que le resultó difícil elegir uno. Al final, se decidió por «Un profesor casado, de 39 años, se declara culpable de mantener relaciones sexuales con una adolescente». El hombre en cuestión había sido condenado a diez años. Eso fue todo.

Sin embargo, dos semanas después, seguía sin tener noticias. Estaba claro que tenía que esforzarse más. Llamó al instituto femenino St. Agnes y pidió hablar con Louise Cutler.

—Lo siento, me temo que Louise aún no ha llegado —le dijo la recepcionista y, como era a todas luces indiscreta, prosiguió en tono confidencial—: Suele llegar un poco más tarde que las demás profesoras porque deja a su peque en la guardería de camino aquí.

«Un niño pequeño». Así que habían tenido un hijo.

Tina había pensado vagamente en reunirse con la mujer de Tim y confiar en que ella la informara. Pero ya no hacía falta. Buscó en Google guarderías en un radio de un cuarto de milla de St. Agnes y, en efecto, había una a unos quinientos metros: First Steps. Aún tendría que tomarse medio día de permiso y coger un tren hasta Winchester, pero, cuando llegara allí, lo único que tendría que hacer era sacar una foto de la entrada de la guardería con el cartel bien visible y enviársela a Tim por correo electrónico.

Solo creía que se trataba de la guardería a la que asistía el niño Cutler, pero resultó ser una suposición acertada porque, tres días después de haber enviado la foto, se reanudaron los pagos de mil quinientas libras en su cuenta.

18

LOUISE

AHORA

Tras otra noche agitada, Louise dejó a Tim dormido, se levantó temprano y salió a dar un paseo.

Era el momento del día en el que más le gustaba el lugar. El cielo aún estaba un poco nublado, el aire fresco y el aroma de las flores resultaba menos opresivo. En lugar del zumbido de las cigarras, solo se oía el alegre coro de los pájaros al amanecer.

Al final del camino, decidió no tomar la pista que llevaba al viñedo, sino girar en la otra dirección para caminar a través de los olivares. Al llegar a la cima de la pendiente, se detuvo para mirar atrás y admirar el enorme contorno violáceo de las montañas de Ardèche.

Se incorporaba de nuevo al camino que llevaba a la villa cuando oyó un leve sonido rítmico de palmadas. Giró a la derecha por el sendero que llevaba a la piscina, se detuvo y se quedó mirando. Merry Stafford estaba en el agua. Merry, que nunca nadaba. Tenía sus exuberantes cabellos recogidos en la coronilla y llevaba un deportivo bañador azul marino de una pieza. Louise observó, fascinada, cómo hacía largos en un estilo crol fuerte y seguro. El agua turquesa y ondulante parecía tentadora, pero Louise sintió que a Merry no le gustaría que se uniera. De hecho, ni siquiera le pareció correcto interrumpirla con un saludo, así que dio media vuelta y entró a ducharse.

Mientras se recogían los platos de la comida, Renée hizo un gesto con la mano a Tim, al otro lado de la mesa.

—Tim, ¿nos llevamos el café al salón azul y charlamos?

La habitación a la que se refería era una pequeña sala de estar informal junto a la cocina. Tenía una estufa de leña de última generación empotrada en la pared, un televisor de pantalla plana, y un sofá y una otomana a juego tapizados en una elegante tela azul grisácea.

—Claro —dijo él—. Dame un minuto y voy a buscar mis papeles.

Cuando Renée y él desaparecieron, Louise siguió a los niños a la piscina. No tenía sentido intentar echarse una siesta porque no iba a poder descansar con tanto en juego para el negocio de Tim, así que se enfrascó en el Marco Polo con los tres niños y Jared, que los había introducido en esta forma transatlántica de jugar al pillapilla.

Una hora y media más tarde, Tim apareció en bañador. Sonrió a Louise y le hizo un discreto gesto de aprobación con el pulgar, pero, hasta que no estuvieron de vuelta en su habitación, no le comunicó la noticia.

—Ya está todo listo —dijo, alegre, mientras hacía girar a su mujer entre sus brazos—. Renée ha pedido a su equipo legal que redacte el contrato de venta y lo hemos revisado todos juntos: condiciones previas, responsabilidades, etcétera. Ha enviado una copia por correo electrónico al abogado del bufete para que lo compruebe, pero debería ser solo una formalidad. Con suerte, lo firmaremos mañana.

—¡Es fantástico, cariño! —Louise le dio un beso en los labios—. Eres muy listo.

El ambiente durante la cena fue animado y distendido. Una de las razones era la ausencia de Shona, que se había excusado alegando que había tomado demasiado sol y se sentía mareada. Jared estaba sentado al lado de Renée y, cuando Louise miró de reojo en su

dirección, parecían estar a gusto el uno con el otro. Renée incluso llevó la mano de Jared a sus labios y besó sus dedos en una rara muestra pública de afecto. Louise recordó lo que había dicho sobre no descartar el casarse. ¿Planeaba proponerle matrimonio a Jared?

Después de cenar, mandaron a las dos niñas a la cama y Harry, que podía quedarse despierto hasta las diez, retó a su padre a jugar al pimpón.

Como Kevin había seguido a Richard Stafford a una de las terrazas para beber Armagnac y fumar puros, Louise decidió que debía comprobar cómo estaba su mujer. Lo hizo con cierta reticencia, ya que no solo no eran amigas íntimas, sino que no había podido quitarse de la cabeza la imagen mental de una Shona desnuda que rodeaba con las piernas a Jared Frayn.

La habitación de los Prentice estaba junto a la suya, y la de Renée y Jared, en el extremo opuesto del mismo rellano. Louise golpeó la puerta con suavidad.

—¿Shona?

—Adelante.

Abrió la puerta un poco, pero se quedó en el rellano.

—Solo quería asegurarme de que estás bien. ¿Puedo traerte algo? ¿Un poco de agua?

—Ya tengo vino. —Estaba sentada en la cama, vestida solo con ropa interior de encaje negro, un vaso en la mano y una botella medio vacía en el suelo, a su lado—. Ven un momento. —Palmeó la mitad vacía del colchón.

Aquello era lo que Louise no quería. No quería un agradable intercambio de confidencias con esa mujer cuya presencia y comportamiento ahora le molestaban muchísimo.

—Tengo que ir a comprobar que las chicas han apagado la luz. Y, si te encuentras bien… —Empezó a alejarse de la puerta.

—Solo un minuto. Hay algo que necesito decirte.

Con una sensación de desespero, Louise se sentó en el borde de la cama. La habitación era similar a la suya, pero la ventana, que era más pequeña, tenía cortinas de color naranja oscuro y el sillón Eames era amarillo mostaza. Habría preferido sentarse ahí, pero estaba lleno de ropa y el espacio del suelo estaba repleto de zapatos, bolsos, sujetadores y un par de calzoncillos de Kevin. El cabello castaño rojizo de Shona colgaba en mechones sin peinar, y se le había corrido el rímel en semicírculos debajo de los ojos.

—Jared y yo estamos teniendo una aventura.

Louise cerró los ojos y se llevó la mano a la cara.

—Temía que fueras a decir eso.

—Puedes ver la química, ¿verdad? —Shona sirvió más rosado—. Quiero decir, seguramente todo el mundo puede, a estas alturas.

—Define aventura —dijo Louise con cuidado. No quería verse arrastrada a una discusión sobre química sexual.

—Nos acostamos juntos.

—¿Cómo que os acostáis? ¿Cómo lo habéis hecho?

—Bueno, en realidad, estamos follando. —Shona no pudo resistir una sonrisa burlona.

Louise suspiró con pesadez.

—Shona, ¿por qué me lo cuentas? De verdad que no quiero meterme.

—Porque voy a dejar a Kevin. Nuestro matrimonio se ha acabado. Ha estado muerto y enterrado durante años.

—¿Y Jared? ¿Qué piensa?

—Va a dejar a Renée.

—¿Estás segura? En la cena de esta noche parecían muy felices juntos.

—Por supuesto, tiene que fingir, ¿no? —se burló Shona, que dio un trago de vino—. Por ahora. Hasta que averigüemos qué vamos a hacer.

«O cómo va a sustituir la subvención al estilo de vida que le proporciona Renée Weber», pensó Louise. En voz alta, dijo:

—Por favor, Shona. No hagas nada por ahora. —Se levantó y se acercó a la puerta—. Tómate un tiempo y piénsalo bien.

La respuesta de Tim, cuando le contó la conversación, fue mucho más extrema de lo que ella había previsto. Estaba incandescente de rabia, maldecía en voz alta y pateaba por la habitación. Louise no recordaba haber visto nunca así a su siempre plácido marido.

—¡Esto es exactamente lo que no necesitábamos! —exclamó airado —. Justo cuando Renée está a punto de firmar en la línea de puntos, la imbécil de nuestra amiga tira por la borda su matrimonio por la pareja de Renée. Está como sacado de un mal culebrón. De hecho, resultaría hasta gracioso si no fuera porque pone en riesgo toda la venta a VCM.

Luego se desplomó sobre el extremo de la cama como un globo que hubiera perdido todo el aire. Se encorvó hacia delante y Louise se horrorizó al ver que estaba llorando.

—¡Cariño! —Se apresuró a acercarse y acunó su cabeza contra ella como si fuera uno de sus hijos.

—Lou, no te he contado esto antes porque no quiero que te preocupes…

—¿Contarme qué? —Sintió un frío golpe de terror en el pecho.

—Dependemos completamente de que este acuerdo se lleve a cabo. No solo es deseable, es esencial. Fairlawn está en quiebra. No puede seguir si no vendemos a VCM.

Horrorizada, Louise lo soltó y dio un paso atrás.

—Dios mío. ¿Estás seguro?

—Me temo que sí. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Ocurre lo mismo en todas las pequeñas consultas. Desde la pandemia, nuestros clientes han estado adquiriendo productos y servicios por Internet, y hasta cierto punto se han quedado ahí. Los márgenes de

la consulta siempre han sido muy ajustados, pero ahora son insostenibles. Así que tenemos que poner fin a esta tontería entre Shona y Jared. No me importa lo que cueste, tenemos que acabar con esto.

19

TIM
ENTONCES

Cuando aquella tarde de agosto emprendió el caluroso viaje de regreso a Winchester, Tim se había convencido de que la desaparición de Tina Locke era algo bueno. Si se había mudado, implicaba que debía haber seguido adelante con su vida. Había encontrado novio. Había empezado a estudiar en la universidad. Había tenido todo el dinero que él había heredado; era suficiente.

Durante un par de semanas maravillosas, casi logró olvidarse de ella. Entonces las notificaciones de su teléfono desechable mostraron que tenía correo nuevo. Una vez más, no había nada en la línea de asunto. Lo abrió y miró la pantalla en su consultorio, al principio incapaz de distinguir lo que veía. Y entonces se dio cuenta y su estómago dio un vuelco.

Era la puerta de entrada a First Steps, la guardería donde cuidaban de Harry mientras Louise daba clases.

A Tim no le llevó mucho tiempo procesar las implicaciones de ese mensaje. Le decía que Tina Locke no solo sabía quién era él, también sabía que estaba casado y tenía un hijo. Le decía que lo había estado acechando.

Era imposible no ver esa foto como una amenaza. Sugería que Harry podría sufrir algún tipo de daño. Que incluso podría secuestrarlo. En su cerebro se reprodujeron diferentes escenarios: Tina Locke se hacía pasar por una amiga o pariente y convencía al

personal de que iba a recoger a Harry. O incluso conseguir un trabajo en la guardería. Vale, el escenario sonaba inverosímil, como sacado de una serie de televisión. Pero el daño que le causaría a Louise aunque solo se tratara de una amenaza era impensable. Incluso podría volver a sufrir un aborto espontáneo. Era un riesgo demasiado grande: tendría que seguir pagando.

Estaba a punto de pedirle dinero prestado a su hermano Phil cuando tuvo otro golpe de suerte. Desmond Amblin sufrió un pequeño derrame cerebral y decidió que era hora de jubilarse, por lo que Tim pasó a ocupar su lugar como socio principal. Y como socio mayoritario —y único— tenía el control total de las finanzas.

Glen Beane aún auditaba la contabilidad todos los años, por lo que Tim aún debía ser cauteloso. Envió un correo electrónico a Curadex para decirles que ya no les pagaría mediante domiciliación, sino que volvería a recibir una factura por los medicamentos que pidiera. Manteniendo el nombre de «Curadex» en la lista de pagos, cambió los datos de la cuenta del beneficiario a la cuenta de Tina Locke y estableció una cantidad mensual de mil quinientas libras. Así que ahora se le pagaba con los beneficios de la consulta.

Para compensar el desfalco, Tim se apuntó a hacer sustituciones nocturnas dos veces al mes. Los honorarios que recibía por cada sesión, unas setecientas cincuenta libras esterlinas, iban a la cuenta de la consulta y cubrían más o menos los pagos de la extorsión de Tina Locke. Y, por lo que Louise sabía, cuando eso sucedió, él hacía turnos de guardia para Fairlawn. Lo aceptó sin cuestionarlo, a pesar de que, con la llegada de Elodie la primavera siguiente, debía cuidar sola de su recién nacida en esas noches. A veces se preguntaba cuánto tiempo podría seguir así, pero las demandas de los niños y una carrera exigente ocupaban casi por completo su vida. Todo lo que podía hacer era salir del paso.

Cuando llegó el momento de que Glen, el contable de la consulta,

viera los libros, Tim se limitó a presentar una copia que ocultaba los créditos entrantes por su trabajo de sustitución privado. Estaba el pago mensual saliente a «Curadex», pero Glen nunca lo cuestionó, y cualquier compra real de la empresa se archivaba en «Medicamentos diversos». Tim odiaba hacerle eso a su compañero, a quien quería y respetaba, y en un par de ocasiones estuvo a punto de confesarlo todo. Pero no estaba perjudicando a Glen Beane, razonó, que siempre había recibido sus honorarios profesionales a tiempo. La única persona a la que perjudicaba aquel espantoso castillo de naipes era a sí mismo.

Y a principios de 2020, sin previo aviso, devolvieron el pago a la cuenta de Tina Locke.

Fueron muchas las ocasiones, durante la década anterior, en las que Tim había estado a punto de confesárselo a Louise. Se despreciaba a sí mismo por haber roto su promesa de ser siempre sincero con ella, por mentirle durante tanto tiempo, aunque fuera por omisión. Lo que le impedía hacerlo era su profundo sentimiento de vergüenza. Porque la suma que le había entregado ascendía a más de ciento cincuenta mil libras, suficiente para que sus dos hijos fueran a la universidad o pagarle a cada uno la entrada de una casa. Pensar en lo que había costado aquella noche lluviosa lo enfermaba hasta lo más profundo de su ser.

Quería estar seguro de lo que significaba, así que llamó por teléfono al banco y citó el código de error que aparecía en la columna de crédito junto al pago devuelto. El operador de la centralita le informó de que la cuenta de Tina Locke se había cerrado. Ya no existía.

El alivio golpeó a Tim como un puñetazo en el cuerpo. Se había acabado.

20

LOUISE

AHORA

—He pensado que podría ir solo a la ciudad esta mañana —le dijo Tim a Louise mientras tomaban el café. Los demás habían abandonado la mesa del desayuno para ir a cambiarse o a la piscina.

—¿En serio? —Estaba un poco desconcertada, pero al menos su marido parecía haber recuperado la compostura tras la crisis de la noche anterior.

Él le sonrió y alargó la mano para juguetear con uno de los rizos castaños de Louise.

—No he olvidado que dentro de unas semanas celebramos nuestro aniversario de boda. He pensado que podría comprar algo especial en una de esas elegantes boutiques provenzales. Después de todo, si va según lo previsto, no voy a tener mucho tiempo para ir de compras cuando volvamos al Reino Unido.

Louise se apoyó en su hombro.

—¿Te he dicho alguna vez que eres el marido perfecto?

—Y sobre lo otro… —Tim cogió una rebanada de baguette y empezó a pellizcar la corteza.

—¿Te refieres al fiasco de Shona y Jared?

—Exacto. Mira, con un poco de suerte, firmaremos los contratos hoy mismo, en cuanto tengamos la aprobación final. —Bajó un poco la voz—. Pero, Lou, es muy importante que salga bien. Anoche no exageraba: si esto no sale adelante, la clínica podría quebrar. Así que

¿puedes entretener a Shona? Intenta que deje de remover las aguas solo un poco más. —La miró, suplicante.

—Haré lo que pueda —suspiró ella—, pero creo que ha demostrado que no quiere escuchar nada de lo que tengo que decir.

Después de casi una semana en Francia, a Louise se le habían quitado las ganas de tumbarse junto a la piscina a broncear su blanquecina piel y ver las travesuras de los Prentice. En vez de eso, armada con un libro, se colocó en una hamaca en una de las zonas de césped fuera de la casa.

—¡Hola! ¡Louise! —Una sombra apareció sobre ella y levantó la vista para ver a Richard Stafford. Llevaba un polo Lacoste y blandía una raqueta de tenis—. Me preguntaba si te apetecería jugar.

Louise lo miró con los ojos entrecerrados.

—No soy muy buena.

—No pasa nada, yo también apesto, la verdad. —Sonrió para animarla—. Vamos. Solo un pequeño golpe. Podemos apestar juntos. Hay raquetas de repuesto en el vestíbulo, detrás de la cocina.

—De acuerdo. —Se levantó de la hamaca—. Voy a ponerme las zapatillas.

Decidió que le iría bien hacer algo de ejercicio. No estaba acostumbrada a estar sentada sin hacer nada todo el día, y no le gustaba. Prefería estar ocupada. Y, en realidad, no era una novata en el tenis. A veces jugaba con su amiga Yasmin, que tenía una pista en el fondo de su jardín, y en el trabajo había tenido que sustituir en ocasiones al profesor de Educación Física y poner a prueba a los alumnos de séptimo curso.

Unos minutos más tarde, pertrechada con una raqueta y un poco de agua, se unió a Richard en la pista de tierra batida situada detrás de la casa. El sol pegaba sin tregua y ella no tardó en sudar y quedarse sin aliento, pero se dio cuenta de que se lo estaba pasando muy bien. Lejos de ser el soso corporativo por quien lo

había tomado, Richard era una compañía genial: ingenioso y autocrítico, con los pies en la tierra.

—Es una pena que no hayamos hablado mucho hasta ahora —dijo él cuando se sentaron a la sombra para descansar—, pero Tim y tú parecéis tan enamorados y tan felices con vuestra compañía mutua…

No era la primera vez que se lo decían a Louise.

—Lo siento —dijo con una sonrisa de pesar.

—No te disculpes: me parece encantador. ¿Cómo os conocisteis?

—En un bar de estudiantes.

Y, al instante, Louise se sintió transportada a aquel momento. Estaba en el bar de la Asociación de Estudiantes de Exeter cuando vio a Tim por primera vez, al comienzo de su segundo año de carrera. Alguien había tirado un vaso de tinto que estaba en el borde de una mesa y, al verlo, ella lo había esquivado con habilidad, evitando por los pelos el arco de líquido carmesí que salpicó el suelo. Levantó la vista con una sonrisa triunfal, y se fijó en el hombre que estaba más cerca de la barra, al parecer la única persona que había visto la velocidad atlética de sus reflejos. Él le devolvió la sonrisa, y a ella le gustó su expresión divertida. Algo se había aflojado en sus entrañas y se había expandido, una sensación aguda y cálida a la vez que nunca había tenido. Más tarde lo describiría como amor a primera vista.

Era un hombre de estatura un poco superior a la media, con el pelo tan oscuro que casi parecía negro, y ojos redondos y marrones. Tenía una gruesa sombra de barba negra, y supuso que era uno de esos hombres que, a pesar de afeitarse por la mañana, al anochecer ya tenía pelo. Era principios de otoño y mostraba aún restos del bronceado veraniego. Sus brazos, al descubierto por la camiseta sin mangas, estaban bien musculados, lo que sugería que había realizado trabajos físicos durante las largas vacaciones.

Había mirado a Louise y ella le había devuelto la mirada. Justo cuando parecía que estaba a punto de decir algo, o de ofrecerle una copa, lo interceptó un grupo de conocidos. Le dieron fuertes palmadas en la espalda y abrazos para saludarlo, y luego, para decepción de Louise, había seguido a sus amigos fuera del bar, aunque se giró a mirar en su dirección antes de marcharse.

Desde entonces, Louise visitaba el bar casi todas las noches con la esperanza de volver a verlo. Al final, lo encontró al cabo de dos semanas. Sus miradas se cruzaron con un parpadeo de reconocimiento, y él se acercó.

—Esperaba verte aquí —le dijo.

Le había dicho que se llamaba Tim Cutler y que estudiaba Veterinaria.

—Louise Gilbert. —Le estrechó la mano—. Estoy haciendo el CAP, el Curso de Aptitud Pedagógica —añadió, por si él no entendía las siglas.

Le había estrechado la mano un poco más de lo que exigía la cortesía, y sus miradas se cruzaron. Y allí estaba de nuevo, esa sensación agitada e intensa en sus entrañas.

—Permíteme decir que no he podido olvidar la forma en que esquivaste aquel vino —había dicho con fingida seriedad—. Un juego de piernas impresionante. ¿Eres acróbata, además de profesora en prácticas?

Ella se había reído, negando con la cabeza.

—No, pero quizá debería. Siempre quise unirme al circo cuando era pequeña. Era mi sueño.

—El mío también.

Se habían vuelto a mirar y más tarde coincidirían en que fue en ese instante cuando lo supieron. Ambos lo supieron.

Tim la había invitado a una copa y seguían hablando diez horas

más tarde, mucho después de que se hubieran ido del bar a la habitación de Louise. Y habían estado juntos desde entonces.

—Renée y yo no éramos mucho mayores cuando nos conocimos —dijo Richard con una sonrisa.

—Oh. —Louise se sintió sorprendida durante un instante—. No me había dado cuenta de que os conocíais desde hace tiempo. ¿Erais… fuisteis pareja?

Él sacudió la cabeza.

—No. Nunca llegamos tan lejos. Supongo que podríamos haberlo sido, pero su trabajo la llevó por todo el mundo y yo acabé conociendo a mi primera esposa. Y ahora estoy con Merry, por supuesto.

—Por supuesto.

Richard debió captar algo en la expresión de Louise, porque prosiguió:

—Merry no siempre lo pone fácil, lo sé. No es muy habladora. De hecho, es un poco tímida. —Louise hizo un sonido neutro, no quería ser grosera y mostrar desacuerdo—. Mira, soy muy consciente de que la gente piensa que es una esposa trofeo, ya que es bastante más joven que yo. Y muchísimo más guapa —dijo Richard con pesar, antes de llevarse la botella de agua a la boca—. Quiero decir, sé que ella no está tan interesada en mí como yo en ella. No soy idiota.

Louise se sorprendió por esta revelación.

—Pero ¿os lleváis bien? —preguntó por fin. Evitó mirar a Richard mientras bebía un poco de su propia agua.

—Sí, nos llevamos muy bien. Puede que no seamos como Tim y tú, pero somos muy felices. Llevamos un estilo de vida muy agradable y Merry es muy organizada, lo lleva todo por mí, se ocupa de todas las cuestiones domésticas.

«Sabe qué le conviene».

—No es lo que imaginas —continuó Richard con una leve sonrisa,

como si leyera los pensamientos de Louise—. Puede que sea glamurosa y vaya bien arreglada, pero no es una cabeza hueca. Hay cierta firmeza en ella, un enfoque claro. Me cuida, que es más de lo que tuve en mis dos primeros matrimonios. —Se levantó y se dirigió a la línea de servicio. Al hacerlo, se volvió hacia Louise y le dijo—: Mi mujer es mucho más de lo que parece.

—¿Dónde está papá? —preguntó Elodie cuando todos se sentaron a comer.

Todos, menos Tim. Louise esperaba que volviera al cabo de un par de horas. Ir de compras no era lo suyo, pero él le había mandado un mensaje diciendo que iba a comer algo mientras estaba en Cotignac y que volvería más tarde: «Me encanta la cocina de Pascale, pero me apetece algo diferente. Voy a por una hamburguesa con patatas fritas. x».

—Volverá dentro de un rato —tranquilizó a su hija, aunque no sabía si era cierto.

Elodie hizo un mohín.

—Violet y yo hemos hecho un nuevo truco muy chulo bajo el agua. Quería enseñárselo a papá.

—Hagamos una cosa: me pongo el bañador, bajo a la piscina y me lo enseñas a mí.

Louise observó cómo las dos niñas se alejaban por el sendero y se apresuró a entrar en la casa. Acababa de ver que Shona se dirigía sola a la cocina y decidió aprovechar la oportunidad para enfrentarse a ella. Oyó el tintineo de sus pulseras antes de verla: como era de esperar, sacaba una botella del enorme frigorífico de acero inoxidable. Frunció el ceño al ver a Louise y fue a empujarla. Ella le cerró el paso.

—Necesito preguntarte algo. Es importante.

Shona, que llevaba un caftán de gasa con rayas de cebra sobre uno de sus bikinis de neón, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sé lo que vas a decir.

—La cosa es que la razón por la que estamos aquí, por la que todos estamos aquí, es para que Tim haga negocios con Renée. Eso nos crea presión, y si tú y Jared estáis…

—Lo siento, Louise, de verdad, pero queremos estar juntos. No puedo volver atrás y cambiarlo ahora solo por que te convenga.

Louise se sorprendió de su egocentrismo. También dudaba de que eso fuera lo que Jared quería. Por lo que ella sabía, era muy feliz con la vida de lujo que le proporcionaba Renée.

—¿No puedes al menos esperar un poco más? —suplicó—. Hasta que estés más segura. Y hasta que Tim sepa dónde va con este trato. Por favor, Shona. Es muy importante.

—Ya te lo he dicho: tengo que terminar con Kevin. —Shona la empujó—. Y se lo voy a decir hoy.

Louise se quedó en la puerta de la cocina, observándola, impotente, antes de subir las escaleras para ponerse el bañador.

Cuando salió de la habitación y se dirigió escaleras abajo, su teléfono zumbó con un mensaje de Tim.

Ya vuelvo. Nos vemos en 10 min. X

—Louise.

Merry estaba de pie al pie de la escalera, con su increíble y tonificado físico en un vestido de tirantes color crema. Su larga melena leonada se enroscaba sobre sus hombros en ondas artísticamente creadas y, sin las omnipresentes gafas de sol, se le veía la cara por una vez. Tenía unos rasgos pequeños y nítidos que rozaban la insipidez. Si su boca hubiera sido un poco más ancha y sus ojos un poco más grandes, podría haber sido guapa. Tal como estaba, su aspecto no llegaba a la belleza.

Puso una mano fría en el brazo de Louise durante unos segundos, lo que hizo que se estremeciera por la sorpresa.

—Mira, sé que esto no va conmigo, pero quería decirte algo sobre tu amiga. Sobre Shona. —Louise sabía lo que venía a continuación —. Hace un par de días volví a la piscina a por mi funda de gafas de sol, y los vi a ella y a Jared en una de las tumbonas. Ya sabes. —Merry levantó una ceja perfectamente definida—. En situación íntima.

—Sí. —Louise suspiró con pesadez—. Estoy al tanto de la situación.

Consciente de la paranoia de Tim de que aquello llegara a oídos de Renée, Louise no quiso decir mucho más.

La mano estaba de nuevo en su brazo.

—Pobre. Esto debe de ser muy difícil para ti. Quiero decir, debe ser incómodo. Estás atrapada en medio, ¿no?

—Más bien sí. —Louise sonrió agradecida. Su posición la había hecho sentir al borde del abismo cada vez que se reunía el grupo, y era agradable poder reconocerlo. Merry Stafford, una aliada: ¿quién lo habría pensado? El día estaba lleno de sorpresas.

—En realidad, Louise, me alegro de haberte encontrado. Iba a preguntarte si podías devolverme mis pastillas. Tengo migraña.

—Sí, claro. Voy a buscarlas.

—No hace falta. Acabas de bajar y sé que las niñas te están esperando. —Otra sonrisa comprensiva—. Dime dónde están, y ya voy yo.

Louise dudó, pero luego descartó su preocupación por absurda. Todos compartían la misma casa y ella misma habría estado encantada de recuperar algo suyo de la habitación de los Stafford para ahorrarles la molestia.

—Claro. Nuestra habitación es la que está al fondo, a la izquierda. —Le devolvió la sonrisa—. Creo que están en el mueble del baño, a la derecha del lavabo. Perdona el desorden.

Merry se deslizó escaleras arriba; no parecía en absoluto alguien con migraña. Mientras Louise observaba cómo se contraían los

músculos bronceados de sus pantorrillas a cada paso, pensó en que la había visto nadar la mañana anterior. En su impresionante poderío físico. Y las palabras de Richard Stafford volvieron a su mente:

«Mi mujer es mucho más de lo que parece».

Estaría bien pensar que Merry estaba de su parte, pero Louise seguía sin estar segura. Con todo lo que estaba pasando tras las puertas cerradas de la villa, no se fiaba de nadie. De nadie en absoluto.

21

TIM

AHORA

Cuando la familia Cutler llegó a Le Mas des Flores en julio de 2023, Tim llevaba varios meses sin pensar en la noche de la fiesta de Curadex.

Tal vez le había rondado por la cabeza al darse cuenta de que tendría que vender la clínica veterinaria Fairlawn. Tal vez pensó por un momento que habría estado en mejor situación financiera sin la sangría que había supuesto el chantaje y las horas de trabajo extra que había tenido que hacer para cuadrar los libros de la clínica. Pero, en general, el asunto estaba zanjado.

Hasta la mañana en que él y Louise llevaron a los niños a explorar Cotignac. La mañana en que la vio.

Louise y él disfrutaban de unos capuchinos cerca de unos plátanos de sombra en el amplio paseo central. A pesar del calor, el pueblo bullía de turistas y clientes. Louise le preguntó por los progresos del acuerdo de adquisición y le reveló que ella y Renée habían hablado mientras preparaban juntas la cena del domingo. Se sintió aliviado de que las dos mujeres se entendieran. Solo podía ayudar a engrasar el engranaje de su relación comercial.

Luego compararon opiniones sobre los Stafford, y Louise quiso saber si Merry le parecía atractiva. Si no supo qué contestar, fue porque, en realidad, no había pensado en ella.

—Esas extensiones de pelo deben ser muy incómodas con este clima. Seguro que pesan mucho y tiene la cabeza toda sudada —observó Louise con un deje de malicia que hizo reír a Tim.

—¿Eso es lo que son? Pensaba que había sido bendecida con una cantidad increíble de pelo.

En ese preciso momento la vio. Estaba a varios metros de distancia, pero era ella, sin lugar a dudas. Era posible no ver a alguien durante años y, sin embargo, que hubiese algo en esa persona —su forma de andar, de erguirse, el ángulo de la cabeza— que permitía identificarla en un instante.

Sintió como si le succionaran todo el aire de los pulmones. Su cuerpo se puso rígido de inmediato y los músculos de su mandíbula se contrajeron. Louise había cubierto su mano con la suya y él la retiró al instante, aferrándose a la mesa como un náufrago a un salvavidas.

«Contrólate, Tim», se dijo a sí mismo.

Pero al instante se sintió transportado a aquella noche de octubre de 2010. Intentando que no se notara demasiado, la observó cruzar hasta la esquina más alejada de la plaza y desaparecer en un bar con un toldo a rayas rojas y negras y un puñado de mesitas de madera en el exterior.

—¿Estás bien? —Louise hizo una seña al camarero para que le llevara un vaso de agua.

—Sí, sí. Habrá sido un golpe de calor.

Por supuesto, no era nada de eso: jamás en su vida le había afectado el calor. Estaba en shock, simple y llanamente.

Se esforzó por beber el agua que acababan de ponerle delante, consciente de que agarraba el vaso con demasiada fuerza. Al cabo de unos minutos, su ritmo cardíaco disminuyó y consiguió tranquilizar a Louise diciéndole que se encontraba bien.

—Venga. —Se puso de pie. De repente, solo podía pensar en salir

de Cotignac—. Me apetece darme un baño. Vamos a buscar a los niños y volvamos a la villa.

Tim intentó decirse a sí mismo que se había equivocado. Que no era ella. Solo era una joven de su edad que se le parecía. Después de todo, ¿qué posibilidades había? Las probabilidades de una coincidencia así debían ser de una entre un millón.

Pero en el fondo lo sabía. Sabía que era ella. Era como si siempre hubiera sabido que aquello pasaría. Que, a pesar de todos sus esfuerzos por ocultar su rastro, solo era cuestión de tiempo. Y una pregunta lo carcomía: si la coincidencia era tan inverosímil, ¿su presencia implicaba que él volvería a ser su objetivo?

Tras varios días dándole vueltas al asunto, decidió que tenía que hablar con ella en persona. Tal vez no tuviera mucho sentido, dado que ahora parecía estar libre de sospecha. Tenía más sentido dejarlo correr, pero, aun así, tenía la necesidad de mantener una conversación y averiguar por qué demonios había sucedido.

El viernes por la mañana se le ocurrió una excusa: su aniversario de boda era en septiembre, y le dijo a Louise que iba a ir a Cotignac a comprarle un regalo. La notó recelosa, lo cual era comprensible. El lunes por la noche le había contestado con mucha brusquedad cuando le preguntó cómo se encontraba. Aparte de la inesperada aparición, había mucho en juego en el resultado de sus vacaciones en la villa. De todos modos, le había costado relajarse. Y ahora aquello. Ella estaba allí.

Lo primero que hizo fue ir a comprar el regalo a una tienda de antigüedades que le había llamado la atención. Eligió un anillo de sello antiguo, en oro de dieciocho quilates, con una cornalina grabada con la imagen de Venus. La diosa del amor era muy apropiada para un aniversario de boda, le aseguró el dueño de la tienda, y los anillos como esa calcografía eran muy raros y codiciados. Costaba mucho más de lo que Tim había pensado

gastarse, pero la combinación de sentimiento de culpa y falta de tiempo lo hizo cambiar de opinión. Con la caja del anillo envuelta en papel y cinta, se dirigió al bar con el toldo a rayas negras y rojas.

Se llamaba Le Bar des Vignobles y faltaba una hora para que abriese. Tim envió un mensaje a Louise y le dijo que iba a comer algo, luego volvió a la cafetería donde habían tomado café el lunes. Pidió un citron pressé y una hamburguesa con patatas fritas, y se dispuso a esperar.

Justo antes de que acabara la hora, la vio. Llevaba una camiseta blanca, vaqueros negros y alpargatas, y un bolso de paja al hombro. Se detuvo ante la puerta y sacó un pesado juego de llaves del bolso, las ordenó hasta encontrar la llave que buscaba y la utilizó para abrir la puerta del bar. Unos segundos después, las persianas metálicas se levantaron y ella salió de nuevo, dispuso las sillas alrededor de las mesas, y colocó ceniceros y posavasos sobre estas. Así que no estaba en Cotignac de vacaciones, sino trabajando. Vivía allí. Esa inesperada revelación lo desconcertó un instante.

Observó cómo algunos de los lugareños de más edad llegaban al bar y ocupaban sus puestos en las mesas: fumaban, bebían vino tinto y cotilleaban. Luego pagó su cuenta y, con los dedos tocando la caja envuelta que llevaba en el bolsillo como un talismán, se dirigió hacia Le Bar des Vignobles.

Iba a enfrentarse a ella.

22

LOUISE

AHORA

—Voy a tener que hablar con Kevin, ¿no? —suspiró Tim cuando Louise le transmitió su conversación con Shona—. No es que me apetezca interferir en el matrimonio de otra persona, pero no veo que tengamos otra opción.

Estaban en su habitación, en la hora muerta entre el baño de media tarde y las copas previas a la cena. Tim había regresado de Cotignac unos minutos después de que Merry hablase con Louise, y se había reunido con ella y los niños en la piscina. En cuanto ella le preguntó si había tenido éxito en su viaje, él se limitó a darse un golpecito en un lado de la nariz y le advirtió que no curioseara entre los cajones.

—Shona ha dejado muy claro que no va a escucharme. —Louise se frotó con una toalla el pelo recién lavado antes de ponerse delante del espejo circular y pasarse el peine en un vano intento de domar los rizos—. De hecho, tengo la impresión de que cuanto más la presione, más probable es que lo eche todo a perder contándoselo a Renée.

Tim miró su reloj.

—Son las cinco. Tengo que volver a sentarme con Renée dentro de una hora y espero firmar los papeles. —Hizo un efusivo gesto con los dedos cruzados—. Así que no hay tiempo que perder. Voy a buscar a Kevin ahora mismo.

Volvió veinticinco minutos después; Louise se maquillaba frente al espejo del cuarto de baño. La prenda más elegante que había metido en la maleta, un vestido de seda azul pálido con lunares, estaba colgada en una percha detrás de la puerta del cuarto de baño para quitarle las arrugas.

—¿Cómo ha ido? —Se dirigió al reflejo de Tim.

—Kevin ha aceptado irse mañana —dijo con pesadez—. Esta noche habría sido mejor, la verdad, pero no era una opción.

—¿De verdad? ¿Seguro que lo dice en serio?

—Me he quedado con él mientras reprogramaba sus vuelos. Salen de Niza a mediodía. Así que ese es el plan. Se perderán los últimos cuatro días de vacaciones, pero han tenido más de una semana, así que…

—Pero ¿qué le has dicho? Sobre Shona, quiero decir. —Louise dejó su pintalabios y se volvió hacia él.

—Bueno, no le he dicho que su mujer tiene una aventura, si te refieres a eso. Creo que le corresponde a Shona, ¿no? He aludido a su constante consumo de alcohol y a que su comportamiento inapropiado incomoda a la gente. He hecho hincapié en la importancia de no ofender a Renée. Pero él sabe de sobra lo que pasa, debe saberlo. Tiene ojos en la cara, después de todo.

—Bien hecho, cariño. —Louise se secó los labios con un pañuelo y luego besó a su marido en la mejilla—. Estoy segura de que no ha sido fácil, pero es lo mejor.

—No le va a decir nada a Shona sobre el cambio de vuelos todavía, así que tú tampoco, ¿vale? Va a dejarlo para mañana a primera hora, para que no pueda refunfuñar durante la cena y estropearlo todo. Solo tenemos que tratar de mantenerla a raya una noche más.

Louise recordó las palabras de Shona cuando estaban en la cocina y se preguntó si sería posible.

—Solo una noche más —repitió.

Con la venta del Centro Veterinario de Fairlawn firmada y sellada, Renée anunció que esa noche habría una celebración muy especial.

Comenzó con la apertura de un añejo jeroboam de Dom Perignon, que bebieron en una recepción en la azotea con vistas a los viñedos. Las mujeres se habían preparado para la ocasión, y la elegante columna de raso color acero de Merry contrastaba con el vestido de piel de leopardo de Shona. Renée, resplandeciente con un vestido de gasa verde esmeralda y brillantes pendientes de diamantes, pronunció un breve discurso sobre lo contenta que estaba de hacer negocios con Tim y los emocionantes planes de futuro de la nueva Vet Care Mondiale, en Winchester. Fue un discurso ensayado y hábilmente pronunciado, y, a pesar de las sonrisas radiantes y el brazo colocado alrededor de la espalda de Tim, Louise tuvo que recordarse a sí misma que Renée ya había hecho aquello muchas veces. Significaba todo para Louise y Tim, pero no era nada especial para ella, aunque parecía sentir verdadera debilidad por el encanto de Tim Cutler.

Cuando por fin bajaron a la galería para cenar —langosta termidor y más champán—, Louise se llevó a Harry a un lado.

—Si te sientas al lado de Jared, te daré diez euros —susurró.

Harry la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta. Ella llevó un dedo a los labios y sacudió un poco la cabeza para indicar que no podía explicárselo—. ¿Cuándo tendré el dinero? —insistió su hijo.

—Mañana. Solo hazlo. Ve.

Renée ya estaba sentada a la izquierda de Jared, y Harry ocupó obedientemente la silla del otro lado. Enarcó las cejas con dramatismo al ver que su madre se acababa de adelantar a Shona para ponerse en la silla frente a Jared. Louise empujó a Elodie al asiento de su izquierda y Tim se sentó frente a Renée, de modo que, con lo que parecía una jugada de ajedrez, habían impedido de forma

muy efectiva que Shona flirteara con Jared. Ella se sentó en el extremo de la mesa, entre su marido y Richard, y lanzó miradas asesinas en dirección a Renée. Su expresión era enfurruñada, pero Kevin había debido ceñirse al plan y no mencionar que iban a abandonar la villa al día siguiente, ya que no hubo ninguna discusión abierta. En su lugar, Shona bebió una copa tras otra de champán.

—Bueno, ha ido bastante bien —dijo Louise, satisfecha, mientras se dirigían a la cama. Estaba un poco achispada y tuvo que sentarse en el borde de la cama para quitarse los tacones—. Hemos conseguido evitar una posible catástrofe.

—Todavía quedan otras doce horas para que las cosas se vayan al garete —dijo un sombrío Tim.

—Que Shona haga lo que quiera. —Louise lanzó sus sandalias de tiras al otro lado de la habitación y se frotó los pies doloridos—. Estará en ese avión mañana, y el contrato está firmado, ¿qué es lo peor que puede pasar?

El sábado por la mañana, Louise se despertó con el ruido de los neumáticos de un coche sobre la grava. El reloj de la mesilla marcaba las 9:03.

La cabeza le latía con fuerza por el champán que había bebido la noche anterior y le costaba orientarse. Entonces recordó que los Prentice se dirigían al aeropuerto esa mañana. Aquel debía ser su taxi, así que ya se iban, gracias a Dios.

Su alivio duró poco. Unos pasos se oyeron en el rellano.

—¡Mamá! ¡Mamá! —La puerta del dormitorio se abrió de golpe y Harry entró corriendo.

Lo primero que pensó fue que debía ir a recoger el dinero que le había prometido la noche anterior, pero entonces vio la angustia en su rostro y su palidez bajo el saludable bronceado. No era su típico niño tranquilo. Su corazón latió con fuerza.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué te pasa?

—Mamá, ha pasado algo horrible. Es… No… No sé qué…

Louise saltó de la cama por instinto y se puso unos pantalones cortos.

Tim ya estaba despierto.

—¿Qué pasa? —Se pasó los dedos sobre la barba incipiente y parpadeó.

—Acabo de ver algo terrible. Tengo miedo, papá. Por favor, tienes que venir.

Abajo, el olor a pan recién hecho y café emanaba de la cocina, junto con el ruido de los platos y el zumbido eléctrico del exprimidor. Harry condujo a sus padres fuera y por el sendero hasta el borde de la terraza de la piscina, donde se detuvo y señaló.

Y allí, en una de las tumbonas, estaba el cuerpo desnudo y sin vida de una mujer joven, con su larga cabellera dorada desplegada alrededor de la cabeza.

SEGUNDA PARTE

23

LOUISE

AHORA

«Dios mío, es Merry Stafford».

Ese fue el primer y estremecedor pensamiento de Louise al ver el cadáver, el cuerpo de una joven esbelta con el pelo largo sobre sus hombros desnudos.

Su segundo pensamiento fue proteger a sus hijos, por lo que apartó la vista tras una fugaz mirada.

—Harry —dijo ella, con la voz tensa por la conmoción—. Entra en la casa.

—Pero, mamá…

—¡Haz lo que te digo! —espetó con su mejor voz de subdirectora—. Ve y asegúrate de que tu hermana está bien y quédate con ella. Adentro.

Harry la miró durante unos segundos, aún pálido y con los ojos muy abiertos; luego se giró y corrió hacia el sendero.

Tim apartó a su mujer y se acercó al cadáver. Se quedó mirándolo, con los brazos rígidos a los lados. Apretaba y soltaba las manos.

—Tim. —La voz de Louise salió en un graznido—. ¿Está…? —Tim tenía el equivalente a un título de médico, se aseguró a sí misma. Él lo sabría.

Su marido mantuvo los dedos contra las sienes durante un segundo o dos antes de dar un paso adelante y ponerse en cuclillas. Levantó la muñeca izquierda de la mujer, que colgaba del borde de la

tumbona, y presionó con los dedos el punto del pulso. Al cabo de unos segundos, se incorporó de nuevo, sacudiendo la cabeza.

—Sí —dijo con una fuerte exhalación—. Está muerta. —Se volvió hacia Louise, y ella vio que le brotaba sudor de la frente a pesar del relativo frescor de la mañana—. Lou, necesito que vayas a buscar a Renée. Dile que llame a una ambulancia. Y a la policía, supongo.

Era difícil no quedarse mirando, pero Louise despertó de su estupor y, con las piernas como el flan, avanzó a trompicones por el camino y subió a la suite de Renée. Jared abrió la puerta, y ella le transmitió las instrucciones de Tim con toda la calma que pudo; después volvió a la piscina, seguida de cerca por Jared, primero, y Renée, que hablaba por el móvil con urgencia en la voz, detrás,

El aire cálido había empezado a secar el pelo de la mujer y Louise comprobó con alivio que, en lugar de ser rubio dorado oscuro, los mechones sueltos eran de color platino.

—No es Merry —dijo Renée en el momento exacto en que Louise se dio cuenta de lo mismo—. Gracias a Dios por eso, al menos.

En efecto, un Richard Stafford de aspecto aturdido apareció para averiguar el origen de la conmoción y confirmó que su esposa estaba sana y salva en su cuarto.

—Entonces, ¿quién demonios es esta? —exigió saber Jared.

Pero nadie tenía ni idea.

Le preguntaron a Renée si podía tratarse de una de las chicas del pueblo que a veces iban a ayudar a Pascale a limpiar las habitaciones, pero ella lo creyó improbable. Pascale, a la que llamaron para que saliera de la cocina y que se cruzó de brazos con fuerza al ver el cadáver, confirmó que aquella mujer nunca había trabajado en Le Mas des Flores.

La muerta era una completa desconocida.

Las horas siguientes fueron confusas.

Louise recordaba haber ayudado a buscar por todas partes las

pertenencias de la mujer —ropa, zapatos, un bolso—, pero no encontraron nada. Tampoco llevaba joyas que pudieran identificarla, aparte de unos sencillos aros de oro en las orejas.

—Esto es muy extraño —dijo Richard Stafford mientras Louise y él peinaban los arbustos alrededor de la terraza de la piscina—. Pero supongo que se tendrán que ocupar las autoridades.

—He llamado a mi abogado. —Renée volvía con el teléfono en la mano—. Y a la policía, por supuesto.

—¿Tu abogado? —preguntó Tim. Había cogido una toalla grande de la casa de la piscina y la había colocado lo más discretamente posible sobre la parte superior del cuerpo y la cara del cadáver, lo que solo dejaba a la vista unos pocos mechones de pelo platino, casi blanco.

—Sí, claro, pensadlo bien —dijo Jared. Se colocó junto a Renée y la rodeó con un brazo protector—. Es decir, no se ha ahogado, ¿no? Si no, ¿cómo demonios ha salido de la piscina y se ha subido a la tumbona? A menos que fuera algo como un ahogamiento en seco.

—Alguien debe haberla sacado a rastras y ponerla ahí —afirmó Richard. Merry había aparecido a su lado y temblaba, envuelta en un kimono de seda estampado con flores, con los brazos apretados sobre el pecho.

—Exacto. La han matado.

—Pero no tiene sentido —protestó Louise—. Aquí solo estamos nosotros, y ninguno podría haberlo hecho. Alguien más ha debido entrar en la propiedad durante la noche. Aparte de esta mujer.

—¿Dónde están los Prentice? —preguntó Merry.

—Los han recogido en un taxi hace una hora —dijo Tim, y de repente pareció dudar—: Al menos, eso creo.

—¿Alguien lo ha comprobado? —preguntó Renée. Su voz fue ahogada por el rítmico ulular de las sirenas y, segundos después, cuatro gendarmes uniformados bajaron por el sendero con camisas

azul pálido y pantalones de combate, las pistolas a la vista en la cintura.

Con muchos gestos y órdenes en francés gutural, alejaron a los huéspedes de la piscina, los condujeron de vuelta a la casa y acordonaron la zona con cinta. Llegaron más agentes, un par de ellos con perros rastreadores, y empezaron a peinar el terreno.

—Parece que también llega un equipo forense —dijo Tim, que miraba por la ventana del salón principal. En efecto, varias personas vestidas con trajes Tyvek de papel blanco pasaron cargadas de maletines.

Renée, que había salido para hablar con el oficial superior, entró en la sala con cara tensa.

—Parece que van a tener que vaciar la piscina —dijo en voz baja—. Sigo insistiendo en que no tenemos ni idea de quién es la mujer ni de lo que ha pasado, pero, si tenemos en cuenta… cómo ha acabado… Bueno, supongo que les debe parecer un poco inverosímil. Están revisando las cámaras de seguridad de la puerta principal y nos han pedido que, por el momento, nos quedemos todos aquí. Pascale está prestando declaración y, en cuanto termine, le he pedido que traiga café y pasteles.

—¿Puedes explicarles que los niños están solos en sus habitaciones y que tengo que comprobar cómo están? —preguntó Louise. Le dijeron que fuera y los bajara para que se unieran a los seis adultos en el salón.

Se habilitó una sala de interrogatorio improvisada en el comedor de eventos y, uno a uno, los llevaron allí para prestar declaración. Fue un proceso frustrante. El oficial superior, el capitán Palomer, hablaba inglés con un acento provenzal tan marcado que era difícil entenderlo. El otro oficial, el teniente Cabrit, apenas hablaba inglés. Los niños, que al principio estaban intrigados y emocionados, se

aburrieron enseguida y empezaron a quejarse porque no podían ir a nadar.

En el exterior, el calor provenzal apretaba, las cigarras zumbaban y los invitados permanecían encerrados en la casa mientras los investigadores forenses hacían su trabajo. Al final, sacaron una bolsa para cadáveres, la metieron en una furgoneta sin ventanas, y les dieron permiso para salir a la galería, pero no más allá. Pascale sirvió un almuerzo tipo bufé que comieron en silencio. Jared pidió una cerveza, pero los demás evitaron el habitual consumo de vino de la tarde.

Louise llevó a los niños al salón azul y, tras discutir un poco, consiguió que se pusieran de acuerdo sobre la película que ambos querían ver.

—Mamá, ¿podremos bañarnos en la piscina mañana? —preguntó Elodie.

—La verdad es que no lo sé, princesa —dijo Louise con tristeza. Abrazó a su hija—. Intentemos ayudar a la policía con su trabajo no haciendo demasiadas preguntas ahora mismo, ¿vale?

«Es más fácil decirlo que hacerlo», pensó mientras se reunía con los demás para tomar un café en la galería. De pronto, Richard parecía gris y agotado, y una solícita Merry entrelazaba su brazo con el de él y le susurraba. Louise recordó sus palabras de la tarde anterior en la pista de tenis, que ahora le parecían eternas:

«Realmente me cuida».

Renée, que había vuelto a hablar con el capitán Palomer, regresó a la mesa y levantó las manos para pedir silencio.

—Bien, escuchad. Tengo un nuevo informe de los gendarmes. Han solicitado el apoyo de un intérprete bilingüe para garantizar que las declaraciones se toman con precisión. Esa persona llegará mañana por la mañana y, hasta entonces, nadie debe abandonar el recinto.

En estos momentos están registrando la casa, y nos piden que esperemos aquí, en la galería, hasta que acaben.

—¿Qué hay de los Prentice? —preguntó Louise—. Por lo que sabemos, alguno podría haber visto u oído algo. —Ya se había confirmado que habían salido en taxi a las nueve de la mañana, como estaba previsto.

—Para cuando los agentes han empezado a tomarnos declaración, ya estaban en su vuelo de regreso al Reino Unido —dijo Renée, con una expresión que sugería que no lo lamentaba—. Pero, por supuesto, también tendrán que interrogarlos. Les he dicho a los gendarmes que Tim o tú les daréis sus datos de contacto, y ellos pedirán que la policía de Winchester les tome declaración lo antes posible. Si tienen que volver, lo organizarán —y añadió con suavidad —, pero esperemos que no sea necesario.

Después de una cena también silenciosa, les ordenaron a todos que subieran a sus habitaciones mientras registraban las de abajo. Louise miró por la ventana del dormitorio hacia el cielo negro como la tinta. Debajo de ella, a ambos lados de la puerta principal, dos policías armados permanecían en posición de firmes. ¿Estaban vigilados o encarcelados?, se preguntó.

Tim se unió a ella y se recostó contra él en un intento por liberar parte de la tensión de ese horrible día.

—Esto es surrealista —murmuró él—. Parece sacado de una novela de Agatha Christie.

Se volvió hacia él, con expresión sombría.

—Si fuera una de Agatha Christie, ya sabes lo que nos estaríamos preguntando todos: ¿quién será el siguiente?

24

LOUISE

AHORA

A Louise le gustó Guillaume Hall al instante.

Era el intérprete bilingüe que llegó a la mañana siguiente para ayudar a la gendarmería local a tomar declaraciones. Se trataba de un hombre corpulento que podía tener entre treinta y cinco y cincuenta años, con el pelo castaño claro salpicado de gris y que había empezado a retroceder en las sienes. Cuando sonreía —lo que hacía con frecuencia—, dejaba al descubierto un claro espacio entre los dientes delanteros, y sus ojos gris pálido se arrugaban en las comisuras de forma muy atractiva.

Renée ya había prestado declaración en francés, por lo que no fue necesario tomarle declaración de nuevo. Jared fue el primero de los invitados en ser interrogado, y luego llamaron a Louise al comedor. El teniente Cabrit tenía delante una enorme grabadora digital negra y Guillaume, un bloc de notas. Se presentó y explicó que, al vivir en la localidad y tener un progenitor francés y otro inglés, a menudo era subcontratado por la policía local, sobre todo para ayudar en incidentes relacionados con turistas británicos.

—Oh, vaya, ¿hay muchos incidentes? —preguntó Louise, nerviosa.

—Te sorprenderías —le sonrió Guillaume. La grabadora se encendió y él empezó—: Entonces, usted es la señora Louise Cutler. ¿correcto? —Ella asintió—. ¿Y cuánto tiempo lleva aquí en Le Mas des Flores?

—Llegué el sábado pasado. El resto de mi familia llegó unos días antes.

—¿Eh? ¿Cómo es eso?

—Estaba trabajando. Doy clases en un instituto, y el trimestre no acabó hasta el veintiuno de julio.

—Vale. Retrocedamos al viernes por la noche. Anteayer. ¿Puede decirme qué hizo? Empiece por la última vez que estuvo en la piscina.

Louise hizo memoria.

—Veamos, estábamos todos en la piscina por la tarde. Mi marido, los niños y yo. Y los Prentice también, creo. Ya no están aquí; se fueron para coger el vuelo a casa justo antes… antes de que se encontrara el cuerpo.

—¿A qué hora llegó, lo recuerda?

—Creo que eran alrededor de las dos cuando me dirigí allí. Después de comer. Tim no se nos unió hasta más tarde.

—¿Por qué?

—Había ido a hacer algunas compras a Cotignac.

—¿Solo?

—Sí. Solo. —Guillaume la miró, con las cejas un tanto enarcadas, y tomó nota—. Debimos quedarnos allí hasta las cuatro y media, más o menos. Sé que volvimos a nuestra habitación a las cinco, porque acababa de ducharme cuando Tim me dijo que tenía una reunión con Renée en una hora, a las seis.

—Fue para cerrar la compra, por parte de la señora Weber, del negocio de su marido, ¿es cierto?

—Sí. Y después de su reunión todos tomamos una copa para celebrarlo, en la azotea. Luego bajamos a cenar a la galería, como de costumbre.

—¿No volvió en ningún momento a la piscina?

Louise negó con la cabeza; Cabrit hizo una mueca y señaló

impaciente el aparato de grabación.

—No —dijo ella con firmeza.

—¿Y que usted sepa, nadie más lo hizo?

Louise hizo memoria. Había bebido mucho champán y vino, y sus recuerdos no eran tan claros como podrían haber sido. Recordaba haber intercambiado los asientos de la mesa para evitar que Shona estuviera cerca de Jared, y haber sobornado a Harry para que ayudara.

—No —repitió—. No empezamos a cenar hasta bastante tarde, así que, cuando terminamos, todo el mundo estaba cansado y nos fuimos a la cama. Excepto los Stafford, claro. Su suite está en una de las dependencias del terreno. Justo tras pasar la piscina.

—¿Así que la siguiente vez que fue a la piscina fue a la mañana siguiente?

—Sí. Justo después de las nueve.

—¿Y cuál fue el motivo?

—Harry, mi hijo, entró en nuestra habitación y nos dijo que había visto algo terrible allí.

—¿Dijo lo que era?

Louise empezó a sacudir la cabeza, pero recordó la grabadora.

—No. Estaba demasiado angustiado, así que lo seguimos hasta allí de inmediato. Entonces la vimos. —Agachó la cabeza y se tapó los ojos con las palmas de las manos, como si intentara borrar el recuerdo visceral y atormentador del cuerpo sin vida.

—¿Por qué no descansamos un momento? —Él señaló la jarra de agua vacía y cambió con facilidad a un francés impecable—: Bastian, peut-être aller chercher plus d'eau.

Cabrit detuvo la grabación y fue a la cocina a por más agua.

—¿Vive en Cotignac? —preguntó Louise a Guillaume.

—No, Aix-en-Provence. Está a menos de una hora. Tome… —Metió

la mano en el bolsillo de su chaqueta de lino y sacó una tarjeta de visita que entregó a Louise.

«Guillaume J. Hall, Detective Privé» decía, con una dirección profesional, correo electrónico y números de teléfono.

—¿Es usted detective privado? —preguntó ella, sorprendida.

—Estuve varios años en la policía judicial de París… Es un poco como la Special Branch en el Reino Unido. Pero ahora soy investigador independiente. E intérprete de la policía, por supuesto. —Señaló la grabadora.

—Vaya…, qué bien —dijo Louise, sin saber qué más responder. Intentó devolverle la tarjeta, pero él se apartó.

—Guárdela; podría serle útil.

Cuando Cabrit regresó y reanudaron la grabación, Guillaume le preguntó qué había pasado después de encontrar el cadáver.

—Al verla por primera vez supuse que era Merry…, la señora Stafford.

Guillaume enarcó una ceja y garabateó en su bloc.

—¿Y qué le hizo pensar eso?

—Parecía de la misma edad, complexión similar, pelo largo y rubio como Merry. Pero poco después me di cuenta de que no era ella. El pelo era del tono equivocado.

—¿La tocó?

—No, no me acerqué tanto. Mi marido le tomó el pulso y dijo que estaba muerta. Pero, para ser sincera, se notaba con solo mirarla. No es que haya visto cadáveres antes —añadió enseguida—, pero, ya sabe, se puede ver que… se han ido.

—¿Y después?

—Envié a mi hijo a comprobar cómo estaba mi hija, volví a la casa y desperté a Renée. Jared y ella bajaron a la piscina conmigo, y ella llamó a la policía.

—¿Y está segura de que nunca había visto antes a esa mujer? ¿No

la reconoció?

—Cien por cien segura —dijo Louise con firmeza.

Guillaume consultó sus notas, pensativo.

—Entonces, si puedo hacerla retroceder a los días que precedieron a estos acontecimientos, ¿notó a alguno de sus compañeros de vacaciones comportarse de un modo que le pareciera extraño o fuera de lo normal? ¿Vio a alguien que no conocía en los terrenos de la villa, o que visitaran la casa por alguna razón?

—Kevin y Shona, los que se han ido a casa, invitaron un día a comer a unas personas: una familia que conocían. ¿Cómo se llamaban? Los Farrow. Kevin Prentice tendrá su contacto, estoy segura. Pero estuvieron aquí pocas horas. Solo comieron y nadaron. Y no, no era ella. Me refiero a Debra Farrow.

—¿Está segura?

Louise lo pensó un instante, de pronto insegura. Pero no. Debra tenía el pelo corto.

—Estoy segura.

—¿Y qué sabe de esa gente, los Farrow?

—No mucho —admitió.

«Oh, Dios —pensó de repente—, ¿qué sabemos de ellos?». Recordó el pelo engominado y las pesadas joyas de oro de Jerry Farrow. La verdad era que parecía alguien con conexiones criminales. Actuaba de esa manera, dado su intento de involucrar a Renée en una especie de negocio piramidal. ¿Podría tener que ver con aquello?

—Haremos algunas averiguaciones. ¿Algo más?

Louise cogió la jarra de agua y se sirvió un vaso que bebió con lentitud para ganar tiempo. En realidad, no quería hablar del asunto de Shona y Jared, pero, si nunca lo mencionaba y más tarde salía a la luz, ¿no sería sospechoso? Le parecía absurdo que se sintiera

culpable, aunque no hubiera hecho nada malo. Supuso que ese era el efecto de ser interrogada por la policía.

—En realidad, había un poco de tensión de vez en cuando —aventuró.

Guillaume fijó en ella sus ojos grises.

—Continúe.

—Shona Prentice… le había tomado algo de cariño a Jared, el novio de Renée. —Él asintió con la cabeza—. Coqueteaban mucho y eso nos incomodaba. Hablé con ella al respecto y, al final…, bueno, Tim se enfrentó a Kevin y les pidió que se marcharan. Por eso volaron a casa ayer por la mañana en lugar de hacerlo el miércoles con el resto de nosotros. Adelantaron sus pasajes.

Louise decidió no contarles que Jared y Shona tenían relaciones sexuales. Eso le correspondía a Shona revelarlo si llegaban a interrogarla.

—Y, ahora, ¿podemos volver a la noche antes de que el cuerpo fuera descubierto. ¿Salió de su habitación en algún momento?

—No. No lo hice.

—Y su marido, ¿estuvo con usted toda la noche?

—¿Mi marido? —Louise parpadeó, sorprendida—. Sí, claro que lo estuvo.

—¿Está segura?

Una sensación de calor y pánico se desplegó en el pecho de Louise.

—Tan segura como cualquiera puede estarlo. Me desperté un par de veces para beber agua e ir al baño, y él estaba a mi lado. Tengo el sueño muy ligero; me habría dado cuenta si él hubiera salido de la habitación en mitad de la noche.

«Ay, Dios, ¿debería haber dicho eso? No quería meterles la idea de que Tim ronda de noche».

Guillaume garabateaba con rapidez, y ella se sintió aliviada cuando levantó la vista y, tras un asentimiento de Cabrit, dijo:

—Entrevista terminada a las 11:44. —Le hizo un gesto al inspector para que detuviese la grabación—. Gracias, señora Cutler, creo que eso es todo por ahora.

—¿Qué pasará ahora? ¿Cuándo acabará la policía? Es que resulta difícil no saberlo, con los niños… —Su voz se apagó.

—Comprendo que este proceso no es agradable, pero espero que entienda por qué hay que hacer ciertas preguntas. —Se levantó y caminó hacia la puerta con ella—. El forense completó la autopsia ayer, y la causa de la muerte determinará lo que suceda a continuación.

Louise asintió con la cabeza, sus dedos giraban su tarjeta una y otra vez en su bolsillo. Por alguna razón, se sentía más segura.

—Por supuesto, es muy difícil avanzar en una investigación cuando no se tiene ni idea de quién ha muerto —continuó— él. Pero Cotignac es un lugar muy pequeño. Confío en que alguien sabrá quién es esta mujer.

—¿Y si vino de otro sitio?

Guillaume sonrió.

—Como he dicho, alguien sabrá quién es.

Louise se sintió aliviada de que su entrevista con Guillaume Hall hubiera sido tan sencilla.

—No ha estado tan mal —le dijo a Tim, que estaba a punto de entrar en el comedor—. Todo irá bien.

—¿De verdad lo crees? —Su voz era plana; su tono, sombrío—. No puedes estar segura de eso.

Ella escudriñó su rostro con ansiedad.

—¿Por qué?, ¿qué quieres decir?

—Que en estas circunstancias no podemos estar seguros de nada. Ni de nadie.

Después de pasar por el mismo procedimiento, se mostró tenso e inquieto, incapaz de tranquilizarse.

—Solo quiero salir de aquí —repetía una y otra vez.

—Todo acabará pronto —intentó calmarlo Louise—. La policía se irá y las cosas volverán a la normalidad. Bueno, la mayor normalidad posible, dado lo que ha pasado.

—Tal vez pase un tiempo antes de que se pueda volver a llenar la piscina —se preocupó él, paseando de un lado a otro de la galería.

El equipo forense acababa de llegar para llevar a cabo lo que Cabrit denominó «une recherche secondaire». Se habían dirigido a las suites de la primera planta y habían pedido a los invitados que permanecieran abajo mientras ellos trabajaban. Renée estaba con su portátil en el salón azul, Richard y Jared tenían permiso para jugar al tenis, y Merry tomaba el sol en otra de las terrazas.

Tim sacó su teléfono e inició una búsqueda en Internet.

—Tal vez deberíamos tratar de encontrar un hotel local, para que los niños puedan nadar.

—Pero, cariño, solo tenemos el lunes y el martes, y luego volamos a casa. No merece la pena.

—Todos los sitios están reservados. —Tiró el teléfono sobre la mesa, exasperado.

—Pues claro que sí —dijo Louise—. Es temporada alta.

A través de la ventana, veía el salón y el vestíbulo. Dos hombres de traje blanco llegaban al pie de la escalera, uno de ellos llevaba algo cuidadosamente enfundado. Y Louise se dio cuenta, con un gélido sobresalto, de que era la bolsa de cuero de su marido.

Palomer dijo algo y señaló, y sacaron la bolsa por la puerta principal, donde seguía aparcada la furgoneta de los forenses. Palomer y Cabrit mantenían una conversación en voz baja y miraban de vez en cuando en dirección a la galería.

—Tim. —Louise lo agarró del brazo—. Tim, acabo de ver…

Pero antes de que terminara la frase, los dos policías cruzaron las puertas de cristal del salón. Guillaume los seguía de cerca.

—Tim Cutler, vous êtes en etat d'arrestation —dijo Cabrit. Louise se llevó la mano a la boca—. Vous avez le droit de garder le silence…

Guillaume tradujo mientras le leían los derechos.

—Esto es absurdo —le dijo Tim, suplicante—. Por favor, diles que es imposible que yo hiciera algo así. Estaba en la cama con ella. —Se volvió e hizo un gesto desesperado a Louise—. ¡Díselo, por el amor de Dios!

Ella lo miró fijamente.

—Está bien, te creo. —Y se volvió para protestar ante los policías—. ¡Esto es absurdo! Lo habéis entendido todo mal. Tim nunca haría algo así.

Pero ignoraron sus demandas y se llevaron a su marido.

25

TIM

AHORA

El lunes, Tim se despertó al oír el ruido de unas llaves que abrían una puerta de metal enrejada y el de una bandeja que contenía una pequeña baguette y una taza de plástico con café solo que depositaron en el suelo.

Despertarse quizá no fuera la palabra correcta para describir cómo había empezado el día, ya que en realidad no había dormido. Por la noche, en las celdas del fondo de la comisaría, se oían extraños golpes y crujidos, y el preso borracho de una de las de al lado gritaba a intervalos regulares e incluso llegó a cantar La Marsellesa.

Tim esperaba que lo interrogaran en cuanto llegara a la gendarmería de Brignoles y lo pusieran en libertad. Pero, en lugar de eso, lo fotografiaron, le tomaron las huellas dactilares y le hicieron un frotis de ADN antes de encerrarlo en una celda de dos metros cuadrados con paredes de azulejos y un pequeño colchón recubierto de plástico situado sobre un zócalo de hormigón. Su francés era lo bastante bueno como para haber entendido al funcionario de custodia, que le explicó que un domingo por la tarde no había abogados de guardia y que tendría que esperar hasta la mañana siguiente para hablar con alguien. Aquella noche le habían ofrecido comida, pero la había rechazado, demasiado conmocionado y abatido como para comer. Todos los pensamientos que se agolpaban en su cabeza se referían a Louise. ¿Cómo narices lo estaría

pasando? ¿Qué pensaría y sentiría? Él al menos tenía una idea de lo que ocurría, pero ella no.

Al amanecer, estaba hambriento. Desgarró el pan con los dientes y se bebió de un trago el café cuando Guillaume Hall apareció en la puerta de la celda con una expresión de simpatía en el rostro. Tim apenas recordaba haberse sentido tan aliviado al ver a otro ser humano.

—Gracias a Dios —fue todo lo que consiguió decir.

—¿Cómo está? —Había preocupación genuina en la voz de Guillaume.

—Ah, ya sabe. —Tim se las arregló para sonreír—. No creo que recomiende este lugar en Tripadvisor. Pero me alegro de verle. Mucho.

—Estoy aquí a título oficial. Según la ley francesa, tiene derecho a un intérprete, y le ofrezco mis servicios. Por supuesto, estará representado por un abogado, también es su derecho. —Se mostró enérgico, serio—. Están recabando más información, y luego se ocuparán de usted.

Desapareció de nuevo y Tim se quedó esperando. Le habían quitado el reloj, el móvil y el pasaporte al detenerlo, pero había un reloj visible a través de los barrotes. Pasó una hora, luego otra, y una tercera. Llevaba unas veinte horas en la gendarmería. ¿No había un límite de tiempo? La pobre Louise debía estar desesperada.

Al final, tuvo que dejar de mirar las manecillas, ya que aumentaba su ansiedad. En algún momento de la tarde lo condujeron a una sala de interrogatorio estrecha y polvorienta. Las ventanas estaban tan altas que no se podía ver a través de ellas, y una cámara montada en la pared apuntaba hacia su asiento. Le presentaron a su abogado, Antoine Fabre, un hombre barrigudo con las uñas mugrientas que olía a Gitanes y cuyos botones de la camisa le apretaban el abdomen.

Después de que se encendiera la grabadora y se dijera la hora y los nombres de los presentes, el capitán Palomer comenzó a hablar. Hacía pausas periódicas para que Guillaume tradujera.

—Los resultados de la autopsia muestran que la víctima murió por la inyección de una dosis letal de pentobarbital sódico. Se encontró un vial de esa droga en su posesión, en la bolsa de su habitación. ¿Cómo lo explica?

—Con bastante facilidad —dijo Tim. Consiguió mantener la compostura, aunque el corazón le martilleaba las costillas—. Soy veterinario y la utilizo para practicar la eutanasia a los animales. Llevaba un poco en el bolso de una visita a domicilio que hice hace unas semanas para dormir a un perro, y se me olvidó sacarlo antes de volar a Francia. Son pequeñas cantidades de líquido, así que supongo que el escáner del aeropuerto no las detectó. Pero no le inyecté nada a esa mujer. ¿Qué razón podría tener para hacerlo? Ni siquiera la conocía.

Palomer resopló algo en respuesta, y Guillaume tradujo, sin emoción.

—Pero usted sí que la conocía. Eso es correcto, ¿no?

—No, no es verdad —protestó Tim—. ¿Cómo puede decir eso si nadie sabe quién es?

—Hemos confirmado su identidad. Es Hannah Messenger, de nacionalidad británica y residente en Londres.

Mientras Tim devolvía la mirada a los dos hombres, Palomer se lanzó a una larga retahíla de explicaciones, sin apenas detenerse para que Guillaume tradujera.

—Cotignac es un lugar pequeño y la gente habla, intercambia información. Da la casualidad de que varios policías beben en Le Bar des Vignobles. La señora Messenger trabajaba allí, estaba haciendo un viaje sabático de seis meses por Europa. Además de trabajar en Cotignac, se alojaba en casa de madame Garrigues, propietaria de

una de las tiendas de regalos del pueblo. Cuando el sábado por la noche no se presentó a su turno y no volvió a su habitación, se inquietó. Su casera denunció su desaparición. Y luego, cuando encontraron muerta a una mujer no identificada de la misma edad, a unos kilómetros de distancia, pues… Voilá!

Guillaume no necesitó traducir esta última palabra, ya que Palomer le había dado un toque galo.

Palomer continuó, con una expresión de autosatisfacción en el rostro.

«Está disfrutando con esto —pensó Tim con amargura—. Mi vida está en juego, y él se hace el chulo».

—Por supuesto, aún teníamos que realizar el proceso de identificación formal de la fallecida. La hermana mayor de la señora Messenger ha volado a Francia esta mañana y la han acompañado al depósito de cadáveres del Hospital Jean-Marcel de Brignoles. Ha confirmado que el cuerpo es el de su hermana Hannah.

Miró a Tim, esperando su respuesta.

Fabre se inclinó hacia él e hizo una pregunta en francés que Tim no entendió.

—Su representante legal nos pide que mostremos alguna prueba de por qué afirmamos que la conoce.

Palomer giró su portátil hacia Tim. En la pantalla había una imagen granulada en blanco y negro tomada de una grabación de CCTV.

—Para la cinta: le muestro al sospechoso la prueba 15/ACR. Es usted, ¿verdad?

Monsieur Fabre negaba con la cabeza: le indicaba que Tim no lo admitiera.

—No lo sé. Es imposible estar seguro. —Era verdad hasta cierto punto. La grabación era de mala calidad y solo se le veía la nuca.

—Pero ¿admite que estuvo en Le Bar des Vignobles de Cotignac hacia el mediodía del viernes veintiocho de julio?

Tim había visto suficientes novelas policíacas para saber que no tenía sentido negarlo. Solo haría que sus acciones parecieran más sospechosas si un tercer testigo verificaba que él había estado allí.

—Sí —respondió con amabilidad. Intentó dar la impresión de que se trataba de un hecho sin importancia—. Estaba de compras en Cotignac y paré a comer. Pensé en visitar el bar por si alguna vez íbamos al pueblo por la noche. Acababa de abrir, hablé con la camarera y, como también era inglesa, me preguntó dónde me alojaba. Hablamos un rato sobre el tiempo, lo mucho que nos estaba gustando la zona, y luego me fui.

Fabre y Guillaume intercambiaron una mirada.

—Entonces, ¿le dijo que se alojaba en Le Mas des Flores? —La mirada de suficiencia había vuelto a la cara de Palomer—. El mismo lugar donde murió solo doce horas más tarde.

«No te pongas nervioso, no te pongas nervioso», dijo una voz en la cabeza de Tim.

—Puede que no le diera la dirección exacta. Para ser sincero, no lo recuerdo. Puede que solo le dijera en qué dirección estaba la villa, o a qué distancia.

Estaba complicando demasiado las cosas en su desesperado intento por ocultar la verdadera naturaleza de su conversación con Hannah Messenger tres días antes.

—¿Y la invitó a reunirse con usted allí más tarde? ¿Una cita al anochecer?

—No lo hice —dijo Tim con firmeza—. Miren —se inclinó hacia delante sobre la mesa—, esa misma tarde acababa de firmar un acuerdo comercial con uno de los mayores proveedores de atención veterinaria del mundo. Eso sitúa mi carrera en un punto álgido. Las cosas no podrían irme mejor, así que, ¿por qué demonios querría inyectarle pentobarbital a esa pobre chica? Y, si por alguna extraña razón lo hubiera hecho, ¿de verdad cree que habría dejado el resto

de la droga ahí, en mi maletín, lista para que alguien la encontrara? —Se dirigió a Fabre, que tenía los brazos cruzados sobre su amplia barriga—. Seguro que se da cuenta de lo endeble que es esta teoría. Aparte de que tengo una coartada: estuve en la cama con mi mujer toda la noche. Puede dar fe de ello.

La respuesta de Palomer a la serena racionalidad de Tim fue poner cara de fastidio, pero apagó la cámara y, tras una conversación en voz baja con Fabre, Guillaume le comunicó que quedaba en libertad bajo fianza a la espera de nuevas investigaciones.

—¿Significa eso que soy libre de volver al Reino Unido?

Uno de los superiores de Palomer tendría que tomar esa decisión, le dijeron, y dependería del progreso de la investigación en los próximos días. Por el momento, debía renunciar a su pasaporte y permanecer en Le Mas des Flores.

¿En qué estaría pensando Renée Weber?, se preguntó Tim mientras lo conducían fuera de la gendarmería hasta un coche de policía que lo esperaba. Acababa de hacer negocios con alguien que, cuarenta y ocho horas más tarde, había sido detenido por un posible cargo de asesinato. Solo podía esperar que confiara en su inocencia, pero ella no estaría muy segura de sí misma. Tendría que restar importancia a su implicación real con Hannah Messenger, convencer a Renée de que su detención había sido una mera formalidad debido a la posesión de una droga letal, y que todo se había aclarado de forma satisfactoria.

Y luego estaba Louise. Tenía que explicárselo de alguna manera a su mujer. ¿Le creería?

26

TIM

AHORA

Los neumáticos del coche patrulla levantaron nubes de polvo al subir por el camino de entrada de Le Mas des Flores.

Al bajar del asiento trasero y respirar el aire cálido y perfumado de aquel lunes por la tarde, Tim recordó cuando llegó a la villa por primera vez. Hacía solo doce días, pero parecía que hubiera ocurrido en otra vida. Esta vez, en lugar de estar con él, sus hijos bajaron corriendo los escalones para saludarlo con un abrazo.

Louise los siguió, pero se quedó con los brazos en torno a su cuerpo mientras él intentaba abrazarla. La sintió estremecerse en cuanto su mandíbula sin afeitar rozó la suya, consciente de que debía oler fatal.

—Me alegro de verte —murmuró él con una sonrisa—. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Han estado bien. —Su sonrisa era tensa.

—Deja que me duche y me afeite, y luego hablamos, ¿vale?

Asintió con la cabeza y, una vez que enviaron a sus hijos a la cocina a cenar, siguió a su marido escaleras arriba hasta su habitación.

—¿Cómo han estado los niños? —le preguntó una vez solos. Las sombras cetrinas bajo sus ojos le indicaron que no había dormido mejor que él.

Ella se encogió de hombros.

—Harry ha estado un poco retraído; Elle, más habladora, pero

llorosa.

—¿Y los demás?

—Renée ha sido educada, pero ha mantenido las distancias. ¿Y quién puede culparla? Es terriblemente incómodo para todos. Los Strafford han cambiado sus vuelos y un coche los ha llevado a Niza esta tarde. Hasta entonces, se han quedado en su habitación. Manteniendo las distancias. De nuevo, ¿quién puede culparlos?

Tim negó muy despacio la cabeza.

—Lo siento. Siento que todos hayamos tenido que pasar por esto. Ha debido ser horrible para ti no saber qué demonios sucedía. —Se quitó la ropa mugrienta y se dirigió al baño—. ¿Hay vino en la nevera? Mataría por un trago. —Se sorprendió a sí mismo con esa desafortunada frase y soltó una pequeña carcajada.

—¿Está todo resuelto? —le preguntó Louise cuando salió envuelto en una toalla unos minutos después. Le sirvió una copa fría de vino de Sancerre, que él se bebió de un trago—. ¿No te han acusado de nada? —Él sacudió la cabeza y se sirvió un segundo vaso de vino—. Entonces, ¿por qué te han retenido tanto tiempo?

—Porque no había un abogado de guardia el domingo por la noche, eso es todo. No han hablado conmigo hasta hace unas tres horas. Y cuando lo han hecho, solo querían que explicara lo del pentobarbital.

—¿Y eso ha sido todo? ¿No te han hablado de nada más? —Tim negó con la cabeza——. ¿Y no saben quién es la mujer fallecida?

Él vaciló.

—Todavía lo están investigando.

—¿Así que todo va bien ahora?

Apretó la mano de su mujer y se inclinó para besarla.

—Sí, cariño, te lo prometo: todo va bien.

El martes por la mañana, el último día de vacaciones, Louise propuso salir con los niños.

—No tener la piscina es duro para ellos con este calor. —El

indicador de temperatura de la galería marcaba treinta y cuatro grados—. Y estar por aquí después de… lo que ha pasado, no es bueno para ellos. El ambiente es bastante lúgubre.

Tim vaciló. No podía estar más de acuerdo con su mujer, pero estaba la cuestión de su condicional a Le Mas des Flores. Le habían dicho que debía «permanecer» en la propiedad, aunque seguro que significaba utilizarla como su base, su dirección de facto en Francia. No que estuviera bajo arresto domiciliario, ¿no? Nadie había dicho eso.

—Acabo de hablar con Renée y lo entiende de sobra —continuó Louise—. Ha dicho que podemos usar el BMW todo el día.

—Muy bien, pues vamos. Ya que los niños están desesperados por nadar y estamos en el sur de Francia, deberíamos ir a la playa, ¿no?

Tim hablaba con ligereza, pero su mente iba a mil por hora. Pensaba en Hannah Messenger. ¿Con quién había hablado antes de morir? ¿Le había hablado de él? De ser así, ¿qué relación tenía con su asesinato?

—Estás muy callado —observó Louise mientras conducían por la A8 hacia Fréjus Plage. Los niños, entusiasmados con su día libre, reñían de buen humor en el asiento trasero.

—Lo siento. Todavía estoy cansado. Una noche sin dormir en una celda te quita las ganas de todo.

Consiguió serenarse lo suficiente como para dar la impresión de estar disfrutando de la playa bordeada de palmeras. Los niños escarbaban en la arena y jugueteaban en el agua como cachorros sin correa, y cuando todos habían tomado bastante el sol, se retiraron a un restaurante de la playa. Los cuatro se sentaron bajo un toldo de lona a disfrutar de unas patatas fritas con mayonesa y una jarra fría del vino rosado local para los adultos, y por un rato —solo por un rato— se olvidaron del trauma de los dos últimos días. Parecían unas vacaciones de verdad.

En cuanto regresaron a Le Mas des Flores, Laurent había empezado a llenar la piscina. Los niños bajaron corriendo a mirar, pero se decepcionaron al saber que tardaría al menos otras veinticuatro horas.

—Ya estaremos de vuelta en casa —les dijo Louise.

«Excepto porque no tengo mi pasaporte», pensó Tim. No quiso expresar sus temores en voz alta por miedo a preocupar a Louise, y la siguió escaleras arriba para hacer la maleta como si nada.

Para su alivio, un coche de policía llegó a la propiedad justo antes de que se dispusieran a cenar por última vez y bajó un gendarme uniformado, acompañado por Guillaume Hall. Entraron en el comedor para hablar y se cruzaron con Renée en el pasillo. Ella forzó una sonrisa, pero la expresión de sus ojos confirmó que dudaba de su última inversión.

Le devolvieron el pasaporte a Tim, y Guillaume se tomó unos minutos para explicarle lo que sucedería a continuación.

—Aquí tenemos un sistema inquisitorial, lo que significa que, en todas las situaciones, salvo en las más sencillas, el caso pasa a un juez de instrucción que actúa como investigador oficial. Pueden interrogar a los testigos, examinar las pruebas y, en general, influir en el curso del procedimiento, y en su caso decidirán si el fiscal debe presentar cargos contra usted.

—¿Y cuánto tiempo llevará todo eso? —preguntó Tim. Se agarró al respaldo de una silla para no temblar. La posibilidad de que lo acusaran de asesinato le hacía desfallecer.

—Depende —dice Guillaume—. Serán varias semanas como mínimo, pero a veces los casos se demoran meses, o incluso años. Me temo que Francia no tiene una gran reputación en cuanto a la rapidez de su sistema judicial.

«¿Años? ¿Esto podría estar rondándome durante años?».

Guillaume vio la expresión de angustia en su rostro y le apretó el

hombro.

—Mire, espero que no llegue a eso. Y es libre de volver al Reino Unido, pero le aconsejo encarecidamente que contrate allí a un abogado tan pronto como pueda, ya que el contenido de su expediente solo puede ser compartido con un abogado; usted no tiene derecho a una copia. Así que, si quiere saber qué está pasando, necesitará que le represente alguien con cierta experiencia en el sistema jurídico francés.

Tim cerró las manos y se las apretó contra las cuencas de los ojos. Trataba de comprender con desesperación la magnitud de lo que ocurría. Si no hubieran ido a Provenza…, pensó. Si no se hubiera empeñado tanto en congraciarse con Renée Weber y le hubiera dicho que los Cutler pasarían las vacaciones en Cornualles…

—Mientras tanto, la policía continuará con otras líneas de investigación. Esperemos que encuentren al responsable y se archive la investigación contra usted —dijo Guillaume.

Tim levantó la cabeza y lo miró.

—¿Y si eso no pasa?

—En ese caso, lo citarán para volver a Brignoles y será acusado formalmente. Y con toda probabilidad se quedará en prisión preventiva en Francia, a la espera de juicio, lo que puede tardar hasta cuatro años.

—¡Cuatro años! Por Dios —gimió Tim—. Qué puñetero desastre.

—La verdad es que sí.

La cena de esa noche fue tranquila.

Los Stafford se habían ido y Renée alegó un dolor de cabeza como excusa, así que Pascale solo atendió a los Cutler y a Jared. Se comieron los escalopes de pollo y las alcachofas casi en silencio.

—Me pregunto si Jared y Shona siguen en contacto —le dijo Louise a Tim mientras volvían a su habitación para terminar de hacer la maleta—. Aunque, por lo que ha dicho, está feliz de volar a los

Estados Unidos con Renée. A lo mejor le ha pedido que se case con ella, después de todo, y él tiene los ojos puestos en el premio económico.

—¿Quién sabe? —dijo Tim, a quien en realidad no le importaba mucho. Lo único que le preocupaba era si Renée estaba a punto de rescindir el acuerdo de compra de Fairlawn. Los papeles estaban firmados y sellados, pero ¿y si que fuera sospechoso de un crimen le ofrecía a ella una cláusula de salida?

Obtuvo su respuesta a la mañana siguiente, cuando cargaban su equipaje en un taxi. Renée los besó envarada y les dijo con frialdad:

—Ha sido maravilloso conoceros a los dos. Está claro que, con los recientes y desafortunados acontecimientos, no podemos avanzar hasta que tenga la oportunidad de hablar con el departamento jurídico de VCM. Voy de viaje de negocios a Nueva York, y vuelo directo desde allí a Toronto, pero he programado una reunión con ellos en cuanto estemos de vuelta, el veinticinco de agosto.

Faltaban poco más de tres semanas. Tim tenía solo veintitrés días para limpiar su nombre.

27

LOUISE

AHORA

El vuelo de los Cutler procedente de Toulon sufrió un retraso de casi tres horas.

Cuando recogieron el equipaje, recuperaron el coche y regresaron a Winchester en medio de un denso tráfico, ya era tarde. Louise cargó la lavadora con un montón de bañadores, pantalones cortos y camisetas sucias, y se dispuso a preparar una cena a base de hamburguesas congeladas, patatas fritas al horno y guisantes. El estado de ánimo durante el viaje de vuelta había contrastado con el entusiasmo con el que habían salido hacia el sur de Francia dos semanas antes. Los niños se animaron en cuanto volvieron a estar en contacto con sus amigos y a hacer planes, pero Tim y Louise permanecieron apagados, monosilábicos.

Mientras metían los platos en el lavavajillas y los niños salían corriendo a sumergirse en el tiempo de pantalla que les había faltado, Tim anunció que se iba a trabajar.

—¿Qué, ahora? —Louise miró el reloj de la pared de la cocina—. Si son las ocho menos cuarto.

—Ya lo sé, cariño —respondió, rígido—, pero soy el socio mayoritario y llevo dos semanas fuera de la consulta. Tengo que ir a ver qué ha pasado en mi ausencia. Puedo ocuparme de algo de papeleo y adelantar lo de mañana, ya que Amy me ha dicho que tengo la agenda llena de consultas y operaciones.

—Está bien —dijo Louise en voz baja. Tenía la cabeza inclinada sobre el lavavajillas abierto y no levantó la vista hacia él—. Supongo que tiene sentido.

Ella vio un programa de cocina en la televisión del salón y a las nueve y media, cuando los niños se fueron a la cama, decidió acostarse. No recibió ningún mensaje de Tim sobre a qué hora llegaría y decidió no preguntárselo. En lugar de eso, se despertó poco antes de la una de la madrugada y lo encontró tumbado a su lado, en la cama. Intuyó que no estaba dormido. Después de veinte años, estaba tan familiarizada con él que se daba cuenta por la disposición de su cuerpo.

—Tim, ¿va todo bien? —dijo sin rodeos.

Él se inclinó y le plantó un beso en la cabeza.

—Todo va bien —susurró—. Vuelve a dormirte.

Pero se quedó despierta porque las cosas no iban bien. Sentía que había algo que él no le estaba diciendo. Y ella necesitaba saber qué era.

Louise se quedó dormida sobre las cinco y, cuando se despertó, Tim se había ido a trabajar.

Se permitiría el lujo de ir despacio, al menos hasta que empezaran los preparativos para el nuevo curso, en un par de semanas. Oyó que los niños discutían abajo, en la cocina, y se puso la bata para ir a arbitrar. Su teléfono zumbó.

«Mensaje de Shona Prentice», decía la notificación. El texto estaba escrito en mayúsculas.

¡¡TENEMOS QUE HABLAR!! X

Tenía que tratarse de lo que había sucedido en Le Mas des Flores, sin duda. Aunque Louise no tenía muchas ganas de quedar con Shona, sentía la abrumadora necesidad de hablar con alguien sobre

lo que había ocurrido. De intentar encontrarle sentido. Una vez zanjada la insignificante discusión de los niños, y después de poner a calentar unos panecillos de canela en el horno, le contestó.

> ¿Quedamos para tomar un café? Llevaré niños, así que a Abbey Gardens. ¿A las 11:00? X

Propuso un pequeño parque urbano del centro de la ciudad que tenía un área infantil con columpios en la que Elodie y Violet estarían bastante distraídas. En el molino reconvertido que daba a esa zona había un restaurante que servía cafés por las mañanas y tenía mesas al aire libre.

Harry dijo que el parque era una «chiquillada» y se negó a ir en redondo, y como acababa de pasar quince días en estrecho contacto diario con dos niñas de diez años, Louise pensó que no podía obligarlo. Después de llamar a las madres del colegio, consiguió que lo invitaran a pasar el día en casa de su amigo Noah, que estaba en la calle de al lado.

Una vez en el parque y después de que las niñas corrieran chillando hacia la zona infantil, Shona y Louise compraron cafés helados y se sentaron en un banco a la vista de sus hijas. Hacía mucho más frío que en Francia, pero Shona llevaba unos pantalones cortos blancos y un top sin hombros que mostraba el bronceado provenzal que tanto le había costado conseguir.

Su tema de apertura no fue el que Louise esperaba. En absoluto.

—¡Venga, cuéntamelo todo! —dijo con efusividad—. Quiero saberlo todo sobre Jared. ¿Sabes dónde está ahora? ¿Están juntos? ¿Te ha dicho algo sobre mí?

Louise negó con la cabeza.

—A mí no. Renée y él han volado de vuelta a Ginebra, y luego iban a Estados Unidos. Bueno, Renée, pero dijo «nosotros» al hablar de su regreso, así que supongo que se refería a Jared. —Intentó

mantener un tono neutro, pero no pudo evitar un pequeño escalofrío de regodeo. Shona la miraba con fijeza, como si Louise no hubiera hecho lo suficiente para evitarlo.

»De todos modos —Louise dio un vigorizante sorbo a su café—, cuando recibí tu mensaje supuse que era porque la policía de Hampshire se había puesto en contacto contigo por lo sucedido. ¿Kevin y tú no sabéis que descubrieron un cadáver junto a la piscina, literalmente minutos después de que saliera vuestro taxi?

—Ah, eso. —Shona agitó la mano con desdén—. Sí, la policía vino a nuestra casa el… ¿Cuándo fue? Debió ser el martes por la mañana. Querían saber si habíamos visto u oído algo el viernes por la noche. Lo que no hicimos. Tuvimos una gran discusión después de cenar cuando Kevin me dijo que volvíamos a casa en el siguiente vuelo, pero solo después de que Jared y ella —escupió la palabra— estuvieran en la cama, así que no pude hablar con él. Nos gritamos de todo y Kevin acabó durmiendo en el sofá del salón. Aun así, en realidad no había nada que pudiéramos contarle a la policía, ya que ninguno de los dos conocía a la chica.

Louise hizo una mueca, confundida. Los Prentice se habían ido antes de que el cuerpo fuera descubierto.

—Espera, ¿cómo sabes que no la conocías?

—Mencionaron su nombre. Hannah algo. ¿Cuál era su apellido? Se me ha ido de la cabeza. Pero, de todos modos, por lo que dijo la policía, sabían quién era. —Se estremeció teatralmente—. Me alegro de no haber estado allí, la verdad. Todo el asunto me produce escalofríos.

Las dos niñas corrieron a coger los paquetes de patatas fritas y los cartones de bebida que Louise había llevado y, con una charla animada, se apresuraron a volver con ellos a los columpios.

—Es agradable ver a Violet tan feliz —dijo Shona con un rastro de

melancolía—. Los niños captan cosas, ¿verdad? Y las últimas dos semanas han sido difíciles para ella, ¿sabes?

—¿Cómo van las cosas con Kevin? —Louise tenía verdadera curiosidad.

—Nos estamos divorciando.

—¡Oh, Dios; lo siento, Shona! —Ella sacudió la cabeza con suavidad —. ¿De verdad es tan definitivo? ¿No hay nada que puedas hacer para arreglar las cosas?

Shona sacudió la cabeza y forzó una sonrisa.

—Está bien, en serio. No es el fin del mundo: la mitad de la gente de este país está divorciada. No es que Tim y tú vayáis a divorciaros nunca, claro. Sois fuertes como una roca.

De vuelta a casa con Elodie, Louise dejó el bolso sobre la mesa de la cocina y rebuscó entre pañuelos, recibos y birretes hasta encontrar lo que buscaba.

«Guillaume J. Hall, Detective Privé».

Le dio vueltas a la tarjeta entre los dedos, cerró el puño y se la apretó contra el esternón como si fuera un talismán mágico. La narración de los hechos por parte de Shona la había inquietado. Según ella, el martes, la policía local —a petición de la brigada de Provenza— les había dado el nombre de la muerta. Pero Louise estaba segura de que Tim le había dicho que el lunes no sabían quién era. ¿O no? Estaba tan confusa que la cabeza le latía con fuerza.

Cuando Tim volvió del trabajo aquella noche, descorchó una botella de vino italiano y le ofreció un vaso. Ella lo rechazó, ya que su dolor de cabeza parecía el inicio de otra migraña. En su lugar, dejó la tarjeta de visita sobre la mesa.

—Creo que deberíamos pedirle a Guillaume que nos ayude.

—¿Guillaume? ¿Por qué?

—Porque es un investigador privado, conoce el sistema y también el caso contra ti.

—Pero, cariño, va a ser muy caro.

—Podríamos buscar el dinero.

La expresión de Tim cambió. Tenía los ojos enrojecidos y, a pesar del bronceado, se le veían ojeras. No dormía mucho; Louise era muy consciente de ello.

—Lou, de verdad, no creo que debamos ir por ese camino. Ya voy a tener que pagar una fortuna a un abogado especializado en Derecho Internacional. He hablado con Peter Critchley, mi contacto en el bufete de abogados, pero solo se dedica al Derecho Mercantil, así que me está ayudando a encontrar a alguien en un bufete de Londres. No podemos permitirnos pagar el anticipo de Guillaume. Tendríamos que echar mano de los ahorros. Puede que incluso de mi cuenta de pensiones.

No levantó la vista y no había emoción en su voz mientras hablaba. Louise no podía entender esa frialdad, esa impasibilidad. Lo acababan de arrestar, por el amor de Dios. Por asesinato. Y, sin embargo, actuaba como si el asunto no fuera más que un inconveniente burocrático que se había añadido a su lista de tareas pendientes.

—¡Me importa una mierda el dinero! —declaró Louis con un enfado poco habitual en ella. Rara vez decía palabrotas, y Tim la miró sorprendido—. Si he entendido bien a Renée, tienes un par de semanas para terminar con la investigación sobre ti de la policía francesa antes de que el equipo jurídico de VCM se acobarde y se retire de la compra. No es mucho tiempo para conseguir información que te exonere por completo.

—Sí. Soy consciente de ello —dijo él con dulzura.

—¡Pues ya está bien! —Golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¡Tim! ¡Despierta! Tenemos que encontrar una manera de salir de

este lío. Y, tal y como yo lo veo, Guillaume es nuestra única esperanza.

28

TIM
AHORA

Fraser Armstrong era director de International and Cross-Border en Lovell Goddard. Y, desde el siete de agosto, también el nuevo abogado de Tim.

Escocés de nacimiento, aún conservaba un ligero acento de Edimburgo, pero en los demás aspectos era el arquetipo de abogado de ciudad, vestido con raya diplomática, calcetines de seda y cuello recortado. A pesar de estar casi calvo, era un hombre apuesto, con el físico de un jugador de rugby.

Tim había viajado a Londres para reunirse con él en el bufete de Gresham Street en cuanto hubo una cita disponible. Lo condujeron desde la lustrosa recepción, que parecía el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas, hasta el despacho de Armstrong, situado en una esquina y con ventanales que iban del suelo al techo. Un asistente personal vestido con elegancia le llevó un capuchino y un plato de galletas.

—Son escocesas —sonrió Armstrong—. Mi querida madre las envía desde una pequeña panadería en Morningside. Me temo que no puedo renunciar a ellas. —A pesar de lo que había dicho, él mismo rechazó las galletas y fue al grano, con un estilo enérgico y sin rodeos—: Espero que sepa cómo funciona el sistema judicial francés, señor Cutler.

—Tim, por favor.

—Tim… Como individuo, no tiene derecho a una copia de ninguna prueba o papeleo, pero yo sí. Así que puede ver el material de su expediente a través de mí, y solo de mí.

«Será un proceso carísimo», pensó un sombrío Tim mientras acompañaba las deliciosas galletas de mantequilla con su café.

—He informado al… —se puso unas gafas de lectura con montura metálica y echó un vistazo a los papeles que tenía delante— capitán Palomer de que ahora le represento y acabamos de recibir el expediente. No hay mucho de lo que deba preocuparse, aunque veo que una novedad reciente es el registro de los terrenos de la propiedad Le Mas des Flores, dice aquí. ¿Es correcto? —Tim asintió.

»En el registro, encontraron una bolsa que había sido arrojada a un pozo en desuso y que contenía viales de droga, una jeringuilla, ropa y calzado. En concreto, un vestido de algodón, un par de chanclas hawaianas y ropa interior femenina. Como era de esperar, las pruebas de ADN posteriores han demostrado que era lo que llevaba la malograda señora Messenger. Otra cosa que me ha llamado la atención es que el informe afirma que se habían quitado las etiquetas de la ropa interior y del vestido.

—¿Por qué haría eso alguien?

—Buena pregunta. —Armstrong apretó los dedos—. Una hipótesis es que se debe a que nuestra ropa cuenta una historia sobre nosotros. He oído casos similares en los que se quita para ocultar dónde se compró. Las bragas de Marks and Spencer, por ejemplo, darían a entender que su dueña era británica.

—¿Puede ser que por eso encontraran el cuerpo desnudo?

Armstrong volvió a revisar el expediente.

—Es cierto que no hay pruebas de que la desnudaran por motivos sexuales. Según los resultados de la autopsia, no fue agredida sexualmente. —Hizo una pausa y enarcó una ceja por encima de las gafas.

»Es curioso: la ropa estaba seca, lo que indica que, cuando la víctima se metió en la piscina, ya estaba desnuda. Desnuda y viva, porque sabemos que no se ahogó. Así que quizás se quitó la ropa de forma voluntaria. No es imposible que también fuera ella quien quitara las etiquetas, pero lo dudo.

Tim sacudió la cabeza y se cubrió la cara con las manos. Se recompuso y dijo:

—No soy criminólogo, pero ¿no sugieren también las pruebas que el autor pensó en esto a priori? En otras palabras, lo planearon. No fue improvisado.

—Esa sería mi conclusión, sí. Por lo que veo en el expediente, lo que tienen contra usted es que fue responsable de que la droga utilizada para matarla estuviera en la vivienda. También se encontraron en el pozo dos viales vacíos de pentobarbital y una jeringuilla usada. De nuevo, según los hallazgos de la PM, la policía municipal, se lo inyectaron en el pie.

Tim lanzó un gemido de incredulidad.

—¡Por Dios! —Miró al techo mientras intentaba serenarse. La idea de pasar las próximas dos décadas en prisión era increíble, pero ¿y si no podía demostrar su inocencia?

—Eso sí, la evidencia de las drogas es algo, pero no suficiente. Van a necesitar más que eso para condenarlo o siquiera acusarlo. Después de todo, cualquiera podría haber tomado el pentobarbital de su maletín.

—Pero nadie sabía que estaba ahí. Eso es lo que no me entra en la cabeza.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera tu mujer?

—¡No! —protestó Tim—. Bueno, supongo que es posible que lo viera, pero es imposible que tenga algo que ver con esto. De ninguna manera.

—Su fe en su cónyuge es conmovedora —dijo Armstrong con

sequedad—, pero, créame, por mi experiencia, cosas más extrañas han sucedido.

Se acordó que mantendría informado a Tim de cualquier novedad relevante por correo electrónico, pero, como no le podía enviar copia de ningún documento, tendría que acudir en persona a las oficinas de Lovell Goddard LLP si quería ver algo.

En el tren de vuelta a Winchester, Tim cogió un ejemplar del Standart que habían dejado en el asiento y se le encogió el corazón.

MUJER BRITÁNICA DE 32 AÑOS ASESINADA EN FRANCIA

> La devastada familia de Hannah Messenger, la mujer londinense hallada muerta en una lujosa villa del sur de Francia el 29 de julio, ha prometido llevar a su asesino ante la justicia.

Había una foto aérea de Le Mas Des Flores, junto con un retrato de Hannah.

Tim tiró el periódico al asiento, incapaz de seguir leyendo. Así que había salido a la luz. Solo era cuestión de tiempo, pero no se había parado a pensar en las implicaciones de que la noticia apareciera en la prensa. ¿Cuánto pasaría hasta que relacionaran su nombre con el asesinato? ¿Y cómo vería entonces VCM su idoneidad como socio comercial?

A su regreso de Londres, pasó un par de horas en la consulta y luego volvió a casa, que estaba vacía. Era algo tan raro que no recordaba la última vez que había ocurrido. Louise siempre estaba allí por la noche, cuidando de los niños y preparando la cena. Pero le había enviado un mensaje de texto para decirle que una de las

madres del colegio los había invitado a ella y a los niños al cine esa tarde, y que después irían a comer pizza.

Se sintió como si lo castigaran por no ver las cosas desde el punto de vista de su mujer. Su relación era más tensa que nunca. Mientras Tim se servía un trago, recordó algo que su madre había dicho el día de su boda, una pequeña indirecta a la nunca menos que perfecta armonía de su matrimonio:

—En toda vida debe caer un poco de lluvia.

¿Era esa su lluvia? Una ligera todavía, aunque podría convertirse en un diluvio si la verdad salía a la luz.

Como si los dioses de la meteorología le hubieran leído el pensamiento, comenzó un torrencial aguacero de verano. Tim miró por la ventana la cascada de agua que caía de la sombrilla del patio y recordó aquella noche de octubre de 2010. La tormenta que lo había conducido a aquella catastrófica secuencia de acontecimientos. Las dos chicas de la fiesta, con una de las cuales se había acostado y la otra, su amiga, que ahora estaba muerta. Y, sin embargo, no tenía ni idea de por qué.

El timbre interrumpió sus pensamientos. Abrió la puerta de par en par y allí, bajo un enorme paraguas negro, encontró a Guillaume Hall. El paraguas y la resbaladiza superficie de su gabardina estaban iluminados por detrás por el extraño gris amarillento del cielo, lo que le daba un aspecto de otro mundo, como un Mary Poppins masculino.

Tras unos segundos de confusión, Tim se recompuso.

—Guillaume. Entra.

—¿No me esperabas?

—No —dijo Tim sombrío—. No, la verdad es que no.

Le quitó a Guillaume el abrigo empapado y el paraguas, y lo condujo a la cocina.

—Tienes una casa preciosa.

—Gracias —dijo Tim con rigidez—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un té? ¿Un café? ¿Vino, quizás?

Guillaume aceptó una taza de té.

—Mi padre era inglés —dijo con su atractiva sonrisa que estrechaba sus ojos—. Estoy metido de lleno en esto del té.

—¿Así que Louise te ha pedido que vinieras? —dijo Tim mientras hervía la tetera.

—Sí. Me llamó y contrató mis servicios, y accedí a volar hasta aquí para hacer algunas averiguaciones iniciales. Acabo de registrarme en el Premier Inn, al otro lado de la ciudad.

«Que sin duda estoy pagando», pensó Tim con un rastro de amargura, aunque el dinero no era su principal preocupación. Sabía que lo convertía en un hipócrita, pero lo que más le molestaba de aquella situación era que Louise se encargara de los problemas sin consultarle y actuara a sus espaldas.

¿Podría Guillaume ayudar a desmontar el caso contra él? Sí, era posible. Parecía inteligente, perspicaz, experimentado. Y ese era el problema. Porque, para lograrlo, tendría que indagar en el pasado de Tim.

Y lo que descubriera podría salvarlo de la cárcel, pero acabaría con su matrimonio.

29

TIM

AHORA

—Tendré que empezar por volver a hablar con los dos —le dijo Guillaume a Tim mientras terminaba su taza de té.

—Louise y los niños están fuera, como habrás deducido.

—No pasa nada —dijo Guillaume con suavidad—. De hecho, es mejor así, ya que quiero hablar con cada uno por separado y en privado.

Dirigió sus ojos claros a la cara de Tim, y este tuvo una incómoda sensación en la boca del estómago.

«Sabe algo. Sabe que hay algo más en lo que pasó en Cotignac».

—Ya podemos empezar —dijo Tim, con más sangre fría de la que sentía—. ¿Vamos a la sala de estar?

—Lo que prefieras.

Se quedaron en la cocina, que parecía menos formal.

Guillaume levantó el móvil.

—¿Te parece bien si grabo nuestra conversación? No se la pasaré a nadie más. Es solo para mi comodidad. También tomaré notas por escrito, como respaldo.

Tim asintió y Guillaume colocó el teléfono entre los dos en la isla de la cocina y lo puso a grabar.

—¿Podemos, por favor, volver a tu visita a Le Bar des Vignobles? Y a la conversación que tuviste con la señora Messenger. Dijiste que solo fue un intercambio de bromas sobre el tiempo, ¿es cierto?

Tim hizo una larga pausa.

—Esa no era toda la verdad —dijo al final—. La había conocido antes. Bueno, más o menos. No puedo decir que la conociera en realidad, pero… —Guillaume no reaccionó, solo esperó.

»Me encontré con ella hace años, aquí en Hampshire. Fue en una fiesta. Bueno, un evento de trabajo. Ella y su amiga eran camareras. —A Tim lo asaltó una imagen mental de las dos chicas, que lo señalaban y susurraban tapándose la boca con las manos.

»No hablé con ella, con Hannah, aquella noche, pero me llamó la atención por el inusual color de su pelo. Era tan blanco…, platino. Se me quedó grabado. La vi en Cotignac, y de inmediato pensé que debía ser la misma chica.

—¿Y lo era?

—Sí —dijo Tim con pesadez—. Me di cuenta de que trabajaba en aquel bar, así que entré a hablar con ella.

Guillaume frunció el ceño.

—A ver si lo entiendo: ¿fuiste a hablar con ella al bar porque era alguien que te había llamado la atención una vez, aquí en Winchester?

—Sí. Bueno, en realidad fue en Basingstoke.

—¿Puedo preguntar por qué?

Hubo otra larga pausa.

—Mira, es complicado.

—Estas cosas suelen serlo. —Guillaume esbozó una sonrisa—. Sobre todo si las mujeres forman parte de la narración.

—Esto no va más allá, ¿de acuerdo? No le digas nada a Louise. Eso es muy importante.

«Por importante que parezca decirle la verdad a Guillaume ahora».

—De acuerdo.

Tim se levantó y se sirvió un vaso de vino de la nevera. Le tendió la botella a Guillaume, que negó con la cabeza.

Mirando la grabación, vacilante, prosiguió:

—Fue hace mucho tiempo. Hace muchos años. Tuve una… Bueno, ni siquiera podría llamarse aventura de una noche, apenas fue eso, con la amiga de Hannah. Trabajaba en la misma empresa de catering.

—¿Recuerda el nombre de la empresa que las contrató? Puede que necesite hablar con ellos.

—Sí, Greenleaf Catering. —Guillaume tomó nota—. Louise nunca se enteró, y todo terminó en un abrir y cerrar de ojos. Quiero decir… Dios, solo fueron unos tres minutos de mi vida. Pero cuando vi a Hannah…, bueno, la coincidencia fue un shock. Que apareciera en el mismo pueblo francés… fue extraño. Y lo trajo todo de vuelta. Así que quise, no sé, quise averiguar si ella sabía algo al respecto.

—Ya veo. ¿Y lo sabía?

—Al parecer, sí. Pero también me dijo que había perdido el contacto con la chica en cuestión hacía mucho tiempo.

—¿Así que eso fue todo?

—Eso fue todo. Fue una conversación bastante breve, porque en realidad no teníamos nada más de qué hablar. Charlamos del tiempo y de la villa, como le dije a la policía. Y luego me fui. La siguiente vez que la vi, yacía muerta en la tumbona de la piscina. Es la verdad, lo juro.

—Pero cuando se descubrió el cuerpo, no dijiste quién era. Dejaste que la policía la identificara.

Tim exhaló, frustrado.

—¡Porque yo no sabía su nombre en ese momento! No se lo pregunté en el bar de Cotignac, y ella no me lo dijo.

—Pero usted sabía dónde trabajaba y que era de nacionalidad británica. Y eso habría ayudado a la policía a identificarla —sugirió Guillaume en un tono razonable.

Tim se pasó las manos por el pelo.

—Por supuesto, pero tenía miedo de que, si decía que la había conocido antes, pareciera muy incriminatorio. Y resultó que la habían matado con mis drogas y me arrestaron de todos modos. —Se encogió de hombros y se bebió el vino de un trago—. Y aquí estamos.

—En efecto. Así que, para que quede claro, ¿nunca has tenido sexo con Hannah Messenger?

—¡No! —protestó Tim enérgicamente.

—Y la otra chica, con la que sí te acostaste, ¿cómo se llamaba?

—No veo por qué es relevante.

—Tal vez no lo sea. Pero, aun así, para completar, ¿cómo se llamaba?

Tim aspiró.

—Tina —dijo al final—. Christina Locke.

Guillaume lo anotó.

—¿Y Louise no sabe nada de que te acostaste con la amiga de Hannah, esa tal Tina?

—Mira, Guillaume —estaba rígido de frustración—, acostarme con ella no es lo que sucedió. Ella me asaltó en mi coche, se subió encima de mí. Me sedujo. Como dije, Louise no sabe nada. Y pase lo que pase, no debes decírselo.

Cuando Louise y los niños volvieron de su velada de pizza y batidos en el multicine local, Guillaume se había ido en taxi al Premier Inn.

Tim esperó a que Harry y Elodie estuvieran arriba en sus habitaciones antes de enfrentarse a su mujer.

—Guillaume Hall ha venido. Supongo que lo sabes.

—Claro que sí —fue su desafiante respuesta mientras se servía una copa de vino.

—No sabía que habíamos acordado contratarlo. Ya tengo a Fraser Armstrong, al que he dado un fuerte anticipo, desde esta mañana.

—No estábamos de acuerdo —dijo Louise con calma—, pero decidí

que quería su ayuda para mantener a mi marido fuera de la cárcel. He vendido algunas de las acciones que me dejó mi abuela para cubrir sus servicios.

—Bueno, esperemos que pueda ayudar, entonces. —Tim se las arregló para mantener un tono razonable. No podía permitirse contrariar a Louise. Guillaume iba a hablar con ella en profundidad al día siguiente, y no podía estar seguro al cien por cien de que no traicionaría su confianza en el tema de Tina. Al fin y al cabo, su mujer pagaba la factura del investigador privado y quizá Guillaume sintiera una mayor lealtad hacia ella. También le había pedido permiso a Tim para ver los documentos del expediente que se presentaría en Lovell Goddard con Fraser Armstrong. Negarse parecía un intento de obstrucción innecesario, pero, por alguna razón, Tim no se sentía del todo cómodo con la idea—. Me ha dicho que piensa investigar los antecedentes de Hannah Messenger para empezar. Cree que puede ser útil.

«Conoce a tu víctima —era lo que Guillaume había dicho en realidad—. Tu víctima te llevará hasta su asesino».

30

LOUISE

AHORA

Dos días después, Guillaume llamó a Louise para quedar y comentarle sus conclusiones preliminares.

—Por supuesto, ven a casa —le dijo, y luego dudó. Era un hermoso día de finales de verano y los niños habían salido con sus amigos del colegio—. O podríamos ir a tomar un café —sugirió.

Se reunieron en la cafetería favorita de Louise, al pie de la colina de Santa Catalina. Construida en madera, era como estar en una casa en un árbol. Louise eligió una de las mesas de la terraza cubierta; a la sombra de un dosel de ramas, pidió un café con leche y esperó a que apareciera Guillaume.

—Este sitio es muy bonito —comentó él con su característica sonrisa de dientes separados. Llevaba unos vaqueros desgastados pero caros, mocasines de cuero y una camisa de lino rosa pálido—. Très sympa, como diría mi madre.

—¿Vive en Francia?

—Sí. En París. Es tan parisina como cualquiera, y mi padre no podría ser más inglés. Supongo que eso explica mi continua crisis de identidad.

Louise tenía curiosidad por saber si tenía mujer o novia, o incluso hijos, pero se sintió cohibida de repente. Aparte de sus colegas de St. Agnes, nunca había pasado tiempo con hombres solteros. Le resultaba extraño. Guillaume, en cambio, parecía muy a gusto. Pidió

un café solo y un cruasán, y puso una carpeta en la mesa, entre los dos.

—Resumiré por encima lo que hay aquí, pero antes debería volver a interrogarte, como hice con Tim.

—Ah. —Louise lo miró, ansiosa.

—No te preocupes, no es tan intimidante como suena. No como cuando trabajaba para la policía en Brignoles. En realidad, es solo para aprovechar el tiempo que ha pasado desde la última vez que nos vimos y comprobar si has tenido más ideas o recordado algo que ahora parezca significativo.

Ella sorbió su café en silencio durante unos segundos.

—La verdad es que no —dijo al final—. Si lo pienso, lo que más me llama la atención es lo normal que parecía todo. El día anterior y la noche en que ocurrió nada parecía diferente, aparte de que Tim se fuera a Cotignac. Supongo que eso fue distinto.

Guillaume entrecerró un tanto los ojos, pero no hizo ningún comentario.

—De acuerdo. —Señaló el expediente—. He mecanografiado algo de información sobre Hannah Messenger que podrás leer más tarde. Y compartirla con Tim, por supuesto. No es que haya encontrado mucho. Parece haber llevado una vida suburbana bastante corriente: escuela privada donde era una estudiante promedio; vida hogareña estable en una zona lujosa de Basingstoke; padre, ingeniero; madre, administradora de hospital. No le faltaba dinero. Una hermana, ya casada y con hijos. Hannah fue a la universidad y estudió Marketing, se mudó a Londres e hizo algunos trabajos en ese sector. Tras romper con su novio, abandonó el empleo y decidió tomarse un año sabático para viajar. Y para pagárselo volvió a trabajar en hostelería. —Masticó un trozo de cruasán antes de añadir—: Que, como seguro que te ha contado Tim, es como la conoció de adolescente. Cuando trabajaba de camarera.

Louise sintió una bofetada de sorpresa, como si alguien acabara de echarle un jarro de agua fría.

—Lo siento —susurró—. Creo que no te sigo. ¿Tim conocía a esa chica?

Guillaume parecía ahora mortificado.

—Louise, lo siento. Suponía que Tim ya había hablado contigo de esto.

Sacudió la cabeza.

—¿Cuándo? No lo entiendo.

Él dejó el café y se giró un poco en la silla; así la miraba directamente y sus piernas casi se tocaban.

—Por favor, no te preocupes, no es nada raro. Deja que te lo explique. —Su voz era suave, tranquilizadora, pero Louise aún lo miraba con los ojos desorbitados y las mejillas encendidas—. Después de que Tim y tú descubrierais el cuerpo, se dio cuenta de que, de hecho, la había visto antes, en un evento veterinario corporativo hace algunos años. Habló con ella en Le Bar des Vignobles, en Cotignac, después de reconocerla.

Louise negaba con la cabeza.

—Así que habló con ella. ¿Cuándo fue eso, el día que murió? Entonces, ¿por qué no dijo nada? —Se le ocurrió otra idea—. Espera, ¿la policía lo sabe?

«No me extraña que sospechen de él —pensó, horrorizada—. Era la única persona de Le Mas des Flores que la conocía».

Guillaume vaciló durante un buen rato, y a ella le pareció evidente que intentaba elaborar una respuesta muy cuidada.

—Al principio no lo mencionó, pero saben que habló con ella en el bar, sí. Que la conocía del Reino Unido…, no lo creo. En breve me pondré en contacto con los gendarmes que trabajan en el caso y tendré una mejor idea de en qué punto están con la recogida de pruebas.

—Pero ¿por qué? —se lamentó Louise, tan alto que algunos de los que estaban en la terraza se volvieron en su dirección—. ¿Por qué empezar diciendo una mentira si no has hecho nada ilegal?

—Hay todo tipo de razones por las que alguien puede mentir, aunque sea inocente —dijo Guillaume en un tono razonable—. Lo veo a todas horas cuando actúo como intérprete de la policía. La gente se pone nerviosa, se siente fuera de sí, incluso teme que la verdad la haga parecer culpable. Mi consejo es que no te obsesiones demasiado con un detalle que carecerá de importancia.

—Habló con ella horas antes de que la mataran. —Louise había bajado la voz, pero seguía enfadada y alterada—. ¿Cómo diablos puede eso no ser importante?

—Porque es solo una parte del todo —le dijo él con una cálida sonrisa mientras volvía a coger su taza de café—. Piensa que se trata de una pieza de un rompecabezas. Cuando sepamos qué y quiénes componen las otras, esto resultará insignificante.

—¿Me lo prometes? —Era consciente de que sonaba afligida como una niña.

—Te lo prometo. —Extendió la mano y le cubrió los dedos con los suyos. Fue un roce breve, pero ella sintió que algo, ¿conexión?, ¿confort?, recorría su cuerpo. Fue como sumergirse en un baño caliente. Él sacó su cuaderno—. Ahora, voy a necesitar los datos de contacto de tus amigos, los Prentice. Debería ir a hablar con ellos durante mi estancia aquí.

—Cariño, tengo que decirte algo —le dijo Tim aquella tarde.

Era una noche cálida y habían cenado fuera, en el patio. Había sido una cena tensa, en la que Louise apenas se atrevió a hablar. Elodie estaba en la cama elástica, al otro extremo del jardín, y Harry pateaba una pelota en el césped sin mucho entusiasmo.

—Si vas a decirme que sabías que la muerta era Hannah Messenger, ya lo sé —dijo sin filtro—. Guillaume me lo ha dicho. —

Tim echó la cabeza hacia atrás y maldijo—. Por cierto, es inútil enfadarse con él. Solo lo ha mencionado porque creía que yo ya lo sabía. Ha supuesto que me lo habías contado.

—E iba a hacerlo —dijo Tim. Se frotó la mano sobre la barba oscura—. Iba a hacerlo. Solo era cuestión de encontrar el momento adecuado.

—¿Así que de verdad recuerdas a una chica que viste una vez, sirviendo en un evento hace años?

—Bueno, sí. Pero porque su aspecto era muy llamativo. Ya sabes, con ese pelo rubio plateado.

—¿La encontraste llamativa? —Louise no sabía que podía condensar tanto ácido si se trataba de su marido, pero aquel era territorio desconocido.

—Solo en el sentido de que tenía un aspecto inusual.

—¿Y estás seguro de que no había otra razón para que te acordaras de ella?

—¡Dios, Lou; claro que no!

Ella tiró de él para que la mirara.

—Tim, ¿hay algo que no me estás contando? Porque si hay algo más en esta… esta extraña coincidencia, será mejor que me lo digas ahora.

—¡No, lo juro! ¡Tienes que creerme!

Escudriñó su rostro durante lo que parecieron minutos. Vio la angustia en sus ojos y, sin embargo, por primera vez en los años que llevaban juntos, no estaba segura de si debía confiar en él. Estaba profundamente desorientada. ¿En quiénes se habían convertido?

Se levantó de pronto.

—Voy a dormir en la habitación de invitados esta noche. Iré a hacer la cama.

—Pero, cariño, nunca dormimos separados. Cuando nos casamos,

acordamos que nunca seríamos una de esas parejas.

—También acordamos que nunca mentiríamos —respondió con tristeza, antes de girarse para entrar en casa.

31

TIM

AHORA

Tim se despertó a las dos de la madrugada y pasó un brazo al otro lado de la cama.

Estaba vacía, el trozo de sábana a su derecha estaba frío al tacto. Así que Louise no había cedido y no había vuelto a su cama. Estuvo un rato tumbado boca arriba, se sentía culpable. Fuera, en el jardín, un zorro aulló y se oyó el ruido de la tapa de un cubo de basura. Luego volvió a hacerse el silencio.

Tim buscó a tientas el interruptor de la luz de la mesilla y se incorporó. Se sentó un rato en el borde de la cama, encorvado y abatido, y luego salió del dormitorio y se dirigió por el rellano hacia la habitación de invitados. Fue a abrir la puerta y se detuvo, con la mano sobre el picaporte. ¿Qué iba a hacer? ¿Despertar a Louise y ordenarle que volviera al lecho conyugal? ¿Romper a llorar y suplicarle? No, debería dejarla dormir. Así que bajó de puntillas a la cocina y puso la tetera.

Lo que debía hacer, decidió mientras preparaba el té, era sincerarse sobre todo lo que había ocurrido: sobre Tina Locke, sobre el chantaje, sobre la verdadera naturaleza de su conversación con Hannah Messenger. Solo una vez que todo saliera a la luz podrían empezar a restablecer la confianza. Sería muy difícil, pero era la única manera de seguir adelante.

Y, sin embargo, a la mañana siguiente, a pesar de haber ensayado la conversación una y otra vez en su cabeza, se vio incapaz de confesar. Fue Louise quien lo detuvo en seco.

Se disculpó por abandonarlo y refugiarse en la habitación de invitados.

—He sido una cobarde —dijo de forma tajante. Parecía haber dormido tan mal como él—. Somos mejores que esto. Anoche le di vueltas y vueltas y he tomado una decisión: por el bien de todos, en especial el de los niños, no vamos a hablar más del asunto de Hannah. No tengo más remedio que confiar en lo que dices, así que por ahora seguiremos como siempre y dejaremos que Guillaume haga lo que tenga que hacer. Aparte de eso, no quiero saber nada más.

Tim exhaló un largo suspiro.

—Si estás segura de que eso es lo que quieres…

Ella asintió con sequedad. Él intentó ponerle la mano en la espalda cuando pasaba a su lado para meter el pan en la tostadora y, aunque ella no se apartó, se puso rígida al contacto.

—La verdad saldrá a la luz. —Su tono era enérgico. Pulsó el interruptor de la cafetera—. Siempre es así.

Tim solo pudo asentir con impotencia y abandonó su propio plan de contar la verdad.

Las cosas estaban tranquilas en la Clínica Veterinaria Fairlawn; muchos de sus clientes todavía estaban fuera por las vacaciones de verano.

Mientras se ponía al día con el papeleo, Tim se preguntó si debería contactar con Renée Weber. No estaba seguro de qué decir, pero tenía una extraña sensación de paranoia. Al final, decidió pecar de precavido y esperar hasta que su reunión con los abogados de VCM estuviera un poco más cerca. Aun así, se sentía inquieto, incapaz de

dedicarse incluso a las tareas más sencillas. Desde luego, no se atrevía a mirar las cuentas de la consulta.

Fue una distracción, aunque no precisamente bienvenida, que Guillaume Hall le telefoneara aquella tarde.

—¿Podemos hablar? Tengo algunas cuestiones importantes que necesito discutir contigo. Y con Louise, por supuesto. He hablado con ella y me ha sugerido que vaya a vuestra casa esta tarde. ¿Te parece bien?

Por lo general, su mujer ya le habría enviado un mensaje al respecto, pero Louise no le había dicho nada, no se había puesto en contacto con él en todo el día. Y ahora, al parecer, lo hacía a través de un tercero.

—Claro —dijo con una alegría que no sentía—. Si a Lou le parece bien, a mí también. Hoy no tenemos mucha cosa, así que volveré del trabajo sobre las seis. Quizás podamos mantener una charla rápida antes de dar de cenar a los niños.

—Os veré a las seis.

Tim llegó a casa a las seis y diez y se encontró con que Guillaume ya estaba allí: sentado en el jardín con Louise, bebía una cerveza y parecía muy cómodo en su compañía. Al igual que ella en la suya, apreció Tim, que los observó durante unos segundos a través de la ventana de la cocina antes de salir a reunirse con ellos. Ella llevaba un elegante vestido de lino blanco con falda plisada que solo elegía para ocasiones formales; su cabello castaño ondulado estaba recogido con una pinza brillante y llevaba los labios pintados de rojo cereza. A sus ojos era hermosa, perfecta. Y, sin embargo, nunca se había sentido tan distanciado de ella.

—Ah, Tim, buenas noches —dijo Guillaume con su increíble encanto—. Me alegro de verte.

Tim se limitó a asentir antes de sentarse a la mesa del patio.

Louise se levantó, le llevó una cerveza y se la puso delante sin

decir palabra.

—Como le decía a Louise, hay un par de cosas que quiero comentar con vosotros —dijo Guillaume. —Llevaba una camiseta blanca lisa bajo una cazadora de cuero, y la combinación le daba un aspecto juvenil y elegante. Tim se preguntó con un destello de envidia cuántos años tenía en realidad.

»Lo pondré todo en mi informe escrito, como siempre, pero esto es lo esencial de lo que he descubierto, y creo que os parecerá interesante. —Guillaume dio un trago a su cerveza—. Esta mañana he hablado con tu amigo Kevin Prentice y me ha contado algo que había recordado.

»La noche del viernes veintiocho de julio fue la última de los Prentice en la villa, como sabéis. Kevin discutió con su mujer, por lo que abandonó su habitación y bajó a dormir al sofá del salón principal. Me dijo que se había despertado y había ido a la cocina a por agua sobre la una de la madrugada. No había persianas ni cortinas en las ventanas francesas del salón y, cuando volvió, recuerda haber visto una luz muy brillante, como si se hubiera encendido una luz de seguridad. Se asomó y dijo que estaba seguro de que procedía de la habitación de los Stafford, que estaba alejada de la casa principal. Miró por la ventana durante unos segundos hasta que se apagó y volvió a dormirse en el sofá. Admite que había bebido un poco y que a la mañana siguiente ya se le había olvidado.

Guillaume se reclinó en su silla y esperó una reacción.

—¿Es importante? —preguntó Tim—. Si era una luz de seguridad, podría haberla activado cualquier cosa: un zorro, un ciervo, incluso un jabalí. Había mucha vida salvaje en los alrededores.

—Eso es cierto, pero también dice que le pareció oír chapoteos en la piscina, lo que le da un matiz diferente, dado que sabemos que Hannah Messenger se bañó en algún momento.

Louise miraba a su marido, expectante, como si de algún modo él

pudiera explicarle esa nueva información.

—Ah —dijo Tim. Su mente iba a toda velocidad—. Pero todo parece bastante… circunstancial, supongo que es la palabra.

Guillaume asintió.

—O representa otra pieza de nuestro metafórico rompecabezas. En ese sentido, también localicé a sus amigos, los Farrow, pero desde el jueves hasta el sábado de esa semana estuvieron en Disneyland París con sus hijos, parece ser que condujeron hasta allí desde Cotignac. Incluso me enviaron una foto con fecha y hora de toda la familia en la Thunder Mountain.

—Así que eso los descarta —dijo Louise.

—Así es. Después de hablar con Kevin, cogí el tren a Londres y fui a las oficinas de Lovell Goddard para revisar tu expediente. Y había una nueva grabación de la cámara de seguridad del Bar des Vignobles. —Puso el portátil sobre la mesa, lo abrió y mostró una imagen en blanco y negro un tanto borrosa—. Como sabes, tu abogado puede tener copias de cualquier prueba que la policía francesa haya desenterrado, pero tú no. Y, oficialmente, yo tampoco puedo llevarme una copia, pero me las arreglé para hacer una captura de pantalla con mi teléfono y la he subido aquí para que puedas verla un poco mejor.

Tanto Louise como Tim se inclinaron hacia delante y examinaron la imagen. Mostraba a Hannah Messenger detrás de la barra, vestida con camisa blanca y pantalones negros, el pelo platino recogido en una coleta. Frente a ella, al otro lado de la barra, y al parecer dándole conversación, había una mujer con una frondosa melena y un vestido de ganchillo.

—Es Merry Stafford —dijeron Tim y Louise a la vez.

32

LOUISE

AHORA

—¿Sabes cuándo fue tomada? —preguntó Louise tras unos segundos de atónito silencio. Se sentía mareada.

Guillaume asintió.

—Sí, la grabación tenía fecha. Fue el miércoles veintiséis de julio a las 13:34.

—Vaya. —Tim exhaló, sacudiendo la cabeza.

Louise volvió a mirar la imagen. Pensó que la teoría del rompecabezas de Guillaume era muy correcta. Ahí había otra pieza que podía cambiar toda la imagen.

Cerró su portátil.

—Por supuesto, esto podría tener una explicación bastante simple. Quizá Hannah estaba admirando su vestido y entablaron conversación sobre dónde lo había comprado. O quizá Merry había perdido sus gafas de sol o una tarjeta de crédito y preguntó si alguien la había encontrado. Hay innumerables situaciones en las que un turista puede hablar con alguien que atiende detrás de una barra, pero, claro…

—Si añades lo que Kevin ha dicho que vio y oyó esa noche —interrumpió Tim—, lo que sugería que había más de una persona en la piscina, podría tener más importancia.

—Exacto. —Guillaume metió el portátil en la cartera y se levantó para irse—. Bien, os dejo para que sigáis con vuestra velada ahora

que estáis al día. Por supuesto, estoy buscando información sobre los Stafford. También, con vuestro consentimiento, este podría ser el momento de que vuelva a Cotignac y haga algunas investigaciones adicionales. Hablar con gente que podría haber visto u oído algo.

—Por supuesto. —Tim también se puso en pie—. Estoy de acuerdo en que parece el siguiente paso lógico.

Louise, que seguía sentada, habló de repente:

—Creo que debería ir contigo —dijo con firmeza—. A Provenza.

Guillaume se sorprendió un poco.

—Bueno, sí, por supuesto, si dispones de tiempo. De hecho, podría ser útil. Hay situaciones en las que la gente se siente más cómoda abriéndose a una mujer que a un hombre.

Ella asintió.

—En ese caso, hazme una reserva en el mismo vuelo y envíame los detalles.

—¿De verdad vas a volver a subirte a un avión rumbo al sur de Francia? —preguntó Tim con incredulidad, una vez que Guillaume se hubo marchado.

Habían vuelto a la cocina y Louise estaba cortando los tomates en dados para hacer la ensalada.

—¿Por qué no? —Había un tono seco en su voz—. No tengo que volver a trabajar hasta dentro de dos semanas.

—Pero ¿qué pasa con los niños?

—Tendrás que cuidar de ellos por una vez. —Cortaba con furia, golpeando la hoja del cuchillo contra la tabla—. De todas formas, es fin de semana y solo voy a estar fuera un par de días. Harry puede salir con sus amigos y, si tienes que ir al trabajo, Elodie puede acompañarte. Sabes que le encanta ver a los animales. O podrías pedirle a Shona Prentice que se quede con ella.

Tim cerró los ojos un segundo.

—De acuerdo —dijo al final—. No parece que tenga elección.

—Hacemos esto por ti —siseó Louise, que echó los tomates en rodajas en un cuenco y empezó a cortar un pepino—. No te olvides de eso.

Los vuelos de Gatwick a Toulon estaban completos para los días siguientes, pero Guillaume consiguió dos plazas en el servicio regular de British Airways a Niza, más caro, del sábado.

No hablaron mucho durante el viaje. Guillaume se ocupaba del papeleo mientras Louise se sentó rígida y triste todo el camino. Quería hacerlo, pero, al mismo tiempo, odiaba tener que hacerlo: su discurso a Tim sobre dejar atrás lo que había pasado y seguir adelante la había convertido en una hipócrita porque no lo había superado y se sentía incapaz de seguir avanzando. El hecho era que no creía ni confiaba en su marido. Y cuando había dicho que haría ese viaje para ayudar a Tim, había mentido. Lo hacía para encontrar pruebas contra él.

Lo había repasado una y otra vez en su mente, pero el hecho era que ya no confiaba en su marido. Nadie estaba más consternado que ella, pero había una grieta evidente en la perfecta fachada de su matrimonio. Y el problema con las fachadas era que no resultaban ser lo que parecían. Detrás podían esconderse cosas.

Tomaron un coche de alquiler para ir de Niza a Brignoles, donde se alojaron en un hotel de una cadena económica. Era un edificio bajo, moderno y muy sencillo, con habitaciones también muy simples, pero al menos estaba impecable y tenía piscina. Después de que les entregaran las llaves, acordaron dejar las maletas y reunirse en el restaurante. Louise se duchó y se puso unos pantalones cortos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas de deporte.

Guillaume la estaba esperando cuando bajó al restaurante. En realidad, era más bien una cafetería: sus mesas de formica y sus sillas de plástico le recordaban a Louise el comedor de St. Agnes.

Guillaume tenía delante un mapa detallado de la zona y lo estaba estudiaba con atención.

—Podemos tomar un café aquí, creo. —Señaló con la cabeza en dirección a una máquina situada junto a la zona de servicio tipo bufé —. Aunque, la verdad, no creo que sea muy bueno.

Obsequió a Louise con una de sus cálidas sonrisas y ella sintió que se relajaba un poco.

—No gracias, estoy bien.

—Perfecto —dijo Guillaume con energía. Dobló el mapa y se alejó en dirección al aparcamiento, con Louise pisándole los talones.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella mientras él abría el coche de alquiler.

—Le Mas des Flores.

—¿No habrá gente alojada allí? —La idea de entrar in situ con un nuevo grupo de huéspedes de VCM, que descansaban en la terraza de la piscina y cenaban en la galería, le provocaba ansiedad.

—Es posible. —Guillaume sonó despreocupado—. No te preocupes, te lo explicaré cuando lleguemos. —Encendió la radio y durante los veinte kilómetros que duró el trayecto, el coche se llenó de música pop francesa que a Louise le sonaba como las canciones de Eurovisión.

En cuanto llegaron a la estrecha carretera rural de Le Mas des Flores, Guillaume condujo unos cien metros más allá de la entrada de la propiedad y se detuvo en un hueco frente a la valla perimetral. Apagó la radio y sacó el mapa que había estado examinando.

—Este es el mapa IGN de la zona: el del Institut Geographique National. Es el equivalente francés a los vuestros de Ordnance Survey, y es muy detallado. Mucho más que un mapa online.

Luchó con los pliegues del papel y señaló algo a Louise, aunque a ella solo le pareció una maraña de líneas finas y degradados.

—Mira aquí. —Golpeó el mapa—. Ese es el límite de las tierras de

Les Mas des Flores. Y aquí, desde otro ángulo —señaló otro trozo de tierra—, hay un camino que conduce a los viñedos. Sospecho que antaño servía para que los vendimiadores fueran y vinieran sin molestar a la gente de la casa principal. Y por aquí parece que —entrecerró los ojos de nuevo— hay una puerta que permite el acceso a la pista de la carretera, que debe estar… —Miró por la ventanilla del coche y señaló—. Allí. ¿La ves?

Empotrada en el muro y parcialmente cubierta de enredaderas, había una puerta de madera con pestillo.

Louise asintió.

—Sabemos que cuando la policía llegó a la casa el sábado por la mañana —continuó Guillaume—, hace dos semanas, una de las primeras cosas que hizo fue comprobar las cámaras de seguridad de la puerta principal. Pero no mostraban nada. O, mejor dicho, a nadie. Saben que Hannah Messenger llegó de Cotignac en una escúter, porque la encontraron en una zanja en este tramo de carretera un par de días después de que identificaran su cuerpo. Tuvo que entrar en la propiedad de alguna manera esa noche y, si no fue por la puerta principal, creo que tuvo que ser por aquí. Vamos.

Abrió la puerta del conductor, salió del vehículo y, seguido por Louise, cruzó la carretera hasta la verja. El pestillo parecía atascado, pero no estaba cerrado. Guillaume abrió de un empujón y entró en el camino que ascendía por una ligera pendiente. Delante de ellos, a la derecha, estaba el bosque de robles que daba sombra a un lado de la terraza de la piscina. Un poco más allá, a la izquierda, estaba la dependencia que albergaba la cuarta suite de invitados.

—Esa era la habitación de los Stafford —dijo Louise, con la voz apenas en un susurro.

Guillaume sacó su móvil e hizo fotos cuando una carcajada estalló

al otro lado del seto, seguida de un fuerte chapoteo al zambullirse alguien en la piscina.

—Venga, será mejor que nos vayamos. —Señaló en dirección a la verja—. Estamos invadiendo una propiedad privada y no queremos complicar las cosas con la policía local.

Ya en la carretera, Guillaume pasó junto al coche aparcado en dirección a Cotignac y giró la cabeza para observar el entorno.

Louise lo siguió, y tuvo que trotar para mantener el ritmo.

—¿Qué estamos buscando?

—Cámaras.

Louise miró a su alrededor. No había más que campos de lavanda labrados, bordeados de hileras de cipreses italianos y salpicados por algún que otro edificio agrícola de color miel. Al final, llegaron a un granero de piedra al borde de la carretera y Guillaume señaló:

—Mira. Ahí arriba —dijo triunfante.

En efecto, había una cámara de seguridad fijada en un lateral del edificio y apuntaba en su dirección.

—Supongo que el granjero la habrá puesto para disuadir a los ladrones. Tendrá maquinaria cara en el granero y, si es como en el Reino Unido, suelen robarla.

Louise se esforzaba por seguir el paso de Guillaume, que avanzaba con paso decidido.

—Un tractor cuesta tanto como un coche de lujo, así que supongo que no es sorprendente.

El granjero, un tal monsieur Guerin, los interceptó en el patio e interrogó un buen rato a Guillaume antes de permitirles entrar a regañadientes en la oficina de la granja. Era un hombre enjuto y curtido, con la tez rugosa como la de una nuez y callosidades en las manos acumuladas durante lo que debían haber sido décadas de trabajo al aire libre.

El francés de Louise era casi lo bastante bueno como para seguir

fragmentos de la conversación, que parecía versar sobre unos malditos ladrones que se llevaban la cosechadora mecánica que utilizaba para vendimiar el vino. Al final, accedió a buscar imágenes de las primeras horas del veintinueve de julio en un tipo de terminal de ordenador que Louise no había visto en años. Hizo clic en un archivo de una lista y allí estaban las imágenes, sorprendentemente claras.

—Il y avait une pleine lune —dijo monsieur Guerin a modo de explicación.

Y, en efecto, la Vespa de Hannah Messenger apareció en la carretera a las 00:08. Al quitarse el casco, su pelo se tornó nacarado a la luz de la luna. A Louise se le puso la piel de gallina al ver cómo la chica y su escúter desaparecían de su vista. Ella misma dormía en la cama, a pocos metros de distancia, en el momento de la grabación.

Y Hannah Messenger se había dirigido hacia su muerte.

33

LOUISE

AHORA

Guillaume llamó a la puerta de la habitación de Louise a las seis en punto.

Había pasado la tarde tumbada en la piscina del hotel mientras él iba a hablar con los gendarmes de Brignoles. Las tumbonas eran de plástico blanco, y se acordó de las de Le Mas des Flores, hechas de listones de teca con cojines acolchados. Y entonces, sin quererlo, volvió a ver el cuerpo de Hannah Messenger, el agua de su pelo empapado filtrándose por la funda de lino del cojín. El recuerdo la hizo estremecerse, a pesar del calor.

Como de costumbre, se había colocado a la sombra y se había asegurado de que su rostro quedara oculto por el sombrero. Se puso crema solar y se dispuso a leer una novela, asegurándose a sí misma que no se sentía culpable. Al fin y al cabo, no había motivo para ello. Los niños estaban bien. Harry había ido a un parque acuático con la familia de Noah. Y Elodie se lo pasaba en grande ayudando a las enfermeras, Claire y Magda, a cuidar de los perros y gatos ingresados en la clínica mientras Tim se ponía al día con el papeleo. En cuanto a su marido, tendría que arreglárselas sin ella.

Él le había detallado en un mensaje las actividades de los niños y le había pedido que hiciera lo mismo, pero ella se había limitado a responder: «Luego te cuento». Aunque en teoría estaba en Francia

para intentar ayudarlo, se sentía aliviada de estar lejos de él, lejos de la rabia y el resentimiento que la invadían.

Se bajó de la estrecha cama de matrimonio con cabecero de vinilo y abrió la puerta. Guillaume estaba allí, limpio y afeitado, y olía a aftershave seco y picante.

—¿Te apetece una copa? —le preguntó.

—¿Abajo?

—No, en Cotignac. He pensado que podríamos pasar por Le Bar des Vignobles y matar dos pájaros de un tiro, por así decirlo.

Louise se estaba acostumbrando muy rápido a estar en compañía de Guillaume, pero salir a tomar una copa con él le parecía algo diferente. Dudó unos segundos.

—Claro —dijo al final—. Dame diez minutos y nos vemos abajo.

Se puso el único vestido que llevaba, de guinga lila con falda larga, y cambió las zapatillas por sandalias de tiras. Se preguntó quién era la mujer que se reflejaba en el espejo del baño mientras se aplicaba rímel, colorete y pintalabios. Esa mujer que se ponía guapa para otro hombre. No solo ya no conocía a su marido, sino que apenas se conocía a sí misma. Se detuvo con el frasco de Coco Mademoiselle en la mano. El perfume que Tim le había comprado las Navidades anteriores, el que decía que le encantaba oler en ella. Se lo roció una, dos veces, en la muñeca y en el cuello, cogió el bolso y bajó las escaleras.

El bar de Cotignac estaba lleno, a pesar de ser temprano, y era evidente que celebraban un evento. Un cartel anunciaba que se trataba de La Nuit de Ceroc y que habría música en directo y baile.

—¿Has bailado alguna vez ceroc? —le preguntó Guillaume mientras le abría la puerta y la hacía pasar. Estaba, como siempre, bastante tranquilo por aquel giro de los acontecimientos—. Es una mezcla de swing y bailes de salón.

—Nunca.

—Deberías intentarlo. Es muy divertido.

El bar estaba revestido de madera oscura y tenía una docena de mesas clásicas de bistró cubiertas con manteles rojos a cuadros. Las habían desplazado a los extremos de la sala para crear una improvisada pista de baile.

Tras conseguir hacerse con una de las pocas mesas libres que quedaban, él se dirigió al bar y regresó con una jarra del rosado de la casa y dos copas.

—¿Así que lo de bailar no es cosa de Tim? —preguntó una vez servido el vino.

—Yo no diría eso —dijo Louise con cautela—. De los dos, yo diría que él es en realidad el más seguro. —Guillaume enarcó una ceja—. Podemos parecer dos gotas de agua, pero en algunos aspectos somos muy diferentes. La forma en que crecimos, por ejemplo.

—Continúa.

—Tim tiene el arquetipo de familia tradicional: mamá, papá y los dos chicos, todo muy estable. —Recordó lo deslumbrante que le había parecido aquello cuando era una joven estudiante desarraigada: un mundo acogedor de perros, clases de tenis y vacaciones de esquí—. Pero mi padre se fue cuando yo tenía tres años, y mi madre… Bueno, no era una persona estable. Tenía problemas. Murió cuando yo tenía trece años.

—Lo siento.

Louise se encogió de hombros.

—No había nadie más que cuidara de mí, así que pasé varios años en una casa de acogida. Por eso la idea de perder a Tim me hace sentir tan… desesperada.

Guillaume asintió con lentitud y le dio una palmadita en la mano antes de dejarla con sus pensamientos durante unos minutos. Ella observó a la banda mientras él iba a hablar con el director sobre Hannah Messenger.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó ella cuando regresó quince minutos después.

Guillaume bajó las comisuras de los labios y se encogió de hombros como un galo.

—Le he preguntado qué podía recordar del día en que Merry Stafford entró en el bar. No estaba muy dispuesto a ayudar, pero digamos que una propina de cincuenta euros lo ha ayudado a refrescar la memoria. —Cogió el vino que Louise le había servido y se lo bebió de un trago.

—¿Y?

—Ha vuelto a consultar las anteriores listas de personal, lo que ha confirmado que, además de Hannah, había una mujer llamada Celine de turno ese día. Otros cincuenta euros me han conseguido su dirección y su número de teléfono.

—Será mejor que lo añadas a tu lista de gastos —dijo Louise con sorna, y se ganó otra de sus sonrisas.

La jarra de vino se había terminado, la banda tocaba música rápida de estilo rockabilly, y un puñado de parejas habían empezado a bailar. Para el ojo inexperto de Louise, los pasos parecían un híbrido entre el jive y el tango, con muchas piruetas y algunos abrazos estrechos y sensuales.

—¿Así que dices que nunca has hecho esto antes? —preguntó Guillaume. Sacudió la cabeza—. Es una costumbre muy francesa. Vamos. —Le tendió una mano.

—No puedo. Pareceré una completa idiota.

—Tonterías —insistió Guillaume, que la puso de pie—. La idea es dejarse llevar y divertirse.

Dejarse llevar y divertirse. ¿Cuánto tiempo hacía que Louise no se lo permitía? Tal vez no más de un par de meses, pero parecía que hubiera pasado mucho más desde que había sido capaz de relajarse y reír. Como si fuera otra vida.

Y ahí estaba ella, bailando, por primera vez en dos décadas, con alguien que no era Tim. Guillaume se movía con facilidad, con un ritmo perfecto.

—Ya has hecho esto antes —dijo en tono acusador.

—Por supuesto —contestó él con suavidad—. Mis amigos y yo, en París, solíamos ir a todas horas a clubes de ceroc.

La hizo girar y la acercó a él justo cuando la música se ralentizaba. Ella estaba pegada a su pecho, los brazos en su espalda, y se sentía bien. Confusamente bien. Su mareo por el vino también ayudaba, seguro, a verlo a través de unas gafas de color rosa. Ella lo miró y él le sostuvo la mirada demasiado tiempo como para que le pareciera algo platónico. Su corazón se aceleró y sus mejillas se encendieron y se sonrosaron como si le hubiera dado el sol en la cara.

¿Por qué se sentía así? Como si quisiera que él la besara. ¿Era solo porque estaba enfadada con Tim, una especie de perverso despecho?

Guillaume inclinó la cabeza y ella intuyó que, en efecto, estaba a punto de besarla.

Tragó saliva y se soltó de su abrazo.

—¿Podemos volver al hotel? —murmuró—. Ha sido un día muy largo y, para ser sincera, estoy bastante cansada.

Sí, su vuelo había salido de Heathrow muy temprano esa mañana, pero en ese momento había tanta adrenalina en su sangre que no habría forma de que pudiera dormir.

—Claro —dijo Guillaume con dulzura, y añadió de forma ambigua —: Tal vez sea buena idea acostarse.

Celine Besson vivía en el cuarto piso de un estrecho edificio de terracota con contraventanas pintadas de un azul desvaído.

Cuando ella y Guillaume llegaron allí a la mañana siguiente, Louise esperaba encontrarse a alguien de unos veinte años, pero Celine

rondaba la mediana edad, tenía el pelo rojo mal teñido y la piel de alguien con el hábito de fumar Gitanes toda la vida.

Sostuvo un cigarrillo encendido entre dos dedos, los condujo a un apartamento sobrio y apenas amueblado, y tosió con fuerza mientras indicaba a Louise y Guillaume que se sentaran a una pequeña mesa redonda. Les sirvió café solo y siguió fumando y tosiendo. Habló Guillaume: el inglés de aquella mujer era nulo, por lo que la contribución de Louise fue mínima, lo que se sumó a la incomodidad que ya sentía después de su acercamiento a Guillaume en la pista de baile. Ahora que estaba sobria, veía que había sido una mala idea por muchas razones. Estaban allí para encontrar respuestas, y para eso los dos necesitaban tener la cabeza despejada.

Celine hablaba un francés rápido y gutural, con un fuerte acento provenzal, pero Louise consiguió captar alguna que otra palabra: «En colère» y «en désaccord». Después de tomar un café fuerte y amargo y dar las gracias a Celine —lo que supuso otro billete de cincuenta euros, observó Louise—, salieron a la plaza principal de Cotignac.

—A ver si lo he entendido bien —dijo ella. Iban de camino a una cafetería a pedir cruasanes y más café, esta vez con leche—. ¿Hubo algún tipo de discusión?

—Sí. —Guillaume no rehuyó el contacto visual, al parecer bastante feliz de ignorar lo que había sucedido la noche anterior—. Dijo que, por la forma en que Merry se acercó a Hannah en el bar, estaba claro que las dos mujeres se conocían. Celine ha dicho que no solo eso, sino que tuvo la sensación de que se habían visto hacía poco, en lugar de encontrarse después de muchos años.

—Interesante. —El camarero les llevó café y pastas, y Louise le dio las gracias.

—Por supuesto, el problema que tenemos es que Celine no habla

nada de inglés, así que, por desgracia, no tiene ni idea del por qué discutían. —Guillaume cortó su cruasán con su habitual elegancia—. Pero sí dijo que, cuando Merry se fue, Hannah abandonó el bar y la siguió fuera. Celine las vio a través de la ventana en lo que parecía una intensa discusión, si no una verdadera riña. Merry le tendió el móvil en un momento dado, como diciéndole que la llamaría, y Hannah volvió a entrar en el bar. Parecía un poco más silenciosa de lo normal, pero siguió como si no pasara nada.

Louise bebió un sorbo de café. El tercero del día, y lo necesitaba.

—Entonces, ¿qué crees?

—Bueno, una de las piezas del rompecabezas que ya tenemos es que Hannah acabó en Le Mas des Flores dos días después. El lugar donde se alojaba Merry Stafford. No puede ser solo una coincidencia, ¿no?

—¿Así que Merry le pidió que fuera? Si fue así, ¿por qué tan tarde?

—O Hannah apareció de todos modos, sin invitación —reflexionó Guillaume—. Cualquiera de las dos cosas es posible. Lo que sí sabemos es que parece que había algún asunto entre ellas que debía resolverse.

Louise dejó la taza y se quedó mirándolo. El corazón le latía tan fuerte que apenas podía respirar.

—¿Estás bien? —Guillaume le tendió una mano—. Te has puesto muy pálida.

Ella asintió.

—¿Quieres decir…? ¿Estás diciendo que era un problema lo bastante grande como para que Merry quisiera a Hannah muerta?

—No lo sé. Pero es lo que tenemos que averiguar.

34

LOUISE

AHORA

Volvieron al hotel y Guillaume dejó a Louise sentada junto a la piscina mientras él iba a arreglar los vuelos de regreso al Reino Unido.

—He conseguido que mañana salgamos temprano en un vuelo desde Niza —le dijo cuando bajó a bañarse con ella una hora más tarde—. Creo que ya hemos hecho todo lo que podíamos hacer aquí por ahora. Al menos hasta que haya hablado con los Stafford.

Se quitó la camiseta, lo que reveló un torso sorprendentemente musculoso, y se zambulló en la piscina para hacer unos largos con un potente crol. Louise lo observaba y recordó a Merry Stafford en la piscina de Le Mas des Flores, su increíble fuerza.

—Tengo que hacer algunas llamadas. ¿Nos reunimos en el restaurante para cenar más tarde? —preguntó Guillaume al salir de la piscina. Los chorros de agua le caían por el pecho y le goteaban a ella desde el dobladillo del bañador. Louise se apartó un poco de la tumbona de plástico.

Negó.

—Me duele la cabeza —mintió—. Y tengo que ponerme al día con lo que hacen los chicos. Tomaré algo en mi habitación.

De vuelta a su cuarto, se duchó y se tumbó en la cama para hacer un FaceTime con los niños, pero el cansancio pudo con ella y se

quedó dormida un par de horas. Cuando se despertó, tenía una llamada perdida de Tim. Pulsó «Rellamada».

Tim estaba en la cocina, preparando algo en una sartén. Elodie estaba sentada en un taburete a su lado y removía el contenido con una cuchara de madera. La plenitud de la escena le produjo un nudo en el estómago y se sintió enferma.

—Hola, cariño. —Sonrió con calidez, pero parecía cansado.

—Estamos haciendo salsa para pasta —intervino Elodie—. He puesto las especias.

—Bien hecho. —Louise intentó inyectar algo de alegría en su voz—. Apuesto a que eres de gran ayuda. ¿Está tu hermano?

—No, está jugando al fútbol.

—¿Por qué no vas y pones la mesa fuera, cariño? Me ayudaría mucho. —Tim se encargó de remover y Elodie salió corriendo—. ¿Cómo va todo? —preguntó una vez solos—. ¿Qué habéis conseguido?

—Volvimos al bar para saber más de los otros empleados.

—¿En serio? —Louise captó al instante el cambio en el lenguaje corporal de Tim. Su mandíbula se tensó—. ¿Y a qué llevó eso?

«Me llevó a bailar lento con otro hombre. Me llevó a querer que me besara».

La mirada de Louise se desvió hacia un lado, de modo que no se encontró con los ojos de su marido.

—Averiguamos algunas cosas que podrían ser relevantes, pero Guillaume las repasará contigo mañana. Regresamos en el vuelo de primera hora.

—Entonces, será mejor que te acuestes temprano.

—Sí —aceptó Louise—. Lo haré.

***

Sin embargo, diez horas más tarde, poco después de medianoche,

Louise se encontraba en el pasillo, frente a la habitación de Guillaume.

Un huésped curioso la miró mientras utilizaba la tarjeta para abrir su puerta. Su lenguaje corporal debió de parecerle muy inusual. En lugar del aire seductor de quien buscaba una cita nocturna, estaba nerviosa, incluso frenética, con los brazos rígidos a los lados. Tenía una sensación de ardor en la garganta y la boca seca.

Tragó saliva y llamó a la puerta de Guillaume.

Segundos después, la abrieron de par en par y él apareció en calzoncillos, con el pelo alborotado.

—¡Louise! ¿Te encuentras bien? Parece que hayas visto un fantasma.

—¿Puedo entrar? Hay algo que necesito decirte.

—Claro.

Se hizo a un lado. Las persianas estaban bajadas y la cama deshecha, lo que indicaba que ya se había acostado.

—Te he despertado, lo siento.

—No hay problema. Me recupero enseguida, y nunca tengo problemas para conciliar el sueño. —Sonrió y encendió la luz sobre la estrecha estantería que hacía las veces de escritorio y tocador—. Se lo debo a mi entrenamiento en las Fuerzas Especiales. —Había dos camas individuales en la habitación, y señaló la que no acababa de usar—. Siéntate.

—Hay algo que necesito decirte. No puedo dormir si no me desahogo.

Se sentó a su lado y se volvió hacia ella. Por su expresión, se dio cuenta de que esperaba una confesión de carácter personal. Que le gustaba o que quería tener una aventura con él.

—No se trata de ti y de mí —se apresuró a decir—. Se trata del caso.

Su boca se crispó un poco. ¿Era decepción?

—Continúa.

Louise dio un largo suspiro.

—¿Sabes el pentobarbital que se encontró en nuestra habitación de Le Mas des Flores? En la bolsa de Tim. —Él asintió—. Bueno, Merry me había prestado unos medicamentos cuando tuve una migraña y me los pidió de vuelta. Y ese último viernes por la tarde le dije que podía subir a buscarla. Estuvo sola en nuestra habitación. Así que podría haber cogido el pentobarbital. Tuvo la oportunidad.

Guillaume la miró con escepticismo.

—¿Y te acabas de acordar? —Su tono era cortante.

Negó con la cabeza y cerró los ojos en un intento por contener las lágrimas que sentía brotar.

—No. Me di cuenta hace tiempo. Hace poco que he empezado a darme cuenta de muchas cosas —añadió, enigmática.

—¿Pero no dijiste nada? A pesar de que era una prueba tan importante, ¿no se lo dijiste a la policía? ¿O al nuevo abogado de Tim?

Louise volvió a sacudir la cabeza y las lágrimas se le escaparon por las mejillas.

—Estaba enfadada con él. —Las palabras salieron como un extraño jadeo—. Me sentía tan defraudada por su comportamiento que quería castigarlo. Que siguiera bajo sospecha para hacerlo sufrir. Así que me guardé lo que sabía. Sé que suena duro, pero, como he dicho, he aprendido que hay muchas cosas de mi matrimonio que nunca supe. Sobre mi marido. Pero después de lo que hemos descubierto esta mañana, que Merry conocía a Hannah… Tenía que decir algo.

Ahí estaba. Se sentía sucia y miserable por lo que había hecho, pero Tim había sido su mejor amigo y la había traicionado.

Guillaume puso su mano sobre la de ella y le apretó los dedos.

—Todo esto te ha puesto en una situación muy difícil, lo

comprendo. Pero es vital que me digas todo lo que sepas. Cualquier cosa—. Se levantó, cogió un pañuelo y se lo dio a Louise antes de volver a sentarse—. ¿Puedes recordar qué medicamentos te prestó Merry Stafford?

Se quedó pensativa un momento.

—Era… difeni… algo.

—¿Difenhidramina?

—Sí, eso es. ¿Por qué, es relevante?

—Podría serlo. Esta mañana he llamado a la oficina de Richard Stafford en Londres y me han dicho que estaba de viaje, pero he conseguido su número de móvil. He hablado con él unos minutos, justo cuando embarcaba en un vuelo, y le he preguntado por aquella noche del veintiocho de julio. Y adivina lo que me ha dicho.

—¿Qué?

—Que no oyó nada porque estaba inconsciente. De hecho, durmió tan profundamente que, según sus palabras, fue como si lo hubieran drogado. —Louise lo miró con la boca abierta—. Y la difenhidramina es un antihistamínico muy potente que se suele emplear como sedante.

—Dios mío. Esa cosa me noqueó cuando la tomé para mi migraña. ¿Crees que Merry podría habérsela dado? ¿Estaba con Richard cuando habéis hablado?

—No, estoy bastante seguro de que estaba solo. Y no te preocupes, no creo que sospeche nada por ahora.

Louise se quedó muy quieta, apenas conseguía asimilar las implicaciones de esa conversación.

—Dios mío —repitió.

—Nuestro próximo movimiento es bastante obvio —dijo Guillaume en tono sombrío—. Tan pronto como regresemos, tenemos que localizar a su mujer. Y averiguar qué papel ha jugado en esto.

35

TIM

AHORA

El lunes por la mañana, Tim estaba en la consulta cuando Louise le comunicó que su avión había aterrizado en Heathrow y que estaría en casa en un par de horas. Era, como todos sus mensajes recientes, práctico y carente de afecto. Antes solía terminar con tres besos. Ahora no había ninguno.

«Te veré después del trabajo —respondió—. Elle juega con Violet P.; Harry está en el campo de fútbol, en el centro deportivo, xx».

«Hasta luego», fue todo lo que obtuvo por respuesta.

Era extraño, reflexionó, que al volver a casa esa noche y encontrarse a Guillaume ya allí se sintiera aliviado. Las cosas se habían puesto tan tensas entre Louise y él que era como si necesitaran un tercero, un mediador.

—Hola —dijo al entrar en la cocina y dejar la bandolera en una silla. Tiró de Louise en un incómodo abrazo de un solo brazo y estrechó la mano de Guillaume.

Los niños revoloteaban cerca, a la caza de bocadillos, así que después de servir cervezas para los adultos, Louise les sugirió que salieran al jardín. Tim escuchó cómo Guillaume resumía sus hallazgos: que, tras ver las imágenes de Hannah Messenger dirigiéndose a Le Mas des Flores en las primeras horas del veintinueve de julio, habían descubierto por dónde podría haber accedido a la propiedad. Y que habían hablado con una de sus

compañeras de trabajo, que afirmó que ella y Merry Stafford parecían tener una relación anterior. Que Louise no había sido necesaria para ninguna de esas investigaciones parecía obvio. Y, sin embargo, actuaban como si ellos fueran la pareja y él, el tercero: completaban las frases del otro y se miraban con frecuencia para confirmar lo que decían. Se sintió excluido, aislado.

—Mi prioridad ahora es hablar con Merry Stafford —terminó Guillaume.

«Eso sí que es decir lo obvio», pensó Tim con amargura. En voz alta, contestó:

—¿Tienes idea de dónde está?

Guillaume negó con la cabeza mientras se llevaba el vaso de cerveza a los labios.

—¿Dónde viven, de todos modos? —preguntó Louise.

—No creo que lo hayan dicho nunca. Richard comentó que se conocieron en Suiza, pero está claro que viajan mucho.

—Parece que tienen varias casas —dijo Guillaume—: una en Basilea, otra en Florida, otra en Londres. Así que podría estar en cualquier parte. Pero me pondré a ello enseguida, y mañana a primera hora hablaré con Fraser Armstrong para ponerlo al corriente de todo. —Se levantó—. Y, ahora, os dejo en paz.

—Entonces, ¿qué piensas de la confrontación entre Merry y Hannah Messenger? —preguntó Tim mientras se preparaban para ir a la cama—. Extraña, ¿no?

—No quiero hablar de eso —dijo Louise en voz baja. Estaba sentada en el borde de la cama, quitándose la camisa, de espaldas a él—. Vamos a ver qué se le ocurre a Guillaume.

—¿Así que tienes fe en que llegará al fondo del asunto? —Tim se dirigió a la espalda desnuda de su mujer.

—Sí.

Ella no se dirigió a la habitación de invitados una vez que se puso

el pijama, y Tim lo agradeció. Pero no se tocaron tras acostarse. Louise siempre solía girarse hacia Tim, lo rodeaba con las piernas y apoyaba la cabeza en su pecho. Ahora estaba de espaldas a él, como si estuviera dormida. Pero él sabía que no lo estaba. Siempre se daba cuenta. No actuaba por despecho, porque Louise no era así, pero su decepción y confusión eran palpables. Por lo general estaban tan sincronizados que él sentía lo mismo que ella, pero ahora no podía salvar el abismo que los separaba porque lo había creado él con su falta de sinceridad. La única forma de cerrar la brecha era abriéndose.

Tras las visitas de la mañana siguiente, Tim le dijo a Amy que tenía cita con el médico y salió de la consulta. Con el acuerdo de VCM aún en vilo y los márgenes de beneficio de Fairlawn desvaneciéndose, lo último que podía permitirse era ausentarse del trabajo. Sin embargo, su capacidad de concentración estaba tan mermada que parecía un zombi. No era más útil para sus pacientes que para su mujer.

Giró su coche hacia la M3, condujo hacia el norte y tomó la salida de Kempshott. No sabía por qué iba allí ni qué esperaba encontrar, pero un sexto sentido lo impulsó en esa dirección. Tal vez fuera porque la mujer asesinada procedía de la zona. Tenía la sensación de que regresar le daría respuestas.

Sin saber muy bien por qué, se detuvo en Harebell Close, en el lugar exacto donde había aparcado aquella fatídica noche. Mientras lo hacía, se decía a sí mismo que no tenía sentido. La familia de Tina Locke se había mudado hacía más de una década y Hannah Messenger se había marchado a Londres. Soltó un gemido, se inclinó y apoyó la cabeza en el volante al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Intentaba volver al pasado, como si eso le permitiera tomar una decisión diferente, crear un punto de inflexión.

Sonó su móvil y trató de responder.

—¿Tim? —Era Guillaume—. ¿Estás en el trabajo?

Dejó que se hiciera el silencio antes de responder por fin:

—No, no lo estoy por una vez.

—¿Podemos quedar para hablar? Los dos solos.

—Claro. —Tim se enderezó y consultó su reloj—. Nos vemos en el Café Catedral en media hora.

Cuando Tim llegó, Guillaume ya estaba en el café, sentado en una de las mesas del bonito jardín amurallado que daba a la catedral.

—¿Sabe Louise que estamos aquí? —preguntó sin preámbulos, en cuanto el camarero hubo tomado nota de su pedido.

Guillaume negó con la cabeza.

—No. Esta vez quería hablar contigo a solas. —Sus ojos estaban oscurecidos por unas gafas de aviador, pero había una calma, una firmeza en su actitud, que contrastaba con la inquietud de Tim.

—Pues empieza.

Guillaume esperó a que les llevaran los cafés a la mesa antes de continuar.

—Cuando charlaste con Hannah Messenger en el Bar des Vignobles, ¿de qué hablasteis?

Tim dejó con brusquedad su taza de café, que repiqueteó en el platillo.

—¿Qué quieres decir? Te lo dije: quería enterarme de si ella sabía que me había acostado con su amiga, Tina.

—¿Eso es todo?

—Por supuesto.

—Escucha, Tim —Guillaume se reclinó en la silla y se inspeccionó las uñas—, soy investigador desde hace tiempo y sé cuándo alguien me oculta algo. Hay más, ¿no?

Tim dudó unos segundos.

—Sí. Sí lo hay. —Suspiró, retorciéndose incómodo en su silla—. Pero necesito que entiendas que no intentaba engañarte de ninguna manera, solo creía que no era relevante.

—¿El qué?

—Allá por 2010, ella me chantajeaba. Tina Locke.

—Ya veo. —Guillaume se mordió el labio—. Fue para evitar que le dijera a Louise que te habías acostado con ella.

—Sí, en parte.

—¿Qué quieres decir con «en parte»?

Tim exhaló con fuerza.

—Louise acababa de tener un aborto espontáneo y estaba en un estado muy delicado. Si no hubiera sido por eso, me habría armado de valor y le habría contado lo que pasó. Le habría suplicado que me perdonara. Y pensé en hacerlo, pero descubrimos que estaba esperando a Harry y no podía arriesgarme. Y luego Harry tuvo problemas de salud, así que tenía miedo de removerlo todo. —Sacudió la cabeza y añadió con amargura—: Como todas las víctimas de chantaje, seguí el camino más fácil y pagué.

—Has dicho «en parte». Entonces, ¿cuál fue la otra?

Tim miró a los turistas y veraneantes de las mesas cercanas y bajó la voz.

—Me enteré de que Tina Locke solo tenía quince años. No tenía ni idea, por supuesto —se apresuró a decir—. Parecía mayor. Ella fue la que me sedujo, esa es la maldita ironía. —Guillaume dejó escapar un silbido bajo—. Así que, incluso si Louise hubiera sido capaz de perdonarme por un episodio de infidelidad de cinco minutos, estaba el pequeño asunto de los cargos penales y una vida en el registro de delincuentes sexuales. Perder mi trabajo. Así que, aunque no resultó fácil reunir las mil quinientas libras al mes que me pedía, era la opción menos complicada.

—Ya veo. Así que fue un caso de elección imposible.

—Solo un poco —dijo Tim con desdicha.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Años. Intenté acabar con ella una vez, pero me amenazó de

nuevo. Y, de repente, hace unos años, dejó de hacerlo. Devolvieron los pagos y cerraron la cuenta. Nunca más supe de ella.

—¿Le mencionaste el chantaje a Hannah Messenger?

—Sí, así es. —El tono de Tim se había vuelto defensivo—. Le pregunté si sabía que Tina me había estado extorsionando y me dijo que no tenía ni idea, pero parecía contenta de que se lo hubiera dicho, y muy interesada en lo que tenía que contarle.

—¿Y la creíste? ¿Que no lo sabía antes?

Tim frunció el ceño.

—No tenía motivos para no hacerlo. Y, como he dicho, no te lo mencioné porque no me pareció relevante.

—¿No es relevante? ¿En serio? Y todavía no le has contado la verdad a tu mujer. —Había algo más que un atisbo de reproche en el tono de Guillaume.

—No, no lo he hecho. —Tim se llevó la mano a la frente—. Mira, estaba a punto de hacerlo cuando me dio ese discurso sobre dejar las cosas como estaban y centrarse en la investigación. Me dijo que no hablara del tema. —Guillaume bebió un sorbo de café, pero no dijo nada—. ¿Has tenido suerte en encontrar a Merry Stafford? —Tim estaba ansioso por cambiar de tema.

—Hasta cierto punto. He llamado a la residencia Stafford en Basilea y el ama de llaves me ha dicho que la señora está en Italia, pero no sabía en qué parte.

—¿Así que es en lo que estás trabajando?

—Es una cosa, sí.

—Si es que fue Merry la responsable de la muerte de Hannah. Todavía estoy intentando entender por qué ella, de todas las personas, querría hacerle daño. No tiene sentido.

—Esa —Guillaume tiró la servilleta sobre la mesa y se levantó para marcharse— es la pregunta del millón.

36

LOUISE

AHORA

Durante los últimos años, Tim y Louise habían pasado cada cuarta semana de agosto con Phil, el hermano de Tim, y su esposa Serena. Pasaban la mayor parte del año en Oxted, pero, en cuanto la empresa de transportes de Phil empezó a ir bien, él y Serena compraron una casa de vacaciones en la península de Studland, en Dorset, y era allí donde los Cutler solían pasar una semana de relax, en la casa con vistas a la bahía, donde los niños retozaban alegres en el jardín en pendiente o jugaban al críquet de playa en Knoll Sands.

—¿Crees que deberíamos ir este año? —le preguntó Tim a Louise el viernes anterior a la salida.

—¿Por qué no? —Ella enarcó una ceja.

—Renée se reúne con sus abogados la semana que viene y las cosas van a estar bastante tensas. ¿De verdad queremos bajar el ánimo con nuestros problemas?

—Creo que por eso deberíamos ir —dijo Louise con firmeza—. Nos ayudará a distraernos. De todas formas, los niños se quedarán destrozados si no vamos. Ya sabes cuánto les gusta Dorset.

Así que el lunes veintiuno de agosto llenaron el Land Rover de Tim de trajes de neopreno, tablas de bodyboard y juegos de pelota de todo tipo, y se pusieron en camino hacia Studland. Si el ambiente

entre los Cutler adultos era un poco tenso, apenas se notaba en medio de la animada charla de sus hijos.

—Papá, ¿puedo ir a la escuela de surf y aprender en una tabla adecuada esta vez? —quiso saber Harry.

—Podemos verlo, claro.

—¡Excelente! —Harry bombeó su puño.

—¿Puedo yo? —clamó Elodie—. Por favor, papá, ¿puedo?

—Pero si eres muy pequeña —se burló Harry.

—Esperemos a llegar y veamos desde qué edad aceptan alumnos —dijo Louise con tono tranquilizador—. Pero, si eres demasiado joven, Elle, seguro que hay otras cosas que puedes hacer. Quizá podríamos ir a ese sitio a las afueras de Swanage para montar en poni.

—¡Eso sería increíble! —Elodie se retorció de placer.

—¡Montar en poni! —Harry resopló—. Eso es para perdedores.

—¡Harry! —lo amonestó Tim.

La conversación continuó así durante todo el viaje. Las discusiones eran en gran medida de buen carácter y servían de cortina de humo para ocultar la fragilidad matrimonial de los Cutler.

A la hora de comer, ya habían llegado a la casa. Harry y Elodie bajaron por el camino a toda velocidad para abrazar a su tío, su tía y sus primos. Phil Cutler era una versión más pesada y algo más calva de Tim, y mucho más escandaloso y descarado que su hermano. Louise siempre había pensado que Serena era un nombre muy apropiado para su mujer. Era una rubia voluptuosa y lánguida que dirigía a su prole de niños de pelo largo, de tres, cinco y ocho años.

En cuanto hubieron almorzado, planearon una visita a la playa para los cinco niños. Los mayores practicaron bodyboard y los pequeños hicieron castillos de arena, pero todos estaban igual de cansados cuando el sol empezó a ponerse. Regresaron a la casa con los hombros quemados por el sol, la piel con costra de salitre y el brillo

especial que da pasar varias horas al aire libre. Los más pequeños se fueron a la cama, y Harry y Elodie se retiraron a la sala de juegos, dejando a los adultos sentados en la terraza con gin tonics.

—¿Está bien Tim? —preguntó Phil a Louise, mientras su hermano arbitraba dentro una disputa entre sus hijos.

—Sí, está bien —dijo Louise con más brío del necesario—. ¿Por qué lo preguntas?

—Parece un poco callado, eso es todo. Un poco apagado.

—Todavía está en plena venta de la clínica —dijo ella con lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora.

—Ah, sí, la vieja y buena venta corporativa. —Phil entrecerró los ojos, pensativo, y se sirvió patatas fritas—. Supongo que será eso. ¿Cómo va todo?

—Debería resolverse pronto —dijo Louise de forma vaga. Tim no había hablado con sus padres ni con su hermano de su detención: insistía en que los angustiaría sin motivo. Hizo un gesto con la mano en dirección a la espectacular puesta de sol: un cielo bruñido de albaricoque, rosa y violeta—. Y, mientras tanto, ¿qué mejor lugar para ayudarlo a relajarse?

Y poco a poco consiguieron relajarse.

Estar en compañía de otras personas —algo que a Tim le preocupaba en un principio— resultó beneficioso. Serena y Phil fueron unos anfitriones generosos y, además de un sinfín de actividades al aire libre, abundaron la buena comida y las bebidas alcohólicas. Los niños se llevaban bien a pesar de la diferencia de edad y, para su alegría, tanto Harry como Elodie pudieron asistir a la escuela de surf local. Las noches estaban llenas de risas, en las que Phil y Tim recordaban su infancia.

—Así es como tiene que ser —le dijo Tim a Louise cuando se metieron en la cama la tercera noche en Dorset, después de una cena deliciosa a base de pescado recién sacado del agua.

«Así es como solía ser», pensó Louise; aun así, permitió que la rodeara con sus brazos por primera vez desde Francia.

A la mañana siguiente, un correo electrónico de Guillaume volvió a animar a Tim. Louise se lo leyó mientras se sentaban en la cama a tomar el té.

> Hola, Louise:
>
> Quería ponerte al día, ya que las cosas se están moviendo con rapidez en el caso del asesinato de Messenger.
> He hablado con el capitán Palomer por teléfono y le he enviado un resumen formal de mis hallazgos para su papeleo. He incluido las novedades que descubrimos mientras estuvimos juntos en Cotignac,

Louise se detuvo unos segundos. Agradeció que Guillaume no revelara que esos «hallazgos» incluían que sabía que Merry Stafford había estado en la habitación de los Cutler. Debía pensar que era muy burdo ocultarle una información tan importante por la mezquina necesidad de castigar a su marido, pero, por otra parte, él nunca había estado casado y, por lo tanto, nunca habría experimentado la profundidad de la traición que había sentido ella.

> y me complace informar que ahora se centran en Merry Stafford como principal sospechosa.
> No han confirmado que hayan abandonado oficialmente la investigación sobre Tim, pero estoy bastante seguro de que le dirán algo en ese sentido cualquier día de estos. También querrán una nueva declaración tuya, Louise.
> Por lo que sé, Merry ha estado alojada en un centro turístico de Sicilia, pero ya ha volado de vuelta a la casa de los Stafford, en Palm Beach, Florida. Por supuesto, tan pronto

como haya más novedades, os informaré, pero por ahora voy a suspender mis investigaciones activas en vuestro nombre y os adjunto mi factura final.

Mis mejores deseos para los dos,
G.

—Vaya. —Tim se recostó en las almohadas e inclinó la cabeza hacia atrás—. Qué puñetero alivio. Pero Merry Stafford… —Apretó los ojos con los dedos y sacudió la cabeza.

—Lo sé. —Louise, miraba la pantalla de su teléfono como si fuera a darles algún tipo de respuesta—. ¿Por qué? Es lo único que se me ocurre. ¿Por qué haría Merry algo así? No tiene sentido.

—Excepto porque había algún vínculo preexistente entre ella y Hannah Messenger.

—Sí, pero ¿cuál podría ser? Quizá nunca lo averigüemos.

Louise salió de la cama, se sentó en el tocador y se pasó un cepillo por el pelo. La brisa salada y marina lo había dejado enmarañado en rastas endurecidas. Aunque estaba de espaldas a él, veía a Tim reflejado en el espejo. De repente se estremeció y su garganta tragó.

—¿Estás bien? —preguntó ella con brusquedad.

—Bien, cariño. —Sonrió, recuperándose—. He sentido un escalofrío, eso es todo.

37

TIM

AHORA

Tras recibir el correo de Guillaume, Tim decidió que era prioritario informar a Renée Weber de la situación. Llamó a su oficina de Ginebra y concertó una videollamada para esa tarde, cuando los demás estuvieran en la playa.

—Buenas tardes, Tim —saludó una enérgica Renée al aparecer en la pantalla. Llevaba ropa deportiva de diseño y el pelo, que solía llevar con fijador, húmedo y algo despeinado. Parecía más joven—. Me alegro de verte. ¿Cómo estás? Tendrás que disculpar mi aspecto desaliñado, pero he interrumpido una sesión con mi entrenador para atender tu llamada.

Intercambiadas las cortesías, Renée quiso ir al grano.

—Cuéntame todo lo que ha pasado, pero habla despacio, por favor, para que Elisa pueda tomar nota. —Señaló a una joven y sonriente asistente personal con un bloc de taquigrafía, apenas visible en la esquina de la pantalla,

Tim esbozó el núcleo de la investigación de Guillaume y concluyó con la nueva condición de sospechosa de Merry Stafford.

—Para ser sincera, estoy atónita —la voz de Renée tembló, confirmando que su sentimiento era genuino—. Conozco a Richard desde hace años y a Merry desde que se casaron, y nunca habría sospechado algo así. Siempre se ha dedicado a Richard, y conmigo nunca ha sido más que educada y, bueno, bastante inofensiva. —

Hizo hincapié en esa última palabra—. La verdad, nunca hubo ningún indicio de nada criminal, sus antecedentes parecían bastante anodinos.

—Bastante —dijo Tim sin comprometerse.

—De todos modos, no hablemos más del tema; la policía se ocupará. Son excelentes noticias para ti, Tim, y debemos concentrarnos en eso. No es que te creyera capaz de asesinar, pero entiendes que para los abogados hay ciertas cuestiones que comprobar.

—Por supuesto.

—Me reuniré con ellos mañana, como sabes, y tendrán que confirmarlo todo con los gendarmes que llevan el caso, pero, por lo que a mí respecta, la compra de Fairlawn puede seguir adelante como estaba previsto. —Sonrió a Tim—. Estoy muy aliviada.

—Ni la mitad de aliviado que yo —dijo con auténtico sentimiento.

Aquella noche, después de cenar, Tim y Louise dejaron a Harry y Elodie al cuidado de Phil y salieron a pasear solos. En el sendero, inhalaron el aire nocturno cargado de ese aroma especial a sal y ozono de la costa. Mientras recorrían el kilómetro y medio que los separaba de la playa, Tim cogió la mano de Louise con timidez y ella se lo permitió. Les sentó bien. Les resultó normal. Parecía que, después de todo, podrían avanzar.

—Me alegro mucho de que VCM siga adelante —dijo ella como si le leyera el pensamiento. Tal vez fuera así: solía hacerlo.

—Creo que nunca he sentido tanto alivio —asintió Tim—. Excepto cuando has leído en voz alta el correo electrónico de Guillaume esta mañana.

—Gracias a Dios que nos ha ayudado.

—Contratarlo fue una gran decisión. —Le apretó la mano—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Nunca tendrás que averiguarlo —añadió Louise con sobriedad—,

pero no quiero volver a pasar por algo así. Como las últimas cuatro semanas.

—De acuerdo.

Por fin llegaron a la arena. Casi había oscurecido y en el cielo se veía una franja gris plomo que amenazaba lluvia. Los turistas hacía rato que se habían marchado a sus hoteles y caravanas, y no se oía ningún ruido, aparte del romper de las olas al subir la marea. Se quitaron los zapatos y los cogieron, la arena húmeda rezumó entre los dedos de los pies.

Tim tuvo un repentino flash de memoria, y una vez más Louise leyó su mente.

—¿Estás pensando en lo mismo que yo? —Se inclinó para apoyar la cabeza en su hombro—. Me recuerda a cuando estábamos en la universidad e íbamos a la playa de White Sands por la noche y hacíamos barbacoas. Y todo el mundo se bañaba desnudo.

—Eran tiempos felices. —Tim sonó melancólico—. Y podemos volver a tener momentos felices. —Louise se volvió hacia él y sus ojos brillaron en la penumbra.

—¿Podemos?

—Por su puesto. —Intentó reírse—. Si somos capaces de superar que me intenten arrestar por asesinato, podremos superar cualquier cosa. Mientras nos tengamos el uno al otro. —Había una pregunta en su voz.

—Claro que sí —insistió Louise—. Eso nunca cambiará. ¡Vamos!

Le soltó la mano de pronto y corrió hacia la orilla, con los brazos extendidos como una niña. Se quitó la sudadera y los pantalones cortos, y corrió hacia el mar en sujetador y bragas. Chapoteó entre las olas poco profundas hasta que el agua le llegó a la cintura.

Tim esperó unos segundos, se quitó la camiseta y los pantalones y siguió a su mujer.

—Deberíamos quitarnos también la ropa interior —dijo ella—. Para

recuperar la experiencia original.

—Quería quitarme los calzoncillos, pero he pensado que podrían arrestarnos.

—Y para ti serían dos veces en un verano —se rio ella.

Tim se unió, y al hacerlo experimentó una liberación, como si se hubiera roto un mal hechizo.

Chispeaba, una llovizna constante les mojaba la cara y el pelo. Cogió a Louise de la mano y la condujo por los bajíos hasta la orilla, se arrodilló y la arrastró con él hasta que los dos quedaron tendidos en la arena. Rodó sobre su espalda y atrajo el cuerpo húmedo de ella hacia el suyo, y se besaron como adolescentes, o como los estudiantes universitarios que habían sido cuando se conocieron. Louise se retorcía en su entrepierna y él se dio cuenta de que estaba pensando en acostarse con él allí mismo, en la playa, igual que él. Sus manos exploraron el cuerpo de Louise como hacía semanas que no lo hacían. Le gustaba.

—Más tarde —le murmuró él al oído al cabo de un par de minutos —. Recuerda lo de que no nos arresten.

—¿Así que tengo que hacerte una promesa? —dijo con picardía. Se apartó de él y se puso de pie.

—Sin duda.

Se pusieron la ropa húmeda y volvieron a la playa con los zapatos en la mano.

—¿Sabes lo que estoy pensando ahora? —preguntó Louise.

—¿Con cuánta rapidez conseguiremos que Harry y Elle se vayan a la cama?

—¡Exacto! —dijo feliz, y enlazó su brazo con el de él.

La tarde siguiente, Renée confirmó por correo electrónico que, tras consultar con la policía francesa, los abogados de VCM habían dado el visto bueno a la adquisición de Fairlawn Veterinary Centre.

A ese mensaje inicial le siguió una avalancha de correos con

documentos contractuales adjuntos y solicitudes de información por parte de Fairlawn. Mientras Louise llevaba a Harry y a Elodie a la escuela de surf, y Phil y Serena iban al supermercado, Tim se sentó a la mesa del comedor con su portátil y e hizo su nueva lista de tareas: tenía que repasar las condiciones de venta, entregar copias de los contratos del personal actual y hacer un inventario de las existencias de medicamentos y el equipo. Pero lo primero que hizo fue enviar un correo electrónico a Fraser Armstrong, agradecerle sus servicios y solicitarle una factura final. Copió el correo electrónico al abogado del bufete, Peter Critchley, y le envió otro a Glen Beane para concertar una reunión. En el futuro, el equipo de VCM se encargaría de la contabilidad de Fairlawn, pero Tim pensó que antes le debía una charla cara a cara a Glen.

No le enseñaría los libros —reales— del pasado, los que mostraban que el dinero iba a parar a la cuenta de Tina Locke, pero los revisaría en detalle él mismo y utilizaría la generosa prima de contratación que estaba a punto de recibir para compensar cualquier cantidad pendiente una vez descontados los ingresos de su pluriempleo de guardia. Mientras tecleaba, sintió que se le aflojaban los músculos de los hombros, como si se quitara un peso de encima. Todo iba a salir bien. Louise y él iban a estar bien.

Su teléfono zumbó con un mensaje de texto. Era de Guillaume Hall.

> ¿Puedes encontrar un momento para llamarme cuando estés solo?

Tim sintió que se le hundía el estómago. Pulsó el icono de llamada.

—Ahora estoy solo —dijo tras contestar Guillaume—. Me estoy poniendo al día con la administración mientras los demás están fuera.

Hubo un breve y cargado silencio.

—Tim, ¿le has contado ya a Louise lo de tu rollo de una noche?

—No. No lo he hecho —dijo Tim con pesadez—. Admití que sabía quién era Hannah Messenger y cómo la había conocido, pero, ahora que todo está resuelto, he decidido que no es necesario molestarla con eso.

Otro silencio.

—Esa es la cuestión, Tim. —Guillaume inspiró con brusquedad—. Hay una novedad. Cuando volvimos del viaje a Francia, pedí una copia del certificado de matrimonio de los Stafford.

—¿No están casados?

—Sí, lo están. Se casaron en 2020. Pero, como sabes, un certificado de matrimonio da los nombres completos de las dos partes, tal y como constan en sus partidas de nacimiento. Y lo que pone…

Incluso antes de que Guillaume hubiera terminado su frase, Tim sabía lo que iba a decir. Sintió una sensación de caída, un desplome, como si toda su vida se desmoronara en pedazos. Porque ya no podría ocultarlo: la sórdida verdad saldría a la luz. De algún modo, su inconsciente lo había sabido desde el principio, pero la verdad solo había penetrado en su mente consciente el día anterior, cuando Louise había cuestionado la posible conexión entre Hannah Messenger y Merry Stafford.

Aun así, resultó chocante oír a Guillaume pronunciar las palabras en voz alta:

—Es que Merry Stafford nació con el nombre de Christina Meriel Locke.

TERCERA PARTE

38

MERRY

CUATRO SEMANAS ANTES

Como pareja rica y sin hijos, el verano para los Stafford significaba ir de un lujoso centro turístico mediterráneo a otro. Merry, como la llamaba Richard, era reacia a unirse a la fiesta de Renée Weber en Provenza. Allí habría familias, le dijo Richard, probablemente con niños pequeños. A Merry no le gustaban los niños. Había pasado demasiada parte de su vida cuidando de sus hermanos y hermanastros pequeños, y no deseaba estar cerca de los de nadie más. Pero Renée era un importante contacto comercial de Richard y, como siempre, quería que fuera feliz.

Cuando llegaron a Le Mas des Flores el dieciocho de julio, solo estaban Renée y su novio, y los cuatro tomaron champán en la terraza de la azotea y cenaron en la galería. Todo fue muy agradable. Pero a la mañana siguiente llegó la familia Prentice con su hija pequeña. Kevin Prentice era un hombre grosero e imbécil, y su mujer, Shona, le recordaba a Merry a su propia madre. En cuanto Richard y ella se quedaron solos después de comer, Merry observó que los Prentice no parecían el tipo de personas que Renée querría como amigos.

—Ah, no lo son —explicó Richard con ligereza—. Los han invitado otros huéspedes. Un tipo de Hampshire de cuya clínica veterinaria Renée está a punto de hacerse cargo.

Merry sintió que el corazón se le aceleraba un poco.

—¿Sabes cómo se llama?

—Hmmm. —Richard conocía a tanta gente a través de su imperio empresarial que le costaba retener los nombres—. Tom algo, creo. ¿O era Tim?

Debía ser una coincidencia, se dijo a sí misma, con la mente a punto de entrar en pánico. No podía ser el mismo hombre, ¿verdad?

Pronto tuvo la respuesta. Mientras estaba acostada en una tumbona junto a Richard, el veterinario apareció en la terraza de la piscina con sus hijos y lo presentaron a los demás huéspedes.

Tim Cutler.

Gracias a Dios, había suficiente luz como para que ella no se quitara las gafas de sol, aunque estuviera bajo una sombrilla. Le gustaban las gafas de visera de gran tamaño que estaban de moda ese verano y las tenía de Gucci, Dior y Dolce & Gabbana. Le ocultaban la mayor parte de la parte superior de la cara, y su nariz, dientes y parte inferior parecían bastante diferentes gracias al trabajo del señor Christakos. También tenía mucho más pelo ahora, sus mechas doradas y ámbar realzadas con verdaderas extensiones de pelo que se había hecho colocar por expertos en un salón de Knightsbridge. Era imposible que la reconociera.

—Escuchad, estos son Tim Cutler, Harry y Eloise —dijo Renée.

—Elodie —corrigió la niña.

—Esta es mi pareja, Jared Frayn. Y estos son mis amigos, Richard y Merry Stafford.

Merry dejó que Richard se levantara y le diera la mano, y en cuanto los niños hubieron colonizado la piscina, los utilizó como excusa para retirarse a su habitación. Gracias a Dios no estaban en la casa principal y podía permanecer fuera de la vista la mayor parte del tiempo. Sabía que tendría que quitarse las gafas de sol en la cena porque ya estaría oscureciendo. Los ojos y la voz eran lo que la gente reconocía, ella lo sabía. Mientras no hablara mucho, estaría

bien; y al cambiarse, intentó disimular sus ojos con sombra oscura y ahumada, y pestañas postizas. Al parecer, funcionó. Aunque se había acostado con ella en su coche una vez y se había sentado frente a ella en una cafetería, Tim Cutler parecía ciego a su verdadera identidad.

Su mujer llegaría tres días después, y Merry se convenció de que eso era bueno. Harían cosas en pareja o en familia y se mantendrían alejados de ella. Pero, apenas llegó Louise Cutler el sábado por la noche, llamaron a la puerta de su habitación.

Merry, que iba a ducharse para cenar, dejó que Richard contestara.

—Hola, Tim, pasa.

Se metió en el baño y empujó la puerta.

—Siento molestar, pero la pobre Louise tiene una migraña horrible y no lleva su medicación encima. ¿Tenéis algo que pueda tomar?

—¡Merry! —llamó Richard—. ¿Has oído eso? ¿Tienes algo que le pueda servir?

Ella sacó un neceser del cajón y encontró un blíster de pastillas. Eran somníferos, pero estaba ansiosa por librarse de Tim.

—Aquí dentro. —Esperó que su voz estuviera lo bastante amortiguada. Richard asomó la cabeza por la puerta del baño y ella se las dio—. A mí me funcionan.

Le entregaron las pastillas y Tim volvió a desaparecer. A la mañana siguiente, en el desayuno, apareció Louise, que se afanó en agradecer a Merry su ayuda. Parecía encantadora, pensó, más guapa en persona que en la foto que había visto en Internet hacía tantos años. Y Tim, con más de cuarenta años, aún era un hombre muy atractivo. Sintió los vestigios de deseo que había despertado en ella todos aquellos años, pero eso no hizo más que reforzar su decisión de mantenerse alejada de él. La vida que tenía ahora era mejor que cualquier cosa que hubiera soñado en Kempshott. Nada iba a amenazarla, ni siquiera la presencia de Tim Cutler.

El domingo, el ama de llaves tenía el día libre y los invitados tuvieron que ocuparse de sus propios menesteres. Merry no se ofreció voluntaria para ayudar y se lo dejó a Louise y a la irritante Shona Prentice. Se mantenía lo más alejada posible de las comidas conjuntas sin levantar sospechas. El deporte siempre había sido lo suyo y le encantaba nadar, pero evitaba usar la piscina a menos que los otros huéspedes no estuvieran allí.

—¿Te apetece venir a Cotignac conmigo, cariño? —preguntó Richard a la mañana siguiente mientras se vestía para desayunar—. Voy a pedir un poco de vino. Hay muchos productores maravillosos por aquí.

—Sí, por favor. —Cualquier cosa por salir de la villa y alejarse de los Cutler.

—¿Preguntamos a los demás si quieren venir también?

—No —dijo Merry enseguida—. Tardarán una eternidad en organizarse. Pidamos un taxi y pongámonos en marcha, antes de que haga demasiado calor.

La elección del vino era un proceso que Richard se tomaba muy en serio y que a Merry no le interesaba lo más mínimo. Segura de que se quedaría allí de pie mientras su marido discutía en serio sobre el terruño y la fermentación en barrica, decidió esperarlo fuera, por lo que buscó un asiento a la sombra de uno de los enormes plátanos que bordeaban la plaza central y se quitó las gafas de sol para arreglarse la coleta. Se felicitaba por lo bien que le estaban yendo las vacaciones en Le Mas des Flores, a pesar del posible desastre, cuando oyó una voz familiar.

—Hola, Tina.

39

CHRISTINA
ENTONCES

Los pagos de Tim Cutler continuaron durante el resto de 2012 y 2013. En primavera, uno de los cirujanos que había dirigido el curso de medicina estética, Georgios Christakos, le ofreció trabajo en su clínica de Harley Street.

Ofrecía cirugía a mujeres ricas que estaban un peldaño por encima en la escala socioeconómica de las aburridas amas de casa de Purley. Estas esperaban más retoques menores en las mismas consultas opulentas y ese sería el trabajo de Tina: inyectar rostros bien conservados con toxina botulínica y ácido hialurónico, y realizar depilaciones con láser y peelings con ácido.

El señor Christakos, que se había encariñado con Tina, le hizo un generoso descuento en los tratamientos que ofrecía la clínica, y pronto su piel estuvo tan tersa, bronceada y resplandeciente como la de sus clientas. Ahorró lo suficiente para que un colega odontólogo de Christakos le blanqueara los dientes y los convirtiera en una inmaculada hilera blanca. El propio Christakos le remodeló la barbilla y, después de que ella se acostara con él, por supuesto, le practicó una rinoplastia para que su nariz fuera más pequeña y recta.

En 2016 la contrataron para desempeñar una función similar en la clínica de un balneario de lujo a las afueras de Zúrich. Tina no había viajado mucho, aparte de un par de vacaciones de amigas de borrachera a la Costa del Sol, y dudó si aceptar la oferta de trabajo.

Lo que la convenció fue el generoso salario y el cómodo alojamiento. Enseguida se alegró de haber aceptado. Si no lo hubiera hecho, no habría conocido a Richard Stafford.

Al comienzo de su tercer año de trabajo en el spa, él llegó allí como huésped. Tina fue contratada para hacerle la manicura en su suite. Ella ya sabía que la presidencial costaba miles de euros por noche, y hubo muchos otros indicios de la riqueza de Richard Stafford: para empezar, los exquisitos gemelos de diamantes y el reloj Breitling que se quitó antes de sumergir los dedos en el cuenco de agua tibia perfumada. Luego, el equipaje monogramado de Louis Vuitton apilado en perfecto orden en el vestidor. Como había estado rodeada de lujo de cinco estrellas durante dos años, detectaba las señales con facilidad. Pero Richard no tenía nada de ostentoso. Hablaba bien y tenía confianza en sí mismo, pero sus modales mostraban que era muy autocrítico y resultaban incluso humildes. Mientras ella le arreglaba las cutículas —tenía unas manos bonitas: siempre se había fijado en las manos de los hombres—, empezaron a charlar sobre su vida como expatriada, su lucha por aprender alemán en Suiza y las cosas que la hacían añorar el Reino Unido.

—Te llamas Christina, ¿verdad? —le preguntó él. El conserje siempre daba a los huéspedes el nombre de su esteticista por adelantado.

Algo en ella la hizo dudar ante esa pregunta tan básica. Se encontró diciéndole algo que hasta entonces no había expresado en voz alta. Tenía unos modales que daban ganas de hacerle confidencias.

—He estado pensando en usar mi segundo nombre.

—¿Y cuál es?

—Meriel. Era el nombre de una de las tías favoritas de mi madre.

—Meriel. —Llenó su boca con las sílabas—. Es bonito. Un nombre bonito para una chica preciosa.

Ella levantó la cara y sus ojos se encontraron. Y eso fue todo: el momento sobre el que pivotó su vida. Su momento Cenicienta.

—Deberías hacerlo —dijo Richard. Ella apartó la mirada, el color inundándole las mejillas—. Empieza a usar tu segundo nombre. Es mucho más característico que Christina.

Quince minutos más tarde, mientras ella guardaba su equipo, él le preguntó si podía cenar con él en su suite. Aunque iba en contra de las normas, mintió y dijo que sí. ¿Qué otra cosa podía hacer? En un mundo de trofeos masculinos, aquel era el mejor de los mejores.

Tina pasó la noche con él y, claro, perdió su trabajo. Pero no importó, porque había conquistado a Richard. Le pidió que fuera con él a Basilea, donde tenía un apartamento con vistas al Rin, una de sus casas. Lejos del mundo empresarial, resultó ser más bien un hombre de botas vaqueras y vaqueros desteñidos con una sorprendente afición por las carreras de stock cars y la música house. Era generoso, fácil de llevar y nada estirado, y ella se sorprendió al descubrir que quería complacerlo. Incluso cuidarlo. Nunca había sido tan feliz como jugando a las casitas en su inmaculado apartamento; sentía que por fin había un lugar al que pertenecía. Después de tantos años a merced de las mujeres ricas y sus caprichos, tenía un estatus.

Que Richard fuera casi veinte años mayor que ella y se hubiera divorciado dos veces no le preocupaba en absoluto. Pasara lo que pasara, él cuidaría de ella. Sí, era consciente de que tenía problemas con el abandono en general y con su padre en particular, pero, por esa misma razón, en su mente eran compatibles.

A los pocos meses de vivir juntos, se hizo evidente que él estaba a punto de proponerle matrimonio. Solo entonces, presa del pánico, cerró la cuenta en la que Tim había estado haciendo sus pagos. Había permitido que continuaran mucho después de que ella necesitara sus mil quinientas libras mensuales, quizá por algún

retorcido impulso de mantener el vínculo con él. Pero ahora que se había convertido en la señora Meriel Stafford, se dijo a sí misma que podía permitirse el lujo de olvidarse por completo de su extorsión a Tim Cutler. Jamás volvería a verlo.

Hasta que, en julio de 2023, lo hizo.

40

MERRY

TRES SEMANAS ANTES

No había duda de quién era.

Daba igual que se hubiera recogido el pelo en una coleta y lo hubiera casi ocultado con una gorra de béisbol: el cabello era el mismo, ese increíble rubio plateado que tanto había envidiado cuando eran jóvenes. De todas las personas con las que podría haber coincidido en Cotignac, coincidió con Hannah Messenger. Merry apenas podía creerlo.

—Eres tú, ¿verdad, Tina? —Sonaba dubitativa—. Al principio no estaba segura, pero en cuanto te has quitado las gafas… Solo que pareces muy diferente.

¿Qué podía decir? No podía negar que era Tina Locke. Su voz la delataría, y eso la haría parecer muy sospechosa. Lo último que podía permitirse era actuar de forma sospechosa.

—¡Hannah! Hola. —Forzó una sonrisa—. Sí, me he hecho algunos ajustes por el camino. Ventajas del trabajo.

Se fijó en el aspecto de la otra mujer. En contraste con su vestido de Miu y sus sandalias de Aquazzura, Hannah llevaba un pantalón corto vaquero y un chaleco teñido. Estaba muy bronceada, lo que hacía que el color de su pelo fuera aún más sorprendente.

—Sí, había oído que trabajabas en el sector de la estética. —Los ojos de Hannah recorrían su cara, sin duda tratando de averiguar qué había cambiado—. Y también estás casada. —Señaló el anillo de

compromiso de diamantes de talla cojín de cinco quilates, y la alianza de platino en la mano izquierda de Merry.

—Sí. ¿Y tú?

—No. —Hannah negó con la cabeza—. Estuve a punto, pero rompimos. Y decidí viajar un tiempo, de ahí que esté aquí. Trabajo en ese bar —señaló un toldo a rayas en la esquina de la plaza—, aprovechando nuestra antigua experiencia en hostelería.

—Ah, qué bien.

—Y estás aquí de vacaciones, supongo.

—Sí. —Merry se levantó. Tenía que poner fin a la conversación y marcharse. No quería empezar a intercambiar recuerdos con Hannah Messenger sobre su pastiche juvenil de la banda de los Cuarenta Elefantes.

—Si me disculpas, necesito…

—¡Cariño!

«Ay, Dios. Demasiado tarde». Richard había salido de la tienda de vinos y se dirigía hacia ellas.

—Hola. —le tendió la mano a Hannah—. Soy Richard, el marido de Merry.

—¿Merry? —preguntó confusa.

—Ahora uso mi segundo nombre.

—¡Oh, sí! —Hannah esbozó una sonrisa—. Meriel. Siempre me dio envidia que tuvieras un nombre tan exótico cuando mi segundo nombre es el tan aburrido Anne.

—¿Eres amiga de Merry?

—Sí. Una vieja amiga. Hannah Messenger. —Ella extendió su mano.

—¡Qué fantástica coincidencia! —Richard no podía estar más contento, y el corazón de Merry se hundió como una piedra—. Tienes que subir a casa. Nos alojamos unos kilómetros más arriba; Le Mas des Flores, se llama. —Merry lanzó una mirada a su marido, pero él no se dio cuenta—. ¿Qué tal si cenamos mañana? —decía—.

Nuestra anfitriona va a estar fuera por negocios, pero estoy seguro de que no le importará. También hay otros huéspedes en la casa, pero todos son muy amables.

—Habría sido estupendo, pero mañana trabajo hasta tarde.

—Miércoles, pues. Cariño, dale a Hannah tu número de móvil y podrás enviarle los detalles de dónde estamos.

Merry dudó al coger el teléfono. Podía poner un número falso, pero Richard ya le había dicho a Hannah el nombre de la propiedad y esta podría presentarse sin avisar, lo que sería peor.

Después de enviarse un mensaje a sí misma para tener también el número de Hannah, miró suplicante a su marido.

—¿Podemos irnos? Tengo la cabeza a punto de explotar.

Su cabeza estaba bien, pero quería alejarse de Hannah Messenger lo más rápido posible, antes de que pudiera haber más recuerdos sobre su antigua vida en Hampshire. Sobre todo, necesitaba tiempo para pensar.

Después de darle vueltas al problema durante casi cuarenta y ocho horas, el miércoles, Merry se inventó una salida de compras y se las arregló para que Laurent la llevara a Cotignac.

Deambuló por las tiendas durante una hora más o menos mientras esperaba a que abriera Le Bar des Vignobles, pero estaba demasiado distraída para comprar nada. Cuando entró en el bar, había una mujer mayor pelirroja que limpiaba mesas, pero ni rastro de Hannah. Sintió una punzada de pánico. Sí, tenía su número, pero dejar un mensaje era demasiado arriesgado. Necesitaba mirar a su antigua amiga a los ojos y saber que había conseguido hablar con ella.

La mujer no hablaba inglés, pero, al mencionar el nombre de Hannah, dio un golpecito a su reloj y levantó todos los dedos, lo que Merry interpretó como que llegaría en diez minutos. Pidió una copa de blanc de blancs y se sentó a esperar.

Exactamente ocho minutos después, apareció Hannah con el pelo platino recogido y vestida con una camisa blanca y unos pantalones negros, igual que en sus tiempos de camarera. Después de coger un paño y empezar a sacarle brillo a las gafas, se le iluminó la cara con una sonrisa cuando vio a Merry.

—¡Hola! —Dejó el vaso y se acercó a la mesa—. Estaba a punto de enviarte un mensaje sobre esta noche. A qué hora ir y cómo llegar a la casa.

Merry se mordió el labio.

—Me temo que no hay cena. —Hannah puso cara larga—. Mira, lo siento, pero hay un pequeño problema. Una de las invitadas tiene una aventura con el novio de nuestra anfitriona. Todo resulta un poco incómodo, un poco tenso, ya sabes. Tal vez podríamos reunirnos para tomar una copa aquí en Cotignac antes de irme. Solo nosotras dos.

—Supongo que sí. —Hannah no intentó ocultar su decepción.

—Genial. Bueno, tal vez nos veamos pronto.

Merry dejó el vaso con brusquedad y derramó parte del líquido efervescente sobre la mesa. La mujer mayor, que murmuró en voz baja por tener que hacerlo dos veces, se apresuró a limpiarla de nuevo.

Cuando Merry salió, oyó pasos detrás de ella y se le encogió el corazón.

—Tina, espera.

Apretando los dientes al oír su antiguo nombre, Merry giró sobre sí misma y miró a Hannah. Con sus tacones de cuña, las dos medían lo mismo.

—¿He hecho algo mal? ¿Te he ofendido de alguna manera? Si lo he hecho, lo siento.

Ella negó con la cabeza.

—No, nada de eso.

—Pero no me quieres en tu lugar de vacaciones. Extiendes una invitación y luego la retiras. —El tono de Hannah era altanero.

—Yo no te he invitado, ha sido mi marido —señaló Merry con frialdad.

—Mira, si te preocupa que saque el tema de los Cuarenta Elefantes delante de tus amigos, no te preocupes. No diré nada. Éramos jóvenes y estúpidas; no pasa nada.

—No es eso. De verdad que no. —Excepto que lo era. Era exactamente eso. Y el hecho de que, aunque no la hubiera reconocido como Tina Locke, Tim Cutler aún podía reconocer a Hannah.

Sacó su teléfono.

—Como he dicho, las cosas están tensas en Le Mas des Flores. Es cuestión de tiempo. Pero tengo tu número. —Meneó el móvil como para demostrarlo—. Te mandaré un mensaje para quedar aquí. Y, si no, Richard y yo tenemos una casa en Londres, así que quizá podamos vernos allí.

Hannah se encogió de hombros. Estaba claro que no lo creía más que Merry, pero se vio obligada a aceptar su relato.

—Claro —dijo al final—. Si lo dices de verdad…

Y tras lanzarle a Merry una larga y fría mirada, se dio la vuelta y volvió a entrar en el bar.

41

MERRY

TRES SEMANAS ANTES

El alivio de Merry al impedir la visita de Hannah duró poco.

El viernes, justo cuando empezaba a relajarse con la certeza de que Tim Cutler no tenía ni idea de quién era, recibió un mensaje de texto.

> Sé que dijiste que no fuera, pero creo que tenemos que hablar.

Solo una frase. Una frase de Hannah.

—¿Todo bien? —Richard miró en su dirección. Acababa de salir de la ducha y observaba la hilera de coloridas camisas de diseño en la barra del armario, intentando decidir cuál se pondría aquella noche.

—Bien. —Forzó una sonrisa—. Solo necesito un poco de aire fresco, creo.

Merry salió de la suite y cerró la puerta corredera tras de sí. Fuera, el aire era cualquier cosa menos fresco; cercano y húmedo, saturado de un aroma enfermizo a jazmín y buganvilla. Tenían una terraza privada con su propia zona de estar, y se sentó en una de las sillas del patio sin dejar de mirar la pantalla de su teléfono. Le apetecía un cigarrillo. A Richard le disgustaba el tabaco, así que lo había dejado hacía tres años, pero se preguntó si aún le quedaría alguno, tal vez se lo hubiera dejado en el fondo de uno de sus bolsos.

Contuvo la respiración y le contestó: «Ya te expliqué que no es un buen momento».

Hannah debía tener el teléfono en la mano, porque su respuesta fue instantánea: «Tina, esto es importante. Ha ocurrido algo. Iré a la casa».

El corazón de Merry latió con fuerza en su pecho y sintió náuseas. ¿Algo importante? ¿Qué demonios quería decir eso? Por el tono del mensaje, no era nada bueno.

«No vengas aquí. Podemos vernos en la ciudad», se apresuró a escribir.

La respuesta de Hannah fue rápida: «No, iré a verte. Dime una hora en la que podamos hablar a solas».

Estaba claro que no iba a disuadirla, y si Merry no tomaba el control de la situación fijando una hora, podría aparecer de todas formas. Tal vez durante la cena, cuando Tim estuviera allí.

> Tendrá que ser después de las 23:30, cuando los demás estén en sus habitaciones. Que sea medianoche, para asegurarnos.

Merry vaciló, su mente se precipitó. Si Hannah entraba por la puerta principal y subía por el camino, la cámara de seguridad lo captaría y su llegada alertaría a Laurent. No podía permitirlo. Envió un segundo mensaje.

> No vayas por la entrada principal, utiliza la puerta lateral que hay más adelante en el camino, a la derecha, en dirección a L'Eveque. El camino te lleva a la piscina. Nos vemos allí.

Iría bien siempre y cuando Richard estuviera dormido, se dijo a sí misma. Hannah podría decir lo que necesitaba sin que la oyeran, y podría volver a salir por la puerta sin que nadie se enterara. Pero para garantizar que Richard no se despertara y fuera a buscarla,

tendría que darle una pastilla para dormir. Y Louise Cutler todavía tenía las de Merry.

Asomó la cabeza por la puerta y le dijo a Richard que iba a buscar más cubitos de hielo. Al pasar junto a la piscina, vio a Elodie y Violet

—¿Estáis bien, chicas?

—Estamos esperando a mi madre —dijo Elodie—. No nos dejan bañarnos sin que haya un adulto cerca.

Miraron a Merry esperanzadas, como si ella pudiera estar dispuesta a hacer de socorrista, pero las ignoró y siguió hacia la casa principal en busca de Louise. Tal y como esperaba, ella y esa idiota de Shona Prentice estaban en la cocina y charlaban en voz alta. Merry adivinaba de qué. Había visto con sus propios ojos cómo Shona se metía mano con Jared Frayn. Se le ocurrió que el circo de Shona y Jared podría resultar una cortina de humo útil. Como mínimo, le daría una excusa para hablar con Louise, a quien había ignorado en gran medida hasta entonces.

Interceptó a Louise cuando salía de la cocina, siguiendo a Shona, con un aspecto nervioso. Merry esperó hasta que la ridícula Prentice no pudiera oírlas y le puso una mano en el brazo.

—Mira, sé que esto no va conmigo, pero quería decirte algo sobre tu amiga. Sobre Shona. —Louise se volvió para mirarla, sorprendida —. Hace un par de días volví a la piscina a por mi funda de gafas de sol, y los vi a ella y a Jared en una de las tumbonas. Ya sabes. En situación íntima.

—Sí. Estoy al tanto de la situación.

—Pobre. Esto debe de ser muy difícil para ti. Quiero decir, debe ser incómodo. Estás atrapada en medio, ¿no?

—Más bien sí. —Louise, que al principio se había puesto rígida bajo la presión del brazo de Merry, le sonrió. Era su oportunidad.

—En realidad, Louise, me alegro de haberte encontrado. Iba a preguntarte si podías devolverme mis pastillas. Tengo migraña.

—Sí, claro. Voy a buscarlas.

—No hace falta. Acabas de bajar y sé que las niñas te están esperando. Dime dónde están, y ya voy yo.

—Claro. Nuestra habitación es la que está al fondo, a la izquierda. Creo que están en el mueble del baño, a la derecha del lavabo. Perdona el desorden.

Merry la dejó en el vestíbulo y subió por la escalera principal hasta la suite de los Cutler. Por supuesto que no estaba desordenada. ¿Por qué iba a estarlo, si Pascale y su equipo limpiaban las habitaciones cada mañana? Encontró las pastillas de difenhidramina donde Louise le había dicho que estaban y las metió en uno de los bolsillos de su vestido. Richard tenía la costumbre de tomar un coñac o un whisky justo antes de acostarse, y sería bastante fácil echarle un par de cápsulas en la bebida. Sí, dormiría más profundamente de lo habitual, pero no le afectaría a la mañana siguiente.

Al salir de la habitación, vio un maletín de cuero, demasiado grande y masculino para ser de Louise. Experimentó un repentino y vívido flashback de estar en el coche de Tim Cutler y preguntarle por el botiquín en el asiento trasero. Y a él diciéndole que siempre llevaba drogas. Incapaz de resistirse, abrió la solapa y miró dentro. Lo primero que encontró fue su pasaporte. Su fecha de nacimiento lo situaba en los cuarenta y dos, pero la fotografía debía ser antigua. Parecía inocente, un crío. Había un monedero de papel de agencia de viajes llena de euros, un bolígrafo, un cargador de teléfono, unos AirPods, un paquete de chicles. Y luego, en el fondo, sus dedos dieron con algo duro y frío. Se agachó y sacó una bolsa de plástico que contenía tres pequeños frascos de vidrio y un paquete de jeringas. Había una etiqueta roja de advertencia de drogas letales en los frascos. «Euthasol (pentobarbital sódico) 5 ml».

No tenía intención de buscarlos cuando subió las escaleras. Su plan era recuperar sus pastillas para dormir. Pero ahora estaban ahí, en

su mano. Y algo en lo más profundo de su subconsciente le decía que tenía que quedárselos.

No eran más que una póliza de seguro, se dijo a sí misma mientras metía los viales y las agujas en el otro bolsillo de su vestido y salía de la habitación de los Cutler. El objetivo de tener un seguro era que no tuvieras intención de usarlo.

Pero estaba ahí. Por si acaso.

42

MERRY

TRES SEMANAS ANTES

Antes de que Merry pudiera siquiera pensar en su reunión con Hannah, había que celebrar la compra de la clínica veterinaria de Tim por parte de la empresa de Renée. Habría preferido evitarlo, pero Richard, de naturaleza sociable, estaba deseando que llegara el momento y no asistir habría llamado más la atención sobre ella. Así que se puso su vestido favorito de satén de Tom Ford y subió a la terraza de la azotea para beber Dom Perignon y escuchar a Renée pronunciar un discurso muy predecible sobre las alegrías de hacer negocios con Tim Cutler.

Tim no se comportaba de manera diferente con Merry, así que, fuera lo que fuera de lo que Hannah necesitara hablar, no tendría nada que ver con él, ¿no? ¿Por qué iba a hacerlo? Después había que aguantar la cena especial, con langosta y Shona Prentice bebiendo bastante champán como para hacer flotar un pequeño barco. No le habían dejado sentarse cerca de Jared; en su lugar, se había sentado junto a Richard y le lanzaba miradas de asco a Renée. Merry temía que estallara una pelea que hiciera que se fueran a la cama más tarde de lo habitual, pero, poco después de las once, la fiesta menguó y todos se dirigieron de vuelta a sus respectivas habitaciones.

—¿Te sirvo un brandi? —le preguntó Merry a Richard una vez que estuvieron solos.

—No iba a tomar uno, cariño, pero, si me acompañas…

A Merry no le gustaba mucho el coñac, por caro que fuera, pero sonrió alegre y dijo:

—Claro. Ve a sentarte a la terraza y yo te lo llevo.

Ya sola, sirvió dos copas de coñac y se apresuró a sacar del bolso dos somníferos. Después de vaciar el polvo de las cápsulas de gelatina en uno de los vasos, se llevó el líquido ámbar a la nariz y lo olió. No olía a nada, salvo a alcohol.

—Estoy hecho polvo, cariño —dijo Richard con un bostezo, tras vaciar su vaso. Merry solo dio unos pequeños sorbos al suyo. Lo último que quería era tener la cabeza embotada—. Supongo que debe ser por el sol. ¿Vienes a la cama?

—Voy a darme una ducha rápida y luego me meto entre las sábanas contigo. —Sonrió con dulzura a su marido—. Bájame la cremallera, ¿quieres?

Cuando salió de la ducha, Richard dormía y roncaba con fuerza. Consultó su teléfono: 23:43. No le quedaba mucho tiempo. Se puso un bañador, unos pantalones cortos de gimnasia y una camiseta, cogió el bolso de algodón, en el que había escondido los viales y las jeringas bajo una toalla, se puso las chanclas de playa y se dirigió a la piscina para esperar a Hannah.

Se sentó bajo un cielo del color de un moratón, el silencio solo roto por el rítmico zumbido de las alas de las cigarras.

Pasaron unos diez minutos y, durante ese breve lapso, Merry se sintió en paz. Sus diez días en Le Mas des Flores, unas vacaciones que no había deseado ni necesitado, habían estado llenos de ruido y molestias. Niños que gritaban, cónyuges que se peleaban, interminables comidas en común. Ahora, en ese momento, solo estaba ella.

Después de un instante de reflexión, sacó los dos viales de pentobarbital de la bolsa y los introdujo en una jeringuilla. Su

trabajo como esteticista administrando bótox y rellenos le había dado confianza con los inyectables, y completó el proceso con eficacia. Se aseguró de que la jeringuilla estaba cerrada con un tapón de silicona y buscó un lugar donde guardarla.

«Por si acaso —repetía en su cabeza—. Estará ahí por si acaso».

Se decidió por el espacio debajo de los pies de una de las macetas bajas y alargadas de geranios que flanqueaban el extremo menos profundo de la piscina. Los focos estaban encendidos y el resplandor violáceo del agua la atraía. Bajó los escalones despacio, se dio la vuelta, se inclinó hacia atrás y dejó que el agua la envolviera antes de nadar a espalda a un ritmo constante.

Otro sonido se unió al chirrido de las cigarras, el leve zumbido de un solo motor de cilindro. Dos minutos después, Hannah apareció en la terraza junto a la piscina. Llevaba el pelo suelto y un casco de moto.

Observó cómo Merry completaba su largo y salía de la piscina.

—Siempre te gustó nadar, lo recuerdo.

—Aún me gusta. —Merry cogió una toalla y se la envolvió alrededor del torso. Señaló el casco—. ¿Así es como has llegado?

—Sí, he alquilado una escúter, solo durante el tiempo que esté aquí. Así puedo explorar la zona.

Merry se sentó en una de las tumbonas e indicó a Hannah que hiciera lo mismo.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Cotignac?

Hannah se encogió de hombros. Tenía el pelo casi blanco a la luz de la luna.

—Hasta el final de la temporada de verano. Luego estaba pensando en volver a Australia.

—Ah, sí. —Merry asintió despacio—. Ahora me acuerdo. Fuiste allí con Levi.

Hannah se rio.

—Dios, Levi. Hacía tiempo que no oía ese nombre.

Merry no se unió a las risas.

—¿De qué se trata, Hannah? ¿Qué es tan importante que tienes que hablar conmigo ahora mismo?

Se hizo un silencio tenso durante unos segundos. Hannah tampoco sonreía ya.

—¿Recuerdas cuando hicimos lo de los Cuarenta Elefantes? ¿Que le sacamos el dinero a todos esos hombres incautos?

—Por supuesto. —Merry mantuvo un tono neutro, imperturbable, aunque el corazón se le aceleraba.

—Acordamos dividir todo el dinero por la mitad. Cincuenta y cincuenta, ¿recuerdas?

—Y lo hicimos.

Hannah volvió a reír, solo que esa vez fue una risa hueca, amarga.

—Excepto por el pequeño asunto de unas ciento sesenta y cinco mil libras que te pagó ese tipo de la conferencia de veterinarios, Tim Cutler.

Durante unos segundos se hizo el silencio, excepto por el incesante coro de cigarras.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¡Me he enterado hoy! —espetó Hannah—. Esta mañana, ha entrado en el bar y ha dicho que quería hablar conmigo. Yo no lo conocía de nada, pero él se acordaba de mí, al parecer, de cuando fuimos camareras en aquel evento. —Se corrigió a sí misma—. En realidad, lo recordaba vagamente una vez que me ha recordado la ocasión. Recuerdo que nos fijamos en él y dijimos que era más guapo que la mayoría de los perdedores de mediana edad que había allí, pero lo que no sabía era que te habías acostado con él y luego le habías extorsionado miles y miles de libras. Me contó que te dio dinero durante casi diez años.

—¿Lo sabe? —interrumpió Merry con urgencia. No tenía sentido

negar lo que había pasado: estaba claro que Tim había sido muy convincente—. ¿Sabe quién soy?

—¡Ah, sí, esa ha sido la guinda absoluta del pastel! —Esa risa amarga de nuevo—. No solo me ha contado lo que hiciste entonces, sino que me dice dónde se aloja y me doy cuenta de que es exactamente la misma casa de vacaciones en la que tú estás.

—¿Lo sabe? —volvió a preguntar.

—No, no lo sabe —dijo Hannah—. Al menos, todavía no.

—¿Y no se ha referido a mí por mi nombre cuando te ha contado lo que había hecho? Porque me aseguré de no decírselo nunca.

Ella frunció el ceño.

—No. Solo ha dicho: «Tu amiga de la empresa de catering».

—¿Y no le has dicho cómo me llamaba? Porque entonces no decíamos nombres, ¿recuerdas?

—No, no lo he hecho, lo prometo.

Merry exhaló con fuerza.

—Mira, Hannah, si estás enfadada por el dinero, es justo. Pero es fácil de remediar. Dame tus datos bancarios y te transferiré la mitad de lo que me pagó. ¿Qué tal cien mil? Seguro que es más que suficiente.

Hannah la miró fijamente, negando con la cabeza.

—¿Cuánto hace que eres rica, Tina? —Hizo mucho hincapié en el nombre—. No puede ser tanto tiempo, pero ya piensas eso de que puedes solucionar cualquier problema con dinero. No se trata del dinero. Aunque, si vas a devolvérselo a alguien, debería ser a él, no a mí

—Entonces, ¿de qué se trata? —El aire fresco de la noche se asentaba en la piel húmeda de Merry y ella empezó a temblar. Aquello estaba resultando más difícil de lo que había previsto. ¿Por qué se resistía tanto?—. Piensa en lo que podrías hacer con tanto dinero —insistió.

Hannah sacudió la cabeza con firmeza.

—Ese dinero está manchado: nunca lo tocaría. Sabes tan bien como yo que la única razón por la que Tim Cutler te pagó fue porque le dijiste que tenías quince años. ¡Quince!

Merry apretó más la toalla a su alrededor.

—¿Y?

—¿Y? Tú y yo sabemos que en octubre de 2010 acababas de cumplir diecinueve. Dejaste la escuela en julio de 2010. —El silencio se prolongó durante minutos—. Todo ese tiempo, el pobre hombre pensó que podía ser acusado de mantener relaciones sexuales con una menor, y era una sarta de mentiras. —Hannah miró a su alrededor y bajó el volumen de su furioso susurro—. Eras adulta.

—¿Qué quieres que haga? —Merry se quitó la toalla, bajó los escalones de la piscina y volvió al agua caliente—. Lo siento, voy a volver a meterme; tengo frío

—¡Tienes que decírselo! Lo ideal es que le devuelvas el dinero, pero al menos dile lo que has hecho.

Si se veía obligada a confesárselo a Tim, había muchas posibilidades de que la acusaran. E, incluso si no lo hacía, Richard se enteraría. La dejaría, tal como había hecho su padre. Su vida segura, cómoda y feliz se acabaría. Así de simple: se acabaría.

Merry miró a Hannah con calma y en ese momento tomó una decisión. Una extraña y ardiente sensación se apoderó de ella, como si por sus venas circulara ácido puro en lugar de sangre.

—Te voy a dar veinticuatro horas —dijo Hannah—. Y, si para entonces no se lo has dicho, lo haré yo.

—Muy bien. —Merry agitó con lentitud los brazos en el agua, provocando sombras en el haz de las luces de la piscina—. Se lo diré. Puedes ir a preguntarle a él. Dentro de veinticuatro horas. —Dobló las rodillas y dejó que el agua le corriera por los hombros—.

Ya que has venido hasta aquí, puedes darte un baño. —Le hizo una seña—. Entra.

Hannah vaciló.

—Hablo en serio, Tina. Después de lo que le has hecho pasar, ese pobre hombre merece saber la verdad.

—Por supuesto —respondió Merry con calma, agitando el agua de un lado a otro con las palmas—. ¿Qué otra opción tengo?

43

MERRY

TRES SEMANAS ANTES

—La piscina está preciosa —dijo Hannah con nostalgia, al mirar la superficie brillante y ondulada. Extendió el pie y dejó que los dedos se deslizaran en el agua.

—Entra —repitió Merry.

—Supongo que esto es bastante normal para ti —añadió mientras Merry se ponía boca arriba y flotaba con la barbilla inclinada hacia el cielo estrellado—. Supongo que ahora tienes tu propia piscina.

—Pues sí —respondió ella, soñadora—. En nuestra casa de Florida. —Estaba tranquila, casi en trance. Volvió a enderezarse y dijo—: Si quieres que te preste un bañador, hay algunos de repuesto en la casa de la piscina. —La señaló—. Supongo que habrá algo que te sirva.

—No hace falta. —Con un movimiento suave, Hannah tiró del vestido por encima de la cabeza, se quitó las bragas y se zambulló desnuda—. ¡Dios, qué gusto! —balbuceó al salir a la superficie—. Me encanta bañarme desnuda. Solíamos hacerlo en Sydney.

Merry se llevó un dedo a los labios para recordarle a Hannah que no levantara la voz, y luego caminó por el agua, observando a la otra mujer. Todavía se sentía tranquila, el ácido de sus venas ahora desplazado por algo más frío y brutal.

Hannah metió la cabeza y buceó en el agua, su cabello era una franja plateada que brillaba bajo los focos. Y entonces, mientras

estaba sumergida, Merry actuó. Vadeó hasta la parte menos profunda, metió la mano bajo la maceta para coger la jeringuilla, y la introdujo entre las dos almohadillas de espuma de la parte del sujetador. Hannah salió a la superficie y se dirigió hasta el borde de la piscina, como si de repente recuperara el sentido y recordara por qué había ido a Le Mas des Flores.

—Será mejor que me vaya —dijo por encima del hombro, y se arrastró hasta quedar en equilibrio en el borde de la piscina, con la luz brillando en sus nalgas desnudas. Cambió el peso de su cuerpo para sentarse con los pies en el agua.

—Ah, no te vayas. —Merry nadó más cerca, de modo que estaba a menos de un metro de los pies de Hannah. Le agarró el tobillo en lo que esperaba que pareciera un gesto juguetón.

—De verdad que tengo que irme. Pero no lo olvides: me pondré en contacto contigo mañana. Después de que hayas hablado con Tim Cutler

Intentó soltarse, pero Merry aún le sujetaba con firmeza el tobillo izquierdo. Su corazón se había acelerado y respiraba con dificultad; casi jadeaba cuando insertó con destreza la aguja entre el dedo gordo y el segundo dedo del pie de Hannah. Había pasado meses de su vida usando una aguja como una varita mágica para rellenar y alisar, así que aquel era un trabajo fácil, el contenido de la jeringa se vació en menos de tres segundos.

Se encontró hablando en voz alta, dando voz al único pensamiento que tenía en la cabeza.

—No, Hannah. No vas a hacerme esto. No va a terminar así.

Había tenido que arriesgarse con la dosis, pero sabía que el pentobarbital actuaría con rapidez. En efecto, el forcejeo de los dedos en la muñeca derecha de Merry cesó casi al instante. Dio un largo jadeo, y el cuerpo de Hannah se retorció y sacudió cuando empezó a convulsionar.

Merry cerró los ojos y se tapó los oídos con los dedos.

«Que sea suficiente —pensó—. Que sea suficiente».

Por fin, sintió el paro cardíaco de Hannah en el silencio que siguió. Abrió los ojos. Hannah estaba tumbada de espaldas, con las piernas todavía en el agua y los ojos abiertos. Merry se quedó paralizada. Quería salir de la piscina, pero no podía mover las piernas. Al final, el miedo a que la descubrieran fue más fuerte y consiguió rodear hasta la parte menos profunda. Había cosas que tenía que hacer. Huellas que cubrir.

En primer lugar, usó dos dedos para cerrar los ojos de Hannah. Quería volver a vestirla, pero tirar del vestido de verano sobre las pesadas extremidades mojadas era demasiado difícil. Además, la parte racional de su cerebro le recordó que, sin ropa, tardarían más en identificarla. Consideró la posibilidad de lanzar el cuerpo por el borde de la piscina y tirarlo al agua para que pareciera un ahogamiento, pero no le pareció bien. Hannah flotaría, hinchada e inerte como una muñeca, y le pareció demasiado macabro. ¿Y si uno de los niños la descubría así?

La solución ideal habría sido esconder el cuerpo y dejar que la gente supusiera que Hannah se había ido a Australia antes de lo previsto, pero no iba a ser posible, no con el tiempo limitado y un solo par de manos. Tal y como estaban las cosas, le costó todo su esfuerzo arrastrar a medias y levantar a medias los pesados miembros sobre una de las tumbonas, colocarlos como si durmiera y cubrir la parte inferior de su torso con una toalla. Estaba preciosa, pensó Merry, aunque su cabello estaba tan empapado que ahora era rubio ceniza oscuro.

No habían bebido nada, así que no había que preocuparse de vasos ni botellas. Merry encontró unas tijeras detrás del cajón de la caseta de la piscina, cortó las etiquetas del vestido y las bragas de Hannah, y se las metió en el bolsillo antes de meter la ropa en la bolsa junto

con sus chanclas, los viales vacíos y la jeringa. Había un viejo pozo de piedra en desuso en lo alto del camino, cerca del límite del viñedo, y se apresuró a subir y tirar la bolsa en su interior. Fue al regresar por el camino cuando recordó el casco, que Hannah había dejado debajo de la tumbona en la que había estado sentada. Y también estaba la moto en algún lugar de las inmediaciones. Dios, casi se había olvidado de eso.

Temblando de pura adrenalina, se dirigió por el camino en la otra dirección, hacia la puerta del muro perimetral. Las chanclas de goma no eran ideales para moverse deprisa, y se maldijo por no llevar zapatillas de deporte. A pocos metros de la puerta había aparcada una Vespa, que debía ser color rojo brillante, pero que parecía marrón a la luz de la luna. No tenía ni idea de cómo conducirla y le preocupaba el ruido que pudiera hacer al arrancar el motor.

Levantó el caballete y consiguió hacerla rodar unos cientos de metros hasta un lugar donde la zanja se ensanchaba al discurrir paralela a un campo de lavanda. Merry se quitó la camiseta, que utilizó para limpiar las empuñaduras, el casco y las llaves, y luego empujó la Vespa hasta la zanja. Buscó ramas en el borde del arcén y echó unas cuantas encima. Apenas quedaba oculta, pero no se atrevió a quedarse más tiempo en la carretera, por si alguien pasaba y se extrañaba de ver a una mujer en bañador, pantalón corto y con el pelo empapado a esas horas. ¿Qué era, la una de la madrugada? ¿Las dos?

Al llegar de nuevo a su habitación, se sintió como si hubiera tenido una experiencia extracorpórea. Se desplomó contra la pared y se deslizó por ella, con las piernas incapaces de sostenerla más. Temblaba tanto que le castañeteaban los dientes. Con la oleada de adrenalina abandonando su cuerpo, apenas podía moverse, pero consiguió abrirse paso a través de las puertas correderas, que había dejado entreabiertas. Aunque tiritaba con violencia, se puso de pie y

escuchó. Ningún sonido, aparte del retumbar de los ronquidos de Richard. Una mirada a través de la puerta del dormitorio confirmó que no se había movido. Caminó descalza y de puntillas hasta el armario del vestidor y sacó uno de sus estuches Louis Vuitton. Tras desnudarse, metió los pantalones cortos, la camiseta y el bañador húmedos en el interior y se puso un pijama limpio. La ropa mojada se uniría al resto de la colada de sus vacaciones, para que la lavara y la plegara el ama de llaves de la casa a la que regresaran.

«Ojalá fuera mañana», pensó mientras se deslizaba bajo la sábana junto a su marido. Se acurrucó contra su espalda; calentó su cuerpo frío con el suyo, se consoló con su presencia firme y tranquilizadora. Eso era lo que Hannah le había pedido que perdiera, y ella no había podido arriesgarse. Se preguntó durante un segundo si podía decirle a Richard que quería irse de Le Mas des Flores antes de lo previsto, pero sería dar un paso en falso.

«No llames la atención».

Entonces, mientras observaba el movimiento de las cortinas con la brisa, Merry se dio cuenta del evidente error que acababa de cometer. Había retirado y escondido todos los objetos que pudieran identificar a Hannah para que nadie supiera quién era la muerta.

Pero había otra persona que la conocía: Tim Cutler.

44

TIM
AHORA

—Pero ¿por qué?

Fue el único pensamiento que Tim consiguió verbalizar. Se recostó en la silla, con la cabeza inclinada hacia atrás, el teléfono pegado a la oreja y los ojos cerrados.

—Si de verdad fue Merry Stafford, ¿por qué hizo algo tan terrible? Y a una amiga…

—Miedo a que la descubrieran —dijo Guillaume sin rodeos—. Los cuatro motivos más comunes para asesinar: amor, dinero, venganza, silencio. Esto entra en silencio, ya que Merry Stafford tenía mucho que perder. Menudo estilo de vida le proporciona Richard.

»Sabemos que ella y Hannah hablaron antes de que viniera a Le Mas des Flores esa noche, así que supongo que le dijo a Merry, llamémosla Tina, que habías hablado con ella sobre el chantaje. Y Tina decidió que tenía que silenciarla. Por supuesto, ahora mismo es solo una suposición y tendría que ser probado en un tribunal de justicia. Pero es hacia donde apuntan las pruebas. Louise me dijo que Tina fue a tu habitación a buscar unas pastillas esa tarde, así que tuvo acceso a la bolsa con el pentobarbital. Y sabemos que tenía experiencia con inyecciones por su anterior empleo

—Fui yo quien le contó a Hannah lo que había hecho hacía tantos años. —La voz de Tim salió como un graznido—. Es culpa mía.

—No es culpa tuya —dijo Guillaume con firmeza—. Fuiste tan

víctima de Tina Locke como lo ha sido Hannah. No olvidemos las decenas de miles de libras que le diste. —Tim intentó protestar, pero Guillaume lo cortó—: Escucha, Tim, hay algo más que debes saber. También he pedido una copia de la partida de nacimiento de Tina. —Hizo una pausa—. Nació el veintisiete de septiembre de 1991. —Tim tardó unos segundos en hacer el cálculo, pero Guillaume se adelantó:

»Cuando la conociste en octubre de 2010, no tenía quince años como te dijo. Te chantajeó por acostarte con una menor, pero en realidad tenía diecinueve.

Tim tenía la boca seca y el pulso acelerado. Recordó la chaqueta del colegio, la falda plisada.

—Llevaba el uniforme escolar —fue todo lo que pudo decir, la voz apenas por encima de un susurro.

—Puede, pero había dejado el colegio el julio anterior.

—¡Dios santo! —gimió Tim.

—Lo bueno es que no cometiste un delito y no acabarás en el registro de delincuentes sexuales. Pero, Tim, creo que sabes lo que voy a decir …

—Tengo que contárselo a Louise.

—Hazlo. Todo, incluido el rollo de una noche. Porque cuando esta investigación se haga pública, estarás en el centro de la narrativa y es muy probable que salga a la luz lo que pasó entre Tina Locke y tú en 2010. Tienes que ser tú quien se lo cuente a Louise, si es que la respetas en algo

—¡Maldita sea, claro que sí! —gritó Tim. Fuera, podía oír el coche y el sonido de las voces altas en alegre charla, incluida la de Louise—. Pero esto va a destrozarla.

Guillaume adoptó un tono más suave.

—Mira, vosotros dos sois una pareja fuerte, más fuerte que

cualquiera que conozca. Ella estará enfadada y disgustada, pero te perdonará

«Esperemos que tengas razón», pensó Tim con tristeza.

A los Cutler les quedaban tres días más en Dorset, y Tim decidió que no podía confesarlo mientras todavía estuvieran allí. Tenían programados un pícnic en la playa y una barbacoa, así como una excursión a un parque acuático, que entusiasmaba a los cuatro niños. Revelar su sórdido secreto a Louise no solo estropearía sus vacaciones, sino que el ambiente que se generaría se las fastidiaría también a Phil y Serena. Y después de haberlos acogido con tanta generosidad durante una semana, su hermano y su cuñada no se lo merecían.

Tim decidió que, en cuanto volvieran a Winchester, se encargaría de que los niños salieran de casa y luego se sentaría con Louise. Le expondría los hechos de la manera más directa y objetiva posible y le aseguraría que haría cualquier cosa para que su matrimonio volviera a funcionar. Lo que pasara después, dependía de ella.

—Ha sido una semana estupenda —dijo ella, feliz, mientras regresaban en coche por la A31—. De hecho, creo que nunca hemos tenido una mejor en Studland. El tiempo ha sido perfecto, ¿verdad?

—Lo ha sido. —Tim mantuvo los ojos en la carretera, los brazos rígidos, la mandíbula apretada.

—Y te espera una auténtica aventura en Fairlawn cuando volvamos, ¿verdad? —continuó—. Espero que puedas hacer planes para mejorar la clínica ahora que recibes el dinero de Mondiale. ¿Contratarás a más gente?

—Tal vez.

—¿Cuándo te pagarán el bono por firmar? He pensado que podríamos construir una de esas oficinas de jardín en la parte de atrás. Ahora hay un montón de empresas que las fabrican, bien aisladas, con calefacción y electricidad

—¿Por qué necesitamos una oficina en el jardín? —Tim procuró no mirar a su mujer a los ojos—. Tú tienes tu despacho en el colegio y yo tengo un escritorio en la consulta, además ya tenemos un estudio en casa.

—Lo sé, pero es agradable poder separar el hogar del trabajo, ¿no? O cuando los niños crezcan y necesiten un espacio tranquilo para repasar o lo que sea. Algunos son preciosos; muy elegantes. —Estaba tan entusiasmada que Tim se sintió aún más desgraciado.

—Eso sería taaaan guay —dijo Harry desde el asiento trasero—. Podría montar ahí mi habitación gamer.

—Para, para, esperemos a que el dinero esté en nuestra cuenta bancaria primero.

—Al menos parece que ya no necesitaremos dinero extra para gastos legales —añadió Louise.

Su sonrisa esperanzada apuñaló el corazón de Tim.

—Como he dicho, vamos a esperar y a ver qué pasa, ¿de acuerdo?

El lunes siguiente volvió a trabajar en Fairlawn y Louise regresó a St. Agnes para comenzar los preparativos del siguiente trimestre de septiembre. La vida volvió a su ritmo normal y, durante unos días Tim, se permitió aferrarse a ese breve fragmento de normalidad. ¿Estaba posponiendo la temida tarea de decirle la verdad a su mujer? Por supuesto que sí, pero aún lo perseguía con la aplastante inevitabilidad de la cita de un condenado a muerte con la silla eléctrica. Se repitió las palabras de Guillaume Hall como un mantra: «Te perdonará».

Pensó en reservar una cena para los dos en uno de sus restaurantes favoritos y decírselo allí. Pero, pensándolo bien, sería muy cobarde y poco justo para Louise. Sí, estarían en terreno neutral, pero estaría atrapada allí, bajo la atenta mirada de los demás comensales, incapaz de levantar la voz o de salir de corriendo a la calle. No, tendría que hacerlo en casa. Era lo correcto.

El sábado, con Harry fuera durante una semana en un campamento de fútbol local y Elodie en una fiesta de pijamas con su amiga Samira, ya no podía posponer lo inevitable.

—Me apetece salir —sugirió Louise—. Me muero por probar ese nuevo lugar mexicano en la calle Chesil.

—No, quedémonos en casa. —Tim forzó su rostro a adoptar una expresión alegre—. Podemos abrir una de las botellas de vino barato que trajimos de Cotignac. Y quizá echar un vistazo a algunos folletos de oficinas para el jardín —añadió como incentivo extra. Se odió a sí mismo por manipularla a medida que las palabras salían de su boca.

—Vale, genial. —Louise se inclinó y lo besó en los labios—. Prepararé ese plato de cerdo con mostaza que te encanta. Y, de hecho, tengo una sorpresa para ti. Te la puedo dar entonces.

Como si necesitara sentirse peor.

45

MERRY

TRES SEMANAS ANTES

Tras despertarse el sábado, durante unos fugaces minutos, Merry consiguió convencerse de que lo de la noche anterior había sido un sueño; un turbio sueño febril. Seguro que Hannah Messenger seguía viva y estaba limpiando mesas en el bar de Cotignac o tomando un café con sus amigos en la plaza. Merry podía bajar a la zona de la piscina y allí no habría ningún cadáver. No había ocurrido nada de nada.

Richard se agitó a su lado. Tenía la cara arrugada e hinchada y la mirada insegura.

—Dios, anoche dormí como un muerto. —Se estremeció al oír sus palabras—. Me quedé KO. Ese brandi que me serviste debe haber sido un triple, cariño

Merry asintió, pero estaba en alerta máxima, escuchando. El reloj de la mesita de noche marcaba las 9:06. Y ahora estaba ahí: el leve sonido de voces en el exterior, pasos que corrían y voces altas. Así que no había sido un sueño. Alguien la había encontrado. No había vuelta atrás ni podía deshacer lo que había hecho, por mucho que quisiera.

—¿Qué demonios pasa ahí fuera? —Richard se levantó de la cama y se puso el albornoz—. Voy a echar un vistazo.

Desapareció, lo que dio a Merry la oportunidad de recomponerse. Se sentó frente al espejo durante un minuto o dos y se dispuso a

arreglarse las extensiones de pelo, que estaban desaliñadas tras meterse en la piscina. Lo de la noche anterior había sido una locura. Había tenido un…, ¿cómo se llamaba? Un episodio disociativo. Durante esas dos horas, había vuelto a ser la Tina Locke con un enorme resentimiento. La Tina Locke que se sentía inadecuada con sus reflejos rubios baratos y su pequeña y abarrotada casa. La Tina Locke que siempre perdía si se comparaba con Hannah Messenger, más elegante y segura de sí misma.

Pero, por lo que el resto del mundo sabía, solo era la señora Meriel Stafford. Tim Cutler podía haber reconocido a Hannah en el bar, pero, si había dicho la verdad sobre no haber usado su nombre, no habría tenido ninguna razón para relacionar a la chica que lo había seducido con la Merry que era huésped en Le Mas des Flores, siempre y cuando mantuviera la calma. Ninguna razón en absoluto.

Una vez peinada y maquillada, se puso un kimono de seda sobre el pijama y caminó despacio hacia la terraza de la piscina. Si era la única que se mantenía alejada de la escena del crimen, resultaría extraño.

Lo primero que vio al acercarse fue que alguien había cubierto el cuerpo con una toalla y ocultado el rostro. Todavía temblaba con fuerza cuando se colocó junto al cuerpo de su marido. ¿La había visto Richard antes de que le colocaran la toalla? Porque se le ocurrió que había conocido a Hannah cuando habían ido a comprar el vino. Aunque llevaba sombrero y gafas de sol, por lo que parecía poco probable que la relacionara. En cuanto a la invitación a cenar, Merry le había dicho que su amiga había hecho otros planes y él lo había aceptado sin más preguntas.

Sin embargo, ahora surgirían preguntas. Richard le dijo que ya habían llamado a la policía y al abogado de Renée.

—Es decir, no se ha ahogado, ¿no? —decía Jared. Tenía un brazo alrededor de Renée, cuyo rostro parecía desencajado—. Si no,

¿cómo demonios ha salido de la piscina y se ha subido a la tumbona?

—Alguien debe haberla sacado a rastras y ponerla ahí —fue la contribución de Richard.

—Exacto. La han matado.

Louise Cutler negaba con la cabeza:

—Aquí solo estamos nosotros, y ninguno podría haberlo hecho. Alguien más ha debido entrar en la propiedad durante la noche.

Merry aprovechó esta oportunidad para redirigir la conversación.

—¿Dónde están los Prentice?

—Los ha recogido un taxi hace una hora. Al menos, eso creo —dijo Tim. Para alivio de Merry, no había mirado en su dirección ni una sola vez. Si había reconocido el cadáver como el de Hannah Messenger, no había nada en su comportamiento que lo delatara.

Y, antes de que las especulaciones pudieran intensificarse, llegó la policía. Cuatro gendarmes armados bajaron por el camino que conducía a la terraza de la piscina y tomaron el control de la escena. Ordenaron a los invitados que permanecieran en la casa. Ellos observaron a través de las ventanas del salón cómo se acercaba primero una furgoneta con adiestradores de perros y luego un equipo de especialistas forenses con trajes blancos. Los perros rastreadores comenzaron a peinar los terrenos. ¿Encontrarían la ropa en el pozo?, se preguntaba Merry, con el corazón en un puño. Seguro que su sentido del olfato no era tan bueno. Y si su olor se detectaba en la zona de la piscina, bueno, había estado usándola durante casi dos semanas, junto con los demás invitados. ¿Qué les diría eso? Encontrarían la Vespa en poco tiempo, pero la atención se centraba aún en la casa y los terrenos.

Renée desapareció durante unos minutos y volvió con novedades. Al parecer, tendrían que vaciar la piscina, y ya había agentes comprobando las cámaras de seguridad de la puerta principal.

Gracias a Dios, había tenido la previsión de indicarle a Hannah que utilizara la puerta lateral, donde no había cámaras de vigilancia.

Todos se vieron obligados a esperar allí en una habitación, como los concursantes de un reality. Uno por uno, los llamaron al comedor para ser interrogados por dos de los investigadores. Merry fue educada pero distante, y el proceso fue muy sencillo. ¿Reconocía a la fallecida? No, porque el cuerpo ya estaba cubierto cuando llegó a la piscina. ¿Había salido de su habitación por la noche o había oído algo inusual? No, ella y su marido se habían retirado a las once y media, y se habían quedado en la cama hasta las nueve.

—Lo siento mucho —había dicho con una sonrisa pesarosa—. Pero no hay nada más que pueda decirles.

Y entonces pasó algo que nunca hubiera previsto: arrestaron a Tim Cutler por el asesinato y se lo llevaron para interrogarlo.

—No puedo creer eso de él, ¿y tú? —preguntó Richard cuando se enteraron de la noticia el domingo—. Quiero decir, ¿por qué mataría a esa mujer? Nadie sabe quién es. No tiene sentido.

Merry estuvo de acuerdo.

—Y parece un tipo encantador. Y ella también es encantadora: Louise. Ambos son encantadores. La familia perfecta.

«Y su arresto me da la coartada perfecta».

***

—Creo que deberíamos intentar irnos pronto —dijo Richard cuando volvieron a su habitación después del desayuno.

Merry nunca se había sentido tan aliviada al escuchar las palabras de su marido. Estaba desesperada por irse de aquel miserable lugar, pero no podía exteriorizarlo. Se limitó a asentir.

—De todas formas, el área de la piscina ahora es zona prohibida —continuó él—. Estoy seguro de que nadie está de humor para jugar

al tenis, ni yo tengo muchas ganas de dar vueltas por Cotignac. Creo que hemos agotado sus encantos.

—De acuerdo. —Merry le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro. Él le besó la coronilla en un gesto paternal—. Ahora llamaré a Hermann y veré qué puede hacer. —Hermann era el asistente ejecutivo de Richard, con base en Basilea—. Si es necesario, supongo que podríamos alquilar un avión privado.

Al final, consiguieron los dos últimos asientos de primera clase en un vuelo de Niza a Zúrich, y Hermann organizó que los llevaran y los recogieran en coche a los aeropuertos. Con Tim aún detenido en Brignoles, la huida de Merry no podría haber salido mejor. No habría necesidad de más miradas o silencios incómodos mientras ella luchaba por no delatarse. Mantuvo su apariencia de calma, pero por dentro tembló de nervios hasta que cargaron su equipaje en el coche y los demás se acercaron para despedirse.

Al ver el rostro tranquilo y estoico de Louise, a Merry se le retorcieron las tripas.

—Espero que lo entiendas —le dijo—, pero me parece mejor acortar nuestro viaje.

Louise asintió y forzó una sonrisa.

—Dios, espero de verdad que Tim esté bien —le dijo Richard a Merry. Su coche ya avanzaba por el camino de entrada; los neumáticos retumbaban sobre la grava y Renée, Jared y Louise saludaban por el retrovisor—. Pobre desgraciado. Seguro que no pueden culparle de esto, la idea de que haya asesinado a alguien, y menos a una completa desconocida, es absurda.

—Estoy de acuerdo —dijo Merry.

Pero esperaba con fervor que la policía francesa persistiera en perseguir a Tim Cutler. Porque, mientras se centraran en él, no mirarían en su dirección y ella estaría a salvo.

46

TIM

AHORA

—¿Por qué no te das un baño? —preguntó Louise a las seis de la tarde.

Tim puso mala cara.

—Los baños son más lo tuyo, cariño. Me daré una ducha.

—No, date un baño por una vez —dijo ella con firmeza. Le dedicó una de sus sonrisas más relucientes y se le marcaron los hoyuelos; y a él le dolió el alma por lo que estaba a punto de hacerle—. Tómate el tiempo que quieras.

Mientras volcaba en el agua una de las botellas de sales de baño de Louise, su teléfono recibió un correo electrónico. Era de Fraser Armstrong, que había adjuntado la factura por sus honorarios.

> Siento molestarlo en fin de semana, pero he pensado que debía saber lo antes posible que he recibido una comunicación del oficial investigador en Brignoles en la que revocan oficialmente su condición como sospechoso en el caso Messenger. También han enviado una copia del examen forense de la ropa y los frascos encontrados, en los que se encontraron huellas dactilares y rastros de ADN, ninguno de los cuales coincidía con los suyos. Según tengo entendido, la investigación ha sido transferida a la Oficina Central Nacional de Interpol en París, lo que sugiere que el foco se ha

desplazado fuera de la jurisdicción francesa. Estoy seguro de que se alegrará mucho al escuchar esta noticia y les deseo lo mejor a usted y su familia.

Sí, estaba aliviado, pensó Tim con amargura mientras cerraba los grifos. Pero ¿feliz? No. Todavía tenía que decirle la verdad a su mujer.

Treinta minutos después, salió del baño que en realidad no quería tomar y se sintió obligado a ponerse una camisa limpia. Vestirse para el verdugo, pensó con tristeza. Cuando bajó las escaleras y entró en la cocina, se le cayó el alma a los pies. Louise se había puesto uno de sus vestidos favoritos, de algodón blanco salpicado de pequeños corazones azules, y se había pintado los labios. La mesa tenía flores frescas, había velas encendidas por todas partes y del altavoz Bluetooth salía una música lounge con matices brasileños.

—Vaya. —Fue todo lo que pudo decir, sin inyectar el tono de alegría necesario—. No deberías haberte tomado tantas molestias.

«No, no deberías, dado lo que estoy a punto de hacer».

—He pensado que podría ser una celebración anticipada de aniversario —dijo ella, sirviéndole champán. Champán: por supuesto que también había champán—. Sé que aún faltan un par de semanas, pero hay lógica en mi locura. He pensado en darte tu regalo ahora.

Con el rostro iluminado de felicidad, le entregó una hoja impresa doblada. Mientras Tim la leía, la repulsa por sí mismo fue absoluta. Vuelos a Venecia y una reserva en el Gritti Palace para finales de octubre.

—Quería avisarte con tiempo, ya que vas a tener mucho trabajo. Y tenía que ser la semana de medio trimestre, me temo, por el curso, pero Phil y Serena ya han aceptado quedarse con los niños.

—Esto es… increíble —dijo sin apenas voz—. Eres increíble.

Quizá aún pudieran ir. Quizá, en un par de meses, Louise habría

sido capaz de asimilar lo sucedido.

Estaba ocupada con la comida: llenó los platos de verduras y empezó a servir el puré de patatas. Tim, incapaz de soportar la culpa ni un segundo más, le puso la mano en la muñeca con suavidad y la obligó a dejar la cuchara.

—Casi he terminado.

—Para. —Su expresión al volverse para mirarlo fue de horror, y él se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos—. Lou, hay algo de lo que necesito hablarte. No puede esperar.

La condujo a la mesa y ambos se sentaron.

—¿Qué pasa, Tim? Me estás asustando.

—Yo… —Ni siquiera sabía por dónde empezar. «Empieza por el principio»—. Yo… me acosté con alguien —soltó. No era así como había pensado decírselo. En absoluto.

Ella palideció, pero mantuvo la mirada fija.

—¿Quién? ¿Quién fue? —dijo por fin, con voz grave y entrecortada.

—Merry Stafford.

Su mano se dirigió a su esternón y la apretó con fuerza, como si temiera sufrir un infarto.

—¿Quieres decir durante las vacaciones?

—¡No! —Negó con la cabeza con fuerza—. No entonces. Fue solo una vez, y fue hace mucho tiempo. Ella no se llamaba Meriel Stafford entonces, se llamaba Christina. Tina. Su apellido era Locke.

Y entonces le contó lo de la noche de la fiesta de Curadex y cómo se había parado para llevar a Tina Locke a casa debido a la tormenta. Al hacerlo, experimentó una oleada de recuerdos sensoriales y de repente volvió a estar en el coche con ella. El olor de la ropa mojada mezclado con el humo del cigarrillo y el dulce perfume de vainilla. El sabor del brillo de labios de cereza. La extraña sensación de la gema pegada en su incisivo que le raspaba la lengua. La lluvia que golpeaba el techo del coche como balas.

—¿La besaste? —fue lo primero que quiso saber.

—No. Yo…, bueno. Ella me besó.

—¿Por qué no intentaste detenerla? —exigió saber Louise, enfadada—. ¿Por qué? No lo entiendo.

—Lo intenté, pero todo sucedió tan rápido que no supe reaccionar. Me quedé paralizado.

—Bueno, está claro que no te congelaste del todo —resopló ella—. Supongo que te las arreglaste para que se te levantara. —Dejó caer la cabeza entre las manos. ¿Así que sucedió hace trece años y me lo cuentas ahora? ¿Y lo haces porque esa mujer va a ser arrestada por asesinato?

—Sí. —Tim negó con la cabeza, desesperado—. Bueno, no. Eso no fue todo. Ella… Después de acostarme con Tina, me chantajeó. Me dijo que tenía quince años. —Louise gimió, se levantó de la mesa y paseó por la habitación—. No tenía quince años, tenía diecinueve, pero yo no lo sabía.

Él le contó los detalles del plan de Tina Locke y cómo todo había vuelto a salir a la luz cuando vio a Hannah Messenger en Cotignac y la había buscado para hablar con ella.

Louise volcó una copa de champán y una mirada indescifrable apareció en su rostro. Era como si su mujer hubiera desaparecido y otra persona ocupara su lugar.

—Le diste todo ese dinero —dijo con frialdad—. Suficiente para que nuestros dos hijos fueran a la universidad. Y, sin embargo, nunca se te ocurrió mencionármelo. Era nuestro dinero.

—Tenía miedo, Lou. —Intentó establecer contacto visual, pero ella había desviado la mirada—. Ocurrió justo después del aborto, y no estabas en un buen momento. Y te quedaste embarazada otra vez y tuve miedo de lo que te podría pasar si te lo contaba.

—Ah, así que es culpa mía, ¿no? —Se sirvió más champán y se lo bebió de un trago.

—Por supuesto que no. Y acepté más trabajos de sustituto para cubrir los pagos

—Oh, mi héroe —se mofó—. Durante diez años, Tim. Diez. Años.

—Supongo que me acostumbré. Configuraba los pagos desde la cuenta de la consulta y salían mes a mes, y creo que al cabo de un tiempo dejé de notarlo. Como cualquier pago regular. —Mientras hablaba, se dio cuenta de lo cobarde que parecía.

—Ah, así que para ti era como pagar la factura de la luz, o el impuesto municipal. Dinero para callar a la pequeña fulana que te tiraste por error.

Se apretó las sienes con las yemas de los dedos.

—Louise, cariño. No sé qué más puedo decir para que veas cuánto lo siento.

—¿Y lo sabías? —Louise tomó un trago de champán del cuello de la botella, ahora achispada y beligerante—. Cuando llegamos a la villa, ¿sabías que Merry Stafford era la chica que te habías follado?

—¡No! —insistió Tim—. Está claro que se ha hecho un montón de cirugía plástica porque tiene un aspecto muy diferente. Su pelo es distinto, sus dientes…, todo. Y ella y yo apenas intercambiamos dos palabras.

—Sí, y ahora sabemos por qué —resopló Louise—. Estoy segura de que ella no quería que tu aventura fuera de dominio público más que tú.

—¡No fue una puñetera aventura!

Louise dejó de golpe la botella sobre la encimera y se abalanzó sobre él.

—Tim, ni siquiera has mencionado lo peor de todo este sórdido episodio.

—¿Qué quieres decir?

—Que al confiar en Hannah Messenger, firmaste su sentencia de

muerte. Merry tuvo que matarla para que se callara. ¡Tú eres el responsable de su muerte!

Tim se desplomó sobre la mesa, incapaz de responder. No tenía sentido discutir con Louise. En cierto modo, tenía razón.

—¿Y sabes qué es lo segundo peor? —Los ojos de Louise estaban muy abiertos y enloquecidos, tenía una expresión que nunca le había visto. Él no respondió—. Te lo diré, ¿de acuerdo? Se suponía que eras diferente. Diferente del resto. Pero eres igual que los demás hombres.

Tim sacudió la cabeza con tristeza. Una vez más, no tenía sentido discutir.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó—. ¿Cómo superamos esto?

—No lo superamos. —Ella había recuperado la compostura, pero su voz carecía de emoción—. Te dejo.

47

MERRY

DOS SEMANAS ANTES

—Tenemos Sicilia a la vuelta de la esquina, cariño, no lo olvides.

Merry miró las maletas vacías que acababa de deshacer en el apartamento de Basilea, y se aseguró de meter ella misma en la lavadora el bañador, la camisa y los pantalones cortos que había usado el viernes por la noche, junto con parte de su ropa interior y las camisetas y bóxeres de Richard. Ahora se estaba restregando en la bañera, para eliminar cualquier posible prueba.

Siempre pasaban alrededor de una semana en el palacio de San Domenico, en Taormina, en primavera o verano y, aunque Merry pensaba que, en conjunto, cambiar de lugar era una buena idea, la realidad resultó ser otra. En esos dos primeros días experimentó saltos temporales, como si no estuviera allí. Admiraba las espectaculares vistas del mar Jónico desde su balcón, deambulaba por las inmaculadas columnas de mármol blanco del edificio y pedía bebidas junto a la piscina con los demás huéspedes adinerados, pero su mente permanecía en Le Mas des Flores. Repetía una y otra vez en su cabeza los acontecimientos de esa noche, como si estuviera viendo una película y rebobinar la cinta pudiera cambiar el resultado. Como si eso hiciera que Hannah volviera a estar viva y no en un ataúd en una funeraria de cualquier lugar.

Pero si aún estuviera viva, Tim ya habría sabido la verdad de lo que había hecho. Ella misma se habría enfrentado a un proceso penal y,

dado el tiempo que había durado su chantaje, la pena de prisión sería considerable. No habría habido forma de sobornar a Tim Cutler. No era de los que se dejaban comprar, a menos que fuera por una suma enorme, una que no pudiera reunir sin que Richard se diera cuenta. Y, si se enteraba, Richard se divorciaría sin lugar a dudas. Se había divorciado de otras dos mujeres por menos. Era rico y agradable, alguien más se lo llevaría. Si era objetiva, sí, la pena por asesinato era más dura que por chantaje, pero, al no haberle dicho nunca a Tim Cutler su nombre, se había asegurado de ser a prueba de balas. Aunque la policía investigara para encontrar una conexión con Hannah Messenger, Tim nunca la haría. La chica con la que había tenido sexo hacía mucho que se había ido. No había ninguna razón para que Merry Stafford, de soltera Locke, quisiera ver muerta a Hannah Messenger. Ninguna.

Aun así, por la noche, al cerrar los ojos, lo único que veía era el rostro sin vida de Hannah. Cuando por fin se quedaba dormida, era con lo único que soñaba. ¿Y si no se hubiera topado con el alijo de pentobarbital de Tim?, se preguntaba durante las horas en las que estaba despierta. ¿Habría intentado convencer a Hannah? ¿O habría recurrido a una solución menos limpia y clínica? Un golpe en la cabeza con un objeto pesado, tal vez. Como no podía imaginarse haciendo algo tan burdo y caótico, solo podía culpar a la disponibilidad de la droga letal. En realidad fue culpa de Tim Cutler, se convenció a sí misma después de dos días atrapada en el mismo agotador bucle mental. Incluso si nadie más lo veía así.

Y entonces, al tercer día, mientras desayunaban en la terraza con el servicio de habitaciones y Merry se entretenía con los titulares de las noticias en su teléfono, lo vio.

LA FAMILIA DE LA ASESINADA HANNAH HABLA

> Mientras un hombre arrestado por el asesinato de la ciudadana británica Hannah Messenger es puesto en libertad sin cargos, su familia dice que está cooperando con las autoridades en otras líneas de investigación. Hannah, de 32 años, fue encontrada muerta en una villa de lujo en el sur de Francia el 29 de julio, pero, por ahora, las circunstancias que rodean su asesinato aún son un misterio.
>
> «La policía ha centrado ahora su atención en el Reino Unido y en la búsqueda de nuevos testigos que puedan ayudar a esclarecer la vida de mi hermana —declaró Olivia Haynes, de 34 años—. Por supuesto, haremos todo lo posible para ayudarlos a llevar al asesino ante la justicia».

A Merry le subió la bilis a la garganta y se bebió de un trago el zumo de naranja.

Richard le lanzó una mirada.

—¿Estás bien, cariño?

—No me encuentro bien. —Presionó una servilleta de lino blanco prístino en la frente—. Creo que había alguna almeja en mal estado en esa pasta de marisco que cenamos anoche

—¿Por qué no te acuestas un rato? Pasa la mañana en la cama —dijo Richard con una sonrisa indulgente—. Haré que el personal te traiga algo que te calme el estómago. O puedo pedirles que llamen al médico.

—No, no hace falta. —Merry apartó el plato y se levantó—. La verdad es que estaba pensando en irme a Palm Beach. Hemos pasado casi dos semanas en la Provenza y ahora es más de lo mismo: aceite de oliva, vino local, holgazanear en la piscina, siestas… Para ser sincera, estoy un poco harta de todo esto del verano mediterráneo

Mientras hablaba, fue consciente de lo malcriada y arrogante que sonaba, pero tenía una necesidad desesperada de escapar. Incluso

más lejos. Su casa de Palm Beach estaba en un recinto cerrado y allí se sentía segura, impenetrable.

Richard frunció el ceño.

—Vale, entiendo que Sicilia te parezca un poco sosa después del sur de Francia, pero Florida en agosto no es ideal. Sabes que odias la humedad. ¿Por qué no pasamos algún tiempo en el Reino Unido?

—¡No! —protestó Merry, y luego moderó su tono estridente—. Me quedaré bajo el aire acondicionado por el día y nadaré por la noche. Estaré bien.

«Puedo esconderme del mundo», era lo que de verdad quería decir.

—Vale, si estás segura, cariño… —Le besó la frente—. Resulta que me viene muy bien, porque tengo unos asuntos en Frankfurt de los que tengo que ocuparme.

Así que esa noche Merry voló de Nápoles a Miami, y dejó que Richard viajara a Alemania a la mañana siguiente. Cuando aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Miami y encendió su teléfono, se le encogió el corazón al ver tres llamadas perdidas de su hermanastra Jodie. Las dos tenían un contacto irregular y en gran medida superficial —se felicitaban por su cumpleaños y Navidad—, así que tres llamadas significaban que algo andaba mal. Al encontrar el teléfono de Merry apagado, Jodie había decidido enviarle un mensaje de texto.

Merry volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. el corazón le latía con fuerza. Solo cuando ya estuvo en el asiento trasero del coche, que subía por la I-95 costera hacia Palm Beach, lo sacó y volvió a leerlo.

> Oye, te voy a preguntar algo raro…, ya sabes que mi amiga Amber trabaja a veces para Greenleaf. Pues me dijo que un detective había estado en la oficina haciendo preguntas sobre Hannah M. Al parecer, querían saber qué relación teníais cuando las dos trabajabais allí. Ya te he dicho que es

un poco raro, pero tal vez hablen con alguien que la conocía. He pensado que querrías saberlo.

Aunque logró permanecer quieta y serena detrás de sus gafas de sol Gucci, todos los músculos de su cuerpo se crisparon y temblaron. Empezó a contar en su cabeza para no asustar al conductor con un grito. Le sorprendió que las autoridades fueran a hablar con empleados de Greenleaf Catering, dado que había pasado más de una década, aunque la empresa había sido durante mucho tiempo un pilar del trabajo informal para adolescentes en Kempshott. La propia Jodie había trabajado de camarera para ellos, al igual que varios de sus conocidos. ¿Alguien los había avisado de ese vínculo preexistente entre ella y Hannah Messenger? Si era así, ¿había sido Tim Cutler u otra persona?

Como había sugerido Jodie, tal vez la policía pretendía hablar con todos y cada uno de los que habían conocido a Hannah Messenger. Pero «querían saber qué relación teníais» era más alarmante. No buscarían a alguien que había trabajado con Hannah durante apenas nueve meses hacía trece años, a menos que estuviera relacionado con las circunstancias de su muerte. De algún modo debían saber que la presencia de Hannah en Le Mas des Flores estaba vinculada a Tina Locke, una chica corriente de clase trabajadora de Kempshott… que ahora era la esposa de Richard Stafford.

¿De verdad había sido tan arrogante como para pensar que un Tim desesperado no descubriría la conexión por sí mismo? Solo ahora, con una horrible sensación de hundimiento, se hizo evidente que, si ella había podido averiguar quién era él en 2010, él podría haber descubierto de alguna manera su nombre. El nombre que ella le había ocultado. Su cuenta bancaria solo tenía sus iniciales, pero habría sido más que suficiente si él hubiera querido averiguarlo.

El coche giró hacia la calzada que conducía a la isla y pasó junto a las interminables hileras de palmeras reales y las grandes mansiones

con tejados de coral, hasta llegar a la urbanización cerrada donde los Stafford tenían una casa. Ahora tendría mucho tiempo para pensar, pensó Merry con amargura. No estaba segura de cuánto faltaría, pero, al final, las líneas paralelas de su chantaje de larga duración, su verdadero nombre y la reciente reunión de Tim con Hannah convergerían en algún punto. Y cuando lo hicieran, solo podía rezar para que no encontraran pruebas contundentes que hicieran que la acusación se sostuviera. Esa era su única oportunidad.

Su teléfono sonó en su mano. Richard.

—Hola, cariño, solo quería saber si has llegado bien. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien. Estamos llegando a la casa.

El conductor se bajó y abrió la puerta principal, y ella subió los escalones y entró en el pórtico de mármol blanco.

—Sonny y Nicole están por allí si necesitas compañía. Y Brad y Kathleen, creo.

Nombró a vecinos de la urbanización con los que a veces se relacionaban.

—Claro —dijo Merry, aunque no tenía intención de hacerlo.

Esperó a que el chófer depositara su equipaje en el fresco y elevado atrio, donde el ventilador de techo giraba perezosamente sobre su cabeza, y volviera al coche. Luego cerró la puerta. Se quedaría ahí, en su lujosa fortaleza, hasta que fueran a buscarla.

Porque irían a por ella.

48

LOUISE

AHORA

Louise se obligó a ser práctica con tanta brusquedad como si hubiera pulsado un interruptor. Volcó el resto del champán en el fregadero y tiró los platos a medio servir a la papelera, salió de la cocina y subió.

Tim, que había permanecido sentado a la mesa en silencio, la siguió hasta el pie de la escalera.

—Lou, ¿qué haces? —la llamó.

El temblor de su voz la enfureció.

—¿Tú qué crees? —gruñó.

Cogió una maleta pequeña del armario de la habitación de invitados, la arrojó sobre la cama que compartía con su marido desde que tenía memoria y empezó a meter en ella lo imprescindible: el albornoz y el neceser. Era metódica: dobló una muda de ropa interior y una camiseta, y enrolló los vaqueros. El orden la tranquilizaba, le permitía controlar las llamaradas de rabia que había en su cerebro.

—Por favor, no me digas que te vas de casa. —Tim había aparecido en la puerta.

—No —dijo ella con frialdad—. Te vas tú. Pero esta noche necesito irme a otro lugar. Me quedaré en casa de Yasmin.

—No puedes conducir. Te has bebido media botella.

—Ya lo sé. —Dejó el neceser de maquillaje y el cepillo sobre la ropa

doblada—. Cogeré un Uber. —Cerró la cremallera de la maleta y la quitó de la cama—. Dejarán a Elle mañana por la mañana sobre las once, así que intentaré estar aquí. No les diré nada a los niños todavía, pero no podemos ocultárselo durante mucho tiempo. Se van a dar cuenta enseguida de que vives en otro sitio.

Tim agitó los brazos a los costados.

—Cariño, por favor. ¿No podemos al menos hablar de esto?

—Tú has hablado y yo te he escuchado. Y este es el resultado.

Abrió la aplicación de viajes de su móvil, tecleó su solicitud y bajó las escaleras con la maleta. Su teléfono emitió un pitido.

Sin volverse siquiera para mirar a su marido, dijo con tranquilidad:

—Mi coche estará aquí en dos minutos. Esperaré fuera.

Agradeció, al menos, que Tim la tomara en serio. Cuando regresó a la mañana siguiente, él ya se había marchado, después de quitar las sábanas del lecho conyugal y meterlas en la lavadora. Una inspección del armario reveló que parte de su ropa había desaparecido, y que su cepillo de dientes y su set de afeitado ya no estaban en el cuarto de baño. Una vez disipada su ira alimentada por el champán, sintió una profunda tristeza.

Intentó mantenerse ocupada con el trabajo, la compra y Elodie, pero era como si estuviera en medio de una pesadilla que se alargaba. Al final de la tarde, recibió un simple mensaje de Tim en el que le decía que se alojaría unas noches en un hostal de la ciudad y que, a partir del fin de semana, había alquilado un estudio amueblado a pocos pasos de Fairlawn. No le dio la dirección y ella no se la pidió. Le contestó que tendrían que hacer algunos arreglos para los niños y obtuvo una respuesta de una sola palabra: «Sí».

Y eso fue todo. Su matrimonio había terminado.

Durante las semanas siguientes, Tim y ella llegaron a un acuerdo eficaz, aunque poco prometedor, que a él le permitiría pasar tiempo

con Harry y Elodie. Los vería después de clase todos los miércoles y fines de semana alternos. Como no había forma de alojarlos en su deprimente estudio, sus fines de semana los pasaría en el domicilio conyugal y Louise se iría a casa de sus padres o con amigos.

Fue un alivio cuando empezó el trimestre de septiembre y los niños tuvieron colegio para distraerse de la desconcertante situación entre sus padres. Padres que siempre se habían mostrado abiertamente cariñosos y nunca habían discutido y que, sin embargo, de repente, ya no podían vivir el uno con el otro. Louise trató de explicar que ella y Tim habían tenido una diferencia de opinión sobre algo que había sucedido en el pasado, pero incluso a sus oídos la justificación parecía débil y precaria.

De vuelta con sus compañeros de colegio, los niños se adaptaron poco a poco a la nueva situación. La propia Louise estaba agradecida por que su trabajo era como un santuario y por tener un horario que le permitía estar en la puerta del colegio a la hora de recoger a sus hijos. No quería ser objeto de miradas lastimeras ni de habladurías, aunque no le cabía duda de que las había en abundancia. Y una vez que llegaron a oídos de Mandy Fielding, bien podrían haber sido un artículo en el Hampshire Chronicle.

—¿Has oído que los Cutler se han separado? —decía la gente.

—¡Jamás lo habría imaginado!

—Si hasta a ellos les sucede, ¡más vale andarse con cuidado!

Ella podía oírlo todo, aunque no estuviera allí.

Tampoco le cabía duda de que una de las principales difusoras de la noticia sería Shona Prentice. Tim habría puesto al corriente a Kevin durante sus partidos de squash y, aunque Shona y él seguían separados, estaban en contacto gracias a Violet. La noticia le habría llegado.

Un par de semanas después del comienzo del trimestre de septiembre, Louise recibió un mensaje de Shona.

¡Hola! Ahora que las dos estamos solteras, ¿por qué no salimos una noche de chicas por la ciudad? Avísame cuando te vaya bien. xx

Al leerlo, Louise sintió un escalofrío involuntario. La idea de beber en un bar mal iluminado con una Shona Prentice vestida de leopardo mientras buscaba hombres más jóvenes la horrorizaba.

No sé si me apetece una noche de chicas, pero ¿qué tal si quedamos para tomar un café? X

Era un compromiso con el que estaba dispuesta a vivir. Podía arreglárselas con un breve encuentro diurno si le daba la oportunidad de aplastar la idea de que las dos eran ahora la respuesta de Winchester a Thelma y Louise. Shona y Louise.

Al final, se encontraron en una cafetería de la ciudad un sábado por la mañana que Tim tenía a los niños.

En cuanto vio a Shona, se dio cuenta por su lenguaje corporal de que tenía noticias. Mostraba ese aire erizado y altanero que tiene la gente cuando está en posesión de información importante.

Después de besar a Louise, le puso la pantalla del móvil en la cara. Estaba abierta la página de noticias de la BBC.

—¿Has visto esto? —cacareó.

NOTICIA: MUJER BRITÁNICA DETENIDA POR EL ASESINATO DE HANNAH MESSENGER

Christina Stafford (32), antes Christina Locke, ha sido detenida en la casa de Palm Beach que comparte con su marido, el empresario Richard Stafford (54). Los detectives de Scotland Yard han volado de vuelta a Londres con la

> señora Stafford bajo custodia, y ha comparecido ante el Tribunal de Magistrados de Westminster, donde se ha declarado inocente del cargo de asesinato. Hannah Messenger, también de 32 años, fue hallada muerta el 29 de julio en una lujosa propiedad del sur de Francia donde los Stafford estaban de vacaciones.

—¿Te lo puedes creer? —fanfarroneó Shona, que se quitó la chaqueta púrpura de piel sintética y le hizo señas a una camarera para que se acercara—. ¡Merry Stafford! Nunca lo habría imaginado. Quiero decir, era una zorra un poco soberbia. Pero ¡¿asesina?!

—Es increíble —convino Louise. No iba a decirle a Shona que sabía desde hacía varias semanas que Merry Stafford era la principal sospechosa. Y mucho menos que su marido se había acostado con ella.

—¡Y pensar que empezaron arrestando al pobre Tim! —Shona echó azúcar en su capuchino y lo removió despacio—. Es indignante. Aun así, al menos parece que tendrá lo que se merece. Eso es lo principal, ¿no?

Louise asintió, pero ni siquiera intentó esbozar una sonrisa. Sí, se haría justicia, y eso era bueno. Pero, en el proceso, su matrimonio había sido destruido. El matrimonio que había resultado no ser tan perfecto después de todo.

49

LOUISE

AHORA

«Nadie es en realidad quien crees que es».

Eso era algo que la madre de Louise le había dicho poco antes de morir. Puede que fuera una mujer rota, pero tenía razón, reflexionó Louise mientras leía en su móvil la noticia de que Merry había cambiado su declaración por la de culpable y había sido condenada a veinticuatro años.

Nadie que se alojara en Le Mas des Fleurs había sido lo que parecía. Se incluyó a sí misma en esa afirmación, porque ella también era culpable de albergar un secreto.

Cuando los niños se acostaron, respiró hondo, cogió el teléfono y envió un mensaje a Tim.

¿Puedes venir, por favor? Hay algo que tengo que decirte.

Su teléfono pitó con un mensaje de texto, pero no era una respuesta de Tim. Era de Guillaume Hall.

Estoy por la zona, y agradecería mucho la oportunidad de que hablemos. x

***

Cuando abrió la puerta treinta minutos más tarde, Tim estaba en el

umbral. Sintió una punzada al verlo tan delgado y tan pálido bajo su barba oscura. Ese había sido su reflejo durante los últimos meses: un facsímil delgado y ansioso de su antiguo yo. Aun así, sus ojos se iluminaron en cuanto la vio.

La siguió hasta la cocina.

—¿Los niños están dormidos? —Ella asintió—. ¿De qué se trata?

Louise respiró hondo.

—No sé a dónde vamos a partir de aquí, Tim. No sé si podremos salvar nuestro matrimonio. Pero sí sé que tengo que ser sincera contigo.

Él se sentó en la barra del desayuno.

—Te escucho.

Ella se agarró al borde de la encimera para calmar el temblor.

—Ya lo sabía —dijo por fin—. Lo sé desde hace tiempo. Lo tuyo con Tina Locke.

Él la miró fijamente, con el rostro aún más pálido.

—No lo comprendo. ¿Cómo has podido saberlo?

—Fue hace un año. Tu madre me llamó y estuvimos hablando del coste de una posible ampliación de la casa y mencionó la herencia de tu tío abuelo cuando murió. No tenía ni idea de que no me habías hablado de las treinta mil libras; ¿por qué iba a tenerla? Así que… —Bebió un trago de vino—. Ese fue el principio. —Tim se miró las manos.

»Debería haberte dicho algo al respecto, sé que debería. —Apretó los labios y sacudió la cabeza—. En lugar de eso, le di vueltas al asunto durante unas semanas y luego rebusqué en el cajón del escritorio hasta que encontré un montón de extractos bancarios de una década antes. Mil quinientas libras al mes, a nombre de C. M. Locke

Tim echó la cabeza hacia atrás.

—Lou. ¡Dios! ¿Por qué no dijiste nada en ese momento?

—No lo sé. Tenía miedo, supongo. Miedo de acabar con esta familia. Habíamos pasado por tanto para que fuera perfecta y todos éramos tan felices… Los niños estaban saliendo adelante… ¿Cómo iba estropearlo? Se me ocurrió que te habían chantajeado. Pero ¿por hacer qué? Le di vueltas y vueltas en mi cabeza durante meses. Y luego terminamos en el sur de Francia y a ti te arrestaron por asesinato. Y pensé que no sé con quién estoy casada

—Yo tampoco —dijo Tim en voz baja. Levantó la barbilla y la miró —. Nunca te habría creído capaz de guardarte algo así. No mi Lou.

Louise se encogió de hombros.

—Ya no soy esa Lou. Y tú ya no eres el mismo, Tim. Esa persona ya no existe.

Mientras miraba a su marido, recordó de repente otra cosa que le había dicho su madre: «En la vida, tienes lo que te mereces».

Entonces, ¿era aquello lo que se merecía? ¿Seguir luchando como madre soltera? Sí, Tim no había estado a la altura de la imagen que ella tenía de él, pero ¿significaba que su matrimonio estaba condenado? ¿O un resentimiento infectado le decía que era mejor encontrar algo nuevo, empezar otra vez?

—El problema es que yo quería creer que nuestro matrimonio era perfecto —le dijo.

—La perfección está sobrevalorada —contestó Tim con una sonrisa triste.

Los neumáticos de un coche chirriaron en la calzada y se oyó un portazo. Louise pasó de la cocina al salón y miró por la ventana. Guillaume caminaba decidido hacia la puerta principal. Se quedó paralizada durante unos segundos, dividida entre dos mundos. Entre la conmoción de lo nuevo y la comodidad de lo viejo.

Era el momento de decidir.

EPÍLOGO

ENERO DE 2024

EL JUICIO A MERIEL STAFFORD, ACUSADA DE ASESINATO, COMENZARÁ LA PRÓXIMA SEMANA

Renée Weber leyó el titular de la noticia y sonrió satisfecha. Pensó que había mucho para entretener a los consumidores de clickbaits y a los detectives de las redes sociales. El caso tenía todos los componentes de la historia perfecta: gente adinerada, un lugar glamuroso y una víctima y una asesina jóvenes y guapas. Sería el momento perfecto para contactar con el pobre Richard y ofrecerle un hombro sobre el que llorar.

¿Qué posibilidades había, especularía la gente, de que esas dos viejas amigas que llevaban años sin verse acabaran en el mismo pueblecito provenzal a la vez? Pero Renée sabía que no era casualidad, que todo había sido una trampa. Porque había sido ella.

Todo había empezado cuando Richard Stafford se separó de su segunda esposa. Renée estaba convencida de que había llegado su momento. De veinteañeros, habían tenido una breve pero intensa aventura, que interrumpieron cuando la empresa la ascendió a su oficina de Düsseldorf. Ella era ferozmente ambiciosa y nada la habría persuadido de no ir, pero eso puso fin a la narrativa del amante cruzado que le rondaba por la cabeza. Él la esperaría, razonó. O iría y se reuniría con ella. Pero, en lugar de eso, conoció a una eslovena

llamada Monika y se casó con ella. Acababa de enterarse de su separación cuando él anunció su segundo matrimonio, con Camille.

Ese matrimonio también duró poco, y Renée buscó a Richard. Pasaron una única noche de pasión en Zúrich, pero, después…, silencio. Unos meses más tarde, se enteró a través de sus contactos de que Richard se había ido a vivir con una mujer mucho más joven, esta vez británica, llamada Meriel Locke. Un año después, más o menos, se anunció su tercer matrimonio. La furia y la frustración se apoderaron de Renée. Por fin había llegado su hora. La suya y la de Richard. De acuerdo, salía con Jared, pero solo era un juguete, una distracción. Esta vez, resolvió, no sería pasiva. Tomaría cartas en el asunto. La chica era masajista, por el amor de Dios. Debía haber algo en su pasado que hiciera que Richard se lo pensara dos veces. Solo tenía que encontrarlo.

Como directora ejecutiva de una gran empresa internacional, disponía de recursos ilimitados: equipos de personas a sus órdenes. Personal jurídico e investigadores profesionales a su disposición. Renée no tenía necesidad de ensuciarse las manos, pero el trabajo se hacía, de todas formas, discreta y costosamente. Averiguó lo que había que saber sobre la ex Tina Locke de Hampshire, Inglaterra. Desde su adolescencia. Y eso incluía el nombre de una de sus antiguas amigas: Hannah Messenger.

Era conveniente que Hannah estuviera en una encrucijada de su vida, un cabo suelto. No hizo falta mucho: un billete de avión y una generosa cantidad de dinero para convencerla de que diera un rodeo en sus viajes y fuera a Cotignac. Los secuaces de Renée incluso le encontraron un trabajo en el Bar des Vignobles y un alojamiento.

Hannah debía «toparse» por casualidad con su antigua amiga, quedar con ella para pasar un rato, hacerle preguntas y enviar todo lo que encontrara a un teléfono que se utilizaba en exclusiva para

eso e imposible de rastrear. El viernes veintiocho de julio, Hannah le envió un mensaje.

> He descubierto algo muy interesante sobre T. ¡Creo que te resultará útil!

Pero Renée nunca recibió confirmación de sus sospechas sobre la información, porque, horas más tarde, Hannah yacía muerta junto a la piscina de la casa donde se alojaban ella y Merry Stafford. Renée sabía que debía guardar silencio y no revelar nada. No debía decirle a nadie que sabía quién era Hannah Messenger. Nunca había conocido a la chica en persona, así que podía negarlo.

Y había habido otro golpe de suerte inesperado. Los caros hackers de la deep web que había financiado como parte de su investigación habían conseguido entrar en las antiguas cuentas bancarias de Tina Locke. Había habido pagos regulares durante años de un tal Tim Cutler. Un hombre casado que, por un golpe de suerte, resultó ser veterinario.

Sí, VCM estaba en proceso de compra de negocios veterinarios independientes, pero esa pequeña clínica en apuros de Winchester no habría sido de interés para el equipo de adquisiciones a menos que la propia Renée hubiera insistido. Al encargarse en persona de las negociaciones, tuvo la oportunidad de reunir a Tina Locke y Tim Cutler bajo el mismo techo en el chalet de su empresa. Si el giro posterior de los acontecimientos hubiera llevado a Tim Cutler a la cárcel… Bueno, habría sido desagradable para él, pero los beneficios que conllevaba la venta de su consulta lo compensaban con creces.

Que la propia Merry acabara siendo acusada del asesinato fue un regalo de los dioses. Sí, Hannah Messenger había muerto como resultado indirecto de la intervención de Renée y era lamentable. Muy desafortunado. Pero Merry no podría haber sido eliminada de la

escena de una forma más decisiva si Renée lo hubiera planeado así: dejando a Richard solo después de todos esos años.

Con la sonrisa de satisfacción aún dibujada en sus labios, Renée cogió el teléfono y marcó el número de Richard Stafford.

UNA CARTA DE ALISON

Muchas gracias por leer Una familia perfecta. Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades, suscríbete en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/alison-james

Las vacaciones de verano en familia son momentos especiales para estrechar lazos. También son focos de tensión que pueden someter a presión a las parejas más felices, y es esta idea la que quería explorar en Una familia perfecta. Si a esto le añadimos el calor, el alcohol y la competencia con otros invitados, incluso un matrimonio aparentemente perfecto puede desmoronarse.

Espero de verdad que hayas disfrutado leyendo esta novela y, si es así, te agradecería mucho que escribieras una reseña. Me encantaría saber lo que piensas, y ayuda mucho a los nuevos lectores a descubrir mis libros por primera vez.

Me encanta recibir noticias de mis lectores. Puedes ponerte en contacto conmigo en mi página de Facebook, Twitter o Goodreads.

Gracias,
Alison James

MANTENTE EN CONTACTO CON ALISON

goodreads.com/author/show/17361567.Alison_James
facebook.com/Alison-James-libros
x.com/AlisonJbooks
tiktok.com/@allyjay855



No hay casa segura

Barclay, Linwood

9788742813904

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hace siete años, Terry Archer y su familia vivieron una experiencia aterradora que casi les costó la vida. Hoy, las secuelas de aquella

fatídica noche aún les afectan y Terry lucha por seguir manteniendo unida a su familia.

Pero cuando su hija Grace, de forma imprudente, entra con su problemático novio en una casa desconocida, los Archer tendrán que hacer más que solo mantenerse unidos. Tendrán que sobrevivir. Porque ahora se han visto envueltos, contra su voluntad, en los asuntos más oscuros y turbios de su aparentemente idílica ciudad natal. Pronto aprenderán que hay cosas que las personas valoran mucho más que el dinero y que están dispuestas a hacer cualquier cosa para conseguirlas.

Atrapado en un laberinto entre la lealtad familiar y la traición, Terry debe encontrar la manera de sacar a su familia de una situación letal que no comprende del todo. Lo único que sabe es que, para seguir con vida, tendrá que hacer lo impensable…

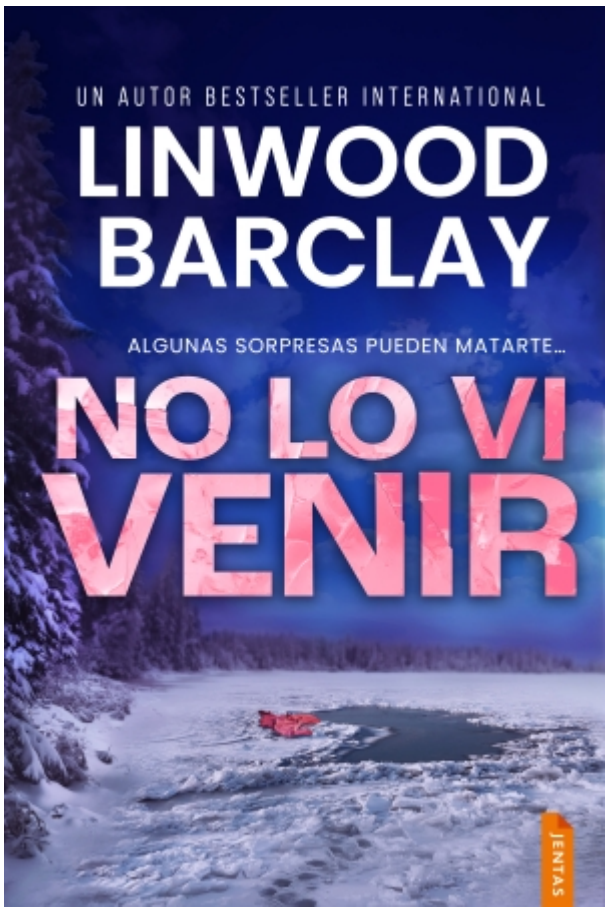
«**Un maestro del suspense**».
Stephen King ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«[Este libro] es **lo mejor de Barclay hasta ahora**… una lectura **llena de giros emocionantes**».
William Landay ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«El thriller de Barclay está **impulsado por diálogos** y es **cinematográfico** en su estructura, con una trama marcada por **giros vertiginosos**».
Minneapolis Star-Tribune ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Con un **humor oscuro** aunque **inquietante**… La acción **retorcida** y **hábilmente trazada** se acelera junto con el recuento de cadáveres, ofreciendo **mucho suspense** y un sorprendente número de risas, para los lectores dispuestos a tolerar cosas muy malas que les suceden a personas bastante buenas».
Publishers Weekly ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No lo vi venir

Barclay, Linwood

9788742814000
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Algunas sorpresas pueden matarte…

Keisha Ceylon es vidente. O, al menos, eso es lo que ella dice. Sigue las noticias sobre personas desaparecidas, espera unos días y luego visita a la familia. Les cuenta que ha tenido una visión y que tal vez sabe dónde está su ser querido. Todo por un precio, por supuesto.

Su nuevo objetivo es Wendell Garfield, cuya mujer desapareció hace una semana. Keisha ha visto a Wendell rogando en la televisión que quien se la haya llevado la deje en libertad y le cuenta su visión de lo que podría haber sucedido. Por desgracia para ella, su visión resulta alarmantemente cercana a la verdad. A medida que se sumerge más en el misterio, Keisha se ve atrapada en una red de sospechas y violencia mucho más complicada de lo que pensaba en un principio, y que podría provocar su propia desaparición…

«**El título es muy adecuado**, ya que casi todos los capítulos terminan **con un giro astuto que deja al lector boquiabierto**… **Prepárate para lo inesperado**».
Crime Fiction Lover ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

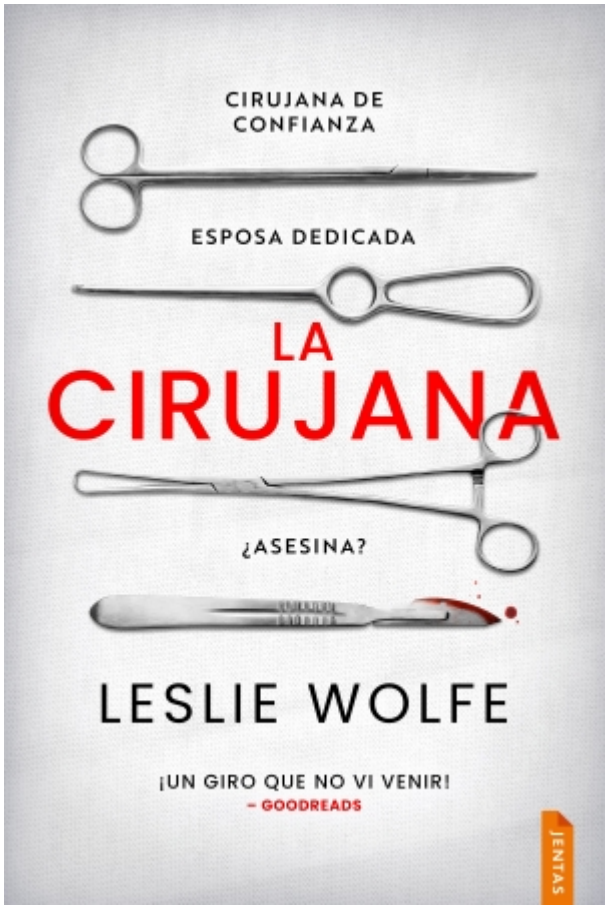
«**Barclay lleva la narrativa con maestría** en direcciones constantemente cambiantes. Y termina con **un desenlace que no**

vi venir».
A Bookworm's World ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Inteligente y resuelto con ingenio**… Nos deja sorprendidos, con dudas sobre la moralidad y muy entretenidos. Un autor con talento para el realismo nos ha manipulado con astucia. **Este es un bestseller que se ha ganado su reconocimiento**».
Gwen Moffat ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Una historia ingeniosa y entretenida** de un crimen que roza la farsa».
The Times ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La cirujana

Wolfe, Leslie

9788742812631

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme

frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Me estaba aferrando a cada palabra**… **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**… ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro… ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido… Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads*
⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads*
⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Rencor sangriento

Marsons, Angela

9788742813669

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El pasado no perdona...
y ha llegado la hora de la venganza.

El cuerpo yace bajo los árboles, con los brazos levantados por encima de la cabeza, en una postura antinatural. Sus músculos están relajados. Sus ojos, vacíos. No hay signos de vida. Pero aún no está muerto del todo…

Cuando la detective Kim Stone llega a la escena del crimen, no hay un cadáver esperándola, sino que se encuentra con los sanitarios luchando desesperadamente por salvarle la vida. Por desgracia, muere de camino al hospital, y deja a Kim con un escenario donde todas las pruebas han sido destruidas. Aun así, tiene claro que se trata de un asesinato.

A simple vista, la víctima, Eric Gould, parece una persona normal y corriente, hasta que el equipo empieza a investigar su pasado. De adolescente, lo encerraron por agredir a su novia, y Kim sospecha que en la actualidad estaba maltratando a su prometida.

Entonces aparece otro hombre al borde de la muerte, con los huesos rotos para forzar su postura, y el equipo se da cuenta de que el asesino les está enviando un mensaje con la colocación de los cuerpos.

Alguien parece conocer el oscuro pasado de las víctimas, pero ¿se trata de una venganza o se está tomando la justicia por su mano? Kim y su equipo tienen que encontrar respuestas con rapidez antes de que aparezca otra víctima.

«Definitivamente es **una de las mejores sagas** que he leído. **Amo a Kim Stone** desde el primer libro. ¡Dios mío! **¡Esta novela es**

increíble!».
@our.bookish.reads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Después de diecinueve libros, **Marsons sigue siendo igual de astuta y retorcida**, con una historia tan **llena de adrenalina y emoción** como cabría esperar… **Otro libro espectacular** que les encantará a los fans de la serie».
Jen Med's Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Una vez más, **Marsons ha escrito una joya de libro** que he devorado casi de una sentada. Ya estoy esperando ansiosamente el siguiente».
The Book Review Café ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

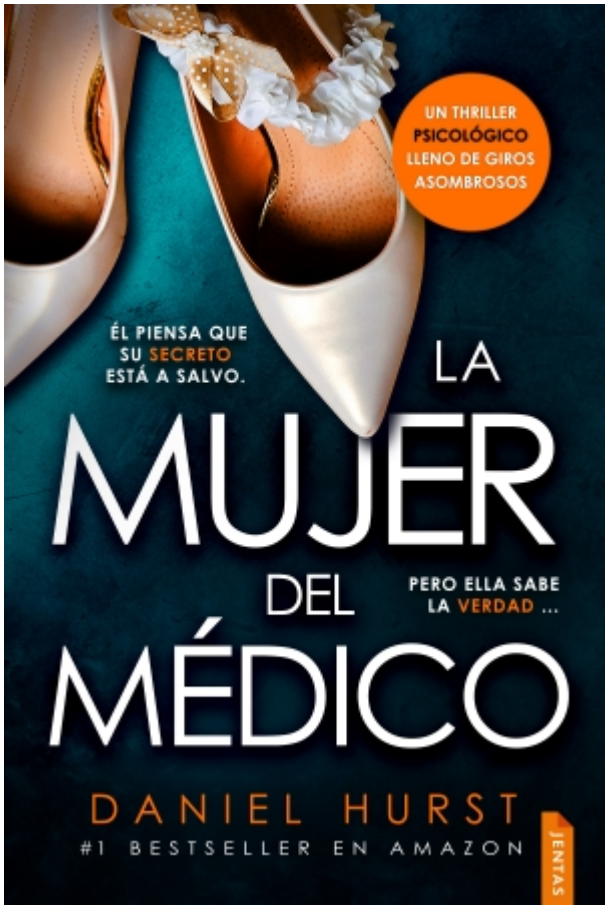
«**Otro misterio fascinante de la reina del crimen moderno inglés**».
The Book Review Crew ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Una lectura fantástica! Absorbente, llena de giros y completamente adictiva**… Me enganchó y disfruté cada palabra. ¿Qué más puedo decir? **¡Simplemente fabulosa!**».
Stardust Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡Me ha encantado este libro! **Un thriller brillantemente adictivo**… Posiblemente **el mejor que he leído este año**. Muy muy recomendable».
Donna's Book Blog ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Rápido, absorbente y retorcido**».
It's All About Books ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer del médico

Hurst, Daniel

9788742812716

282

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo

confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder… "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)